Gabriel Chevallier

El miedo

TRADUCCIÓN DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

Jean Dartemont, álter ego del autor, se alista en el ejército francés, tan pronto tiene edad suficiente, para conocer de cerca la Gran Guerra, el “espectáculo” de su tiempo. Soldado de infantería, no tarda en descubrir que esa vida está hecha de desesperanza y miedo. Granadero que no arroja una sola granada, herido, convaleciente, reenganchado en las trincheras, es víctima y testigo de la desaparición de toda cualidad humana.

Gabriel Chevallier

El miedo

ePub r1.0
Mangeloso 14.06.14

Título original: *La peur*
Gabriel Chevallier, 1930
Traducción: José Ramón Monreal
Diseño de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.1

¿Cabe imaginar algo más chusco que el hecho de que el que un hombre tenga derecho a matarme porque vive en la otra orilla del río y su príncipe tiene una disputa con el mío, aunque yo no tenga ninguna con él?

PASCAL

Extracto del prefacio a la edición de 1951

Este libro, concebido contra la guerra y publicado por primera vez en 1930, tuvo la mala fortuna de encontrarse una segunda guerra en el camino[1]. En 1939, su venta fue libremente suspendida de mutuo acuerdo entre el autor y el editor. Cuando la guerra está ahí, ya no es el momento de avisar a la gente de que se trata de una siniestra aventura de consecuencias imprevisibles. Eso habría que haberlo comprendido antes y actuar en consecuencia.

En mi juventud —cuando estábamos en el frente— se enseñaba que la guerra era moralizadora, purificadora y redentora. Ya hemos visto qué derivaciones han tenido estas muletillas: *mercantis*[2], traficantes, estraperlo, delaciones, traiciones, fusilamientos, torturas, hambruna, tuberculosis, tifus, terror, sadismo. Y heroísmo, de acuerdo. Pero la pequeña, la excepcional proporción de heroísmo no compensa la inmensidad del mal. Pocas personas, por otra parte, tienen madera de verdaderos héroes. Tengamos al menos la lealtad de convenir en ello, nosotros que hemos sobrevivido[3].

La gran novedad de este libro, cuyo título era un desafío, es que en él se decía: tengo miedo. En los «libros de guerra» que yo había podido leer se hacía a veces mención del miedo, pero se trataba del ajeno. El autor era un personaje flemático, tan pendiente de tomar notas que se reía de los obuses.

El autor del presente libro consideró que era una falta de decencia hablar del miedo de sus camaradas sin hablar del suyo propio. Por eso decidió abordar el miedo en primera persona, ante todo en primera persona. En cuanto a hablar de la guerra sin hablar del miedo, sin ponerlo en un primer plano, hubiera sido un camelo. No es posible vivir en los lugares donde uno puede ser despedazado vivo en cualquier momento sin sentir una cierta aprensión.

El libro fue acogido con muy distinto talante, y el autor no siempre fue bien tratado. Pero hay que hacer notar dos cosas. Algunos de los que le injuriaron iban a acabar mal posteriormente, al haberse equivocado de bando su valentía. Y esta modesta palabra infamante, el miedo, había de verse luego esgrimida por plumas orgullosas.

En cuanto a los combatientes de infantería, éstos habían escrito: «*¡Cierto*! Esto es lo que nosotros sentíamos y no sabíamos expresar». Su opinión contaba mucho […].

Dos observaciones más. Acabo de releer estas páginas que no abría desde hacía quince años. Siempre es una sorpresa, para un autor, encontrarse ante un texto de otro tiempo firmado por él. Una sorpresa y una prueba. Pues el hombre se enorgullece, al envejecer, de haber aprendido alguna cosa. Éste es al menos el consuelo que se da a sí mismo.

El tono de *El miedo* es, en algunas de sus partes, de una extrema insolencia. Es la insolencia de la juventud, y no es posible cambiar nada sin suprimir la juventud misma. El joven Dartemont piensa lo que no se piensa oficialmente. Sigue conservando la ingenuidad de creer que se puede pensar en todo. Suelta desagradables verdades como puños. Hay que optar entre decir estas verdades o pasarlas por alto. Y la aceptación es a menudo un indicio de decrepitud.

Segunda observación. Hoy no se escribiría ya este libro exactamente de la misma manera. Pero

¿había que retocarlo? Y, en tal caso, ¿en qué medida? Yo sabía que algunos antiguos lectores hubieran querido que modificase el primer texto, que consideraban como una concesión o una capitulación. Por eso, aparte de escasos cambios de palabras o de epítetos, este texto sigue siendo el de la primera edición. Me he resistido incluso a la tentación de añadirle más arte, pensando que el arte sobreañadido no habría podido más que debilitarlo, y que no había que volver a exponerlo al riesgo que se corrió originalmente.

En fin, sólo me resta añadir lo siguiente. ¿Cómo será «utilizado» este libro, con miras a qué propagandas? Me limitaré a responder que existía al margen de la propaganda, que no fue escrito para servir a ninguna.

G.C.

La Herida

No soy ningún manso cordero, de ahí que no sea nada.

STENDHAL

I
El anuncio

> El peligro de esas comunidades (los pueblos) basadas en individuos característicos de una misma especie es la progresiva idiotización por medio de la herencia, la cual sigue, por otra parte, a la estabilidad como si fuera su sombra.
>
> NIETZSCHE

El fuego se incubaba ya en los bajos fondos de Europa, y la Francia despreocupada, con trajes claros, sombreros de paja y pantalones de franela, echaba el cierre a sus equipajes para irse de vacaciones. El cielo era de un azul sin nubes, de un azul optimista, terriblemente caluroso: no cabía temer más que una sequía. En el campo o a orillas del mar haría buen tiempo. Las terrazas de los cafés olían a ajenjo fresco y los zíngaros tocaban en ellas *La viuda alegre*, que hacía furor. Los periódicos estaban llenos de detalles de un gran proceso que tenía en vilo a la opinión pública; se trataba de saber si aquélla a la que algunos llamaban la «Cuajada de Sangre»[4] sería absuelta o condenada, si el tonante Labori, su abogado, y el pequeño Borgia en chaqué, carmesí y rabioso, que nos había gobernado durante algún tiempo (salvado, al decir de algunos), su marido, ganarían la causa. No se veía más allá. Los trenes rebosaban de viajeros y las taquillas de las estaciones despachaban billetes circulares; dos meses de vacaciones en perspectiva para la gente rica.

Una vez tras otra, en ese cielo tan limpio, zigzaguearon enormes relámpagos: Ultimátum… Ultimátum… Ultimátum… Pero Francia dijo, mirando las nubes aborregadas hacia el Este: «Es allí donde habrá tormenta».

Un trueno en el cielo sereno de la Île-de-France. El rayo cae en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

¡Prioridad! El telégrafo funciona sin cesar, por razones de Estado. Las oficinas de correos transmiten telegramas cifrados con carácter de «urgente».

En todos los ayuntamientos se pone el anuncio.

Los primeros gritos: «¡Hay un anuncio!».

La gente en la calle se atropella, se echa a correr.

Los cafés se vacían, y también los almacenes, los cines, los museos, los bancos, las iglesias, los pisos de soltero, las comisarías se vacían.

Toda Francia está delante del anuncio, y lee: «Libertad, Igualdad, Fraternidad-Movilización general».

Toda Francia, alzada de puntillas para ver el anuncio, apretujada, fraternal, chorreante de sudor bajo el sol que la aturde, repite: «La movilización», sin entender.

Una voz entre la multitud, como un petardazo: «¡es la guerra!».

Entonces Francia empieza a arremolinarse, se lanza a través de las avenidas demasiado estrechas, a través de los pueblos, a través de los campos: la guerra, la guerra, la guerra…

¡Oh! ¡Es allá: la guerra!

Los guardias rurales con sus tambores, los campanarios, los viejos campanarios románicos, los esbeltos campanarios góticos, con sus campanas, anuncian: ¡la guerra!

Los centinelas delante de sus garitas tricolores presentan armas. Los alcaldes ciñen sus bandas. Los prefectos se ponen sus uniformes. Los generales hacen acopio de su genio. Los ministros, muy emocionados, muy preocupados, se ponen de acuerdo. ¡La guerra, lo nunca visto!

Los empleados de banca, los dependientes, los obreros, las modistillas, las mecanógrafas, los porteros mismos no pueden ya aguantar en sus sitios. ¡Se cierra! ¡Se cierra! Se cierran las taquillas, las cajas fuertes, las fábricas, las oficinas. Se echan los cierres metálicos. ¡Vamos a ver!

Los militares adquieren una gran importancia y se sonríen ante las exclamaciones. Los oficiales de carrera se dicen: «Ha sonado la hora. ¡Se acabó el pudrirse en los grados subalternos!».

En las hormigueantes calles, los hombres, las mujeres, del brazo, inician una gran farándula ensordecedora, sin sentido, porque es la guerra, una farándula que dura una buena parte de la noche que sigue a ese día extraordinario en el que se ha pegado el anuncio en las paredes de los ayuntamientos.

La cosa comienza como una fiesta.

Los cafés son los únicos que no cierran.

Y se sigue notando ese olor a ajenjo fresco, ese olor del tiempo de paz.

Algunas mujeres lloran. ¿Es el presentimiento de una desgracia? ¿Son los nervios?

¡La guerra!

Todo el mundo se prepara para ella. Todo el mundo va a ella.

¿Qué es la guerra?

Nadie sabe nada de ella…

La última data de hace más de cuarenta años. Sus escasos testigos, a los que distingue una medalla, son unos ancianos que chochean, que los jóvenes rehúyen y que estarían mejor en Los Inválidos. Perdimos la guerra del setenta, no por falta de valor, sino porque Bazaine fue un traidor, piensan los franceses. ¡Ah!, sin Bazaine[5]…

En épocas más recientes, se nos habló de algunas guerras lejanas. La de los ingleses y de los bóers, por ejemplo. Las conocemos sobre todo a través de las caricaturas de Caran d'Ache y los grabados de los grandes ilustradores. El valiente presidente Kruger presentó una decidida resistencia, se le quería, y deseábamos que triunfase, para jorobar a los ingleses que quemaron a Juana de Arco y martirizaron a Napoleón en Santa Elena. A continuación la guerra ruso-japonesa, Port-Arthur. Parece que esos japoneses son famosos soldados; derrotaron a los célebres cosacos, nuestros aliados, que carecían, todo hay que decirlo, de vías férreas. Las guerras coloniales no nos parecen muy peligrosas. Evocan expediciones a los confines del desierto, tiendas árabes saqueadas, los caftanes rojos de los espahí[6], moros disparando al aire sus fusiles adamascados y huyendo a espetaperro con sus pequeños caballos que levantan la arena dorada. En cuanto a las guerras balcánicas, que resultaron providenciales para los reporteros, no nos crearon ninguna preocupación. Europeos del centro como éramos, convencidos de la superioridad de nuestra civilización, consideramos que aquellas regiones están pobladas por gente de baja estofa. Sus guerras se nos antojan peleas de golfos, en los terrenos inconcretos de la periferia.

Lejos de nosotros pensar en la guerra. Para imaginárnosla, tenemos que remontarnos a la Historia, a lo poco que sabemos de ella, lo cual nos tranquiliza. Encontramos en la Historia todo un pasado de guerras brillantes, de victorias, de frases históricas, animado de figuras curiosas y célebres: Carlos Martel, Carlomagno, San Luis instalado a la sombra de un roble a su vuelta de Palestina, Juana de Arco que expulsa a los ingleses de Francia, ese hipocritón de Luis XI que mete a la gente en la cárcel al tiempo que besa sus medallas, el galante Francisco I: «¡Todo se ha perdido, excepto el honor!», Enrique IV, cínico y campechano: «¡París bien vale una misa!», Luis XIV, majestuoso, prolífico en bastardos, todos nuestros reyes, falderos y patrioteros, nuestros elocuentes revolucionarios, y Bayardo Jean Bart, Condé, Turenne, Moreau, Hoche, Masséna…

Y por encima de todo, el gran espejismo napoleónico, en el que el genial corso aparece a través del humo de los cañones, de riguroso uniforme, en medio de sus mariscales, de sus duques, de sus príncipes, de sus reyes escarlata, todos empenachados.

Es cierto que, tras haber agitado Europa por nuestra turbulencia durante siglos, nos hemos vuelto pacíficos al envejecer. Pero cuando se nos busca, se nos encuentra… ¡Hay que ir a la guerra, la suerte está echada! ¡No hay miedo, se irá! Seguimos siendo los franceses de siempre, ¿o no?

Los hombres son imbéciles e ignorantes. De ahí les viene su miseria. En lugar de reflexionar, se creen lo que les cuentan, lo que les enseñan. Eligen jefes y amos sin juzgarlos, con un gusto funesto por la esclavitud.

Los hombres son unos mansos corderos. Es lo que hace posible los ejércitos y las guerras. Mueren víctimas de su estúpida docilidad.

Cuando se ha visto la guerra como yo la acabo de ver, uno se pregunta: «¿Cómo se puede aceptar una cosa así? ¿Qué tratado de fronteras, qué honor nacional puede legitimar semejante cosa? ¿Cómo se puede maquillar de ideal lo que es simple bandidaje, y obligar a admitirlo?».

Se dijo a los alemanes: «¡Adelante con la guerra lozana y alegre! *Nach París*[7] y Dios sea con nosotros, por una Alemania más grande!». Y los buenos alemanes pacíficos, que se lo toman todo en serio, se movilizaron para la conquista, se convirtieron en bestias feroces.

Se dijo a los franceses: «Nos atacan. Es la guerra del derecho y de la revancha. ¡A Berlín!». Y los franceses pacifistas, los franceses que no se toman nada en serio, interrumpieron sus ensoñaciones de pequeños rentistas para ir a batirse.

Y lo mismo ocurrió con los austriacos, los belgas, los ingleses, los rusos, los turcos y a continuación los italianos. En una semana, veinte millones de hombres civilizados, ocupados en vivir, en amar, en ganar dinero, en labrarse un futuro, han recibido la consigna de interrumpirlo todo para ir a matar a otros hombres. Y esos veinte millones de individuos han aceptado esta consigna porque se los había convencido de que tal era *su deber*.

Veinte millones, todos de buena fe, todos de acuerdo con Dios y con su príncipe… Veinte millones de imbéciles… ¡Como yo!

O mejor dicho, no, yo no creí en ese deber. Ya a los diecinueve años no pensaba que hubiera la

menor grandeza en hundirle un arma en la tripa a un hombre, en alegrarme de su muerte.

Pero fui igualmente.

¿Porque hubiese sido difícil actuar de otro modo? No es ésta la verdadera razón, y no debo presentarme mejor de lo que soy. Fui en contra de mis convicciones, aunque de buen grado; no para batirme, sino por curiosidad: para ver.

Por mi conducta, me explico la de muchos otros, sobre todo en Francia.

La guerra lo trastornó todo en unas pocas horas, extendió por doquier esa apariencia de desorden grata a los franceses. Parten sin odio, pero atraídos por una aventura de la que cabe esperar cualquier cosa. Hace muy buen tiempo. La verdad, esta guerra cae muy oportunamente a comienzos del mes de agosto. Los modestos empleados son sus más encarnizados defensores: en vez de quince días de vacaciones van a tener varios meses, a costa de Alemania, para visitar el país.

El abigarramiento de vestimentas, de costumbres y de clases sociales, una fanfarria de clamores, una gran mezcla de bebidas, el impulso dado a las iniciativas individuales, una necesidad de romper cosas, de saltarse barreras y de violar las leyes, hicieron la guerra aceptable al comienzo. Se confundió con la libertad y se admitió la disciplina creyendo poder saltársela a la torera.

Por encima de todo reinaba un clima que tenía algo de verbena, de motín, de catástrofe y de triunfo, un gran trastorno que embriagaba. Se había cambiado el curso diario de la vida. Los hombres dejaban de ser empleados, funcionarios, asalariados, subordinados, para convertirse en exploradores y en conquistadores. Al menos eso era lo que creían. Soñaban con el Norte como si fuera una especie de América, de pampa, de selva virgen, con Alemania como si fuera un banquete, y con provincias devastadas, toneles agujereados, ciudades incendiadas, con el vientre blanco de las mujeres rubias de Germania, con botines inmensos, con todo aquello de lo que la vida habitualmente les privaba. Todos ponían su confianza en su destino, no pensaban en la muerte más que para los demás.

En suma, la guerra no se presentaba nada mal bajo los auspicios del desorden.

En Berlín, los que han provocado esto aparecían en los balcones de los palacios, en uniforme de gala, en la pose en que conviene que sean inmortalizados los conquistadores famosos.

Los que lanzan sobre nosotros a dos millones de fanáticos, armados de cañones de tiro rápido, de ametralladoras, de fusiles de repetición, de granadas, de aviones, de química y de electricidad, resplandecen de orgullo. Los que han dado la señal de la masacre sonríen ante su gloria próxima.

Es el instante en que se debería disparar la primera cinta de ametralladora —y la única— contra ese emperador y sus consejeros, que se creen fuertes y sobrehumanos, árbitros de nuestros destinos, y que no son más que unos miserables imbéciles. Su vanidad de imbéciles pierde al mundo.

En París, los que no han sabido evitar eso, y a los que sorprende y sobrepasa, y que comprenden que los discursos ya no bastan, se agitan, se consultan, aconsejan, preparan a toda prisa comunicados tranquilizadores, y lanzan a la policía contra el fantasma de la revolución. La policía, siempre en activo, se lía a puñetazos con sus semejantes que no son lo bastante entusiastas.

En Bruselas, en Londres, en Roma, los que se sienten amenazados hacen la suma de todas las fuerzas presentes, un cálculo de probabilidades, y eligen un bando.

Y millones de hombres, por haber creído lo que enseñan los emperadores, los legisladores y los obispos en sus códigos, manuales y catecismos, los historiadores en sus historias, los ministros en la tribuna, los profesores en los colegios y la gente de bien en sus salones, millones de hombres forman rebaños sin cuento que unos pastores con galones conducen al matadero, al son de la música.

En unos pocos días, la civilización es aniquilada. En unos pocos días, los jefes han fracasado. Pues su papel, el único importante, era justamente evitar eso.

Si no sabíamos adonde íbamos, ellos, al menos, hubieran tenido que saber adonde conducían a sus naciones. Un hombre tiene derecho a comportarse como un idiota en su propia manera de actuar, pero no respecto a la de los demás.

En la tarde del 3 de agosto, en compañía de Fontan, un compañero de mi edad, recorro la ciudad.

En la terraza de un café del centro, una orquesta ataca *La Marsellesa*. Todo el mundo la escucha de pie y se descubre. Salvo un hombrecillo esmirriado, modestamente vestido, de rostro triste bajo su sombrero de paja, que está solo en un rincón. Un asistente repara en su presencia, se precipita hacia él, y, con el dorso de la mano, le hace volar el sombrero. El hombre palidece, se encoge de hombros y responde: «¡Bravo! ¡Valiente ciudadano!». El otro le conmina a levantarse. Él se niega. Se acercan unos viandantes, los rodean. El agresor continúa: «¡Insulta usted al país, y no pienso tolerarlo!». El hombrecillo, muy blanco ahora, pero obstinado, responde: «Pues a mí me parece que insultan ustedes a la razón y yo no digo nada. ¡Soy un hombre libre, y me niego a saludar la guerra!». Una voz exclama: «¡Partidle la boca a este cobarde!». Se producen empujones detrás, se alzan bastones, se derriban mesas, se rompen vasos. La aglomeración, en cuestión de instantes, se vuelve enorme. Los de las últimas filas, que no han visto nada, informan a los recién llegados: «Es un espía. Ha gritado: "¡Viva Alemania!"». La indignación subleva a la multitud, la hace precipitarse hacia delante. Se oyen ruidos de golpes sobre un cuerpo, gritos de odio y de dolor. Al fin acude el cafetero con su servilleta en un brazo y aparta a la gente. El hombrecillo, caído de su silla, está tendido entre los escupitajos y las colillas de los parroquianos. Su rostro tumefacto está irreconocible, con un ojo cerrado y negro; un hilillo de sangre corre de su frente y otro de su boca abierta e hinchada; respira con dificultad y no puede levantarse. El cafetero llama a dos camareros y les ordena: «¡Lleváoslo de aquí!». Le arrastran más lejos por la acera, donde le dejan tirado. Pero uno de los camareros vuelve, se inclina y le sacude con aire amenazador: «Dime, ¿y de la consumición qué?». Como el pobre desgraciado no responde, le registra, le saca del bolsillo del chaleco un puñado de monedas entre las que elige algunas, poniendo a la multitud por testigo: «¡El muy cerdo se había largado sin pagar!». La gente aprueba: «¡Estos individuos son capaces de todo!». «¡Por suerte le han desarmado!». «¿Iba armado?». «Ha amenazado a la gente con su revólver». «¡La verdad es que somos demasiado buenos en Francia!». «¡Los socialistas hacen el caldo gordo a Alemania, no hay que tener piedad con estos tipejos!». «Los supuestos pacifistas son unos majaderos. ¡Esta vez no será como en el setenta!».

Para festejar esta victoria, se pide cantar de nuevo *La Marsellesa*. La gente la escucha mientras mira al hombrecillo sangrante y manchado, que gimotea débilmente. Observo cerca de mí a una mujer pálida y bonita, que murmura a su compañero: «Este espectáculo es horrible. Ese pobre hombre ha

tenido valor…». El otro le responde: «Un valor de idiota. Uno no puede enfrentarse a la opinión pública».

Le digo a Fontan:

—Aquí tienes la primera víctima de la guerra que vemos.

—Sí —dice él pensativamente—, ¡hay mucho entusiasmo!

Soy testigo silencioso del gran frenesí.

De un día para otro, los civiles disminuyen, se mudan en soldados apresuradamente ataviados, que recorren la ciudad para disfrutar de sus últimas horas y hacerse admirar, sin abotonarse ya la guerrera desde que hay guerra. Por la tarde, los que han empinado demasiado el codo provocan a los transeúntes, tomándolos por alemanes. Los viandantes ven en ello una buena señal y aplauden.

Por todas partes se oyen marchas de guerra. Los viejos señores sienten nostalgia de su juventud, los niños detestan la suya, y las mujeres se lamentan de no ser más que mujeres.

Yo voy a mezclarme con la multitud que abarrota las inmediaciones de los cuarteles, unos cuarteles sórdidos que se han convertido en los acumuladores de la energía nacional. Veo salir de ellos a regimientos que parten. La multitud los envuelve, los estrecha, los adorna con flores y los emborracha. Cada fila arrastra a grupos de mujeres en estado de delirio, desmelenadas, que lloran y ríen, y ofrecen su talle y su pecho a los héroes, así como a la patria, que besan los rostros húmedos de los rudos hombres en armas y gritan su odio, que las desfigura, contra el enemigo.

Veo desfilar a los jinetes, aristócratas del ejército. Los pesados coraceros, cuyo torso deslumbra al sol, masa irresistible cuando es lanzada a todo galope. Los dragones, parecidos con sus cascos emplumados, sus lanzas y sus oriflamas a justadores de la Edad Media que se prepararan para el torneo. Los cazadores que caracolean y hacen cortesías vestidos con su uniforme azul claro, los cazadores ligeros de la vanguardia, que surgen de un pliegue del terreno para soltar sablazos a un destacamento u ocupar por sorpresa un pueblo. La artillería hace temblar las casas; se dice que los cañones de 75 hacen veinticinco disparos por minuto y dan en el blanco al tercer obús. Se mira con respeto la boca silenciosa de los pequeños monstruos que en unos días van a despedazar a divisiones.

Los zuavos y los soldados del ejército colonial, atezados, tatuados, feroces, sin doblarse bajo sus enormes mochilas, y que exageran sus rictus de individuos sin opinión, obtienen un enorme éxito. La gente piensa que son unos bandidos, que no darán cuartel; inspiran confianza. Y he aquí a los negros, que resultan reconocibles de lejos por los dientes blancos en sus rostros oscuros, los negros pueriles y crueles, que decapitan a sus adversarios y les cortan las orejas para hacerse amuletos con ellas. Este detalle regocija. ¡Buenos negros! Se les da de beber, se los ama, se ama ese olor fuerte, ese olor exótico a Exposición que, a su paso, queda flotando en el aire. Ellos se sienten felices, felices de merecer de repente la amistad de los hombres blancos, y porque se figuran la guerra como una bámbula de su país.

Se prohíbe el paso a las estaciones. Sus alrededores parecen campamentos, de tan atestados como están de pabellones de armas, de tropas que aguardan su turno para subirse a los convoyes

estacionados a lo largo de los andenes. Las estaciones son corazones a los que afluye toda la sangre del país, que lanzan a plenas arterias, a plenas vías férreas, hacia el Norte y el Este, donde los hombres con calzones de un rojo vivo pululan como glóbulos rojos. Los vagones llevan escritas estas palabras, trazadas con tiza: «Destino: Berlín». Los trenes parten hacia la aventura y cubren los campos de clamores, más alegres aún que belicosos. En todos los pasos a nivel les responden gritos y se agitan pañuelos. Se dirían trenes de placer, a tal punto los hombres que van en ellos son locos e inconscientes.

En toda Europa, desde los confines de Asia, ejércitos, seguros de combatir por una buena causa y de vencer, están en camino con la impaciencia de medirse contra el enemigo.

¿Quién tiene miedo? ¡Nadie! Nadie aún…

Veinte millones de hombres, que cincuenta millones de mujeres han cubierto de flores y de besos, se apresuran hacia la gloria, con canciones nacionales que entonan a pleno pulmón.

Los ánimos están bien drogados. La guerra está en la buena senda. ¡Los hombres de Estado pueden sentirse orgullosos!

II
La instrucción

Llovía por la mañana cuando fui a presentarme al equipo de reconocimiento, que tenía su sede en el ayuntamiento de mi distrito. Previendo que el vestuario sería insuficiente, había cogido unas ropas viejas, las más sucias que me quedaban. Afrontaba esta exhibición no sin cierta irritación, pues me parecía vejatorio que un hombre vestido pudiera, con toda tranquilidad, examinarme completamente desnudo y emitir un juicio sobre mi anatomía, aprovechándose del estado de inferioridad en que me ponía esta situación. Encuentro injusto que en esta circunstancia se pidiera todo a mi cuerpo, que normalmente la sociedad me exigía ocultar, y que las facultades mentales no fuesen de ninguna ayuda en este asunto. Consideraba que un juicio sobre tales bases condenaba ya al sistema militar. En fin, sin ser, en modo alguno, deforme, no estaba seguro de que las proporciones de mi cuerpo fueran perfectas (al no haber sido juzgado éste, y sólo en contadas ocasiones, más que por mujeres, que no eran expertas en la materia), y me habría molestado que delante de él se hiciera alguna mueca burlona.

Yo siempre había esperado, gracias a algún medio de última hora, librarme del servicio militar, de su disciplina ultrajante, y ese día de diciembre, por el contrario, mi única inquietud era verme rechazado. En efecto, llevábamos ya varios meses de guerra, y empezaba a temer que se terminase sin haber tenido ocasión de ir. No veía en la guerra ni una carrera ni un ideal, sino un espectáculo, del mismo orden que un *rally* de coches, una semana de la aviación o una competición de atletismo en un estadio. Estaba lleno de una consciente curiosidad, y, pensando que la guerra sería el espectáculo más extraordinario de la época, no quería perdérmelo.

La ceremonia fue de lo más breve, y los médicos militares mostraron en ella una discreción distraída. Su patriotismo consistía en dar el visto bueno a todos los cuerpos, enclenques o no, para alimentar el frente. Un individuo tenía que clamar sin pudor sus taras para que ellos, con aire de sospecha, le examinasen.

Nos hicieron desvestir en una angosta antesala, donde los cuerpos desnudos se tocaban, y no tardó en crearse una atmósfera de baño turco. Luego entramos, un tanto torpes, en el cuarto oscuro, con las paredes llenas de clasificadores, donde estaban los médicos, rodeados de sus asesores, los chupatintas del ayuntamiento. Yo sólo tenía ganas de acortar aquel examen irrisorio. Cuando dijeron mi nombre, me tallaron y luego subí rápidamente a la balanza.

Un médico leyó mi ficha:

—Jean Dartemont, metro setenta y dos, sesenta y siete kilos. ¿Es usted?

—Sí, señor.

—Apto para el servicio. El siguiente…

Tuve que rebuscar en un amontonamiento de calcetines, de zapatos y de camisas para reunir mis ropas. Una vez que estuve vestido, me fui corriendo a la ciudad, alegre y bastante orgulloso en el fondo de ser apto para hacer de soldado, de no pertenecer a esa categoría de ciudadanos despreciados que se veía todavía en la retaguardia, en la flor de la edad. Sin sospecharlo, era un

poco víctima del estado de ánimo general. Además, la integridad física siempre me había parecido uno de los mejores bienes, y veía confirmada la mía por la decisión del médico militar.

Anuncié la buena nueva a mi familia, que la hizo de inmediato pública con orgullo, lo que le valió un tributo de estima. La anuncié igualmente a una muchacha que trataba de soñar conmigo en el futuro, muy inútilmente, pero yo la desalentaba de un modo excesivamente cariñoso.

Durante una fría tarde de diciembre de 1914, el tren de reclutamiento trajo a la guarnición su contingente de jóvenes. Nos presentamos en masa en el cuartel. Pero el centinela nos prohibió la entrada y alertó a los suboficiales. Un sargento, luego un ayudante, asustados por nuestro número, corrieron a dar aviso a un comandante, que no tardó en llegar, descontento de que se le hubiese molestado. Inquirió:

—Pero ¿esto qué es?

—La quinta del 15 que llega, mi comandante.

—¿Y qué quieren que haga yo con ellos a las seis de la tarde? —declaró jurando aquel jefe.

—Podemos marcharnos… —propuso una voz en la sombra.

—¡Silencio! —exclamó el sargento.

El jefe del acuartelamiento y los furrieles, a quienes se hizo venir a toda prisa, declararon que no habían previsto nada, al no haber sido informados de nuestra llegada, que carecían de víveres, de jergones y de mantas. El comandante reflexionó y tomó una decisión enérgica:

—¡Me importa un carajo! —dijo a los furrieles—. Que estos hombres reciban alimento y estén alojados en dos horas. ¡Apañároslas!

Y se largó. Hubo algunos comentarios por nuestra parte.

—¡Tiene gracia, la verdad, este comandante!

—Esto tiene pinta de estar bien organizado.

La mayoría decidió seguir de paisano por una noche más y volver al día siguiente. Nos fuimos a hacer un reconocimiento de la ciudad.

El gran desorden reinante por entonces en los cuarteles nos hizo la vida llevadera. Como es natural, nosotros explotábamos dicho desorden lo mejor posible, y no tardamos en adaptarnos a las astucias propias del oficio de soldado, como falsos permisos, falsas llamadas y falsas enfermedades. Los suboficiales eran demasiado pocos numerosos para refrenarnos, y, novios de la guerra en un futuro próximo, estábamos totalmente decididos a pasarlo bien en la guarnición y a no tolerar que se nos tratase como a simples reclutas. La ausencia de veteranos, lo cual llevaba aparejado el olvido de las tradiciones cuarteleras, favoreció aún más nuestra insumisión, y no tuvimos que sufrir ninguna de las novatadas de los tiempos de paz.

El primer mes de servicio pareció una mascarada. Como los almacenes carecían de prendas militares, simplemente se nos habían distribuido unos pantalones de traje de faena y unos blusones que no recubrían del todo nuestros trajes de paisano. También había falta de gorras y de quepis, y

muchos habían conservado su antiguo cubrecabeza. Se vio circular a soldados con bombín, y un bromista se hizo célebre descubriéndose con un amplio gesto e inclinándose graciosamente al paso de los oficiales. Fue con este traje de etiqueta con el que se nos enseñó las muestras exteriores de respeto y los primeros rudimentos de esa disciplina que supone la principal fuerza de los ejércitos, a la que nosotros opusimos una alegre resistencia. Pues nuestros disfraces impedían que nos tomásemos nada muy en serio, y, recordando que las circunstancias eran excepcionales, desarmaban la ira de los jefes. Por otra parte, nuestros instructores eran por lo general cabos de la quinta anterior, formada en tres meses, que no estaban lo bastante convencidos de la eficacia guerrera de los movimientos que ejecutábamos.

Esta instrucción se nos antojaba un simulacro inútil, que no podía tener nada en común con las aventuras que nos aguardaban, aventuras cuya perspectiva no nos preocupaba, pero que nosotros reclamábamos por anticipado para emanciparnos.

Se remonta a esta época una prueba que hubiera podido tener repercusión en mi vida y cambiar totalmente mi carrera militar.

Llevábamos diez días de soldados cuando la superioridad invitó a los mandos de las unidades a designar a los hombres aptos para pasar el examen de candidatos al curso de alumnos oficiales. A nosotros correspondía hacer valer nuestros títulos ante nuestros inmediatos superiores.

Se planteaba la cuestión de saber si yo participaría en la guerra como soldado o como oficial. Verdad es que, de conseguir unos galones, me adheriría en cierta medida al ejército, al que detestaba instintivamente, como a todo cuanto limita al individuo y lo absorbe en la multitud, y que ello me ponía en contradicción conmigo mismo. Pero ya sentía, fuera cual fuese mi situación, que iba a perder mi libertad, y que siguiendo como soldado tendría que sufrir más duramente la disciplina, intrusión intolerable en mis ideas, que yo consideraba como mis propios derechos. Encontraba excesivo, en aras de una discutible lealtad, subordinarme a unas autoridades subalternas y groseras que mi razón aborrecía, y sentía ganas asimismo de liberarme de los servicios, de determinados trabajos físicos por los que sentía una repugnancia natural. Por último me dije que el papel de oficial, al conferirme a veces la iniciativa y la responsabilidad, haría mi tarea más útil e interesante. No me imaginaba, por otra parte, de forma clara lo que podía ser un mando en medio del fuego, pero me creía con la dignidad, el pudor o el orgullo suficientes para asumir las obligaciones que ello entrañaba. Me parecía que un valor individual, que yo creía sentir confusamente, haría las veces de valor militar, e incluso sería superior a él. Pues tenía por el valor estrictamente militar una gran desconfianza. Tras haber debatido así conmigo mismo, me inscribí.

En el examen escrito nos propusieron este tema profético: «Exponer los orígenes históricos de la guerra actual, prever su desarrollo, su final y sus consecuencias», y nos tuvieron tres horas encerrados para agotar este amplio tema. Poco versado en Historia, salí del paso con un lirismo imitado de nuestros más grandilocuentes patriotas, infamé a los imperios centrales, exalté nuestro valor, el de nuestros aliados y concluí con un triunfo no muy lejano que asombraría al mundo y lo salvaría de la barbarie. Este brillante fragmento me valió el ser clasificado cuarto de los ciento

cincuenta candidatos participantes, justo detrás de un excompañero de colegio, brillante alumno, ya admitido en la École Centrale de París. Pensé que la partida estaba ganada.

Pero quedaba el examen oral. Un día de tiempo glacial se nos reunió, con la curiosa indumentaria consabida, en el Campo de Marte. Tras una larga espera, vimos llegar un automóvil con banderín. Bajó de él un coronel, que avanzó con la varonil seguridad que confiere la certeza de no ser nunca contradicho. Este oficial superior, de frondoso bigote, cejas pobladas, tez tostada de ocioso habitante al aire libre, respiraba energía. También la buscaba y pensaba encontrarla en la vehemencia de los apostrofes en un campo de maniobras.

Con su mirada habituada a juzgar a los hombres por su manera de alinearse, el lustre de las botas y lo largo que llevaban el pelo, recorrió nuestra fila y decidió:

—¡Vamos a comprobar quiénes tienen aptitudes militares!

La prueba comenzó al punto. Se nos exigió que hiciéramos maniobrar una sección. Ignorantes de todo, fuimos sumamente torpes. Pero, como se había empezado por los primeros, los que habían estado a punto de suspender en el escrito, tras dos horas de demostraciones, lograron captar finalmente esa entonación falseada que confiere fuerza a un mando. Una vez que se hubo terminado, un oficial alargó al coronel un paquete de copias.

—Mi coronel, aquí tiene las pruebas escritas.

—¡Dejemos el papeleo, ya he tomado mi decisión! —repuso este perspicaz jefe.

En efecto, al día siguiente se designó a veinte candidatos, cuidadosamente elegidos entre los últimos.

Esta decisión de un coronel tan experto conocedor de hombres puso fin a mis ambiciones y me relegó al rango de soldado, que decidí, para tomar mis represalias contra la mentecatez, no abandonar ya. Fue entonces cuando se me designó de oficio para formar parte del pelotón de los alumnos cabos, en el que se me mantuvo pese a mis protestas. En él reencontré felizmente a muchos compañeros de estudios y pasamos alegremente el tiempo al margen de los ejercicios. Ésta camaradería fue el único beneficio que había de sacar de ello, pues nunca fuimos ascendidos a cabos.

He aquí por qué, tras un año de vida militar, sigo siendo soldado. Son muchos los que están en mi caso, los cuales habrían podido hacer más de haber sido utilizados de mejor modo. No lamento nada, sino que simplemente constato que fue el ejército el que, por mediación de un coronel irrebatible, rehusó el ofrecimiento que yo le había hecho de mi buena voluntad.

Al bucear en mis recuerdos encuentro un hecho que había olvidado y que, en su momento, me irritó. Hoy lo veo de modo distinto y reconsidero esta irritación.

Llevaba en el regimiento tres semanas cuando me llamaron a la oficina de la compañía. Encontré a nuestro viejo capitán, bastante paternal por cierto, que me preguntó:

—¿Qué le pasa, amigo, no se siente bien?

—Pues sí, mi capitán —dije, asombrado.

—¿Sí?, ¿de veras?, ¿está seguro?

—¡Absolutamente!

—Dígame, ¿qué significa entonces esta carta?

Leí:

Distinguido señor comandante:

Me permito llamarle la atención sobre mi nieto, el soldado Jean Dartemont. Este niño, por quien he velado largo tiempo, ha sido siempre débil, y estoy segura de que no podrá soportar las fatigas de una campaña. Es una pena muy grande, en los tristes días que vivimos, que no se tenga en cuenta la salud de nuestros niños, de cuyo entusiasmo e inexperiencia se abusa. No debería mandarse a la guerra más que a los que son fuertes (sic,) y no exponer a los jóvenes demasiado delicados que, incapaces de resistir las emociones intensas, no serán en ella de provecho alguno. Cada uno debe servir a su patria en la medida de sus posibilidades, y mi nieto, que es instruido, prestaría seguramente mejores servicios en las oficinas. Sé que ese niño no se atreverá a quejarse; por eso, con la autoridad que me dan los años y las desgracias que he visto a mi alrededor, le escribo, señor comandante, para que tome las oportunas disposiciones justificadas por su frágil constitución…

Yo me encogí de hombros, con humor.

—¿Entonces? —preguntó el capitán.

—Son las típicas exageraciones de una abuela. ¡Qué voy a ser tan débil!

—Así pues, ¿no tiene ninguna queja, nada que pedir?

—Absolutamente nada, mi capitán.

—Está bien. ¡Puede retirarse!

Me observó sonriendo mientras me iba. Yo estaba furioso por esta torpe intervención y porque se hubiera podido creer que había incitado a mi abuela a interceder de este modo. Murmuré: «¡Sigue siendo la misma, siempre con miedo a todo!». Pensaba en sus recomendaciones cuando pasaba las vacaciones en su casa, en sus temores cuando disparaba con el pistolete al fondo del jardín, cuando cruzaba el río en barca. Para ir a bañarme tenía que esconderme, y esconderme también para faltar a misa. Me dije: «¿Cuándo me dejarán tranquilo?», metiéndola así en el mismo saco que al resto de la familia, cosa que no me pasaba generalmente, pues le estaba agradecido por su afecto, quizá inquieto, pero dulce y profundo.

Hoy me avergüenzo de mi ira. Cierto que mi abuela, al escribir aquello, no se mostraba en absoluto espartana y su confesor hubiera podido incluso reprocharle faltar a la resignación cristiana. Pero me doy cuenta de que su temor ante los acontecimientos era más humano, estaba más cerca de la verdad que la bonita actitud de esas gentes a las que el valor costaba poco, puesto que lo ejercían en detrimento ajeno. Su corazón desfalleciente le permitía imaginar lo que sería para mí, que no lo sospechaba, la guerra, y temía ver correr ese riesgo, ver sufrir en ella a los que quería. Anteponía mi seguridad a toda vanidad y prefería decididamente mi vida a cualquier tipo de convencionalismo. Y su carta, que mi ignorancia me había hecho considerar ridícula, me parece ahora la mejor razón que la buena anciana me haya dado jamás para quererla.

No existe para mí un estadio intermedio entre el placer y el aburrimiento. Ahora bien, no puedo hacer bien más que aquello que hago con placer, y no puedo encontrar placer más que en una función que me ocupa la mente. De todas, la condición militar es aquélla en la que menos uso se hace de la mente. Es preciso que sea así para que el ejército pueda reclutar sus cuadros y reconstituirlos fácilmente cuando se ven diezmados. Toda la fuerza del ejército reside en el principio del *firmes*, que anula en los subordinados la facultad de raciocinio. Es una necesidad comprensible. ¿Qué sería del ejército si a los soldados se les ocurriese preguntar a los generales adónde los llevan y se pusieran a discutir el asunto con ellos? Esta pregunta incomodaría a los generales, pues un jefe no debe verse jamás obligado a responder a un inferior: «¡No lo sé más que tú!».

Ocurre que, tras un año de vida militar, me digo que soy un mal soldado, y lo deploro, como deploraba en otro tiempo ser un mal alumno. No puedo decididamente plegarme a ninguna regla. ¿Soy merecedor por ello de una condenación? ¿Acaso el hecho de no haber aceptado los principios que me han enseñado es una tara? Creo que en general es un bien y que estos principios son funestos. Pero viendo a todo el mundo unido contra mí, seguro de sus convicciones, a veces me entran dudas: tengo mis debilidades como cualquier hijo de vecino y cedo ante la opinión pública… Temo no ser apto para esta guerra que no pide sino pasividad y aguante. ¿No sería preferible para mi tranquilidad ser un combatiente convencido, como los hay? (pero ¿acaso he encontrado nunca alguno?), ¿luchando ferozmente por su patria y persuadido de que la muerte de cada enemigo que mata le hace ganar indulgencias ante su dios? Tengo la desgracia de no poder actuar sino en virtud de un móvil que mi razón apruebe, y mi razón rehúsa cualquier tutela que quiera imponérsele. Mis maestros, en otro tiempo, me reprochaban mi independencia; más tarde, comprendí que lo que temían era mi juicio y que mi lógica de adolescente sacaba a relucir cuestiones que ellos habían decidido mantener en la sombra. Pero hoy día tales tutelas son más fuertes, y los que las ejercen quizá me harán matar.

En el depósito de reclutas, una vez terminada nuestra instrucción en el pelotón, se nos había nombrado soldados de primera (los nombramientos de cabos no debían hacerse más que en el frente) y confiado a cada uno una escuadra[8]. Yo, por mi parte, mandaba a veinticinco hombres. Nunca conseguí interesarme por ese mando, o sea, comprobar el lustre de las culatas de fusil, la alineación de los botones, la simetría de los equipos, acosar a unos hombres para hacerles sentir su dependencia y mi superioridad, imponer a otros lo que, en su lugar, yo habría sufrido. Se requiere una cierta mediocridad para tomarle gusto a tales cosas, y los que, por encima de mí, lo tenían, no tardaron en darse cuenta de que yo no era de los suyos. Se vengaron de ello designándome para la primera salida hacia el frente. Yo notaba en su actitud una amenaza que no había de comprender hasta más tarde. En el momento, me reí de esta preferencia fatal y vi en ello una contradicción (que, sin embargo, hubiera tenido que iluminarme) con la doctrina del ejército: si el honor está en el peligro, ¿por qué me mandaban a mí antes que a los que más lo merecían? Pero yo había decidido ir al frente. Cuanto antes mejor, ya empezaba a estar harto de ese régimen de retaguardia que volvía insensiblemente a los

rigores del cuartel.

Nuestra partida fue alegre. Nos habían distribuido equipos nuevos y uniformes azul horizonte[9] de un modelo nuevo, con los que nos volvimos coquetos. Tuvimos cuarenta y ocho horas para pasearnos por la ciudad y leer en la mirada de las mujeres el cariñoso interés que les merecían nuestra juventud y nuestra intrepidez. Eramos bastante fatuos respecto a una y a otra.

Me despedí de una persona que había tenido conmigo bondades y la indulgencia de una persona mayor que yo, conocedora por experiencia de la ingratitud de los hombres y de que no hay que pedirles demasiado. Sabiendo que no era en mi vida más que un ave de paso, no le había hecho ninguna pregunta sobre su pasado (que yo veía bastante turbio) y, en dos meses, no había conocido de ella nada más que su nombre de pila, indispensable para el diálogo. Es decir, que mi fuerza estaba intacta, destinada a otras metas, y que no se había visto disminuida por los necios enternecimientos que pueden debilitar un corazón viril. Me separé de esta cómoda mujer con decisión, sin ningún pesar ni intención de volver con ella. Creo que habría rehusado dedicarle una semana, que habría incluso sacrificado la vanidad de sentirme amado a mi deseo de ir a visitar un campo de batalla, de conocer, por fin, lo que pasaba allí. Yo no seguía viendo más que lo pintoresco de la guerra.

Diez meses después de la quinta del 14, partimos para el frente, dando muestras de gran aplomo, y la población, un tanto hastiada, no por ello dejó de festejarnos muy honradamente porque apenas si teníamos diecinueve años.

III
La zona de los ejércitos

Nuestra llegada al círculo encantado fue una desilusión. Al descender del tren, en pleno campo, tuvimos que realizar una larga etapa bajo la lluvia, durante la cual nuestros bonitos equipos, nuestras mochilas completas, nuestros cartuchos y nuestros pertrechos nos pesaron mucho. Al caer la noche, llegamos a una gran mansión bastante noble, cuya escalinata estaba cubierta de brillantes oficiales. Pero se nos hizo levantar nuestras tiendas en los esponjosos céspedes, a la sombra de los árboles del parque chorreantes de agua. Este quehacer, para el que éramos inhábiles, nos llevó mucho rato y lo terminamos ya a oscuras. Luego, ya mojados, tuvimos que dormir en ese terreno pantanoso.

Al día siguiente, se nos destinó a un batallón de marcha. Tales batallones constituían canteras humanas, que el mando desplazaba paralelamente a la línea de fuego para llevarlos a los lugares amenazados, a fin de que pudiera contarse con refuerzos inmediatos. Tales batallones podían compararse asimismo a almacenes del frente, donde se dejaba a los que habían sufrido heridas leves y a los enfermos que salían de los puestos de sanidad. Estos heridos, veteranos, eran reconocibles por sus uniformes descoloridos, por su fingida sumisión y por su aire preocupado. Los suboficiales tenían más consideración con ellos.

Se me concedió el formar parte de la misma escuadra que mi compañero Bertrand, con el que había seguido al pelotón y que era, como yo, soldado de primera. Pero pronto nos dimos cuenta de que este galón no gozaba allí de crédito alguno, que nos condenaba únicamente al ridículo, y decidimos prescindir de él con un corte de cuchillo. No fue sin embargo lo bastante pronto como para que nuestro cabo no se hubiese dado cuenta y no nos tomase ojeriza. Veía sin duda en ese galón un principio de ascenso que amenazaba su poder. Nos tuvo en el punto de mira y los dos desgraciados soldados de primera, incluso degradados, se convirtieron en el triste objeto de su saña y de sus vejaciones. Debo decir que me concedió la preferencia a mí. Bertrand era de carácter más bien bonachón y de rostro poco expresivo, al ser sus sentimientos menos violentos. Mi rostro, por el contrario, por el asco que reflejaba, era un perpetuo desafío a nuestro superior. Sólo cabe definir a ese suboficial, cuyo nombre he olvidado, con este término: un bruto. Su facha no permitía llamarse a engaño al respecto e inspiraba repulsión: una cara ancha y roja, un cráneo achatado, una nuca gruesa, un torso poderoso pero feo, unas piernas delgadas cuyas rodillas se rozaban, abierto de pies, unos puños monstruosos, tenía algo de plebeyo en la mirada, y una voz de carretero borracho. Nos mandaba con indignante grosería, y se jactaba permanentemente de su coraje. Más tarde pudimos comprobar que carecía de él.

Siempre es fácil en el ejército perseguir a la gente y cogerla en falta. Personalmente, yo ofrecía el flanco porque, poco entrenado, el cansancio me abrumaba hasta el punto de que descuidaba más que nunca el mantenimiento de mi armamento y los detalles de mi indumentaria. Sobre todo era un pésimo marchador. Nuestro verdugo se percató de ello y no dejó nunca, con ocasión de un desplazamiento, de hacerme cargar con un fardo suplementario. Mandaba colocar en mi mochila una marmita con la carne de la escuadra. Esos pocos kilos en voladizo eran un suplicio. No tardé en tomar la decisión de

ir a la cuneta tras el segundo descanso. Tumbado boca arriba, dejaba partir a la columna y esperaba que pasase uno de los numerosos convoyes que atraviesan las carreteras. Saltando de un furgón a otro, terminaba la etapa cómodamente. En cierta ocasión, mi mochila, cayendo de un arcón de artillería al que me había agarrado como una lapa, se deslizó bajo las ruedas. La marmita acabó triturada, y, por la noche, la escuadra no pudo comer. No se me confió más la carne.

Abrir letrinas, barrer acantonamientos, rellenar jergones eran ocupaciones que no nos permitían el descanso. Lo hacíamos con una indolencia risueña y una torpeza nunca desmentida. Nuestro buen humor se veía sostenido por la idea de que el lugar no brindaba recurso alguno y que lo mismo daba pasar el tiempo juntos, ingeniándonoslas para sabotear un trabajo o eternizarlo, y afectar que ello nos gustaba. Al final, nos apasionó. Cuando se llamaba a los hombres para tareas pesadas, habíamos adquirido la costumbre de declamar el fragmento de Cicerón: «*Quid abutere, Catilina, patienta riostra*?». Nuestro jefe, la primera vez que oyó estas palabras, oliéndose una rebelión, exclamó: «Pero ¿qué coño decís?». A lo que yo respondí, con gran dulzura: «No es tarea mía, cabo, enseñarle latín».

Tanto insistió que al final perdí la paciencia. Vuelvo a ver el lugar. En una planicie desértica castigada por un sol de justicia de junio, la mitad de nuestra sección estaba haciendo ejercicios a las órdenes de Catilina (le había quedado el nombre). Sin más razones que su odio, había mandado descanso a mis camaradas y a mí me hacía realizar solo los agotadores movimientos de la esgrima a la bayoneta: ¡apunta!, ¡acomete!… La fuerza tiene unos límites que él no tenía en cuenta, y esta prueba era una especie de duelo en el que yo por fuerza había de acabar sucumbiendo. Pues bien, sabía que era muy capaz, cuando yo no pudiera mover más los brazos, de provocarme acusándome de insubordinación. Pero lo que más me exasperaba era su asquerosa jeta. Eché a andar súbitamente hacia él, con mi bayoneta calada, y, apuntándola contra su pecho, le dije: «¡Mira que te…!». No sé si le hubiera matado. Él, al ver mi expresión, no lo dudó. Palideció y se calló, y toda la semisección, temblando, comprendió que estaba vencido.

En ese momento, en el que me comporté como un irresponsable, me arriesgué a acabar en presidio. ¡A qué nos lleva el honor! Pero este gesto insensato, que habría podido perderme, puso fin a nuestra persecución. Ese cabo intentó en lo sucesivo brindarnos su amistad. Le dimos a entender que su odio nos repugnaba menos y que, por otra parte, no le temíamos. Pero ese bruto nos había estropeado nuestro primer mes en el frente y hecho sentir asco anticipadamente de la nueva vida que esperábamos.

Durante varias semanas se nos paseó en todas las direcciones. Cocinábamos al aire libre y vivíamos en tiendas de campaña. Me acuerdo sobre todo de dos marchas. La una, de día, durante la cual tuvimos que soportar un fuerte calor. Nuestro batallón se disgregó por entero y se dispersó a lo largo de las carreteras en grupos de hombres cojos, y como insolados, que se arrastraban con esfuerzo, esperaban en los campamentos y asaltaban los convoyes para hacerse transportar. Fiel a mi principio, yo había abandonado las filas desde un comienzo. Sabiendo que no podría ir hasta la meta, me decía que era mejor no esperar a estar agotado. Esa etapa, al final, se pareció a una desbandada.

La segunda marcha duró doce horas y fue durante la noche. Partimos de improviso. Todo el batallón estaba somnoliento y marchábamos con los ojos cerrados, tropezando los unos con los otros. A cada alto, nos dormíamos en los ribazos. Las marchas nocturnas son terribles, porque no es posible fijar la mirada en nada ni tampoco distraer la mente, que a su vez distrae al cuerpo del cansancio. Éramos arrojados en todo momento en los arcenes por unos arcones de artillería que pasaban a gran velocidad, filas de camiones y de pesados autobuses de avituallamiento, que no tenían la menor consideración con las titubeantes columnas de infantería. Estos vehículos levantaban tolvaneras de un polvillo blanco, que se nos pegaba en los rostros sudorosos, volviéndolos crujientes como esmalte. Eramos una tropa de fantasmas y de ancianos, que no sabían más que gritar: «¡El descanso!». Pero unos silbidos siempre nos volvían a poner en pie, desencadenaban nuestro doloroso mecanismo de portadores de fardos, y parecía que avanzásemos, no ya para cubrir una etapa, sino para alcanzar los confines de esa noche, desplegada sobre la tierra hasta el infinito.

Fuimos sacados de este sopor por un abrasamiento del mundo. Acabábamos de salvar una cresta, y el frente, delante de nosotros, rugía con todas sus bocas de fuego, llameando cual fábrica infernal, cuyos monstruosos crisoles transformasen en lava sangrante la carne de los hombres. Nos estremecimos sólo de pensar que no éramos más que hulla destinada a alimentar aquel horno, que aquellos soldados luchaban contra la tempestad de hierro, el rojo ciclón que incendiaba el cielo y sacudía los cimientos de la tierra. Las explosiones eran tan densas que no formaban más que un solo resplandor y ruido. Se hubiera dicho que en el horizonte inundado de gasolina habían echado una cerilla, que algún genio maléfico mantenía vivas aquellas diabólicas llamas de ponche y se reía en su nube para festejar nuestra destrucción. Y para que nada faltase en aquella fiesta macabra, para que una oposición acentuase mejor su sentido trágico, se veían ascender graciosos cohetes, como flores de luz, que se abrían en lo alto de aquel infierno para volver a caer, moribundos, con una estela de estrella. Estábamos alucinados por aquel espectáculo, cuyo angustioso significado sólo conocían los veteranos. Fue mi primera visión del frente desencadenado.

Fue al día siguiente cuando, al sentir un picor, metí la mano en mis pantalones, donde algo blanco se incrustó debajo de mi uña. Saqué mi primer piojo, pálido y gordo, cuya vista me hizo esbozar una mueca de asco. Me fui a esconder detrás de un seto e inspeccioné mis ropas. El insecto tenía compañía, y, en las costuras, descubrí los puntitos blancos de sus huevos. Aunque estaba infestado, tenía que conservar sin embargo esas ropas repugnantes, aguantar los cosquilleos y las picaduras de la piojera, a la que mi imaginación veía constantemente activa. La inmunda familia debía prosperar a partir de ahora durante meses sobre mi cuerpo, y mancillar mi vida íntima con su pulular. Este descubrimiento me desmoralizó y me hizo odiar la soledad, acosado ahora por el jabardillo de los parásitos. Los piojos marcaban la caída en la ignominia y un hombre no podía escapar a esta roña de la guerra más que si veía correr su sangre. Los héroes eran sórdidos como los frecuentadores de los albergues nocturnos, y sus acantonamientos, más sucios que dichos albergues, eran también mortales.

La retaguardia del frente era un hervidero de tropas de todas las armas. Como los escasos pueblos no podían albergar a tantos soldados, éstos habían levantado por todas partes campamentos primitivos, tiendas, chabolas y barracas, que animaban el campo con sus humos. Cada arboleda, cada hondonada de barranco disimulaba una tribu de combatientes, ocupados en su subsistencia y en su

colada. La región estaba profundamente devastada por los pisoteos, los acarreos y las depredaciones, cubierta de restos y de podredumbre, marcada por esa desolación que traen los ejércitos a los territorios en los que penetran. Sólo el vino sustentaba el ideal. Las tibias barricas de las cantinas derramaban el olvido a los que tenían dinero para hacer llenar sus cantimploras.

Por la mañana, oíamos vibrar el aire, y, en el azul cegador en que el sol disipaba los restos de la bruma que anuncia el gran calor, un avión ascendía revoloteando como una alondra. Lo seguíamos largo rato con la mirada hasta que la atmósfera lo diluía, o no era ya, en la lejanía, más que una relumbrante chapa de mica balanceada por el viento. Envidiábamos a aquel hombre que hacía la guerra en un cielo límpido, a ese ángel armado de una ametralladora.

Delante de nosotros, la línea de las «salchichas»[10] indicaba el frente, el frente tonante del sector de ataque, cuya cólera nos llegaba por medio de sordas bocanadas. A veces nos cruzábamos por las carreteras con una demencial procesión de camiones, llenos de soldados de infantería despavoridos, los unos frenéticos, aullando como si fueran insultos su alegría de supervivientes, los otros tendidos, con las piernas colgando, inmóviles como muertos, y todos manchados de tierra y de sangre. Eran las tropas que acababan de hacerse ilustres en Notre-Dame-de-Lorette, en el Labyrinthe, en Souchez, en la Targette, y sabíamos, por el número de camiones vacíos, lo que les había costado a esos regimientos arrebatarles al enemigo algunas casas en ruinas o algunos trechos de trincheras.

El batallón llegó finalmente a sus cuarteles, a unos pocos kilómetros de las líneas, en un pueblo donde se organizó la vida. La carretera que atravesaba ese pueblo señoreaba todo el sector de Neuville-Saint-Vaast. Estábamos así apostados en una encrucijada y éramos testigos de la vida del frente por el movimiento de los relevos, de los abastecimientos y de las ambulancias. El continuo embotellamiento de las vías de acceso obligaba a las unidades a permanecer paradas largo tiempo ante nuestros ojos. Podíamos examinar de cerca a esos hombres que se habían batido ya, a esos hombres terribles, endurecidos, que regresaban de nuevo para atacar. No decían más que groserías, para burlarse de la muerte, pero se los notaba ansiosos pese a sus bravatas, al borde de la desesperación. Eran guiados por oficiales de rostro tenso, vestidos sobriamente, que se confundían con ellos, los tuteaban con frecuencia y reducían las órdenes al mínimo. Esos soldados formaban grupos pensativos en torno a los pabellones de armas, se peleaban ferozmente con los suboficiales a los que amenazaban con represalias de destino, y aprovechaban la menor falta de atención para precipitarse hacia los pocos cafetines del lugar. Muchos estaban borrachos, y no sólo los soldados. Por la tarde, tomaban lentamente el camino de subida. Se oía disminuir su algazara, que no tardaba en verse ahogada por los ruidos del cañoneo, bajo cuyos tiros se dirigían.

Nos acostábamos sobre la paja, en unos barracones de madera embreada, donde hacía un calor asfixiante durante el día. Se nos empleaba para trabajos de excavación, para rehacer viejas trincheras, con miras a una nueva ofensiva. Partíamos al crepúsculo, marchábamos largo rato a través de antiguas posiciones. Llegados al terreno, se nos asignaba nuestra tarea por equipos de un par de hombres, con un pico y una pala. Por las noches, pasada una cierta hora, se estaba tranquilo. Únicamente se oía el crepitar de las granadas a lo lejos, breves descargas de fusil, se veía ascender

cohetes luminosos, y balas perdidas silbaban como mosquitos. Algunas ráfagas de artillería impactaban delante de nosotros, también lejos, y una batería invisible, agazapada en la sombra, ladraba una respuesta. Regresábamos al campamento al clarear y teníamos la mañana para descansar.

Nuestros barracones estaban tan infestados de piojos que yo iba a menudo a dormir a un campo, envuelto en mi manta y la lona de la tienda. Lo molesto era la humedad del rocío. Sin duda fue ella la causa de esos cólicos que me agotaron y me privaron largo tiempo de toda tranquilidad. Esta indisposición, en una situación en la que sólo se pedía una participación física, adquiría gran importancia.

Con Bertrand y algunos otros soldados estábamos agregados a la oficina de la compañía, en calidad de ordenanzas y, si era preciso, de secretarios. Ello no nos rebajaba de servicio, pero nos proporcionaba algunas ventajas. Nos librábamos del ejercicio del mediodía, de los fastidios, y recibíamos nuestros víveres por separado para cocinar en una casa particular, añadiendo algún dinero con el que mejorar el rancho normal. Tener que cocinar era, por otra parte, ocasión para frecuentes disputas, debido a las tareas que comportaba, en las que nosotros no poníamos ninguna buena voluntad. He observado a menudo que en el frente el tedio y la miseria de los hombres se transformaban en cólera al menor pretexto, pues, al no saber con quién emprenderla, se vuelven salvajemente los unos contra los otros. El exceso de sufrimiento les llevaba a tales extremos. Y como las preocupaciones materiales eran las únicas en que se pensaba (al estar suspendida toda vida del espíritu, ya que no había allí con qué alimentarla), las más miserables satisfacciones eran el origen de esas peleas. En la guerra se daba rienda suelta a todos los instintos, sin ningún control, sin más freno que la muerte, que golpeaba ciegamente. Un freno que ya no existía para algunos a los que sus funciones protegían habitualmente del peligro. En aquel pueblo donde residían muchos oficiales superiores, vi dos ejemplos de lo que digo.

El primero era el coronel de un regimiento de infantería, que descansaba en un campamento establecido a la salida del lugar. Antiguo soldado de la infantería colonial, robusto y sanguíneo, este oficial sentía pasión por zurrar a los soldados. Procedía de una manera, de la que fui testigo, que revelaba un profundo desequilibrio. Interpelaba a un hombre, le hacía acercarse, le preguntaba con suavidad para ganarse su confianza, con una bonita sonrisa, pero sus ojos brillaban de un modo extraño y sus venas se hinchaban. Y súbitamente lanzaba un gran puñetazo a la cara del subordinado, acompañado de un torrente de insultos que le excitaban aún más: «¡Toma, cabrón! ¡Hijo de perra!», y continuaba repartiendo sopapos hasta que el otro, recuperado de la sorpresa, se escabullía. Se veía entonces al coronel proseguir su paseo, con su andar a empujones de atáxico, su rechinar de mandíbulas, y aire feliz. A menudo un soldado desocupado, parado en la calle, recibía un furioso puntapié en las posaderas; el coronel pasaba por ahí. No tardó en ocurrir que se hizo el vacío en torno a él y no pudo ya acercarse a nadie. La privación fue tan cruel que cambió, se volvió neurasténico. Sus únicos buenos momentos eran cuando caía en sus manos alguien de una unidad próxima o de otra arma, que ignoraba su manía. Pero estas bicocas eran raras. Conoció unos buenos tiempos cuando su regimiento recibió un refuerzo de cuatrocientos hombres que llegaron al depósito de reclutas. Durante una semana, no hizo más que sacudir e insultar y recuperó el buen humor. Los veteranos, ocultos en los rincones, asistían al apalizamiento de los novatos, atónitos de que la guerra

consistiera en que le partiera a uno la cara un oficial superior. Los soldados afirmaban, por otra parte, que, salvo por ese defecto, su coronel no era mala persona. Había levantado incluso varias veces castigos graves que hubieran supuesto un consejo de guerra. Cierto que los culpables habían acabado con la cara ensangrentada y algunos dientes rotos.

—¡Es asombroso —me dijo Bertrand— que nunca nadie se la haya devuelto!

—Sería demasiado peligroso. Si alguien se defendiera así se saldría con la suya. Pero nada impediría a continuación a su jefe confiarle una misión con una muerte segura.

Íbamos cada semana a la ducha. El servicio sanitario había pensado, para matar los parásitos, untarnos el cuerpo con cresol. Los enfermeros nos asperjaban con una esponja. Este tratamiento, que nos abrasaba durante una hora, resultaba ineficaz para los piojos, que volvíamos a encontrar sanos y salvos y llenos de apetito en nuestras ropas, que no se desinfectaban. Estas duchas constituían toda una atracción, gracias al «tío Mamón». Habíamos apodado así a un general de división, flaco, sucio y encorvado, de ojos inyectados en sangre, que estaba permanentemente allí. A ese jefe sádico sólo le gustaba ver a los soldados desnudos. Pasaba revista a cada nueva hornada, alineada bajo los chorros, a pasito de anciano, manteniendo la mirada a la altura de medio cuerpo. Si algo le llamaba la atención por su tamaño, felicitaba al hombre: «¡Bonito aparato que tienes!». Se le alegraba el rostro del contento y babeaba. Sólo se le encontraba en la ducha y en las letrinas. Se quedaba absorto contemplando las zanjas, sumergía su bastón en ellas, y recibía a los hombres, sorprendidos de encontrarle allí: «A ello, muchachos, no os sintáis incómodos por mí. Cuando el vientre funciona, todo funciona. Sólo vengo a ver cómo andáis de moral». Estas costumbres, que hubieran sido inadmisibles en otro sitio que no fuese la guerra, divertían a los soldados, poco exigentes en cuanto a distracciones.

Bertrand me decía:

—Es terrible pensar que la vida de diez mil hombres pueda depender de este general. ¿Cómo quieres que ganemos la guerra con semejantes jefes?

Yo le respondía:

—No vemos lo que pasa en el bando enemigo. También ellos tienen sus estúpidos y cometen sus errores. La prueba más patente está en que vinieron para vencer, con todo lo preciso para una victoria rápida, y han fracasado.

—¿Cómo crees tú que acabará esto?

—No lo sé. Los hombres al cargo de la dirección de la guerra se han visto desbordados por los acontecimientos. Las fuerzas son todavía tan considerables que se equilibran. Como en el juego de las damas, en el que hay que comerse muchas fichas antes de verlo claro, aquí habrá aún que matar a mucha gente antes de que las cosas se perfilen…

—Se les va *arañando* poquito a poco cierta ventaja, como decía aquél…

—Nos la arañamos mutuamente. Los generales de ambos bandos hacen la guerra con los mismos principios militares, por lo que por fuerza se anulan. Una guerra se gana con una idea: el caballo de Troya, los elefantes de Aníbal, el paso del San Bernardo eran ideas.

—¿Y los taxis de París?

—Es también una idea, aunque no militar. ¡Y sin embargo![11]

—¿Y qué me dices del valor?

—El valor es una virtud de subalterno, la inteligencia es una virtud de jefe. Falta una inteligencia que se eleve por encima de las demás. El genio trastoca los principios, inventa.

—¿Tú crees que Napoleón…?

—Napoleón sería fiel a sí mismo. Elaboraría su estrategia a partir de los datos de 1914, como la elaboró a partir de los de 1800. Alejandro, César, Napoleón eran pensadores. Hoy no hay más que especialistas, cuyo espíritu se ve falseado por las doctrinas, por una larga deformación profesional.

—Conocen su oficio.

—No te creas. ¿Dónde han podido aprenderlo? Esta guerra ha llegado después de cuarenta años de paz. Sólo habrían podido formarse en las grandes maniobras, que eran inútiles simulacros, y cuyos efectos resultaban incontrolables. Los generales eran como titulados al salir de una escuela: teoría y ninguna práctica. Han venido a la guerra con un material moderno y un sistema militar de un siglo atrás. Ahora aprenden, *experimentan con nosotros*. Los pueblos de Europa están entregados a estos todopoderosos y presuntuosos ignorantes.

—Según tú, ¿qué haría falta para ser un gran jefe militar?

—Me pregunto si no haría falta, en primer lugar, no ser militar, para aportar así a la comprensión de la guerra un espíritu nuevo. Tenemos menos necesidad de un jefe militar que de un líder, lo cual sería mucho más…

—Tal vez aparezca luego…

—Tal vez…

Nos sentíamos agobiados por el calor, la suciedad y el hastío.

Pero la impresión más fuerte de este período se la debo a ese cadáver que no vi, sino que sentí. Una noche que estábamos ahondando un ramal de trinchera, sin distinguir siquiera el lugar donde caían nuestros golpes, un pico penetró en la tierra con un ruido blando, como si hubiera reventado algo. Acababa de toparse con un vientre, húmedo y putrefacto, que nos lanzó a la cara sus miasmas, en un chorro de gas bruscamente liberado. Un hedor invadió la trinchera, nos taponó la boca impidiéndonos respirar, nos clavó unas agujas emponzoñadas en el borde de los párpados que nos arrancaron algunas lágrimas. Aquel géiser pestilente sembró el pánico entre los que estaban trabajando, que desertaron a toda prisa de aquel rincón maldito. El cadáver expandió sus ondas atroces, se adueñó de la noche, penetró hasta el fondo de nuestros pulmones con su descomposición, reinó en el silencio. Unos suboficiales tuvieron que llevarnos de nuevo a la fuerza hacia aquel muerto irritado, sobre el que paleamos con furia para recubrirlo y calmarlo. Pero nuestros cuerpos habían olfateado el horrible y fecundo olor de la podredumbre, que es vida y muerte, y durante un largo rato ese olor nos produjo una picazón en las mucosas, hizo secretar nuestras glándulas, despertó en nosotros alguna secreta atracción orgánica de la materia por la materia, incluso corrompida y próxima a la destrucción. Nuestra podredumbre prometida, y quizá próxima, comulgó con esa podredumbre avanzada, en su punto álgido, que domina el alma consunta y la expulsa.

Esa noche pensé en el destino de aquel desconocido cuyo descanso acabábamos de turbar en su

tumba y que otros seguirían pisoteando. Imaginé a un hombre semejante a mí, es decir, joven, lleno de proyectos y de ambiciones, de amores aún no definidos, recién salido de la infancia y a punto de acometerlos. La vida, para mí, se parece a una partida que empezamos a los veinte años y cuya victoria se llama éxito: dinero para la mayoría, reputación para algunos, estima para los menos. Vivir, perdurar, no es nada; realizarse lo es todo. Comparo a aquél que muere joven a un jugador que acabara de coger sus cartas y al que se le prohibiera jugar. Tal vez para ese jugador se trataba de una revancha… Veinte años de estudios, de subordinación, de deseos y de esperanzas, esa suma de sentimientos que lleva uno en sí y que constituyen su valía, habían encontrado en aquel rincón de ramal de trinchera su desenlace. Si tuviera que morir ahora, no diría que es espantoso o es terrible, sino que es injusto y absurdo, porque aún no he intentado nada, no he hecho nada más que esperar mi oportunidad y mi hora, que acumular energías y tener paciencia. La vida de mi voluntad y de mis gustos apenas si acaba de empezar: comenzará, puesto que la guerra la ha aplazado. Si sucumbo en ella, no habré sido más que un ser dependiente e impersonal. Por tanto, un derrotado.

Descubrí por vez primera una gran extensión de frente el 15 de agosto de 1915. A algunos kilómetros por delante de nuestro pueblo se encontraba una colina, llamada el monte Saint-Eloi, en los parajes, creo, de la famosa hacienda de Berthonval, de donde había partido nuestro ataque de la primavera y que no debía de ser ya por entonces más que un montón de escombros. En esta colina se alzaba un monumento, una iglesia, dañada por los obuses y cuyo acceso estaba prohibido por peligroso. Pero yo, curioso por ver, conseguí penetrar en ella con Bertrand y subimos a una de las torres por una escalera de piedra, que se bamboleaba en algunas partes y estaba atestada de cascotes que se habían desprendido de los muros, agrietados por el bombardeo. Desde lo alto, la vista se perdía a lo lejos en la llanura de Artois, sin descubrir nada de la actividad de una batalla. Algunos copos blancos, que precedían a las detonaciones, nos informaban de que era allí donde tenía lugar la guerra, pero nosotros no percibíamos rastro alguno de los ejércitos escondidos en la tierra que se observaban y se destruían lentamente, en esa campiña árida y silenciosa. Esta extensión tan calma, abrasada por el sol, confundía nuestras previsiones. Veíamos perfectamente las trincheras, pero como minúsculos terraplenes, como delgados y tortuosos canales, y nos parecía increíble que esa vulnerable red pudiera presentar una seria resistencia a los asaltos, que uno no la salvara fácilmente para lanzarse adelante. Más tarde pensé que unos generales, que no habían hecho labores de vigilante ni afrontado una red de alambradas bajo los disparos de unas ametralladoras, podían en efecto ver las trincheras como nosotros las vimos entonces, con ojos de novatos, y hacerse las mismas ilusiones. Estas ilusiones parecen haber sido determinantes en la carnicería e inútil ofensiva en la que yo tomé parte.

Poco después, se nos destinó a una unidad de combate.

IV
El bautismo de fuego

Fuimos a primera línea a comienzos de septiembre, durante una tarde tranquila y bastante fresca. El sistema de trincheras se extendía en una profundidad de ocho a diez kilómetros, pero vagamos durante toda la noche, con nuestras mochilas a la espalda, extraviándose la cabeza de la columna constantemente en las innumerables bifurcaciones que se abrían ante nuestros guías. Tuvimos que volver varias veces sobre nuestros pasos y esperar a que los batidores hubiesen terminado de explorar aquel laberinto silencioso y desolado, en el que se perdían a su vez. Detrás de nosotros habían desaparecido unas fracciones, por culpa de unos hombres que se habían dejado distanciar algunos metros, habían perdido de vista al que les precedía y tomado una dirección equivocada. Cada uno de nosotros tenía la responsabilidad de todos los que le seguían. La marcha fue interrumpida por órdenes de «¡alto!» y de «¡media vuelta!» que la hicieron muy fatigosa.

A mí me sostenía la idea de que esa noche era mi bautismo de fuego, y sufrí menos que de costumbre por el peso de mi equipo. Poco a poco alcanzamos la zona activa, la zona de acecho. Reinaba allí esa atmósfera más tibia de los lugares que están habitados; flotaba el penetrante olor de los cuerpos, una mezcla de fermentaciones y deyecciones, así como de restos de comida agriados. Unos ronquidos salían de los paredones de tierra que rozábamos, y fugitivos rayos de luz indicaban las entradas de algunas cuevas donde descansaban los durmientes. Por encima de nosotros, la maraña aérea se complicaba: redes de hilos, rollizos, pasarelas que nos obligaban a cada momento a inclinarnos. Aunque las primeras balas perdidas comenzaron a surcar los aires, apenas si se distinguían los disparos de fusil. Pasaban obuses, como vuelos de grandes aves, muy alto, para ir a caer en algunas hondonadas donde estallaban sordamente. Los cohetes iluminaban ahora un paisaje inestable, recubrían una naturaleza hecha jirones con un breve y siniestro claro de luna. Tras sus explosiones de luz irreal, nuestro regreso a la noche era más profundo y avanzábamos tanteando como una cuerda de ciegos. A medida que progresábamos, los caminos se volvían más tortuosos y sentíamos la vida más densa. Fuimos a parar finalmente a unas ruinas, y tuve la impresión de penetrar en una ciudad muerta que hubiese sido exhumada. Pero moría la noche. Veíamos nuestros rostros pálidos, teñidos de verde por el alba y la fatiga. Nuestra compañía penetró en un sótano, se instaló en él al resplandor de un farol de gas y se durmió.

Despertado algunas horas después, me acordé de que me encontraba en Neuville-Saint-Vaast, a algunos cientos de metros de las primeras líneas. Me dije que esta vez estaba en pleno corazón de la aventura, con mi oportunidad, mis energías y mi curiosidad intactas. Enseguida estuve fuera, sin armas, como un turista. Saludé la limpidez del cielo, que me pareció un feliz presagio, y partí al descubrimiento, como un paseante, por el ramal central, verdadero bulevar de la guerra. Este ramal estaba atestado de soldados atareados a los que yo les traía sin cuidado. El desbarajuste era asombroso. Había sido transportado a una región desconocida, que no se parecía a nada de lo que hubiera podido ver, y este caos, que yo tenía la intención de curiosear, me encantaba, puesto que veía en él el símbolo de la libertad que sin duda me esperaba en esos lugares. De las casas no quedaban

más que algunos lienzos de pared y amontonamientos de piedras recubrían los sótanos en los que se refugiaban los soldados; algunas sostenían aún unos armazones inclinados, perforados, que extendían sus vigas calcinadas como señales de angustia. Árboles mutilados estaban fijos en poses de suplicantes. Uno, que conservaba algunas hojas, me hizo pensar en la desgarradora alegría de un lisiado. Me sentí complacido de perderme en el dédalo infinito de los ramales, para sentir allí el abandono y aprender a encontrar mi camino, con ese sexto sentido propio del guerrero.

Los refugios, de dimensiones y formas variadas, abiertos en los flancos de la tierra, ofrecían un curioso espectáculo. Pero lo que llamaba sobre todo la atención en esas instalaciones improvisadas era que los materiales utilizados para su establecimiento eran ya simples desechos y restos de serie: viejas maderas, viejas armas, viejos utensilios de cocina. Los combatientes, desprovistos de todo, ingeniándoselas, habían llegado a esta industria bárbara. Algunos instrumentos de hierro resultaban útiles para cualquier necesidad, y la vida se veía reducida a las condiciones más elementales, como en las primeras edades del mundo.

Volví a nuestro sótano, para salir de nuevo. Rebuscando fuera de los ramales, descubrí en el subsuelo de una casa dos cadáveres alemanes muy antiguos. Esos hombres debían de haber sido heridos por unas granadas y luego quedaron emparedados en la precipitación del combate. En aquel lugar sin aire no se habían descompuesto, sino sólo resecado, y un obús reciente había reventado aquella tumba y dispersado sus despojos. Me quedé acompañándolos, removiéndolos con un palo, sin odio ni falta de respeto, sino movido más bien por una especie de compasión fraterna, como para pedirles que me revelaran el secreto de su muerte. Los uniformes aplanados parecían vacíos. La verdad es que de esas osamentas esparcidas no subsistía más que media cabeza, una máscara, pero de un horror magnífico. Las carnes, en esa máscara, estaban desecadas y verdecidas, tomando los tonos oscuros del bronce cuando adquiere la pátina del tiempo. Una órbita roída estaba hueca, y, en sus bordes, había chorreado, cual lágrimas, una pasta endurecida que debía de ser la masa cerebral. Era el único defecto que estropeaba el conjunto, pero tal vez lo realzaba, como la lepra del desgaste realza las estatuas antiguas cuya piedra ha erosionado. Se hubiera dicho que una mano compasiva había cerrado el ojo, y, debajo del párpado, se adivinaba el pulido contorno y el volumen de su globo. La boca se había crispado en los últimos llamamientos de la terrible agonía, con un rictus de los labios que descubría los dientes, gran abertura, para escupir el alma como si fuera un coágulo. Me hubiera gustado llevarme esa máscara que había modelado la muerte, en la que su genio fatídico había hecho una síntesis de la guerra, para que se sacara un molde que distribuir entre las mujeres y los entusiastas. Hice al menos un croquis que conservo en mi cartera, pero no expresa ese horror sagrado que me inspira el modelo. Ese cráneo infundía al claroscuro de las ruinas una grandeza de la que no podía separarme, y no me fui hasta que el día que moría envolvió con sus sombras indistintas los reflejos de la frente, de los pómulos y de los dientes; lo transformó en un asiático riendo burlonamente.

Regresé titubeando, en el crepúsculo atravesado por fogonazos y lanzamientos de obuses, que anunciaban la inquieta lucha de la noche, cuando los hombres disparan más para tranquilizarse a sí mismos que para causar daño.

En el fondo de nuestro refugio, un veterano me dijo:

—Chaval, te equivocas quedándote fuera. ¡Te ocurrirá una desgracia!

Pero yo estaba orgulloso de mi hallazgo de la tarde y de pensar que con sólo una jornada en el frente ya había descubierto algo que la gente de la retaguardia no podía ni imaginarse: esa mascara patética, esa máscara de un Beethoven al que hubieran ajusticiado.

A la mañana siguiente se nos condujo a primera línea para trabajar.

Se trataba de abrir unas «zapas rusas» con miras a la próxima ofensiva, ya inminente. Se llamaba así a unos ramales subterráneos, estrechos y bajos, que arrancaban perpendicularmente de nuestra trinchera, para avanzar una veintena de metros en dirección a la línea enemiga, ramales que no serían destapados hasta el último momento. Un técnico desconocido había imaginado este procedimiento que debía permitir a nuestras olas de asalto, progresando a cubierto, surgir cerca de las posiciones alemanas y evitar que se tuvieran que retirar las alambradas, a fin de no provocar la alarma. Pero los alemanes contaban con otros indicios que no podían llamarles a engaño, y el efecto sorpresa no fue el esperado.

Este trabajo era largo y fatigoso. Un solo hombre, medio inclinado, avanzaba con el pico, y los siguientes se pasaban sacos llenos de tierra, que los últimos iban a vaciar en segunda línea, para disimular los desmontes. Se confiaba una zapa a cada compañía, de trecho en trecho, probablemente en todo el frente del ejército de ataque. Nos llevó quince días acabarlas, al vernos interrumpidos por otros trabajos de reparación, de día y de noche, en todos los puntos del sector. Nuestra función de combatientes se limitaba a un papel de zapadores que trabajaban bajo el fuego, expuestos y pasivos, términos que definen en general la situación de los soldados en esta guerra, pero yo lo ignoraba aún y me sentí decepcionado de que nuestra iniciación comenzase con unos servicios de fatigas.

El sector estaba bastante tranquilo, tal como sucede a menudo en los períodos que preceden a los grandes combates, y tan sólo turbado por el desencadenamiento de nuestra artillería, que procedía a hacer tiros de reglaje y de destrucción. La artillería alemana, que reservaba sin duda su munición, sólo respondía mediante tiros masivos y cortos sobre los objetivos localizados.

En primera línea no se encontraba más que a hombres enlodados, con una gesticulación cachazuda de campesinos, llenos de precauciones y arrogantes. Comían con una gran atención, como si esta tarea fuese la más importante de todas y su escudilla grasienta y su cantimplora abollada contuvieran todo el placer posible. Permanecían horas seguidas detrás de la aspillera de un parapeto, sin hablar, fumando en pipa y respondiendo mediante insultos a los estampidos más próximos.

Yo estaba asombrado de hallarme en el centro de la guerra sin descubrirla, pues no podía admitir que consistiera en aquella inmovilidad. Para *ver*, alzándome sobre un banquillo de tiro, asomé la cabeza por encima del parapeto. A través del enredijo de las alambradas se percibía, a menos de cien metros, un talud parecido al nuestro, silencioso, como abandonado, punteado sin embargo de ojos y de puntos de mira que nos vigilaban. El otro ejército estaba allí, agazapado, conteniendo la respiración para sorprendernos, y amenazándonos con sus métodos, sus artefactos y el convencimiento de su fuerza. Entre estos dos taludes, el suyo y el nuestro, se extendía esa franja de terreno removido que era una tierra de nadie, en el que cualquiera que se alce es un blanco

inmediatamente abatido, en el que se pudren cadáveres que sirven de reclamo, adónde sólo se arriesgan de noche soldados de patrulla a los que su inquieto corazón sofoca y a los que aturde el ruido de la sangre en sus sienes, ruido que domina todos los demás, cuando reptan por la zona siniestra prohibida por la aprensión y la muerte.

No tuve tiempo de ver con detalle. Me agarraron por las piernas y oí una sorda voz furiosa:

—Si quieres a toda costa acabar hecho un fiambre, ten un poco de paciencia, pues no te van a faltar ocasiones. Pero no hagas que descubran a tus compañeros.

Quise replicar, pero las risas burlonas de los soldados y sus encogimientos de hombros me lo impidieron. Decían:

—¡Para Berlín, chaval, es todo recto, no tiene pérdida!

—¡Hay que creer que la nueva quinta ha venido para ganar la guerra!

—¡Ah, ya, ya, no tardaremos en ver cómo se deshinchan estos bichos!

Comprendí que tomaban mi curiosidad por una afectación de inútil valor y que en esto había que ser muy cauto delante de unos hombres que sabían lo que se traían entre manos. Comprendí que tenía que evitar el ridículo de dar muestras de una temeridad de ignorante y que lo más sensato era imitar la prudencia y la resignación de los veteranos. En lo sucesivo me abstuve de observar si no era por el estrecho boquete de una aspillera, disimulada con unas ralas hierbas grises que impedían ver más allá de unos pocos metros. En vez de al ejército enemigo, no veía más que a ocasionales saltamontes y hormigas, que eran los únicos en frecuentar la extensión prohibida a los hombres.

Por otra parte, unas balas picaban con frecuencia en los parapetos.

Y nuestro sargento nos enseñaba así lo que era la cordura:

—¡Algún *fritz* se encargará de llenarte el cerebro de plomo![12]

Recibimos nuestros primeros obuses.

Los días seguían siendo calurosos, nos instalábamos, por la noche, sobre los escombros, delante de nuestro sótano. Con el torso desnudo, inspeccionábamos nuestra ropa interior para matar los piojos que se nos comían vivos y que vivían entre la paja podrida, mezclada con mondaduras, sobre la que dormíamos. Esta caza formaba parte de nuestros trabajos prioritarios. Le consagrábamos una hora de nuestro descanso y una gran atención, de la que dependía nuestro sueño.

Un día, en medio de esta ocupación, estalló una gruesa granada rompedora justo por encima de nuestra compañía, envolviéndonos con su cálida onda expansiva y unos estridentes silbidos. La metralla crepitó, sin alcanzarnos, de puro milagro. Aquello me produjo el efecto de un golpe en la nuca y mi cabeza resonó con una dolorosa vibración metálica, como si me hubieran perforado la cavidad craneal. Habíamos saltado dentro del sótano, por simple reflejo, ya demasiado tarde. Luego recogimos restos de hierro aún candentes, y la manera en que estaban clavados en la tierra me dio una idea de la potencia de la granada.

Una noche que estábamos trabajando, en la parte trasera de la primera línea, en la reparación de una trinchera destrozada por el bombardeo, fuimos sorprendidos por un tiro de enfilada de doble artillería: dos baterías a la derecha y dos a la izquierda. Los alemanes, que habían observado la

demolición de nuestra posición, suponían no sin acierto que estábamos ocupados en rehacerla. Sus ráfagas alternaban con una regularidad implacable. Pero ellos disparaban demasiado lejos en ambos sentidos, de modo que nosotros corríamos por esa trinchera para escapar unas veces a una descarga, otras a la otra. Cuando oíamos los primeros disparos, formábamos contra el suelo un vergonzoso montón de cuerpos jadeantes, que aguardaban un respiro en las explosiones para soltar el aliento, aflojar la tensión de las entrañas y saltar más lejos. La artillería nos la jugó durante una hora y nos obligó a rodar por el barro. Yo estaba furioso por vernos forzados a una postura semejante, y, varias veces, no «hice los honores» a los obuses. Al final del tiro, un cohete luminoso nos mostró, sobre las tablas de una letrina que había detrás del ramal, a un sargento que se subía lentamente el calzón. Nos dijo alegremente:

—¡Una más que no tendrán!

Su sangre fría nos infundió un mayor dominio de nosotros mismos.

Pero, en el momento de formar, me di cuenta de que todos los veteranos habían desaparecido y que el cabo no estaba extrañado de ello. Los volvimos a encontrar más lejos, y en el sótano, donde algunos ya dormían.

También en otra ocasión soportamos un tiro muy violento. Habíamos estado trabajando imprudentemente toda la tarde en una paralela, echando la tierra sobre el parapeto. El sol acababa de ponerse; en el campo de batalla reinaba una calma de Ángelus y esperábamos a la sección de relevo liándonos unos pitillos. Los obuses rompieron ese silencio en un instante. Nos atacaron con tiros repetidos, perfectamente calculados contra nosotros, que no caían a más de cincuenta metros. A veces tan cerca que nos recubrían de tierra y respirábamos su humo. Los hombres que momentos antes se estaban riendo quedaron convertidos en piezas de caza acorralada, animales sin dignidad cuyos cuerpos sólo se agitaban por instinto. Vi a mis camaradas pálidos, con ojos de endemoniados, empujarse, vacilar y agruparse para no ser heridos solos, sacudidos como peleles por los sobresaltos del miedo, abrazando el suelo y hundiendo el rostro en él. Las explosiones eran tan continuas que su cálida y acre onda expansiva elevó la temperatura de aquel lugar y nosotros transpirábamos una sudoración que se nos helaba encima, pero sin saber ya si aquel frío no era calor. Nuestros nervios se crispaban con el escozor que produce un corte y más de uno se creyó herido y sintió, hasta en el corazón, la desgarradura terrible que su carne imaginaba a fuerza de temerla.

En medio de aquella tormenta me vi sostenido por mi razón, que, por otra parte, se extraviaba. No sé de dónde había sacado esa teoría de que los cañones de campaña tenían una trayectoria muy tensa[13]. Por ello, unos obuses que nos llegaban de frente no podían caer en la trinchera, y sólo se trataba de resistir a su estruendo impresionante. Esta tontería me tranquilizó y sufrí menos que el resto.

Al fin llegó el relevo. Pero el tiro nos persiguió; corrimos y vi que yo era el último de la sección. Pasaron unos obuses muy bajos, por encima de mí, y estallaron justo delante. En el primer recodo, caí sobre dos hombres tendidos en su sangre que ponían, para llamar, esas caras de niños castigados y suplicantes que vemos en las personas a las que acaba de golpear la desgracia, y yo pasé por encima de ellos estremeciéndome con sus gritos espantosos. Como no podía hacer nada por ayudarlos, apresuré mi carrera para huir de ellos. Delante de los refugios se repetían sus nombres:

Michard y Rigot, dos jóvenes de nuestro reemplazo, a los que conocíamos. La guerra había dejado de ser un juego…

Por la noche nos despertaba frecuentemente un agente de enlace que exclamaba al entrar en nuestro sótano: «¡Alerta! ¡Todo el mundo fuera!». Se encendía el farol de gas, cogíamos nuestros equipos y nuestros fusiles y subíamos a regañadientes las escaleras, detrás de nuestro cabo. En el exterior éramos sorprendidos por un tornado de detonaciones. Llegábamos al ramal central donde hervía una multitud de sombras armadas, atentas a no mezclarse, que se llamaban y se dirigían hacia las posiciones de apoyo. El aire fresco nos reanimaba, así como el chasquido de las balas, que venían a millares para impactar contra los paredones y que nos ensordecían con sus golpes secos. Todas las balas perdidas de la fusilería alemana convergían hacia las ruinas, y, si hubiéramos salido de las trincheras, no habría quedado nadie vivo de todo aquel ejército subterráneo que había poblado de repente la noche. Delante de nosotros, en las líneas, las granadas crepitaban como chispas de una máquina eléctrica. Los gruesos obuses, que ya no se hacían anunciar, estallaban al azar, con una llama roja, nos sacudían con su fétida onda expansiva, nos envolvían con sus emisiones de metal y de piedras, que, en ocasiones, hacían mella en nuestras filas. Unos prolongados aullidos humanos dominaban, a veces, todos los ruidos, repercutían en nosotros cual olas de horror y nos recordaban, hasta hacernos flaquear las piernas, la triste debilidad de nuestra carne, en medio de aquel volcán de acero y de fuego. Luego la sacudida furiosa de las ametralladoras desgarraba la voz de los moribundos, acribillaba la noche, la trinchaba con un trepado de balas y de sonidos. La gente no podía entenderse más que gritando, distinguirse más que a la luz boreal de los cohetes, avanzar más que chafándose en los ramales rebosantes de hombres que esa angustia estrechaba: ¿era un ataque? ¿Iban a batirse? Pues aquel sector, en los meses precedentes, había sido disputado día y noche a granada y a machete, de una a otra barricada, de una a otra casa, de una habitación a otra de la misma casa. Ni un metro de terreno conquistado que no estuviera alfombrado de un cadáver, ni una hectárea que no hubiera costado la vida a un batallón. ¿Acaso se reiniciaba la carnicería?

Alcanzamos por fin una trinchera, delante del pueblo, fuera de la zona de los obuses, en la que reinaba la tranquilidad de un extrarradio. Con nuestros fusiles cargados sobre el parapeto, en espera de la orden de emplazarnos y de disparar, mirábamos la línea de batalla avivarse de bruscas llamaradas como un hogar que se reanima. No nos preguntábamos qué sería de nosotros en aquella oscuridad, cómo podríamos distinguir a unos asaltantes de los nuestros cuando refluyeran, y tratábamos de imaginar movimientos defensivos si, por un casual, se hacían necesarios. Las balas seguían tejiendo su trama silbante, como las mallas de una red aérea que se hubiera tendido sobre nosotros, y agachábamos la cabeza. Poco a poco, sentíamos el frío y bostezábamos. Insensiblemente, la sombra iba recubriendo rincones del horizonte, el cielo se apagaba y las explosiones se volvían raras. Regresamos.

En una ocasión nuestro cabo me preguntó:

—¿No has pasado mucho miedo?

—¡Oh! —respondió un veterano—, yo estaba detrás de él y puedo decir que no ha parado de silbar.

Era cierto. No me gusta que me despierten bruscamente, por lo que recibía esas alertas con el mal

humor de un hombre al que violentan sus costumbres y que se niega en redondo a interesarse por un espectáculo que censura. Mis leves silbidos, que habían extrañado al veterano, eran expresión de mi desprecio por aquella guerra que impedía a la gente dormir y armaba tanto ruido para tan escaso resultado. El convencimiento de que mi destino no podía acabar en un campo de batalla no se había visto aún socavado. No me había tomado todavía en serio la guerra (pensaba: *su guerra*) al considerarla absurda en sus manifestaciones, que había previsto muy diferentes. Había allí demasiada mugre, demasiados piojos, demasiadas tareas pesadas y demasiados excrementos; demasiada destrucción, ¿para llegar a qué? Como todo este asunto me parecía un tinglado despreciable, le hacía ascos. Mi enojo me fortalecía y me infundía una especie de coraje.

La mañana siguiente a la noche del relevo, unos camiones nos llevaron a un pueblo desconocido donde se nos distribuyó entre unas granjas para dormir. Creíamos ir a descansar cuando, en realidad, se nos llevaba a la retaguardia para volver a formarnos y asignarnos un puesto en el escalonamiento de las tropas de ataque.

Al cabo de dos días, una etapa nos acercó al frente, que tronaba sin cesar. En otro pueblo, el capitán nos leyó una proclama del GQG, el Gran Cuartel General, que venía a decir, en esencia, que el ejército francés atacaba al ejército alemán en dos puntos, Artois y Champaña, con todas sus divisiones disponibles, todos sus cañones, todo su material, y la certeza de llevárselo todo por delante. El comandante no temía dar la cifra, verdadera o falsa, de las masas que reclutábamos, tan seguro estaba de que los alemanes serían incapaces de presentarles cara.

Como los veteranos murmuraban, el capitán agregó que el objetivo del primer día era Douai, a veinticinco kilómetros en las líneas enemigas, que nuestra división se encontraba allí como apoyo de la artillería y para ocupar el terreno conquistado.

La perspectiva de salir de las trincheras y de avanzar en campo raso, a través de las ciudades, de reanudar al fin la guerra tradicional, imperial, que nos habían enseñado, con sus golpes de mano felices, sus botines, su imprevisión, sus recompensas en guapas muchachas, encantó a la quinta del 15. Pero los veteranos nos pusieron cara de perro, sarcásticos, y echaron por tierra nuestro entusiasmo.

—¡Ya nos conocemos sus ofensivas con las armas bien engrasadas y los objetivos con que sueñan en los comedores de oficiales del Estado Mayor!

—¡Ya veréis qué lío de mil demonios es un ataque!

—¡Todo eso quiere decir que habrá que batirse el cobre una vez más!

En el acantonamiento, un veterano probaba con cuidado la resistencia de sus correas. Se dio cuenta de que yo le observaba y me explicó:

—¿Te extraña, novato, que pruebe con tanto cuidado mis correas? No olvides una cosa: tu vejez futura depende de la ligereza con que corras. La agilidad es la primera arma del soldado de infantería consciente y organizado, cuando las cosas no van del todo como previó el general, lo que no es nada raro, sin querer hablar mal de él, que hace lo que puede, o sea, no gran cosa. ¿Piensas que los *boches*[14] son más listos que nosotros? Algo hay de cierto en ello. Pero no es para tanto. ¡Un día

los acojonas tú y al siguiente eres tú el acojonado! La guerra es cosa del azar, un desorden de mil pares de cojones del que nadie ha entendido nunca nada.

Hay veces en que sería mejor ponerse a cantar una canción que malgastar saliva en discursos patrióticos. Supón tú que te caen encima de improviso tres o cuatro de esos *fritz* militaristas y borrachos… (¡No porque tengas pinta de persona honrada va a dejar de pasarte a ti!). Si mientras llevas a cabo una retirada estratégica, a toda prisa, se te sueltan los botones de los pantalones y éstos se te caen, acabarás frito por los camaradas de Berlín. Yo no digo que no sean unos buenos tipos a su manera, pero no te conviene frecuentarlos demasiado. Como no hablamos el mismo dialecto, se corre el riesgo de no entenderse si hay prisa… A lo que iba: los cordones de los zapatos, las correas, los botones de los pantalones, los cinturones, todo lo que sirve para tener bien sujetas tus ropas, ¡son pequeñas cosas que no hay que descuidar!

Nos repartieron unos cascos. Este cubrecabeza rígido nos disgustó, porque no se podía romper la visera, adaptarla a tu antojo y darle ese sello personal, tipo *Bat d'Af*[15] con un barboquejo trenzado, que era el súmmum de la elegancia en los ejércitos. Con el casco puesto, uno no distinguía ya a primera vista a los *tipos liberados*. Pero las órdenes eran categóricas, y nos retiraron los quepis. Muchos conservaron el suyo dentro de un zurrón, en espera de días mejores, para tocarse con él en la retaguardia y camelarse a las mujeres, a porcachonas de cabaret, cuya sola vista excitaba a un batallón.

El cabo designó luego a los granaderos o limpiadores de trincheras. Yo formé parte de ellos. Nos entregó a cada uno un cuchillo de cocina con un mango de madera blanco, que, al parecer, estaba destinado a las tripas alemanas.

Recibí el mío con repulsión. La misma repulsión sentí por las granadas. Aplicando a estos objetos mi funesta costumbre de pensar, me decía que un obrero que trabajase a destajo debía fatalmente equivocarse un día u otro acerca del largo de la mecha que une el cebo con el detonador y que yo iba a ser fatalmente la víctima de su distracción. Era, además, un mal lanzador. No concebía como arma propia más que el revólver, con el que un diestro tirador tiene su oportunidad, que evita llegar al repugnante cuerpo a cuerpo con un enemigo cuyo olor puede molestar y que en general cuenta con la ventaja del peso (esos germanos son más corpulentos que nosotros) y la barbarie que se les atribuye. Sabía perfectamente que el francés pasa por ser nervioso y rabioso. Pero es una manera de hablar y no era mi deseo comprobar empíricamente lo que había de cierto en ello, ni agarrarme por el cuello con el primero que se me presentase. Tales eran poco más o menos mis ideas acerca de la lucha hombre a hombre. No cuadraban en absoluto con los métodos utilizados. De ahí también que la tuviera tomada con la guerra.

Mientras examinaba mi cuchillo, Poirier me tiró de la manga:

—¿No me cederías tu lugar como limpiador de trincheras?

El tal Poirier era pequeñajo, colorado, macizo y jactancioso, y yo no le tenía mucho aprecio

desde que le había sorprendido con la mano metida en mi zurrón de los víveres, muy aligerado. Me había respondido, sin inmutarse: «¡Este sector está lleno de ratas!». Llevaba, además, desde hacía algunos días un bonito par de zapatos de descanso[16], nuevos, que se parecían extrañamente a los míos, que habían desaparecido. Pero su proposición me gustó. Le estaba dando mi cuchillo cuando se presentó el cabo. Le puse al tanto.

—Poirier querría hacer de granadero en mi lugar, y justamente yo no sé utilizar las granadas.

—¡No!

—¡Pero si Poirier tiene ganas de hacer ese trabajo y a mí me repugna!

—¡Pues bien, Poirier no lo hará y lo harás tú! Tengo órdenes de que sea así.

—¡No faltaría más —dije yo no sin mal humor—, militar tenía que ser!

Sin embargo, nuestro cabo, un parisiense muy joven, rubio y alegre, era un chaval encantador. Pero tenía serias dificultades a la hora de dirigir nuestra escuadra, una docena de hombres, integrada tanto por novatos indisciplinados e impresionables como por viejos normandos pendencieros y descontentos. Para lograr que nos decidiéramos a marchar, se colocaba siempre en cabeza, pero perdía a veces por el camino a una parte de sus hombres. La rapidez en ponerse a salvo caracterizaba a los veteranos, fruto de su experiencia en las cosas de la guerra. Creo que se había recomendado a los subordinados elegir como granaderos a hombres curtidos. Nuestro joven jefe confundía el valor militar con la curiosidad demostrada por mí con ocasión de nuestra primera permanencia en las trincheras, y me consideraba más seguro que Poirier, al que conocía bien. Es cierto que éste había de dejarnos, después de tres días de ataque, con la excusa de ir a un avituallamiento, y no volvimos a verle el pelo. Más tarde corrió el rumor de que había sido fusilado.

La misma tarde, el 24 de septiembre, volvimos a partir hacia el frente. Llovía.

V
La barricada

> Savary es un hombre muy bueno para unas operaciones secundarias, pero sin la suficiente experiencia ni capacidad de previsión para estar a la cabeza de tan gran maquinaria. No entiende nada de esta guerra.
> Estabais a diez leguas de vuestra vanguardia; el general Lasalle, que la manda, estaba a cinco leguas de Burgos, de suerte que era el fin por culpa de un coronel que no sabe lo que pretendemos. ¿Es así, mariscal, como me habéis visto hacer a mí la guerra?
>
> NAPOLEÓN

Tuve un extraño despertar al día siguiente. Un monstruo metálico me rozaba, amenazando con triturarme: vi enormes bielas y recibí un chorro de vapor. Yo estaba tumbado sobre el balastro de una vía férrea, un tren blindado pasaba junto a mi cabeza.

Recuerdo que había dejado la columna durante la marcha nocturna y terminado la etapa subido a un furgón. Al haber llegado después de los otros, y sin saber dónde refugiarme, me había acostado sobre la vía, debajo de un puente que me resguardaba de la lluvia, sin pensar que podía venir hasta allí una locomotora.

Tras escapar a este peligro, miré a mi alrededor. Mi batallón ocupaba unos refugios en el talud y yo encontré fácilmente a mi escuadra.

El cañoneo había adquirido una amplitud extraordinaria; rugían de todas partes piezas invisibles y el tren blindado no tardó en aturdirnos. Pasaban aviones muy bajos, revoloteando por debajo de las nubes grises. Las «salchichas», avanzadas varios kilómetros, nos dominaban. Por doquier una gran agitación. El ataque se había desencadenado hacía horas. En los pueblos y caminos camuflados, la caballería, disimulada, estaba lista para lanzar un ataque. Salvando el talud, llegué a los bosques de alrededor. Éstos estaban llenos de hombres, en espera de su turno para obedecer las órdenes. Decididamente, éramos muchos. Pero había que dar tiempo a los otros, en el frente, de asestar los primeros golpes, abrir brechas por las que pudiera penetrar el ejército. Del éxito de nuestros hermanos de armas dependería nuestra propia suerte.

La jornada transcurrió en una ansiosa expectativa, sin novedades. Circularon rumores: el ataque avanzaba, la artillería había sido enganchada, para seguir después. Asomó el sol durante unas horas y se veló tristemente. El no saber nada nos desesperaba y nuestra inmovilidad nos parecía de mal agüero. Sabíamos ya que no nos sería tan fácil llegar a Douai.

Distribuyeron entre nosotros granadas de mano del tipo de mango de raqueta: un cajetín de hojalata fijado a un palo de madera, que se cebaba tirando de un cordel, y terminado en una anilla de cortina. Esta anilla se salía del clavo que la retenía y se balanceaba a libertad: semejante invento me aterró y me negué a tocar los dos artefactos que me alargaba el cabo. Decidió sujetarlos él mismo a lo alto de mi mochila, sobre la manta.

Por la tarde volvió a llover. Ahora teníamos dudas acerca del éxito. Finalmente nos lanzamos hacia delante. Tras el monte Saint-Éloi, el campo de batalla, invadido por la bruma y las humaredas, descendía delante de nosotros en suave pendiente. Distinguíanse a lo lejos unas llamaradas rojas, y

se oía un ruido terrible, punteado por las diabólicas ametralladoras. Era allí adonde nos dirigíamos, inquietos y silenciosos. El ver a los heridos nos puso más sombríos todavía. Estaban cubiertos de lodo, sin el equipo, como fugitivos, muy pálidos, y nosotros percibíamos en sus miradas ese atisbo de locura que era resultado de haber vislumbrado la muerte. Se retiraban en grupos gemebundos, apoyándose los unos en los otros, y no podíamos apartar la vista de la mancha blanca de los apósitos, con partes sucias de sangre. La sangre seguía goteando de ellos, señalaba su paso. Luego pasaron unas camillas silenciosas, de las que pendían unas manos pálidas y crispadas. Cuatro enfermeros transportaban a hombros a un pobre desgraciado que había perdido un brazo, que mostraba los músculos al vivo, deshilachados. Lanzaba unos gritos espantosos, con la cara vuelta al cielo cubierto, como para avergonzar a Dios.

El capitán circuló entre nosotros:

—¡Hay que tener agallas, muchachos! Parece que el casco protege y que ha salvado ya la vida a muchos hombres.

¡Era lo único que se le ocurría decirnos! Entonces nos enteramos de que el ataque vacilaba y que en la profundidad de la niebla nos aguardaba un duro trabajo.

Poco después estallaron unos obuses delante de la columna. Nos dieron la orden de ocupar los ramales. Al saltar dentro, un soldado soltó un ronco quejido. Oímos: «¡Se me ha torcido un pie!». A mi lado, alguien observó: «¡Los hay que saben hacer las cosas en el momento oportuno!».

El avance se volvió muy dificultoso. El pisotear de miles de hombres había transformado el suelo en una pasta resbaladiza, en la que uno se atascaba. Cada paso se convirtió en un desgarro. Nos cruzamos también con unidades que volvían hacia la retaguardia. Estos encuentros eran un suplicio en los ramales demasiado estrechos para que dos hombres pasaran de frente. Pues bien, cada uno de nosotros iba cargado de zurrones que le ensanchaban. Las dos columnas se enredaban la una en la otra y, al no poder desprenderse, se chafaban a cada metro. Los hombres, exasperados, se insultaban, hasta se pegaban porque sufrían. Me acordé de mis granadas y sentí verdadero terror. Transportaba pegados a mi nuca dos explosivos, cuyo mecanismo de accionamiento bailoteaba en el cabo de un cordel. Bastaría, en medio de estos empujones, con que un cañón de fusil se topara con una de las malditas anillas para que se produjese el desastre. Tuve que adoptar una marcha oblicua, que disminuía el riesgo de accidente, y vigilaba los gestos de cada hombre que se debatía contra mí. Por más que mi mente, desencadenada, sarcástica, me repitiera sin cesar: «¡Vas a ver adonde rodará tu cabeza dentro de poco!».

Llegó la noche. Y con ella, como siempre, nos extraviamos. El frente se había tranquilizado un poco. Los dos ejércitos hacían el balance de esta primera jornada, y tomaban sus disposiciones para el día siguiente. Al cabo de dos o tres horas de marcha, nos hicieron parar en un camino encajonado. Ocupamos unos viejos refugios, descubiertos a tientas. El mío estaba inundado de agua. Antes de instalarme en él me había quitado la mochila y arrojado sobre el parapeto las dos granadas que tanta inquietud me causaban, diciéndome que ya encontraría otros artefactos en la línea de fuego.

Comenzábamos a dormirnos cuando hubo que partir de nuevo. La noche era muy profunda, rayada, en la lejanía, por cohetes cuyo resplandor, que no llegaba hasta nosotros, iluminaba el cielo con fúnebres halos. Fuimos a parar a una carretera obstruida por un lío de acarreos. Nos cruzamos

con unos extraños volquetes, llenos de restos endurecidos que se recortaban contra una nube y que reconocimos con un estremecimiento: «¡Fiambres!». Se retiraba así del frente a los de la mañana, las primeras oleadas de la ofensiva irresistible que pateaba delante de nosotros. Estaban limpiando el campo de batalla. Un tipejo dijo: «¡Menuda organización la de la sección de coches fúnebres!». El cargamento de cada volquete suponía el duelo de quince familias.

Penetramos en un pueblo en ruinas. Mi sección se albergó en un sótano. A falta de espacio, nos estábamos sentados, apretados entre nuestros equipos, de codos sobre las mochilas. Un sargento había colgado un farol de gas de la empuñadura de una bayoneta. La tenue luz daba a nuestros rostros una expresión trágica. Un hombre tradujo nuestro sentir:

—¡Este ataque no tiene pinta de avanzar!

—¡Dirás más bien —repuso otro— que es siempre la misma m…!

—¡Hermanos, hay que morir! —rió con sarcasmo un cabo pálido.

—¡Cierra el pico! —gruñó la sección.

Unos hombres roncaban, con sobresaltos y gritos, debatiéndose contra pesadillas menos terribles que la realidad. En el exterior comenzaban a llegar gruesos obuses. Los oíamos caer cerca de nosotros, ensañarse con aquel pueblo herido, machacarlo, seguir destrozándolo, dispersando los últimos muros, las últimas vigas, rociando de piedras los trabajos de zapa. A veces su onda expansiva penetraba hasta donde estábamos nosotros, apagaba el farol de gas y la explosión lo estremecía todo. En la oscuridad, guardábamos silencio. Un sargento preguntaba: «¿No ha alcanzado a nadie?». «¡No, no, a nadie!», respondían uno a uno los hombres de las escaleras, recuperados de la sacudida. Volvía a encenderse el farol, su llama amarillenta nos aislaba, atenuaba los ruidos del exterior.

—¡Menuda desgracia que esos idiotas nos hagan hacer siempre el alto en plena lluvia de obuses!

—¡No falla nunca!

La voz de un hombre que había llegado corriendo exclamó en las escaleras:

—¡Listos todos!

—¿Adónde vamos?

Pero el agente de enlace corría ya más lejos, inclinándose sobre otros sótanos.

—¿Qué hora es? —preguntó uno de los sargentos.

—Las tres…

—Esta noche no se duerme.

Estábamos equipados, aguardando una calma momentánea y una orden. Esperamos largo rato. Habíamos dejado nuestras mochilas, nos habíamos vuelto a sentar. Continuaba la lluvia de obuses. De pronto, afuera, como si hubiera golpeado un obús sobre nuestra somnolencia, el grito brusco, imperativo:

—¡Adelante!

—¡Adelante!, ¡adelante! —repetían los sargentos—. Despejad la entrada.

El farol de gas desapareció. Los hombres se lanzaron hacia las escaleras, para refluir súbitamente.

—¡Cuidado! —exclamó el soldado que estaba en los primeros escalones.

La ráfaga crepitó muy cerca. La entrada se transformó ante nuestros ojos en un rectángulo rojo, cegador. El sótano retembló. Las respiraciones jadeaban.

—¡Adelante! ¡Rápido! ¡Rápido!

Nos precipitamos afuera cayendo, agarrándonos, gritando. Se nos arrojó a la noche fría, silbante, a la noche en deflagración, a la noche llena de obstáculos, de emboscadas, de miembros troceados y de clamores, la noche que escondía lo desconocido y la muerte, muda vagabunda con pupilas de explosiones, que buscaba a sus presas aterradas. Seres abandonados, malheridos, tendidos en alguna parte, tal vez de nuestro regimiento, aullaban como perros enfermos. Arcones enloquecidos, abastecedores de la tempestad de fuego, pasaban a todo gas, dando tumbos, aplastándolo todo para escapar. Nosotros corríamos a más no poder, con unas piernas que flaqueaban, por exceso de carga, demasiado cortas, demasiado débiles para sustraernos a las trayectorias instantáneas. Nuestras mochilas, nuestros zurrones, nos oprimían los pulmones, tiraban de nosotros hacia atrás, nos hacían recaer en la zona relumbrante, recalentada bruscamente, del fragor. ¡Y en todo momento ese fusil que se resbala del hombro, arma inútil, irrisoria, que se desliza y molesta! ¡Y en todo momento esa bayoneta que es un estorbo! Corríamos, guiándonos por una espalda, con los ojos dilatados pero prestos a cerrarse para no ver el fuego, a cerrarse sobre el pensamiento encogido, que se niega a su función, que querría no saber, no comprender, que es un peso muerto para el cuerpo que salta, fustigado por las correas cortantes del acero, que huye del latigazo que cae rugiendo en sus oídos. Corríamos, el cuerpo inclinado hacia delante, con la inclinación adecuada para la caída, que debe ser más rápida que el obús. Corríamos como brutos, no ya como soldados, sino como desertores, en dirección al enemigo, con una sola palabra resonando en nuestro interior: ¡*basta*!, a través de las casas que se tambaleaban, que se alzaban y desplomaban en medio de una polvareda sobre sus cimientos.

Una salva, tan directa que nos sorprendió de pie, se alzó de la tierra a modo de un volcán, nos asó la cara, nos abrasó los ojos, produjo un corte en nuestra columna, como en la carne misma de cada uno de nosotros.

El pánico nos acicateó para mover el culo. Salvamos como tigres los cráteres de obuses humeantes, cuyos labios estaban heridos, superamos las llamadas de nuestros hermanos, esas llamadas salidas de las entrañas y que conmovían las nuestras, superamos la compasión, el honor, la vergüenza, ahuyentamos de nosotros todo lo que es sentimiento, todo lo que eleva al hombre, pretenden los moralistas, ¡esos impostores que no saben lo que es estar bajo los bombardeos y exaltan el valor! Fuimos cobardes, a sabiendas, y sin poder ser más que eso. Regía el cuerpo, mandaba el miedo.

Corrimos más que nunca, con el corazón machacado por el golpear de la desbandada de nuestros órganos, con tal aceleración de la sangre que hacía crepitar ante nuestros ojos destellos de color púrpura, que nos alucinaba con nuevas explosiones. Preguntábamos: «¿Y los ramales? ¿Dónde están?».

Unas ráfagas nos cercaron de nuevo, nos ahogaron de angustia. Luego las dejamos atrás, nos alejamos del pueblo.

Alcanzamos una larga trinchera, medio derruida, una zona en calma por la noche, que nos

ocultaba de la vigilancia mortal del enemigo. Nos dejamos caer al suelo, totalmente agotados, para adensar más aún la sombra por encima de nosotros, como niños que se esconden. Oíamos saltar en pedazos las casas a quinientos metros, sin comprender cómo habíamos podido salvarnos, presos del horror de aquellos bombardeos contra los que no cabía defensa alguna. Dudábamos entre una inútil rebelión y una resignación de bestias llevadas al matadero. Nos aferrábamos con toda nuestra alma a esa calma momentánea, negándonos a concebir cómo continuaría la aventura, que sólo acababa de empezar. Acudían otros hombres a su vez. Se percibía el ruido de sus pulmones. Esperábamos a que nuestros pechos hubiesen recuperado su ritmo normal para preguntar, inquirir acerca de cuántos faltaban. Retrasábamos el momento de saberlo, dejábamos que la oscuridad colmara los vacíos de nuestros efectivos. Todo camarada caído no hacía sino aumentar las posibilidades de nuestra propia muerte. Sin embargo, el frío, que nos penetraba a través de nuestras ropas empapadas de agua, nos sosegó poco a poco. Este nuevo sufrimiento nos reanimaba. Volviéndonos hombres de nuevo, pensábamos tristemente en nuestro destino.

Empezó a circular una petición:

—Pasadlo al capitán: diez heridos en la tercera sección, seis en la segunda y una ametralladora inutilizada.

Siguió la orden, siempre la misma:

—¡Adelante!

Levantamos nuestras mochilas y volvimos a partir inclinados, más cansados, con menos confianza. Unos obuses surcaban la noche y nosotros íbamos en dirección a ellos. Nos adentramos bajo este nuevo tiro. Las gruesas granadas rompedoras, metódicas y precisas, estallaban a cada minuto, a veinte metros por encima del ramal, y dispersaban sobre nosotros su furioso haz. Nos sumergíamos cada vez en el barro y esperábamos, nerviosos, a que la detonación determinara nuestra suerte. A continuación nos lanzábamos hacia delante. Algunos hombres fueron alcanzados de nuevo. El batallón desfiló delante de ellos y fue testigo de su dolor. Pero no era más que un lugar de paso. Más lejos volvimos a encontrar la noche tranquila e interminable, que nos reservaba no sabíamos qué objetivos funestos. La fatiga, la lucha que el soldado de infantería debe sostener contra su carga que le oprime y le agota nos impedía pensar. Nuestras últimas fuerzas estaban concentradas en los músculos de los hombros y del cuello. ¿Es que no se iban a terminar nunca aquellas trincheras? Temíamos sin embargo que se acabaran. Nos dirigíamos hacia un objetivo que no nos urgía alcanzar. Cada metro recorrido, cada esfuerzo arrancado a nuestro agotamiento nos hundía más profundamente en el peligro, acercaba hacia su final a un gran número de destinados. ¿Quién caería?

Me ocurrió durante este relevo un incidente insignificante, al que las circunstancias dieron importancia y que me hizo sufrir mucho. Mientras atravesábamos, mediante saltos jadeantes, el tiro de hostigamiento, mi polaina derecha se desabrochó, se arrastró por el barro, fue pisoteada por el que me seguía, me hizo dar un traspié. No había ni que pensar en detenerse, en resistir al empuje de cientos de hombres que huían como locos de los obuses. Tuve que seguir avanzando, llevando mi polaina en la mano, trabado como si fuera ganado. Al menor silbido, dejaba caer una rodilla en tierra y aprovechaba la explosión para enrollar la venda precipitadamente. Pero este plazo era demasiado corto, y experimenté de un modo cruel que un hombre que no es libre de sus propios movimientos se

siente más vulnerable. Esta situación incómoda se prolongó largo rato, hasta que hicimos un alto de verdad.

No teníamos ya la menor noción de la hora, de la duración, ni de la distancia. Marchábamos en todo momento por esos ramales indefinidamente parecidos, en la noche sin salida, cada vez más fría, que nos entumecía. No sentíamos ya nuestros hombros magullados. Ni siquiera teníamos la suficiente lucidez para imaginar, para temer lo que fuese…

El alba se desprendió finalmente de su encapotamiento de nubes grises y húmedas. Un alba cárdena y silenciosa, que descubría un desierto deslucido y brumoso. Flotaba sobre la tierra un extraño olor, primero dulzón, desalentador, en el que no se tardaba en distinguir las emanaciones más intensas de una podredumbre aún contenida, como una salsa untuosa revela poco a poco lo fuerte de sus especias.

Yo iba, inclinado sobre el suelo, sin curiosidad, con todas mis facultades absorbidas por mi mochila, mi fusil y mis cartucheras. Evitaba los charcos de agua y los enrejados de madera oscilantes, que aumentaban la dificultad de nuestra marcha. Bordeábamos unos parapetos, cambiábamos de dirección sin tratar de reconocernos, todos mudos, espaciados un metro, dormitando y arrojándonos los unos sobre los otros a la menor demora del paso. Las trincheras se hacían más anchas, cada vez más devastadas.

De súbito, el soldado que me precedía se acuclilló, gateó para pasar por debajo de un montón de material de construcción. Yo me acuclillé detrás de él. Cuando se incorporó, descubrí a un hombre pálido como la cera, tumbado de espaldas, que abría una boca sin aliento, unos ojos inexpresivos, un hombre frío, rígido, que debía de haberse deslizado debajo de aquel ilusorio refugio de tablas para morir. Me encontré bruscamente cara a cara con el primer cadáver reciente que hubiese visto en mi vida. Mi rostro pasó a algunos centímetros del suyo, mi mirada se topó con su aterradora mirada vidriosa, mi mano tocó su mano gélida, oscurecida por la sangre que se había helado en sus venas. Me pareció que aquel muerto, en ese breve cara a cara que me imponía, me reprochaba su muerte y me amenazaba con su venganza. Esta impresión es una de las más horribles que me haya traído del frente.

Pero ese muerto era como el guardián de un reino de los muertos. Este primer cadáver francés precedía a cientos de cadáveres franceses. La trinchera estaba llena de ellos. (Desembocábamos en nuestras antiguas primeras líneas, de donde había partido nuestro ataque de la víspera). Unos cadáveres en todas las posturas, que habían sufrido todo tipo de mutilaciones, todo tipo de desgarraduras y todo tipo de suplicios. Cadáveres enteros, serenos y correctos como santos de relicario; cadáveres intactos, sin rastro de heridas; cadáveres churreteados de sangre, manchados y como arrojados a la rebatiña de unas bestias inmundas; cadáveres calmos, resignados, anodinos; cadáveres aterradores de seres que se habían negado a morir, furiosos, derechos, sacando pecho, despavoridos, que reclamaban justicia y maldecían. Todos torciendo el gesto, con sus pupilas apagadas y su tez de ahogados. Y pedazos de cadáveres, jirones de cuerpos y de ropas, órganos, miembros desparejados, carnes humanas rojas y violáceas, parecidas a carne podrida de carnicería,

grasas amarillentas y fofas, huesos que dejaban escapar la médula, tripas desenrolladas, como gusanos repulsivos que aplastamos no sin un temblor. El cuerpo del hombre muerto es algo que produce un asco invencible para el que vive, y ese asco es la señal de la completa anulación.

Para escapar a tanto horror, miré hacia la llanura. Horror nuevo, peor: la llanura era azul[17].

La llanura estaba cubierta de los nuestros, ametrallados, echados boca abajo, con las nalgas al aire, indecentes, grotescos, como monigotes, dignos de lástima como hombres, ¡ay! Campos de héroes, carga para los volquetes nocturnos…

Una voz, en la fila, formuló este pensamiento que nosotros callábamos: «¿Qué les ha pasado?», y que tuvo en nosotros un profundo eco: «¿Qué nos va a pasar?».

Ningún signo de vida, ninguna luz, ningún color atraía la mirada y distraía la mente. Había que seguir la trinchera, buscar en ella los cadáveres, al menos para esquivarlos. Quiero hacer constar que no se distinguía ya a los vivos de los muertos. Habíamos encontrado a algunos soldados inmóviles, emplazados en el parapeto, que yo había confundido con unos vigilantes. Vi que también estaban muertos y que una ligera inclinación los había mantenido derechos contra el talud de la trinchera.

De lejos percibí el perfil de un hombrecillo barbudo y calvo, sentado en el banquillo de tiro, que parecía reírse. Era el primer rostro distendido, reconfortante, que nos encontrábamos, y fui hacia él con agradecimiento, preguntándome: «¿Qué motivos tiene para reír así?». ¡Se reía de estar muerto! Tenía la cabeza cortada muy limpiamente por la mitad. Al adelantarlo, descubrí, en un impulso de retroceso, que le faltaba la mitad de aquel rostro risueño, el otro perfil[18]. Tenía la cabeza completamente vacía. El cerebro, que había rodado de una pieza, estaba justo a su lado —como un producto de casquería—, cerca de su mano, que lo señalaba. Este muerto nos gastaba una broma macabra. De ahí, quizá, su risa póstuma. Esta farsa alcanzó el colmo del horror cuando uno de nosotros lanzó un grito estrangulado y nos empujó brutalmente para huir.

—¿Qué te pasa?

—¡Creo que es… mi hermano!

—¡Mírale de cerca, Dios santo!

—No me atrevo… —murmuró mientras desaparecía.

Una extensión llana, mortecina y sin ecos se desplegaba delante de nosotros en todas las direcciones, hasta el horizonte lluvioso, encapotado de nubes bajas. Esta extensión no era sino puro desorden y ciénaga, uniformemente gris, de una desolación abrumadora. Sabíamos que los ejércitos, ateridos y sangrantes, se encontraban en alguna parte de aquel valle de cataclismo, pero nada hacía sospechar su presencia ni sus posiciones respectivas. Se hubiera dicho una tierra yerma, recién desnudada por un diluvio, que se hubiese retirado sembrándola de restos del naufragio y de cuerpos engullidos, tras haberla recubierto de un oscuro cieno. El tenebroso cielo pesaba sobre nuestras cabezas como una lápida. Todo nos recordaba que estábamos marcados por un destino inexorable.

Acabamos desembocando en una especie de plaza de armas, de amplísimas vías. Este lugar debía de haber sido minado, desbarajustado, y luego reorganizado con gran cantidad de sacos terreros. Caminando unos detrás de otros, no nos habíamos mirado desde la víspera, y nos quedamos sorprendidos de reconocernos, de tanto como habíamos cambiado. Estábamos tan pálidos como los cadáveres que nos rodeaban, sucios y cansados, con el estómago atenazado por el hambre y

sacudidos por los gélidos temblores de la mañana. Me encontré a Bertrand, que pertenecía a otra unidad. En su rostro arrugado y envejecido por las inquietudes de la noche reconocí las marcas de mi propia angustia. Verle me hizo tomar conciencia de la imagen que yo mismo presentaba. Dejó caer estas palabras que traducían el pavor y el asombro de la joven quinta:

—¿Es esto la guerra?

—¿Qué hacemos aquí? —preguntaban los hombres.

Nadie lo sabía. No había órdenes. Estábamos abandonados a través de esos terrenos vacíos, poblados de muertos, los unos riendo burlonamente y atenazándonos con la amenaza de sus ojos glaucos, los otros vueltos del otro lado, indiferentes, que parecían decir: «Nosotros ya hemos acabado. ¡Preparaos para morir a vuestra vez!».

La luz amarillenta de un amanecer vacilante, como golpeado también él por el horror, iluminaba un campo de batalla inanimado, totalmente silencioso. Parecía que todo, en torno a nosotros, y hasta el infinito, estuviese muerto, y no nos atrevíamos a hablar más que en voz baja. Parecía que hubiésemos llegado a un lugar del mundo que tenía algo de fantasmagórico, rebasando todos los límites de lo real y de la esperanza. La vanguardia y la retaguardia se confundían en una desolación sin límites, petrificadas por el mismo barro de arcilla diluida y gris. Estábamos como suspendidos sobre algún banco de hielo interplanetario, rodeado de nubes de azufre, devastado por truenos repentinos. Vagabundeábamos por unos limbos malditos que iban, de un momento a otro, a transformarse en infierno.

Nuestros cornetines de órdenes que tocaban a la carga desencadenaron las máquinas de guerra.

Fusilería, granadas, guardianes del espacio alzaron sus mortales barreras, a la altura del vientre de los soldados de Francia.

Las cortinas de fuegos se abatieron sobre nosotros, en ráfagas mezcladas, que percutían y estallaban, de obuses de todo calibre. El cielo, que echaba fuego, nos cayó encima, nos aferró de la nuca, nos sacudió con un balanceo infernal, nos retorció las tripas con cólicos secos y espasmódicos. Nuestro corazón se nos desgarraba de explosiones internas, estremecía las paredes de nuestro tórax para salirse. El terror nos provocaba ahogos, como una angina de pecho. Y teníamos en la lengua, como si fuera una hostia amarga, nuestra alma, que no queríamos vomitar, que nos tragábamos con unos impulsos de deglución que nos contraían la garganta.

Los cornetines tocaban a muerto. Sabíamos que por delante de nosotros, a unos cientos de metros, nuestros hermanos pálidos iban a ofrecerse a las encarnizadas ametralladoras. Sabíamos que, una vez caídos ellos, luego otros, parecidos a nosotros, obsesionados también por la idea de vivir, de huir, de no sufrir, llegaría nuestro turno, sin contar más que ellos en el gran número de efectivos sacrificados. Sabíamos que la matanza se llevaba a cabo, que el suelo se cubría de nuevos cadáveres, con gestos de náufragos.

El tiro nos había sorprendido en un punto de confrontación localizado. Nos deslizamos dentro de una zapa rusa para resguardarnos de la metralla.

El ataque se apaciguó rápidamente. El cañoneo disminuyó. Unos gritos llegaron hasta nosotros,

los terribles gritos que ya conocíamos…

Permanecimos en aquella zapa tres días y dos noches.

Viendo que se nos permitía hacerlo, nos organizamos. En aquel ramal subterráneo de una veintena de metros estábamos veinte hombres, con la barbilla pegada a las rodillas, que salíamos únicamente para hacer nuestras necesidades.

Varias veces al día oíamos los siniestros cornetines y padecíamos las cortinas de fuegos. El menor obús hubiera perforado la fina capa de tierra que nos protegía, pero habíamos apilado nuestras mochilas para protegernos por ese lado. Esta entrada estaba guardada por un muerto enterrado. No sobresalía del suelo más que su cabeza, como si le hubieran enterrado de pie, y su mano, con uno de sus dedos señalando en dirección a nosotros, parecía indicar: ¡es allí! Cada vez que salíamos reptando, casi nos tropezábamos con esa cabeza fría. Nos recordaba lo que nos esperaba en aquel caos.

No recibíamos ningún avituallamiento. Nos comimos nuestros víveres de reserva, y algunos hombres, que iban de noche a rebuscar en las mochilas de los muertos, trajeron galletas y chocolate. Pero nos devoraba la sed. Yo tenía en mi zurrón una botella de licor de menta. Circulaba con la prohibición de beber de ella. Veinte bocas la succionaban para humedecerse los labios, y volvía hasta mí. Ésta fue nuestra única bebida durante esos tres días. Algunos hombres, sin embargo, bebieron agua sacada de los charcos en los que se bañaban los cadáveres.

También nos las arreglábamos para dormir y evitar los calambres. Cada uno de nosotros hizo sitio, entre sus piernas abiertas, a su vecino. Estábamos dispuestos como los remeros. Por la noche, toda la fila se recostaba hacia atrás y los vientres servían de almohada a las cabezas.

Esta zapa se convirtió en un lugar tibio que no nos atrevíamos a dejar. Nos acunábamos en la ilusión de que nos habían olvidado y que ya no llegaría ninguna otra orden a encontrarnos allí. Pero la orden llegó al tercer día. Partimos por la noche.

La mañana, tras algunos altos y vacilaciones, nos sorprendió en unas posiciones alemanas recién conquistadas. Fuimos a lo largo de unos grandes refugios, que resonaban de los gritos de los heridos que se habían llevado allí, en espera de poder transportarlos hacia la retaguardia. Su gran número retardaba la evacuación, los camilleros eran ya insuficientes.

Finalmente nos dejaron en un ramal, en el que no contábamos con otro recurso que mantenernos derechos. Comenzó a caer una fina lluvia y nos caló. El barro recubría nuestros pies y los mantenía tan fuertemente pegados al suelo que, para retirarlos, teníamos que aferrar una de nuestras piernas con ambas manos. Nos calentábamos alternativamente cada pierna. Seguíamos sin recibir avituallamiento. Por fortuna los obuses apenas caían en aquel rincón.

Hacia el atardecer pensamos en excavar, con nuestras palas de zapador, unas pequeñas entalladuras en el talud, lo justo para meter en ellas los riñones e impedir así resbalarnos. Delante de estos nichos, desplegamos las lonas de nuestras tiendas, sostenidas mediante unos cartuchos hincados

en el suelo. Sentados detrás de estas lonas chorreantes, apretujados de dos en dos, con los pies en el agua y tiritando, conseguimos dormir algunas horas.

Fuimos alertados en plena noche. El grito que me temía resonó: «¡Los granaderos en cabeza!». Los alemanes iban a contraatacar. Pero la fusilería se calmó antes de que nosotros hubiésemos llegado a la línea de batalla.

Al día siguiente nos llevaron de nuevo hacia delante.

Nos emplazamos en un ramal de trinchera perpendicular a las líneas enemigas, cerrado por una barricada de sacos terreros, en el límite de nuestro avance.

Estábamos más sucios, más fatigados, más pálidos, más silenciosos que nunca. Comprendíamos que estaba cerca nuestra hora.

Tras lo que acabábamos de ver, no podía subsistir ninguna ilusión. En cuanto un batallón estaba fuera de combate, se hacía avanzar al siguiente para atacar, en el mismo terreno cubierto de nuestros heridos y de nuestros muertos, tras una preparación de artillería insuficiente, que para el enemigo era más bien una señal que una destrucción. La inútil victoria que consistía en ganar un elemento de trinchera alemana se pagaba con una matanza de los nuestros. Mirábamos a los hombres de azul tendidos entre las líneas. Sabíamos que su sacrificio había sido inútil y que el nuestro, que le seguiría, lo sería también. Sabíamos que era absurdo y criminal lanzar a unos hombres contra unas alambradas intactas, que cubrían unas máquinas que escupían cientos de balas por minuto. Sabíamos que unas ametralladoras invisibles esperaban los blancos que seríamos nosotros, una vez salvado el parapeto, y nos abatirían como a animales de caza. Sólo los asaltantes se mostraban al descubierto, y aquéllos a los que atacábamos, parapetados detrás de sus defensas de tierra, nos impedirían llegar hasta ellos, con tal de que tuvieran un poco de sangre fría durante tres minutos.

En cuanto a avanzar en profundidad, toda esperanza estaba perdida. Esta ofensiva, que debía llevarnos a veinticinco kilómetros al primer avance, a arrollarlo todo, apenas si había ganado con gran dificultad algunos cientos de metros en ocho días. Era necesario que unos oficiales superiores justificasen sus funciones ante el país mediante unas líneas de comunicado que hicieran presentir la victoria. Nosotros estábamos allí sólo para respaldar esas líneas con nuestra sangre. No se trataba ya de estrategia, sino de política.

Había una cosa más que nos hacía pensar. Entre todos aquellos muertos que nos rodeaban, no se veía casi alemanes. No había equivalencia de bajas: nuestras pírricas ganancias de terreno eran mendaces, puesto que éramos los únicos en morir. Las tropas victoriosas son las que matan más, y nosotros éramos las víctimas. Esto acabó por desmoralizarnos. Desde hacía tiempo los soldados habían perdido todo convencimiento. Ahora perdían la confianza. Atacantes, digamos victoriosos, murmuraban: «*Nos hacen morir tontamente*».

Yo, testigo de este desorden, de esta carnicería, pensaba: decir *tontamente* es quedarse corto. La Revolución guillotinaba a sus generales incapaces. Era una medida excelente. Unos hombres que han instituido los tribunales de guerra, que son partidarios de una justicia sumaria, no deberían librarse de la sanción que ellos aplican a los demás. Una amenaza semejante curaría de su orgullo olímpico a

esos jodidos manipuladores, les haría reflexionar sobre sí mismos. Ninguna dictadura es comparable a la suya. Niegan todo derecho de control a las naciones, a las familias, que, en su ceguera, se han puesto en sus manos.

Y a nosotros que vemos que su grandeza es una impostura, que su poder es un peligro, si dijéramos la verdad, se nos fusilaría.

Tales eran las ideas que nos asediaban la víspera de atacar. Encorvados bajo la lluvia y los obuses, los soldados pálidos reían sarcásticamente:

—¡La moral es buena! ¡Las tropas están frescas!

Entramos en un estado agónico.

El ataque es seguro. Pero, como es preciso renunciar a los asaltos frontales que ya no avanzan, se va a progresar por los ramales de trinchera. Mi batallón debe atacar a la granada las barricadas alemanas. Granadero como soy, iré entre los primeros.

Queda por conocer la hora del ataque. Hacia mediodía se nos dice: «Será esta tarde o por la noche».

Desde las letrinas, que están en una posición sobreelevada, se percibe la línea enemiga. La llanura, que asciende ligeramente, está coronada en la lejanía por un bosque destrozado, el *bosque de la Locura*, que al parecer el mando se propone ocupar. Corre el rumor de que tenemos delante de nosotros a la guardia imperial alemana y que nos recibirá con balas explosivas.

¿Qué hacer hasta la tarde? No cuento en absoluto con las granadas, que no sé manejar. Desmonto mi fusil, lo limpio con esmero, lo engraso y lo envuelvo en un trapo. Compruebo asimismo mi bayoneta. Ignoro cómo se bate uno en un ramal de trinchera, en fila india. Pero al fin y al cabo el fusil es un arma, la única que conozco, y debo prepararme para defender mi vida. Tampoco cuento con mi cuchillo.

Sobre todo, no he de pensar… ¿Qué podría plantearme? ¿Morir? Eso *no puedo* planteármelo. ¿Matar? Es lo desconocido, y no tengo ningunas ganas de matar. ¿La gloria? No se gana gloria aquí, hay que estar más en la retaguardia. ¿Avanzar cien, doscientos, trescientos metros en las posiciones alemanas? Demasiado he visto que eso no cambiaría nada los acontecimientos. No tengo ningún odio, ninguna ambición, ningún móvil. Sin embargo, debo atacar…

Mi única idea: pasar a través de los balazos, de las granadas y de los obuses, escapar a ellos, vencedor o vencido. Por otra parte: *ser vencedor es vivir*. Ésta es también la única idea de todos los hombres que me rodean.

Los veteranos están preocupados y gruñen para tranquilizarse. Se niegan a hacer la guardia, pero todos son voluntarios para irse a la retaguardia, en busca de avituallamiento.

Ráfagas de obuses y de ametralladoras barren la llanura. El sol asoma un poco. A lo lejos, oímos de nuevo cornetines de órdenes, disparos de fusil, cortinas de fuegos.

Quisiéramos interrumpir el curso del tiempo. Sin embargo, el crepúsculo invade el campo de batalla, nos separa a unos de otros, nos hace sentir un frío penetrante…, el frío de la muerte…

Esperamos.

No se ve con precisión nada.

Me acurruco en un agujero para dormir. ¡Mejor no saberlo por adelantado!

Me acuerdo de que tengo veinte años, la edad que cantan los poetas…

Vuelvo a ver el día. En la trinchera desierta estiro mis piernas anquilosadas. Me dirijo hacia el refugio de nuestro cabo.

—¿Qué, ya no se ataca?

—Se ha aplazado para esta tarde.

¡Pues vaya! ¡Tampoco hoy será un día alegre!

Es temprano. El frente está en calma. Por el llano, cubierto de brumas, circulan largos lamentos desgarradores, se alzan estertores entrecortados y roncos. Son nuestros heridos tendidos entre las líneas, que llaman: «Venid a buscarme… Camaradas, hermanos, amigos… No me dejéis, puedo seguir viviendo…». Se oyen nombres de mujeres, alaridos de los que sufren demasiado: «¡Acabad conmigo!», de los que nos insultan: «¡Cobardes!, ¡cobardes!». No podemos hacer nada más que lamentar su suerte, estremeciéndonos. Reconocemos en estos gritos los gritos que llevamos dentro de nosotros, que saldrán de nosotros, acaso esta misma tarde… Parece que los dos ejércitos hayan enmudecido para escuchar, y, en sus trincheras, deben de sonrojarse de vergüenza.

Me repliego en mi agujero, me envuelvo la cabeza para no seguir oyendo, para tratar de dormir.

Me despiertan unas horas más tarde. Acaban de llegar al fin las vituallas: ragú cuajado en las marmitas, vino, café frío, bebidas alcohólicas. La escuadra se reúne alrededor de nuestro cabo, que procede a la distribución. Yo como sin apetito y soy el primero en terminar. El cabo me pasa una brazada de periódicos:

—Léanos las noticias.

—¡A ver, oigamos las bolas que nos cuentan! —aprueban los otros, acercándose para no perder ripio.

En primer lugar, el comunicado, bastante confuso, les hace menear la cabeza.

—¡Estamos apañados si hemos de pasar el invierno en este asqueroso barrizal!

Luego leo rápidamente las columnas firmadas por nombres ilustres, académicos, generales retirados, incluso eclesiásticos, y destaco estas raras, preciosas flores de prosa: «El valor educativo de la guerra no ha sido puesto nunca en duda por nadie que sea capaz de un poco de observación…». «Ya era hora de que llegara la guerra para resucitar, en Francia, el sentido del ideal y de lo divino». «El brillante papel que desempeña la poesía es una más de las sorpresas de esta guerra y una de sus maravillas».

Una interrupción:

—¿Qué deben de ganar esos tipos por escribir estas memeces?

Prosiguiendo, obsequio a mi auditorio con lo siguiente: «¡Oh muertos, qué vivos estáis!». «¡La alegría reina en las trincheras!». «Puedo seguiros ahora en el asalto: puedo comprobar la alegría que se apodera de vosotros en el momento del esfuerzo supremo, éxtasis, transporte del alma, vuelo del espíritu que ya no se pertenece».

Meditan unos instantes. Y Bourgnou, el pequeño Bourgnou, apagado y sumiso, que no abre nunca el pico, juzga a esos escritores famosos y dice con su voz de muchacha:

—¡Ah! ¡Los muy canallas!

Pasado el mediodía, el cabo me tira por un brazo:

—Esta tarde vendrás a hacer un servicio. Iremos a buscar unos cañizos.

—¡Ah!, ¡no, no! Yo ya voy como granadero, no quiero ir a hacer ningún trabajo.

—Chitón, os libraréis del ataque…

Esta afirmación me tranquiliza. Paso una velada bastante buena.

Hace rato que ya es de noche cuando partimos. Somos cinco. He dejado mi fusil y mi mochila en un pequeño módulo de trinchera del que los recogeré, sin conservar más que un zurrón y mi equipo. Marchamos muy rápido por los ramales sombríos, desfondados por los obuses. Nos urge llegar a la retaguardia, donde estaremos a cubierto.

Por desgracia, la humedad de estos últimos días y las galletas enmohecidas me han producido cólicos. Me veo obligado a detenerme varias veces y hacer esperar a los demás, que se quejan, temiendo que nos alcance un tiro de improviso. Para mí, no es fácil, en la oscuridad, encontrar un lugar adecuado. En una de ésas, un hombre que se alza bruscamente pretende echarme.

—¡Largo de aquí! Es la letrina del comandante.

Respondo groseramente a ese fiel servidor que ningún comandante del mundo podría hacer cuadrarse a mis tripas. Su nariz y unos borborigmos le informan de que no miento. Desaparece.

Encontramos unos cañizos en un depósito de material y preparamos nuestra carga. Luego nos sentamos en un hueco cubierto, bien apretujados para conservar así el calor, y nos encendemos unos pitillos.

No tardan en caer no muy lejos unos gruesos obuses que resuenan terriblemente en ese lugar desierto. Nos hundimos lo más profundamente posible en la sombra y nos convencemos de que nuestro refugio es sólido. Por encima de todo, pensamos en lo que le espera en el frente al batallón. Es preferible estar aquí.

Por otra parte, cesan los disparos. Se hace el silencio. No hablamos. Escuchamos los ruidos confusos del frente, a lo lejos. Dormitamos. Dejamos pasar el tiempo. Tenemos la impresión de ser unos desertores.

El cabo nos dice: «¡Mal que nos pese hay que volver!».

Nos ponemos de nuevo en camino. Avanzamos a duras penas con esos cañizos, más largos que un ramal de trinchera, que hay que transportar oblicuamente. Nunca, en tiempos normales, habríamos querido hacer este trabajo. Pero creemos que somos afortunados.

Llegamos a nuestras posiciones.

Todo el batallón está en la trinchera, con la bayoneta calada, en el mayor de los silencios.

—¿Qué hacéis?

—Vamos a atacar.

¡De modo que el ataque no se ha producido! El cabo dice:

—Pasad la voz al capitán de que están aquí los cañizos.

La información pasa de hombre a hombre. Pienso en mi fusil, en ir a por él…, pero llega una orden:

—En cabeza los hombres que han hecho el trabajo. Dejad los cañizos.

¡Es el colmo! ¿Qué quiere decir esto? No hay que discutir. Adelantamos al batallón. Los hombres se apartan para permitirnos el paso, con una deferencia inhabitual.

Bajo la barricada está nuestro capitán, con el barboquejo en la barbilla y revólver en mano. Me señala unas cajas.

—Coge unas granadas.

—Mi capitán, ignoro cómo funcionan.

Es cierto. Son unas granadas cilíndricas de hojalata, como no he visto nunca. El responde con rudeza:

—¡Nada de explicaciones!

¡En efecto! Cojo dócilmente cinco o seis granadas y me las meto en el zurrón. Me señala la barricada.

—¡Salta!

Veo una escalera corta. Trepo por ella. Salvo los sacos terreros y me encuentro al nivel de la llanura, por encima de las trincheras. Unos resplandores me ciegan. Cohetes, obuses. Balas que silban me pasan rozando. Me dejo caer.

Del otro lado de la barricada…

Un hombre corre delante de mí. Yo corro detrás de él.

Corriendo, breves reflexiones: «Así que ataco a la cabeza de un batallón. No tengo más arma que cinco granadas de un modelo desconocido y me dirijo hacia la guardia imperial alemana…». Mis ideas no llegan a más. Echo de menos mi fusil bien engrasado.

Otros hombres corren detrás de mí. Ni pensar en detenerse, y no lo pienso. Los cohetes se suceden y nos iluminan. Veo un fusil apoyado en la pared del ramal y me apodero de él. Un viejo fusil francés: cerrojo bloqueado, bayoneta torcida y herrumbrosa. ¡Pero es mejor que nada!

No me imagino del todo el combate, no tengo ningún reflejo de soldado. Me digo:

«¡Todo esto es una imbecilidad, una absoluta imbecilidad!». Y corro, corro como si tuviera una urgencia.

¿Tengo miedo? Mi razón tiene miedo. Pero yo no la consulto.

¡Idiota, idiota!

Al pie de la segunda barricada, cuatro energúmenos percuten granadas y las lanzan, aullando para excitarse.

¡Así que somos cinco pedazos de imbéciles que atacamos al ejército alemán con esos cilindros de hojalata! ¡Menuda historia!

Uno de los furiosos me grita:

—¡Pásame unas granadas!

Yo pienso: «¡Con mucho gusto!». Le alargo el contenido de mi zurrón.

—¡Otras más!

El hombre de detrás me alarga las suyas. Las paso. Llegan más granadas, de mano en mano.

Los cuatro no paran de percutir, de lanzar y de pegar gritos… ¿Puede esto durar eternamente?

Me he levantado, sordo, cegado por una humareda, traspasado por un dolor agudo. Unas zarpas me arañan, me desgarran. Debo de gritar sin oírme.

Un destello de pensamiento en mi oscuridad: «¡Te han arrancado las piernas!». Para ser un estreno…

Mi cuerpo se incorpora y echa a correr. La explosión lo ha activado como a una máquina. Detrás de mí gritan: «¡Más rápido!», en un tono de enloquecimiento y de dolor. Sólo entonces me doy cuenta de que corro.

Mi razón se recupera ligeramente, se asombra, controla: «¿Sobre qué corres?». Creo correr sobre unos troncos de piernas… Ordena: «¡Mira!». Me detengo en el ramal por el que pasan hombres que no veo. Mi mano, que teme encontrarse con algo espantoso, desciende lentamente a lo largo de mis miembros: los muslos, las pantorrillas, los zapatos. ¡Tengo mis dos zapatos!… Entonces, ¡mis piernas están enteras! Alegría, pero una alegría incomprensible. Sin embargo, me ha sucedido algo, he recibido un tiro…

Mi razón prosigue: «Te has salvado… ¿Tienes derecho a salvarte?». Nueva inquietud. Ya no sé si sufro, ni en qué parte. Ausculto mi cuerpo, lo palpo en la sombra. Encuentro mi mano izquierda que ya no responde a mi presión, cuyos dedos no pueden apretar. De la muñeca chorrea un líquido tibio. «¡Bien! ¡Estoy herido, tengo derecho a partir!».

Esta constatación me calma y me devuelve al punto la sensación de dolor. Gimoteo débilmente. Estoy sobre todo aturdido y asombrado.

Encuentro la primera barricada, donde han hecho una brecha para facilitar el paso. El capitán sigue estando allí. Nadie me para. Los soldados de mi batallón, cuyas bayonetas relucen, acercan sus rostros pálidos y ansiosos para ver a este primer herido. Reconozco a hombres de la quinta del 15, que me dicen:

—¡Qué potra tienes!

Se destaca uno: Bertrand. Me retira el equipo y me pregunta:

—¿Es grave?

—Y yo qué sé.

—¿La cosa marcha?

—No he tenido tiempo de darme cuenta.

—¡Buena suerte!

—¡Lo mismo digo, amigo!

—Ten la seguridad de que preferiría estar en tu lugar.

Su inquietud, sus palabras me hacen tomar conciencia de mi suerte.

Ahora se trata de ganar la retaguardia, de no perderme en los ramales, de escapar a los obuses…

Repito: «¡Qué potra tienes!».

Poco a poco, me enfrío. Mis piernas se endurecen y cojeo del pie derecho, que me duele. Avanzo a duras penas, a través de la red de ramales oscuros y desiertos. Este sector, por el que nos hemos desplazado sólo de noche, me es desconocido. Ha caído de nuevo la noche sobre él y lo extiende hasta el infinito. No tengo más que un indicio, que es seguir las vías más transitadas, por donde han pasado más tropas. Me guío por el tipo de suelo y me dedico a dar la espalda a los cohetes que indican la vanguardia. Estoy solo y mis fuerzas disminuyen.

En mi reloj: tres de la noche. Encuentro un fusil roto con el que apoyarme. Estoy cada vez más cansado, pero siento que si me paro, no podré volver a partir. Tengo la suerte de haber sido el primero en dejar el lugar de ataque, sin la ayuda de los camilleros. Hay que aprovechar esta oportunidad y evitar ser atrapado bajo las cortinas de fuegos. Precisamente la artillería dispara a lo lejos, sobre las líneas.

Las cuatro. Sigo ignorando dónde me hallo, adonde iré a parar y aún no me he encontrado con nadie. Unos obuses caen en los alrededores. Tomo por un camino encajonado. Oigo pasos, voces, y me cruzo con soldados que hacen labores de avituallamiento. Los hombres me ofrecen de beber, café, licor, me explican la dirección que hay que seguir para ganar el pueblo y el puesto de sanidad, situado en un extremo. Dicen que llegar hasta allí me llevará una hora.

Una hora para ellos, pero yo tardo mucho más. En el pueblo, dejo los ramales y tomo por la carretera, para ganar tiempo. Es uno de esos pueblos del Paso de Calais, que se extiende a lo largo. El decorado es siniestro. Y he aquí los obuses a mi derecha, las granadas rompedoras que estallan bajas y los proyectiles que hacen saltar piedras. Si llegaran hasta mí, no podría ni salvarme ni refugiarme; ando como un lisiado. Ahora tengo miedo de verdad, miedo a que me rematen…

Una cruz roja. Desciendo a un sótano. El médico militar me venda someramente, se asombra del número de esquirlas que me han impactado, pero me tranquiliza no obstante… Los bajos de mi capote están enteramente deshilachados y mis polainas como tijereteadas. No tengo ya fuerzas para volver a partir. Un enfermero me lleva sobre su espalda hasta el puesto de evacuación próximo. Nace el día. Son más de las seis.

Delante del puesto de evacuación hay dos camillas, una de las cuales está ocupada. Me tumbo en la otra. Me invade instantáneamente una sensación de bienestar y de seguridad: lo más duro está hecho, no tengo más que confiar, se ocuparán de mí.

Un joven sacerdote, de cara simpática, se acerca, se inclina y nos pregunta con cordialidad si deseamos algo. Yo le pido un cigarrillo. Una vez encendido, sonrío, para darle las gracias. El abre los brazos en un gesto un tanto litúrgico, y dice:

—La abnegación de nuestros soldados es admirable. ¡Sufren y aún tienen el valor de reír!

Mientras va a buscar algo para beber, el otro herido me musita:

—¡Este páter es un inocente! ¡No comprende que bromeamos porque nos largamos de aquí!

Nos bajan a un sótano aún vacío que está acondicionado, con unos bastidores, para recibir tres filas de camillas superpuestas. Estoy asombrado de encontrarme allí, de mi extraordinaria

aventura… Pero estoy muy cansado y no tardo en caer dormido como un tronco.

Algunas horas después, al despertar, el sótano está lleno de heridos que gritan. No hay ninguna litera disponible. Sus ocupantes agotan la gama de las entonaciones del dolor y de la desesperación. Algunos presienten la cercanía de la muerte y luchan contra ella ferozmente, con imprecaciones y gestos frenéticos. Otros, por el contrario, dejan escapar su vida en un fino hilillo de fluido, con suspiros ahogados. Otros exhalan quejidos roncos, regulares, mediante los cuales acunan su sufrimiento. Otros imploran para que se les alivie; otros para que los ayuden a poner fin a su vida. Otros llaman en su auxilio a seres desconocidos para nosotros. Otros, en pleno delirio, siguen batiéndose, lanzan gritos de guerra inhumanos. Otros nos toman por testigos de su miseria y nos reprochan el no hacer nada por ellos. Algunos invocan a Dios; otros la emprenden con él, le insultan, le conminan a intervenir si tan omnipotente es.

A mi izquierda, reconozco al joven subteniente que mandaba nuestra sección. De su lacia boca sale una queja monótona y débil de niño pequeño. Agoniza. Era un muchacho valiente y todo el mundo le quería.

Hay falta de espacio. En el suelo se hacinan pobres desgraciados, masas lodosas rematadas en un rostro despavorido, marcado por esa atroz sumisión que infunde el dolor. Su mirada es la de los perros que se agachan bajo el látigo. Sostienen sus miembros rotos y salmodian el canto lúgubre que asciende de las profundidades de su carne. Uno tiene la mandíbula rota, que pende y que él no se atreve a tocar. El asqueroso orificio de su boca, obstruido por una lengua enorme, es una fuente de sangre espesa. Un ciego, encerrado detrás de su venda, alza la cabeza hacia el cielo, en la esperanza de captar un débil resplandor por el tragaluz de sus órbitas, y vuelve a caer tristemente en la negrura de su celda de castigo. Sondea el vacío a su alrededor tanteando, como si explorase las paredes viscosas de un calabozo. Un tercero ha perdido ambas manos, sus manos de agricultor o de obrero, sus máquinas, su sustento, de las que, para demostrar su independencia, probablemente decía: «Cuando un hombre tiene sus dos manos, encuentra trabajo en todas partes». Ellas le faltan ya para sufrir, para satisfacer esa necesidad tan natural, tan habitual, que consiste en llevarlas al lugar que duele, que aprietan para calmarlo. Le faltan para torcerse, crisparse y suplicar. Ya no podrá *tocar* nunca más. Pienso que es quizá el más precioso de los sentidos.

También han traído una piltrafa humana tan monstruosa que todos, al verla, han retrocedido, y que ha asombrado a esos hombres a los que ya nada asombra. Yo he cerrado los ojos: he visto ya demasiado, quiero poder olvidar más tarde. Esa cosa, ese ser, aúlla en un rincón como un demente. Nuestra carne soliviantada nos sugiere que sería generoso, fraternal, acabar con él.

La artillería alemana corta la carretera; los obuses resuenan sordamente. No se nos puede evacuar. Fuera, llegan constantemente nuevos heridos que, bajo la lluvia, y para poder entrar, esperan que nos convirtamos en cadáveres. Los enfermeros están desbordados. Van de una litera a otra, a vigilar los estertores. Una vez que esos estertores no son más que balbuceos, indicadores de que el moribundo está en puertas de la nada, se saca al hombre que acabará de morir igualmente en el exterior, y llevan a su sitio a otro herido que tiene posibilidades de vivir. La elección no es siempre, sin duda, afortunada, pero los enfermeros lo hacen lo mejor que pueden, y todo en la guerra es una lotería. Se llevan así a nuestro subteniente.

Todos los que retiran de aquí están destinados a acabar fiambres, esos desechos del campo de batalla que ya no despiertan la compasión de nadie. Los muertos molestan a los vivos y agotan sus fuerzas. En los períodos agitados se los deja abandonados, hasta que reclaman atención por medio del olor. A los sepultureros les parece que son verdaderamente un número excesivo y se quejan de este incremento de trabajo que les usurpa el derecho a dormir. Todo lo que está muerto es indiferente. Enternecerse sería mostrar debilidad.

Un médico militar pensativo, agotado, y sin medios sanitarios, circula a través de las filas. Reconforta como puede, con un burdo lenguaje, y muestra sus galones a los más crédulos para convencerles de que saldrán de ésta. Se intuye su agotamiento; huele a alcohol, que emplea para sostenerse. Está tan lleno de salpicaduras de sangre que su sonrisa, que quisiera ser dulce y firme, parece cruel como la de un verdugo.

La mayoría de los heridos llevan el número de mi regimiento, pero yo formo parte de él desde hace demasiado poco tiempo para conocerles, y muchos están irreconocibles. Fragmentos de conversación me permiten saber que el ataque de la barricada fue muy mortífero. Costó la vida a más de ciento cincuenta hombres. Primero se avanzó, luego hubo que retroceder y regresar a los emplazamientos de partida. Los alemanes, que están menos agotados que nosotros y se aferran a las posiciones de cresta, contraatacaron enérgicamente y aprovecharon que nuestros flancos no estaban cubiertos. Yo sentía curiosidad por conocer el resultado de esta acción, en la que he tomado parte de manera tan extraña. Asimismo me gustaría saber qué ha sido de mis camaradas de la quinta del 15 y de los de mi escuadra. Esta escuadra, en la que discutíamos con frecuencia y que reunía a individuos tan diferentes, tan poco hechos para comprenderse, era sin embargo una pequeña familia, y me apenaría que les hubiera ocurrido una desgracia a alguno de ellos, sobre todo a nuestro joven cabo. Pero estoy muy mal situado, a ras del suelo, y no percibo más que a los heridos tendidos contra el muro. Están demasiado alejados, demasiado recogidos en sí mismos para que yo les pregunte. Por otra parte, mi deseo de informarme es, sin embargo, menor que mi deseo de no hacer esfuerzos.

¿Y yo?

Siento vergüenza. Siento vergüenza porque sufro menos que algunos hombres que me rodean y porque ocupo todo un sitio. Siento vergüenza, y también, por comparación, estoy, si no orgulloso, no feliz, sí satisfecho de mi destino. El egoísmo, pese a todo, domina a la compasión que me invade porque el dolor no me absorbe totalmente, como a los pobres desgraciados que están heridos de gravedad. Estoy dividido entre estos dos sentimientos; la incomodidad de ostentar una riqueza excesiva ante unos pobres miserables y la superioridad un tanto insolente de las personas a las que la suerte ha colmado. Mi cuerpo, vuelto hacia la esperanza, hacia la vida, da la espalda a los cuerpos maltrechos; el animal, que quiere permanecer intacto, me dice: «¡Alégrate, estás salvado!». Pero mi espíritu sigue siendo aún solidario con los pobres hombres de la trinchera, de los que yo formaba parte; los quiero y siento lástima por ellos. Los riesgos que hemos corrido juntos, el miedo que nos ha trastornado, nos han unido. Todavía no estoy despegado de ellos y sus gritos encuentran eco en mí. ¿Acaso es la vista de las mutilaciones que yo habría podido sufrir lo que me conmueve? ¿No es nuestra piedad una meditación sobre nosotros mismos a través de los demás? No lo sé. Lo que debe disculparme a sus ojos es que estábamos expuestos a los mismos golpes, que lo que les ha tocado a

ellos habría podido tocarme también a mí. Sin embargo, inmóvil bajo mi manta, con los ojos cerrados, disimulo ante ellos mi suerte injusta.

Tengo también mis motivos de inquietud. Si me pongo boca arriba, la herida del tórax me ahoga. Si quiero darme la vuelta, parece que me clavan puñales en el cuerpo. Podría ser que mi mano, tan pesada en la extremidad de mi brazo, no recuperara nunca su flexibilidad… Si no pensase que mis camaradas están aún allí detrás de la barricada, con los pies en los charcos de agua, rodeados de cadáveres, y que su vida está en juego a cada instante, consideraría sin duda que me ha ocurrido una gran desgracia. De haber sufrido semejante conmoción en otra parte que no fuese la guerra, se me habrían llevado desmayado. Aquí he caminado más de tres horas para encontrar un puesto de sanidad. Pero, en suma, mi suerte no está decidida, no me sentiré tranquilo hasta que toda amenaza de amputación haya sido descartada.

Con la tarde, los gritos se redoblan, el delirio se apodera de nosotros. Dentro, la temperatura es muy elevada, la atmósfera irrespirable, cargada del insípido olor de la sangre, de las vendas sucias, de los excrementos. Estoy débil, la cabeza me da vueltas, me parece que este sótano me oprime, desciende sobre mi pecho…

Me entra fiebre, siento escalofríos, me hace alucinar. Levanta delante de mí una barricada fulgurante, una hoguera en la que llamean unos hombres azules y grises, que tienen rostros de cadáveres burlones, de mandíbulas sin encías, como la máscara de Neuville-Saint-Vaast. Se lanzan a la cabeza granadas que los coronan de explosiones. Disipada la nube, medio decapitados, sanguinolentos, siguen batiéndose con saña. Uno tiene un ojo que le cuelga. Para no perder tiempo, saca la lengua y se lo traga. Otro, un alemán alto, tiene saltada la tapa de los sesos; el cuero cabelludo hace de charnela y retiene el hueso que bailotea como una tapadera. Cuando le falta munición, hunde la mano en su cráneo, se saca los sesos y los arroja a la cara de un francés, al que empuerca con una papilla repugnante. El francés se seca, y, furioso, entreabre su capote. Desenrolla sus intestinos y hace con ellos un nudo corredizo. Lanza este lazo al cuello del alemán, le pone un pie sobre el pecho, e, inclinado hacia atrás, suspendido con todo su peso, le estrangula con sus tripas. El alemán saca la lengua. El francés se la corta con un cuchillo y la prende de su capote con un imperdible, como si fuera una condecoración. Luego se presenta una mujer que da el pecho a un niño. Desprende al niño de su pecho y lo coloca en lo alto de la barricada, donde empieza a asarse. La mujer se retira tristemente, gimoteando: «¡Ah, Dios mío, cómo ha podido pasar esto!». Entonces acuden los ordenanzas. Ponen en un plato de campamento al niño asado en su punto, como un cochinillo, y llenan cubos enteros de sangre, que se llevan para la comida del mariscal de campo, que se está tomando un aperitivo a lo lejos, observando el campo de batalla con unos gemelos y bostezando porque tiene hambre. La barricada se desfonda, y no hay ni vencedores ni vencidos, porque no quedan más que cadáveres.

Heme aquí en primera línea, en un puesto, armado de una ametralladora. De pronto, una mariposa negra, moteada de rojo, revolotea por encima de las alambradas. Tengo la consigna de matar esta mariposa. Pongo el dedo en el gatillo y busco en el punto de mira. De golpe, comprendo una cosa

terrible: esta mariposa no es sino mi propio corazón. Enloquecido, llamo al sargento y se lo explico. Él me responde: «¡Es una orden! ¡Mátala o serás fusilado!». Entonces cierro los ojos, y gasto cintas, cintas de ametralladora para matar mi corazón… La mariposa sigue volando… Se presenta de improviso el general, que monta en cólera: «¿Quién me ha endilgado a este zopenco de recluta? ¡Me lo cargo de un tiro!». De una cartuchera de piel humana saca un revólver todo de oro. Apunta y mata mi corazón… Yo lloro… Iré a buscar a la pobre mariposa negra, esta noche, arrastrándome…

Y ahora, estoy solo en una camilla, entre las trincheras. Cae la tarde. Los ejércitos se alejan y me abandonan. Oigo un toque de cornetín, órdenes, veo en una carretera, allá lejos, tropas que presentan armas. De un automóvil con banderín baja un coronel. Le reconozco a pesar de la distancia: es el que me hizo pasar un examen en el Campo de Marte, en el depósito de reclutas… Se agacha, raspa una cerilla y enciende algo cerca del suelo. Luego vuelve a montar en su coche, que arranca rápido. De nuevo un ruido de armas, de nuevo un toque de cornetines. Las secciones forman en fila de a cuatro y se alejan a su vez, sin volverse. Me gustaría llamar, pero algo me obstruye la garganta. Heme aquí solo de nuevo; tengo frío. Pienso en las ratas de las que rebosa el llano y que quizá van a asaltarme. ¿Cómo me defenderé? No me quedan fuerzas y estoy atado a mi camilla. Busco alguna ayuda en esa extensión monótona y helada… Descubro un pequeño resplandor, que tomo primero por una luciérnaga. Pero ella viene a mi encuentro, lentamente, ondulando sobre la tierra. La creía a unos kilómetros, y no es sino su pequeñez lo que me daba esa impresión de lejanía. En realidad, está cerca y sigue avanzando. ¿Qué es, pues? ¡Súbitamente, todo se revela! Se me erizan los cabellos, sudo de horror. Sí: ese coronel era mi enemigo desde que yo le había saludado con la mano izquierda, por distracción. El resplandor es una llama que corre en el cabo de la mecha que ha encendido, de esa mecha que viene desde la carretera hasta mí, que me atraviesa la garganta; que me impide llamar. Y mi pecho, mi vientre están rellenos de *chedita*[19], lo sé…

El tren sanitario rodaba desde hacía una hora, llevándonos al interior. En el vagón de ganado acondicionado con unas literas íbamos doce heridos febriles, fatigados de haber esperado ya varios días en una camilla, de puesto de sanidad en puesto de sanidad. Algunos estaban seriamente heridos y sufrían cruelmente.

Presa de una inspiración repentina, el que tenía una esquirla de obús en la cadera se sobrepuso al dolor y nos anunció una era nueva:

—Eh, compañeros: escuchad, *¡ya no se oye el cañón*!

—¡Para nosotros —le respondieron— la guerra se ha acabado!

Hace de eso un mes largo. También yo lo creía. Hoy no estoy tan seguro.

VI
El hospital

> Jesucristo reveló al mundo esta verdad: que la patria no lo es todo y que el hombre está en primer lugar y por encima del ciudadano.
>
> RENAN

Estoy tendido en una cama de hospital y cubierto de vendajes. De la cabecera de mi cama cuelga una hoja en la que figura un cuerpo humano, por ambas caras. Una decena de puntos, a tinta roja, indican las heridas de este cuerpo: mi cuerpo. En la muñeca izquierda, en el tórax, en las piernas, en el pie derecho. «Nada en la tripa y en el estómago. ¡No está mal!», me había dicho el médico militar del sótano de La Targette, adonde había podido llegar tras el ataque de la barricada. Al lado del croquis, un diagrama de temperatura. En la parte inferior de la hoja, se lee: «Entrada: 7 de octubre de 1915. Operado: 20 de octubre. Salida:…». Deseo que se llene ese blanco lo más tarde posible.

En mi mesilla de noche hay unos libros, cigarrillos, pastillas, objetos de escritorio; en el cajón, mi cartera, cartas, mi cuchillo, mi pluma, mi ya inútil medalla de identidad, y mi taza de aluminio, que he hallado en un zurrón que no me había abandonado. ¡No está mal, en efecto! Me encuentro bien. Así me ahorraré la campaña de invierno, y seguramente la guerra para entonces se habrá terminado. Estoy contento: he salvado el pellejo…

La granada me había acribillado de esquirlas. Felizmente, era de hojalata, fragmentada de tal modo por la explosión que esas esquirlas no impactaron con gran fuerza. Casi todas quedaron a flor de piel, y todavía ahora, después de algunas semanas, si me aprieto fuerte esos granos que me salen en medio del cuerpo, expelen una partícula de metal muy aguzada. Deben de quedar otras muchas, pues, al cambiar de postura, siento un brusco pinchazo, como cuando uno se sienta sobre un alfiler. He temido durante largo tiempo que estos pequeños restos me produzcan un absceso maligno. Pero el apuro de tener que enseñar mis nalgas a las enfermeras siempre me ha frenado de hablar de ellos. (Para mí las nalgas están ligadas a la idea de la mujer y me parecen contrarias a la virilidad. Quizá hay también en esto un vestigio de ese prejuicio guerrero, absurdo hoy en día: un combatiente no debe ser herido en la espalda). Yo mismo llevo a cabo mis búsquedas, a tientas, debajo de las mantas. Cuando con el dedo detecto inequívocamente una pequeña dureza, mediante una contorsión la examino en mi espejo. Luego emprendo el raspado con una uña o un alfiler. Esto me ocupa en los momentos en que estoy cansado de leer o de fumar, y mis vecinos lo encuentran normal, pues también ellos se dedican a menudo a tareas parecidas. No tenemos, por otra parte, ya nada que esconder de nuestros cuerpos, de sus necesidades, y desviamos la atención de quienes son descubiertos para no incomodarles. No nos molestamos los unos a los otros más que con el olor, por más discreción que pongamos en ello.

He retirado muchas esquirlas de mis piernas, a lo largo de las tibias, con la punta de mi cuchillo. Calculo haber recibido unas cuarenta. Mi cuerpo, sin embargo, sólo presenta once heridas serias,

pero no graves. Lo enojoso es que las heridas están repartidas por todas partes, por lo que hay que envolverme casi por completo, y que, al estar adherido el pus a la gasa y ser las heridas solidarias, al menor movimiento siento en cada una al despegarse un pequeño desgarrón. Y como hay un ligero retraso de transmisión de una a otra, mi mueca se ve multiplicada por varios pinchazos sucesivos. Por ello me muevo lo menos posible. Pero, a fuerza de permanecer siempre tumbado de espaldas, me ha salido una inflamación, y cada día tengo que pasar algunas horas de costado. A veces, consigo sentarme. Es una maniobra que preparo durante un buen rato, para evitar así un dolor demasiado vivo que me haría caer de nuevo bruscamente. Tengo, por otra parte, todo el tiempo del mundo. Incluso me levanto un poco, mientras me hacen la cama.

He «pasado por el quirófano», y no conservo un mal recuerdo. El médico militar de una ambulancia del frente había sondeado mis heridas y retirado a lo vivo —lo que no fue nada agradable— las principales esquirlas. Me quedaba una en el pie derecho y otra en la muñeca izquierda, que había ido a alojarse, sin mermarlos, entre los tendones que gobiernan los dos dedos del medio de la mano. Para extraerlas se decidió dormirme. Pues bien, lo único que temía era que no lo hicieran, que me trataran aquí como lo habían hecho en el frente. Después de un día de dieta, me trasladaron a eso de las seis a la sala de operaciones, de una blancura, de una desnudez hirientes, iluminada por una lámpara de arco que hacía relumbrar los aceros de fuegos azules y cortantes. Me desnudaron en medio de aquel blancor, ofrecido, indefenso y tembloroso ante los crueles instrumentos, como para un suplicio, y con su blusa todos los presentes parecían los verdugos de una fría inquisición. El médico militar me dijo, mientras acercaban ya el tampón: «No temas. Abre la boca y respira hondo». Lo hice con mucho gusto, pues no quería ser testigo de las torturas que iban a infligir a mi cuerpo.

La anestesia me produjo la clara impresión de la muerte, y desde entonces pienso que la muerte, el tránsito, no debe de ser un momento tan difícil como se cree, si no va acompañada de los dolores propios de la enfermedad. Es preciso superar la angustia, tomar la decisión de anularse. Bajo la acción del cloroformo se deja rápidamente de sentir el propio cuerpo; ya no existe. Toda la vida refluye al cerebro, que es un zumbido. El mío, hasta el momento en que se desvaneció a su vez, no perdió su lucidez. Liberado de toda pesadez carnal, ya no era más que espíritu, y tuve la noción fugitiva del espíritu puro, del ángel, pequeña llama danzarina, llamita de júbilo. Me decía: «¡Te mueres!» y «No te mueres en serio», y quizá: «Después de todo…». No ofrecí ninguna resistencia a esta sensación de destrucción creciente. Luego mi pensamiento, observador distante, no arrojó ya sobre mí más que un resplandor confuso, vaciló sobre el claroscuro de mi ser, y me precipité en la noche, en la muerte, sin tener conciencia de ello.

El primero en resucitar fue mi espíritu. Al punto sentí en mi brazo un dolor de fuego. Y oí unas voces cuyo ligero sentido captaba, pero como en una antesala de mí mismo, pues el sueño pesado me envolvía aún con una apretada trama. Las voces decían: «Está dormido. Abajo no se le ha podido despertar». Sólo tenía que entreabrir los párpados, como los postigos por la mañana, para demostrarles que mi alma viva me habitaba. Era un esfuerzo tan grande que estuve un largo rato antes de decidirme a hacerlo. Por fin miré los rostros inclinados sobre mí, los vi hacerse más precisos, y cerré los ojos. El cloroformo no me dejaba más que un sabor asqueroso que iba a morir en mis

labios, convertidos en insípidas ampollas. Y la fiebre me abrazó con sus brazos ardientes, me sacudió con sus gélidos temblores y me golpeó las sienes con su martilleo.

Desde hace quince días mi temperatura es normal, y toda inquietud ha desaparecido relativamente por lo que respecta a las consecuencias de mis heridas. Me quedarán sólo algunas cicatrices, que testimoniarán que he vivido la gran aventura de la guerra, y harán decir a las mujeres más tarde, cuando apaciguadas por la voluptuosidad, agradecidas y entresoñando, se enternezcan: «¡Cuánto debiste de sufrir, querido mío!», y sus manos delicadas acariciarán, con dulces inflexiones, las partes en que antaño penetró el hierro. Al menos, eso supongo…

A mi derecha está acostado el sargento Nègre, de Limoges, que puede rondar los treinta y cinco años. Una cabecita casi calva, de ojos maliciosos, y perilla. El tipo de suboficial francés de reserva: propenso a la invectiva, aunque no castigador, que asume el poner a cubierto a sus hombres y protegerlos, incluso en contra de las órdenes si lo juzga necesario, servicial y bromista. También él es consciente de su suerte, pero ha sido más afortunado que yo en cuanto a la duración. Tiene una perforación en la pantorrilla; aunque la herida no reviste gravedad, uno de sus tendones está tocado. Será preciso que reciba un tratamiento para poder andar normalmente. Cuando deja la cama, da saltitos sobre su pierna buena y recorre en camisa de dormir, agarrándose a los barrotes, la fila situada contra las ventanas, que es la nuestra. Se detiene en la cabecera de cada uno para inquirir: «Bien, querido mío, ¿cómo va? Esta vez estamos en el hospital. ¡Es preferible a una cruz de guerra, créeme!». A los que sufren, les dice, señalando con un dedo hacia el norte, tras un momento de silencio como para escuchar el cañón: «¡No han podido con nosotros! ¡Piensa en los bonitos fiambres bien hinchados, hijo mío, y da gracias al dios de los ejércitos!». Para distraerles de su dolor, exclama: «¡Venga, ahí dentro, de pie! ¡Los voluntarios para la patrulla, con vuestros números! ¿Quién se ve con valor para ir a abrir brecha en las alambradas con una bonita cizalla?… ¡No os empujéis, cada uno a su turno!».

Un día en que nos reíamos de sus contorsiones a la pata coja, explicó: «La guerra me ha pegado los calambres. Los cogí al querer alcanzar la Gloria. He corrido detrás de ella durante catorce meses, pero la muy puta se ha ido en pos del general barón de Poculote, que precisamente estaba organizando su septuagésimo tercera definitiva ofensiva con tizas de colores, papel de calco y unas máquinas de escribir, en su puesto de mando avanzado cuarenta kilómetros hacia el interior. ¿Y sabes qué respondió él cuando le anunciaron que ello le depararía la Gloria? "¡No me gusta que me hagan esperar, cojones!". ¡Hazme caso, chaval, lo que yo te diga! ¿No sabes cómo son los De Poculote? Pues gente de vieja cepa, de rancia nobleza de espada, con pretensiones. Todos con estrellas en la familia. Ése es un as tomando decisiones, dando contraórdenes y manejando la caballería, los soldados del parque de automovilismo, la artillería, el cuerpo de ingenieros, los morteros de trinchera, los aviones, todo el armamento, vaya que sí, y haciendo que se carguen a la infantería de línea a la hora H, en cantidades industriales. ¡La infantería de línea boche, como tiene que ser! Porque el soldado francés es indestructible, bien que lo saben en Perpiñán… Primer principio militar: un soldado francés vale por dos soldados alemanes. Porque los alemanes atacan en

formación cerrada para no perderse en tierra desconocida e infundirse valor; sólo tienes que soltarles un bombazo dentro, y te cargas a cuantos quieras. Todos los periodistas te lo dirán. ¿No es evidente que esos tipos saben bastante más que tú, gusarapo, carne de cañón, mutilado de chicha y nabo, y que se les puede dar crédito?

»Y, pobre ignorante, voy a enseñarte además un montón de cosas buenas. Las sé de boca del propio De Poculote, que informó en mi presencia a un señor del Parlamento, para que informara a su vez a todo el país, que necesita ver claro en esto.

»Punto primero: contamos con la bayoneta. La calas en la punta de un *lebel*[20], y pones a un soldado de infantería animado por la furia francesa. Enfrente, colocas a los boches. ¿Qué pasa, infaliblemente? Pues que los boches salen pitando o se rinden con las manos en alto. ¿Por qué crees que han plantado unas alambradas delante de sus líneas? Pues por la bayoneta precisamente, dice De Poculote.

»Punto segundo: nosotros tenemos el chusco. El héroe francés lo alza por encima de la trinchera, y exclama con tono despectivo: "Fritz, ¿quieres zampártelo?". ¿Qué pasa, infaliblemente? Pues que el fritz deja su pistolón, se despide de sus compañeros y acude a por el chusco, a toda leche[21]. ¿Por qué crees que han plantado alambradas delante de sus líneas? Pues por nuestros chuscos, con el único fin de que no acudan todos en el momento de la distribución dejando a su Kronprinz[22] más solo que la una… ¡Apañados estaríamos si todo ese ejército de muertos de hambre viniera a papar con nosotros! "Son unos tragaldabas —afirma De Poculote mientras se toma un borgoña—. Carecen de elevación moral: ¡los tendremos en nuestras manos en cuanto queramos!".

»Punto tercero: nosotros contamos con el 75 mm, capaz de demoler todo de tres disparos. No hay nada más preciso ni más rápido. ¿Por qué crees que han fabricado ellos los 420? Para contrarrestar nuestros 75 mm, ni más ni menos. Sólo que con nuestros 75 mm les joderemos siempre. Me parece estar oyendo de nuevo a De Poculote: "Los armamentos caracterizan a una raza. Ellos han adoptado la artillería pesada porque son de espíritu pesado, y nosotros la artillería ligera porque somos de espíritu ligero. El espíritu, señor ministro, domina la materia. ¡Y la guerra es el triunfo del espíritu!". Recuerda bien esto, camarada: ¡la guerra es el triunfo del espíritu!».

Cuando empieza con el relato de los altos hechos de armas del general barón de Poculote, Nègre ya no calla. El brillante oficial superior se ha convertido en una gran figura, en un símbolo, y sentimos constantemente su presencia entre nosotros. Su firme tradición gobierna nuestra sala; cuando alguna medida nos asombra y nos incomoda, le consultamos sobre el puro dogma militar. Así, tras la lectura del comunicado, alguien pregunta:

—Mi general, ¿cómo hay que interpretar «nada que señalar sobre el conjunto del frente»?

—El verdadero espíritu militar prohíbe interpretar —responde el general por medio de su portavoz Nègre—. «Nada que señalar» debe ser admitido al pie de la letra por los buenos patriotas y esta sobria fórmula se entiende claramente.

—¿Así que no ha habido ni muertos ni heridos?

—¡Ni muertos ni heridos! —vocifera el general, indignado—. ¿Quién es el majadero que se atreve a poner en duda la capacidad de los jefes? ¿Qué parecería una guerra en la que no hubiera ni muertos ni heridos?

—Pero, mi general, ¿qué me dice del ahorro de vidas humanas?

—Cállese, subordinado; la guerra no se propone el ahorro, sino la destrucción de vidas humanas, no lo olvide jamás. Es una misión generosa que tiene por fin liberarnos de la barbarie. ¡Rompan filas!

Hay que precisar que, de ordinario, el general no aparece más que después de que las enfermeras se han ido. Nos encontramos entonces entre militares, y el barón de Poculote puede expresarse con toda franqueza, sin temer que sus palabras sean captadas por unos civiles imbéciles, hacia los que siente un profundo desprecio.

A mi izquierda está Diuré, un pelirrojo pecoso, de cuerpo blanco como la leche, que sufre sin quejarse, con escasos y sordos gemidos. Inflamación en un muslo, como consecuencia de una herida que se ha infectado. Le han practicado un largo corte, hurgado hasta el hueso y acribillado de sondas; está lleno de tubos, como una máquina. Con las sábanas levantadas, el olor de ese muslo, parecido al de un mercado en verano, es insoportable. Sin embargo, él tiene el valor de inclinarse sobre esta fisura de su carne descompuesta, manchada de verdes supuraciones. Observa cuando le vendan y parece interesarse por los repugnantes jirones que desprenden de él. Habla poco, no se sabe nada de su vida.

A continuación viene Peignard, el mayor aullador de la sala. Le han deshuesado una parte del pie, y este pie blanco, falto de armazón óseo, tira de la pierna, de la cadera, hincha la ingle y extiende sus ramificaciones dolorosas, a través del vientre, hasta el corazón. A veces Peignard palidece y se ahoga. El peso de una simple sábana sobre su pie le arranca quejas terribles. Cada tarde hacia las seis le sube la fiebre. Con la boca abierta, el labio temblándole, gime débilmente y deja chorrear un hilillo de saliva sobre su manta. Una hora después comienzan los grandes gritos: huy, huy, huy… ay, ay, ay, gritos como se oyen las noches de batalla, esos gritos de hombres abandonados. Al principio nos estremecíamos, le compadecíamos. Luego, una noche, con la luz baja, alguien dijo, volviéndose pesadamente, con un suspiro: «¡No deja de j… un compañero así!». Nuestro silencio fue una forma de asentimiento. Algunos más, otros menos, todos sufrimos, lo que nos vuelve egoístas. Cuando tiene sus crisis, Peignard nos crispa los nervios, nos fuerza a participar de su dolor y nos entristece. Finalmente le administran una inyección de morfina, que le deja alelado, y nosotros insistimos para que no se espere y se le alivie a los primeros alaridos.

A continuación está Mouchetier, que lleva envuelto en un trozo de tela lo que le queda del antebrazo derecho. Desaparecida su mano, echada al vertedero un mes atrás, la sigue notando. Haces de fibras nerviosas se prolongan en el vacío, se crispan y provocan en su cerebro un dolor obsesionante. A menudo Mouchetier hace ademán de frotarse ese fragmento de miembro que le falta; su otra mano parece sostenerlo y apretarlo para detener las punzadas de dolor. Se acostumbra, sin embargo, lentamente a su nuevo estado. Entre nosotros es un herido como los demás, y no acusará su minusvalía hasta su vuelta a la vida civil. Pero debe de pensar en ello. A veces mira la mano derecha de sus camaradas con una especie de hipnosis, esas manos rudas, pero ágiles, tan cómodas, tan útiles para vivir. Antes de la guerra era empleado de Hacienda. Esta profesión, a la que acaso deberá renunciar, ha despertado en él la obsesión por escribir. Colecciona los sobres y trozos de papel que la gente tira, que él extiende en un canto de la mesa, y sueña delante de los caracteres bien

moldeados y los párrafos. Furtivamente, con su mano izquierda no educada para ello, trata de reproducirlos a lápiz. Sus bolsillos están llenos de hojas emborronadas de torpes signos, como cuadernos de colegial.

Hablamos a menudo de la guerra. Todos los que no están seriamente heridos afirman que ya no durará mucho. Esperamos menos un desenlace triunfal que el final, que nos devolverá la seguridad. Y *regresar* es un programa que nos hiela de horror y que rehusamos siquiera contemplar. El porvenir nos ofrece una moratoria, variable según el caso de cada cual, que comprende: la curación en el hospital, la convalecencia, el permiso y un período de prácticas en el depósito de reclutas. De cuatro a seis meses para la mayoría. Calculamos que la duración de la guerra no puede exceder dicho plazo y que el formidable bloque Francia-Inglaterra-Rusia-Italia-Bélgica-Japón se impondrá necesariamente a los imperios centrales, cualquiera que sea el valor que nosotros, combatientes, les reconozcamos a los alemanes. La ofensiva de la primavera se lo llevará todo por delante. A falta de una gran victoria, el agotamiento de uno de los bandos pondrá fin al asunto, o bien el cansancio general.

Algunos, por el contrario, con Mouchetier a la cabeza, afirman que «puede durar unos años tal como marchan las cosas, que habrá todavía sorpresas», y aducen en apoyo de su opinión un encarnizamiento que asombra. Testigo el otro día de la discusión, comprendí de repente que todos los pesimistas eran mutilados. Resulta demasiado cruel para ellos pensar que han perdido un miembro justo en el último momento, que con un poco de suerte habrían podido volver indemnes. Prefieren creer que la mutilación no sólo les ha asegurado la vida, sino que les ahorrará años de padecimiento. He hecho saber mi observación a Nègre y a los menos enfermos. Desde entonces, cuando se plantea la cuestión, no somos ya tan categóricos.

Para deshacer el empate, le hemos pedido su parecer al general De Poculote, que ha respondido:

—La lucha exalta las fuerzas vivas de la nación, lleva a nuestro país al primer rango de la Humanidad; no debemos desear un fin demasiado rápido. La Francia del siglo XX está en proceso de ilustración. Alegrémonos y pongamos su gloria más alta que la mezquina consideración de la vida o de la muerte de algunos cientos de miles de soldados. ¡Es con su sangre con la que se escriben esas páginas inolvidables, su suerte no es triste en absoluto!

—¡Habla bien el muy cabrón!

—¡Así pues, tiene razón Mouchetier, la cosa no está a punto de terminar!

Vueltos hacia los mutilados, que siempre están agrupados, les hemos declarado con un aire de envidia: «¡Los afortunados sois vosotros!». Ellos han sonreído y olvidado un poco sus pesares. Y Bardot, gallardo sobre sus muletas, nos ha respondido gentilmente:

—Lo mismo os deseo yo cuando volváis al frente.

—¡Por supuesto —ha salido otro en su apoyo—, es mejor volver lisiado que no volver!

Hace sólo unos días, nuestra sala contaba tres casos inquietantes, de los treinta heridos que somos. No quedan más que dos, y no por mucho tiempo.

El primero tenía una perforación intestinal, sólo podía ser alimentado artificialmente, y su vientre abierto, con los conductos que ya no estaban cerrados, despedía un olor a letrina. Ha tenido que padecer y pasar varias veces por la mesa de operaciones. Yo sólo percibía de él, a distancia, un

rostro exangüe, de tez macilenta como el marfil viejo, y paulatinamente ese rostro se ha deslustrado, se ha vuelto polvoriento, gris, como si se hubiesen olvidado de quitarle el polvo, y la barba, extrayendo sus energías del mantillo de una carne malsana, lo invadía rápidamente, pareciendo ahuyentar la vida, como la yedra impide el paso de la luz en una fachada. Finalmente le bajaron a la primera planta, a una habitación reservada para aquéllos que hay que tener bajo una vigilancia constante. Al cabo de dos días nos enteramos de que había muerto.

El segundo es un ayudante —nos han dicho— que pasa por una crisis de albúmina aguda. El análisis revela un porcentaje mortal de necesidad. El hombre está desde hace dos días completamente ciego y se debate débilmente en medio de la noche. Algo vela aún en él, como la llama de un mechero de gas que ha sido bajada, pero su espíritu se ha esfumado. Los médicos no se paran ya delante de su cama; la medicina ha agotado sus recursos y deja al organismo el cuidado de obrar un milagro. También van a bajarle. Es probable que pase sin transición del negro de esta agonía al negro del ataúd. Como nunca ha hablado, no hemos podido establecer ningún vínculo con él, y su desaparición nos afectará menos que la de un camarada cuya voz nos era familiar. Se trata de un desconocido cuyo nombre figura en alguna parte de las fichas, y nos resulta tan extraño como un cadáver encontrado a la vuelta de la trinchera. En fin, va a morir de enfermedad y la enfermedad nos inspira escasa compasión.

El último es un pequeño bretón, muy joven, herido en todo un costado del cuerpo, afectado de gangrena, del que recortan constantemente dos miembros: un brazo y una pierna. Se lo disputan a la podredumbre a trozos, de unos quince a veinte centímetros cada vez. En dieciocho días ha sufrido cinco operaciones. La mitad del tiempo está bajo la acción del cloroformo. Aprovechan este estado de sopor para vendarle, escondiéndole los sucesivos acortamientos. Cuando está lúcido, no deja que se le acerquen, pues sabe que sólo le tocan para hacerle sufrir. Es completamente inculto y habla en una jerga dialectal incomprensible, de la que sólo resultan inteligibles los groseros insultos que lanza a las enfermeras. También lanza, a determinadas horas, unos gritos horribles. Pero nadie murmura contra estos gritos, porque la situación del pobre desgraciado es espantosa, y lo seguirá siendo, aunque se cure. Nos asombramos, por el contrario, de que estos gritos sean tan escasos y de que su cuerpo resista tanto.

Desde hace cuatro días se encuentra en nuestra sala un herido que trajeron una tarde e instalaron en un apartado rincón. Parecía muy abatido y se ha mantenido obstinadamente vuelto contra la pared. El primer día, creí observar en las enfermeras cierto asombro cuando le hicieron una serie de preguntas, y, en los días siguientes, me fijé que le hablaban en un extraño tono, en el que yo, que las conozco bien, captaba una precaución compasiva, con un indefinible matiz de superioridad. Por parte de todas, miradas furtivas y una atracción de curiosidad. Sin embargo, el hombre no se quejaba y comía normalmente.

Hace poco (comienzo a dar algunos pasos), me he dirigido solapadamente hacia la parte donde está él. No me ha oído llegar y nuestras miradas se han encontrado cuando me hallaba ya muy cerca de él. Le he preguntado:

—Nada muy grave, ¿no, amigo?

Él ha dudado, luego ha dicho bruscamente:

—¿Yo? ¡Yo ya no soy un hombre!

Como no he comprendido, ha levantado su manta.

—¡Mira!

En el bajo vientre he visto la vergonzosa mutilación.

—¡Hubiera preferido cualquier otra cosa!

—¿Estás casado?

—Desde dos meses antes de la guerra. Con un pedazo de chavala…

Me ha alargado la foto, que ha sacado de debajo de su almohada, de una bonita morena de ojos vivos, de pecho firme. Repetía:

—¡Hubiera preferido cualquier otra cosa!

Le he dicho:

—No te preocupes. ¡Harás disfrutar de nuevo a tu mujer!

—¿Tú crees?

—Claro que sí.

Le he contado lo que sabía de los eunucos, del placer que pueden procurar a las concubinas de los harenes, le he citado casos de ablación voluntaria. Él me ha cogido por la manga, y, en el tono en el que se exige un juramento, me ha dicho:

—¿Estás seguro?

—Absolutamente seguro. Ya te daré el título de un libro que trata de estas cuestiones.

Él miraba la fotografía.

—Yo, en definitiva… Pero es por ella, como comprenderás…

Tras un largo silencio, me ha confiado el compendio de sus reflexiones:

—¡Ay, las mujeres! ¡Es con *eso* con lo que se las retiene!

No se lo he revelado a nadie, por temor a herirle. No cabe duda de que todos se compadecerían de él, pero es justamente esta compasión la que sería terrible y ya tendrá tiempo de sufrirla. Por el momento, basta con el tonillo (ahora me lo explico) de las enfermeras. Es éste un rasgo, por su parte, que no deja de asombrarme. Hay, entre ellas, varias niñas bien. De buena familia, algunas devotas y probablemente vírgenes; sin embargo, son sensibles a eso. Frente a un ser incompleto, pierden ese aire de sumisión y de temor, discretísimo, que tienen las mujeres delante del hombre. Su actitud demasiado libre significa: éste no es peligroso, la peor ofensa que nos puede hacer una mujer. Tiene razón el pobre diablo: *eso* es esencial con ellas, con todas. Las mojigatas, que lo temen, piensan tanto en ello como las cachondas, que lo necesitan.

A las ocho de la mañana, al llegar, la enfermera jefe viene directa a mi cama:

—Buenos días, Dartemont. ¿Ha pasado usted una buena noche? —me pregunta con una amable sonrisa de mujer de mundo.

Es pura gracia: ya no estoy en peligro y mis noches son siempre buenas.

A Nègre, a mi derecha, le dice cordialmente:

—¡Buenos días, Nègre! —con una débil sonrisa, la que queda de la que me ha dirigido a mí.

A Diuré, a mi izquierda:

—¿Todo bien, Diuré? —en el tono ya de enfermera jefe.

A continuación circula rápidamente entre las filas, preguntando, no ya por separado, sino por zonas: «¿Todo el mundo está bien?», y reparte breves saludos autoritarios.

Este matiz es importante. Significa que cuento con el favor de la enfermera jefe, que es, para nosotros los heridos, el equivalente del coronel para el soldado. Nada he hecho de particular para merecer este favor salvo el ser yo mismo, sin concesiones, aceptando todos los riesgos de esa sinceridad que, a veces, para estas damas, ha debido de ser chocante. Pero ha dado resultado, y gusto. Hay que decir que las enfermeras me encuentran un mayor encanto que a muchos de mis camaradas. Como soy persona más versada en el mundo de las ideas, sufro poco, y estoy lúcido, no me gusta beber ni jugar a las cartas, mantengo con ellas largas conversaciones que me permiten aclarar muchas cosas, a mi manera. Procedo a una revisión de sus valores, que no son los míos. Ellas tienen su cabecita llena de buenos propósitos, que han adornado con un batiburrillo de buenos sentimientos encintados, de bustos de azúcar y de seres humanos falsos, como para creer que sus madres las destinan a bogar la vida entera por un lago azul, con la cabeza apoyada en el hombro de un compañero fiel… Empujo las estanterías y rompo algunos jarrones de porcelana de mal gusto. Pero noto que no detestan lo que ellas llaman cinismo, paradoja o blasfemia. A las mujeres les gusta que les violenten el pensamiento, como a algunas el cuerpo. Al escucharme experimentan una casta emoción, bastante próxima a la otra, sin que lo sospechen. Someten sus admiraciones a mi consideración, no sin una cierta inquietud; se preparan, con calma, preguntas que anotan y al día siguiente las hacen de improviso. Yo, a quien ellas cuidan, tienen a su merced y fajan cada mañana, tras el aseo y las aplicaciones de tintura de yodo, me divierto por la tarde, una vez liberado de las servidumbres de mi carne malherida, en recuperar el terreno perdido, en volver a ser, cara a cara con esas mujeres, hombre, y en alardear de inteligencia. Me río de comprobar que un soldado raso de infantería —que no es más que el ordenanza de sus padres— instruye a las hijas de unos oficiales superiores, que ellas lo admitan, en suma, y amablemente además. Lo que vuelve más sensible este pequeño triunfo es el recuerdo de la gran miseria en la que me encontraba hace sólo unas semanas, el poco sitio de que disponía en el frente, en una compañía, detrás de una aspillera, en esos infinitos terrenos ondulados de Artois, donde un hombre, con su personalidad, sus ideas, lo aprendido del pasado de los viejos, las posibilidades de futuro de un joven, no era más que una unidad desconocida de los enormes efectivos empleados, diezmados a diario y reconstituidos gracias a otros hombres tan indiferentes como él a los jefes… Un soldado, grano de inagotable materia prima de los campos de batalla, poco más que un cadáver, ya que está destinado a convertirse en tal por los azares de la gran matanza anónima… Y aquí, en el hospital mixto n.º 97, el herido Dartemont, al que la enfermera jefe le dijo el otro día, en presencia de algunas de estas señoritas: «Éste es el centro intelectual de la sala».

Ayer mismo, el último guardador de rebaños, el último destripaterrones, de nervios insensibles, de una resistencia física superior, era más apto que yo para la guerra, constituía con sus recios

músculos, su ancho pecho, una frontera más segura para el país, en los diez metros confiados a su custodia. Ayer, hasta el último golfo, con su cuchillo de hoja triangular, su olfato de hiena para los cadáveres, era un atacante mejor, un enemigo más peligroso para el gigante rubio de enfrente que el anónimo soldado Dartemont, todo un peón de brega a su vez («igual que sus compañeros», y era de justicia), débil en las marchas, débil debajo de los rollizos, no entrenado, despreciado por los fuertes con su tonto bagaje de colegio y de facultades, que les llamaba la atención nada más que porque compartía con ellos su aguardiente y no se peleaba por la comida. Y hoy, hablando con diez mujeres que le sonríen y escuchan, y que deben de decir, supongo, cuando conversan entre sí de sus heridos: «¡Ese muchacho tiene la cabeza muy bien amueblada!».

El tren sanitario que nos traía del frente entró en la estación hacia las nueve de la mañana, al cabo de tres horas de un viaje que se hizo penoso por los traqueteos y la fiebre.

Mientras nos transportaban a través de las vías y de los andenes, unos hombres de paisano nos miraban con curiosidad y murmuraban: «¡Pobres críos!». Su compasión me produjo de repente la sensación de que mi herida tenía un sentido, renovado del antiguo: «¡Has derramado tu sangre por el país, eres un héroe!». Pero yo sabía qué indeciso héroe obligado era, nada más que una víctima, o el beneficiario, de un disparo que había recibido, que ningún gesto de mi brazo había vengado ese disparo, que ningún enemigo había muerto por mi causa. Yo no tendría hazañas que contar a las madres fanáticas y a los ancianos reunidos en las murallas para festejarnos, a la vuelta de nuestros victoriosos combates. Yo era un héroe sin despojos enemigos, que se beneficiaba del heroísmo de los héroes homicidas. Tal vez tuviese un poco de vergüenza…

Fue al entrar en un gran vestíbulo cuando la visión de las enfermeras vestidas de blanco, las unas jóvenes, alegres y lozanas, las otras entrecanas y maternales, nos informaron de que éramos unos afortunados. ¡Unas mujeres! ¡Rostros, voces, sonrisas de mujeres a nuestro alrededor! Así que no habíamos ido a parar a un siniestro hospital militar…

Se nos asignó nuestra plaza. A mí me tocó la sala 11, en la tercera planta, bajo la dirección de la señorita Nancey, enfermera jefe. Cada sala tiene su propio personal y su jefe; el hospital cuenta con doce salas y debe de albergar de doscientos a trescientos enfermos.

Herido desde hace seis días, sin haber dejado la dura litera en la que no podía darme la vuelta, la cama en la que me acostaron fue para mí de una infinita dulzura, y hallarme en un lugar luminoso y limpio, entre unas sábanas blancas, me producía un extraño asombro. Convencido al fin de encontrarme a salvo, relajé las fuerzas que había contraído para velar por mí y garantizar mi seguridad durante el traslado, entre nuestros escoltas indiferentes, que se habían vuelto insensibles a nuestros gritos, precedidos ya por demasiados otros, y que no podían encontrar el descanso, la libertad de espíritu, que también ellos necesitaban, más que abandonándonos a nuestro propio dolor, olvidándonos, dejándonos morir a veces. Cedí a la debilidad que me producía tanta comodidad y cerré los ojos, cuando una joven enfermera me tomó en sus manos.

No me había lavado desde que habíamos conquistado las trincheras, para los ataques del 25 de septiembre. Bajo su envoltura de vendajes, desde los pies hasta los hombros, mi cuerpo estaba

recubierto de una mezcla de mugre y de sangre seca, y bajo las gasas corrían aún los piojos blancuzcos, que revientan bajo la uña como un grano blanco, con una salpicadura inmunda. La muchacha me respaldó contra unas almohadas, depositó una palangana sobre mi cama y me aseó el rostro. Me cambió la cara. De la máscara demacrada, marcada por el horror y la fatiga, que me habían impreso veinticinco días de lucha, salió mi verdadero rostro de hombre destinado a vivir, mi rostro de la retaguardia. La enfermera se interesó por este nuevo rostro al que acababa de quitar el cardenillo, sonrosado pero atontado aún, y me preguntó:

—¿De qué quinta es usted?

—De la del 15.

—¿A qué se dedicaba antes de la guerra?

—Estudiaba.

—¡Ah! Yo tenía dos hermanos que estudiaban.

También me lavó la mano derecha (la izquierda la llevaba aún envuelta) sosteniéndola entre las suyas, como se hace con los niños. El agua de la palangana estaba negra y fangosa. Arrastraba el barro de Artois, esa arcilla en la que nos sumergía la onda expansiva de los obuses, que nos había revestido de pellas de masilla endurecida.

Yo pensaba que había acabado, pero la muchacha volvió acompañada de una mujercita seca y vivaracha, que me dijo:

—Le vamos a llevar cerca de las ventanas.

—Estoy bien aquí —respondí débilmente, y sin pensar en nada más que en dormir.

—Estará mejor allí, se lo aseguro.

Sin esperar, hizo una seña a los porteadores. Yo le lancé una mirada de pocos amigos, y la encontré desagradable. Sin embargo, fue el primer favor de la señorita Nancey. Desde entonces ocupo este lugar, el segundo de la fila contra las ventanas que dan al patio de honor, no lejos de la puerta, un muy buen lugar, he de reconocerlo. Se lo debo a mi estado civil, que la muchacha había comunicado enseguida a la enfermera jefe.

Pude dormir.

A la mañana siguiente.

—No se está mal aquí —dice Nègre.

—¡Se está pero que muy bien!

Descansados, nos interesamos por el lugar y descubrimos a la gente. El hospital mixto n.º 97 era antes de la guerra un internado religioso, el centro de enseñanza Saint-Gilbert, y la sala 11 está instalada en un antiguo dormitorio común. Es una larguísima estancia, iluminada por diez ventanas de cada lado, con un entrante angular más oscuro, donde las camas están alineadas a dos metros de intervalo. En el centro, unas mesas para la comida; en un rincón, unos armarios empotrados de farmacia, los lavabos. La sala está pintada de amarillo crema, es muy limpia y está adornada de ramos de flores en unos jarrones.

—En suma —prosigue Nègre—, será confortable para sufrir.

—Yo no sufro. ¿Y tú?

—Poco.

Observamos a las enfermeras, muy atareadas. («La morena no está mal». «Y tampoco la alta»). Traban conocimiento con esta hornada de nuevos enfermos, eligen sus cabezas. Se detienen a los pies de cada cama y se interpelan un poco ligeramente:

—Señorita Jeanne, venga a ver a éste. ¿No le parece que tiene un aire juvenil?

El herido, totalmente asilvestrado, febril, que ha perdido la costumbre de conversar con mujeres, si es que la tuvo alguna vez, se acurruca en su cama, se sonroja y responde tontamente a esas señoritas cuyos modales seguros le imponen.

—¡Se diría que juegan con muñecas, estas chavalas!

Son de lo más amables y muestran gran solicitud. No obstante, se les nota un tonillo distante que indica que no pertenecemos al mismo ambiente. Cuidarnos constituye para ellas una contribución patriótica, es un gesto de humanidad al que condescienden, pero que no anula la distancia fruto de una educación diferente. Conservan prejuicios de casta y hablarían de otro modo con unos oficiales. Nègre rezonga:

—¡Va a parecer que somos idiotas! ¡No han podido con nosotros unos obuses y hay que dejarse torear por unas mozas de la buena sociedad!

—Tienes razón. Hay que poner orden aquí inmediatamente.

Justo acierta a pasar una enfermera. Le hago una indicación para que se acerque. Una vez que está junto a mi cama le digo:

—Señorita, desearía que me consiguiera papel de carta, cigarrillos y un periódico. ¿Puede encargarse de ello?

—Cómo no, señor. Aquí recibimos *L'Echo de Parts*.

—¡Claro, claro! Pero yo quisiera *L'œuvre*, señorita. ¿Quiere que le dé dinero?

—Y yo quiero —dice Nègre— tabaco de pipa y una estilográfica.

Ella toma nota, nos asegura que lo tendremos todo a las dos y va a reunirse con sus amigas, un tanto asombrada.

Nègre se frota las manos.

—¡Bueno, bueno! El general lo decía siempre: «¡Ofensiva, ofensiva, ofensiva! Adquirir ascendiente sobre el adversario y desmoralizarlo. ¡Ofensiva y ofensiva! Un graduado en la Escuela de la Guerra, que se conoce el paño, no puede variar en este punto».

Así es como oigo hablar por primera vez del famoso general, el barón de Poculote, amigo íntimo del sargento Nègre, hasta el punto de haberle elegido como confidente. Eso me lleva a preguntarle a mi vecino por su pasado. No saco nada en claro: «¿Sabes?, ¡yo me he dedicado a un montón de cosas!». Luego, al azar de las conversaciones, descubro que ha viajado al extranjero, que ha sido agente de negocios, vendedor de productos varios, vagamente comerciante. He creído comprender también que había recogido apuestas en los cafés, y parece muy informado acerca del tráfico de estupefacientes y del golferío… En resumen, un compañero encantador, lleno de fantasía y de conocimientos inesperados.

Nuestra iniciativa ha sido indicada a otras enfermeras, que nos observan de lejos a su vez, y,

durante los primeros días, excepción hecha para los cuidados que nos prestan, evitan acercársenos.

Establecimos un verdadero contacto cuando yo pedí unos libros. Los aficionados a la lectura no tardan en encontrarse. Las preferencias provocan las ideas, que dan rápidamente la medida de las opiniones. Sobre mi mesa, pronto tuve a Rabelais, Montesquieu, Voltaire, Diderot, Valles, Stendhal naturalmente, Maeterlink, Mirbeau, France, etcétera, todos autores bastante sospechosos para unas muchachas de la burguesía, y rehusé, por insulsos y convencionales, a los escritores que las habían nutrido a ellas.

Una enfermera más sociable trae a otra, y así sucesivamente. Comenzaron las conversaciones, me vi rodeado y acosado con preguntas. Me interrogaban sobre la guerra:

—¿Qué ha hecho usted en el frente?

—Nada digno de mención si lo que desea oír son hazañas.

—¿Se batió?

—Sinceramente, lo ignoro. ¿A qué llama usted batirse?

—Estaba usted en las trincheras… ¿Ha matado a algún alemán?

—No, que yo sepa.

—En una palabra, ¿no los ha visto delante de usted?

—Nunca.

—Pero ¡cómo! ¿Estando en primera línea?

—Sí, en primera línea, no he visto nunca a un alemán vivo, armado, delante de mí. Sólo he visto alemanes muertos: el trabajo estaba ya hecho. Creo que lo prefería así… En todo caso, no puedo decirle cómo me habría comportado delante de un prusiano alto y feroz, y cómo ello habría podido ser beneficioso para el honor nacional… Hay reacciones que no se premeditan, o que se premeditarían en vano.

—Pero, entonces, ¿qué ha hecho usted en la guerra?

—Estrictamente lo que me han mandado. Me temo que no hay nada muy glorioso en ello y que ninguno de los esfuerzos que me impusieron resultara perjudicial para el enemigo. Temo haber usurpado el lugar que ocupo aquí y los cuidados que me prestan.

—¡Es usted exasperante! Responda. ¡Le preguntamos qué hizo usted!

—¿Sí?… Pues bien, estuve de marcha día y noche, sin saber adonde iba. Hice ejercicio, pasé revistas, abrí trincheras, trasladé alambradas, sacos terreros, vigilé en la tronera. Pasé hambre sin tener nada que comer, sed sin tener nada que beber, sueño sin poder dormir, frío sin poder calentarme, y piojos sin poder siempre rascarme… ¡Eso es todo!

—¿Todo?

—Sí, todo… O mejor dicho, no, no es nada. Les voy a decir la gran ocupación de la guerra, la única que cuenta: *HE TENIDO MIEDO*.

Debo de haber dicho alguna obscenidad, alguna ordinariez. Pues lanzan un gritito de indignación, y se apartan. Veo la repulsión pintada en sus rostros. Leo sus pensamientos en las miradas que intercambian: «¡Menudo cobarde! ¿Es posible que sea un francés?». La señorita Bergniol (veintiún

añitos, el entusiasmo de una hija de María propagandista, pero de anchas caderas que la predisponen a la maternidad, e hija de un coronel) me pregunta en tono insolente:

—¿Es usted *miedica*, Dartemont?

Palabra sumamente desagradable, y aún más que se la digan a uno a la cara, en público, y precisamente una muchacha, que encima está apetecible. Desde que el mundo es mundo, miles y miles de hombres se han dejado matar por culpa de esa palabra pronunciada por mujeres… Pero no se trata de caerles bien a esas señoritas con algunas bonitas mentiras que impresionen, estilo corresponsal de guerra y relación de hechos de armas, sino de la verdad, no sólo de la mía, de la nuestra, de la suya, de los pobres tipos que están aún en el frente. Me tomo un tiempo para impregnarme de esa palabra, de su vergüenza superada, y aceptarla. Le respondo con parsimonia, mirándola fijamente:

—En efecto, soy miedica, señorita. Pero estoy dentro de la media.

—¿Pretende decir que los demás también tenían miedo?

—Sí.

—Es la primera vez que lo oigo decir y me cuesta admitirlo: cuando se tiene miedo, se huye.

Nègre, a quien nadie ha dado vela en este entierro, me echa espontáneamente una mano, bajo esta forma sentenciosa:

—¡El hombre que huye conserva sobre el más glorioso cadáver la inestimable ventaja de poder seguir corriendo!

Pero la ayuda resulta desastrosa. Siento al momento que nuestra situación aquí está comprometida, siento nacer en esas mujeres una de esas iras colectivas, comparables a la de la multitud de 1914. Intervengo rápidamente:

—Tranquilas, no se huye en la guerra. No se puede…

—¡Ah!, no se puede… Pero ¿y si se pudiera?

Me miran. Recorro con la mía esas miradas.

—*¿Si se pudiera?… ¡Todo el mundo se largaría*!

Nègre apostilla al instante:

—Todos sin excepción. El francés, el alemán, el austríaco, el belga, el japonés, el turco, el africano… Todos… ¿Si se pudiera? Piense en una ofensiva a la inversa, en un Charleroi[23] en todas las direcciones, en todos los países, en todas las lenguas… ¡Más rápido, en cabeza! ¡Todos, le digo que todos!

La señorita Bergniol, plantada entre nuestras camas, como un gendarme en una vía pública, quiere impedir el derrotero que toma la conversación. Nos espeta:

—¿Y qué me dice de los oficiales?… ¡Se ha visto a generales cargar a la cabeza de su división!

—Sí, eso se dice… Alguna vez lo han hecho para farolear, de cara a la galería, o ignorantes de cómo nos fue a nosotros en un primer momento. ¡Una vez, pero no dos! Cuando se han catado las metralletas en campo raso, uno no vuelve a plantarse delante de esas máquinas por simple gusto… Tenga la seguridad de que, si los generales formasen parte de las olas de asalto, no se atacaría a la ligera. ¡Pero mira por dónde, esos ancianos agresivos han descubierto el escalonamiento en profundidad! ¡Es el más hermoso descubrimiento de los Estados Mayores!

—¡Ah!, ¡es horrible! —dice la señorita Bergniol, pálida y encendida.

Nos da pena, y consideramos que la discusión no puede prolongarse por más tiempo. Nègre da un vuelco completo a la situación:

—No se deje impresionar, señorita, son exageraciones. Todos nosotros hemos *cumplido valientemente con nuestro deber*. No es tan terrible ahora que comenzamos a tener *trincheras cubiertas*, con todas las comodidades modernas. Aunque falta aún el gas para cocinar, contamos ya con el gas para la garganta. Disponemos de agua corriente todos los días de lluvia, de edredones constelados de estrellas por la noche y, cuando no llega el avituallamiento, no importa: ¡uno se come a un boche!

Interpela a la sala:

—¿Verdad, compañeros, que nos lo hemos pasado cojonudamente en la guerra?

—¡Nos lo hemos pasado de puta madre!

—¡Es algo la mar de divertido!

—Eh, Nègre, ¿qué dice de ello De Poculote?

—El general me ha dicho: «Sé perfectamente por qué veo la tristeza en tus ojos, soldado de Francia… Ánimo, no tardaremos en volver a pegar juntos unos buenos bayonetazos. ¡Ah, tú querías a tu bayoneta, soldado!».

—Sí, a la bayoneta. ¡Viva *Rosalie*[24]*!*

—¡Viva De Poculote!

—«Gracias, hijos míos, gracias. ¡Soldados, siempre me oiréis detrás de vosotros en las batallas, y me veréis siempre delante, con las botas lustrosas y los botones dorados abrillantados, a la hora del desfile! ¡Me tendréis a vuestro lado en la vida y en la muerte!».

—¡Sí, sí!

—«Soldados, cuando os ponga delante de las ametralladoras, ¿las destruiréis?».

—¡Las ametralladoras son un cuento chino!

—«Soldados, cuando os ponga delante de los cañones, ¿haréis que enmudezcan?».

—¡Haremos que enmudezcan!

—«Soldados, cuando os lance contra la guardia imperial, ¿la reduciréis?».

—¡A albóndigas, a picadillo!

—«Soldados, ¿qué se os resistirá?».

—¡Nada, general!

—«Soldados, soldados, adivino en vosotros la impaciencia, siento hervir vuestra sangre generosa. Soldados, pronto no podré ya conteneros. Soldados, ¡veo que queréis la ofensiva!».

—¡Sí, la ofensiva! ¡Adelante, adelante!

Un delirio guerrero se apodera de la sala. Unos ruidos imitan el tableteo de las ametralladoras, los silbidos, la salida y la llegada de los obuses. Fuertes gritos, de odio y de triunfo, evocan el frenesí de un ataque. Los proyectiles vuelan, las mesillas de noche traquetean, y todos se agitan con alegre furor. Las enfermeras se precipitan para calmar el alboroto e impedir que turbe el descanso de las salas vecinas.

Nègre ha sacado un muslo de debajo de sus mantas y mantiene su pierna en el aire. Y su pie, del

que ha colgado un quepis, caracolea graciosamente en el espacio, como un general vencedor a la cabeza de su ejército.

La señorita Bergniol se inclina, con aire serio, a mi lado.

—Dartemont, he estado pensando desde ayer, y mucho me temo haberle ofendido…

—No se disculpe, señorita. También yo he reflexionado que no hubiera tenido que hablarle de ese modo. Me doy cuenta de que la vanguardia y la retaguardia no pueden entenderse.

—Por otra parte, no pensará usted en serio lo que dijo, ¿verdad?

—Lo pienso absolutamente, y son muchos los que piensan como yo.

—Pero existe el sentido del deber, se lo enseñaron.

—Me han enseñado muchas cosas, como a usted, entre las que me doy cuenta que hay que elegir. La guerra no es más que un monstruoso absurdo, del que no cabe esperar ni mejora ni grandeza.

—¡Dartemont, la Patria!

—¿La Patria? Una palabra más que usted, a distancia, rodea de un cierto halo de ideal. ¿Quiere reflexionar sobre lo que es la patria? Pues ni más ni menos que una junta de accionistas, una forma de la propiedad, espíritu burgués y vanidad. Piense en el número de individuos que se niega usted a frecuentar en su patria, y verá que los vínculos son muy convencionales… Le aseguro que ninguno de los hombres que he visto caer a mi alrededor murió pensando en la patria, con «la satisfacción del deber cumplido». Y creo que muy pocos han ido a la guerra con la idea del sacrificio, como hubieran tenido que hacerlo unos verdaderos patriotas.

—¡Pero lo que dice es desmoralizador!

—Lo desmoralizador es la situación en que nos han puesto a nosotros los soldados. Yo mismo, cuando pensé que iba a morir, afronté la muerte como una amarga burla, puesto que iba a perder la vida por un error, un error ajeno.

—¡Debió de ser atroz!

—¡Oh! Se puede morir sin que le embauquen a uno. Yo no tenía, en el fondo, tanto miedo a morir: una bala en el corazón o en plena frente… Lo que temía sobre todo era la mutilación y esas agonías de varios días de las que éramos testigos.

—Pero ¿y la libertad?

—Mi libertad sigue conmigo. Está en mi pensamiento; para mí Shakespeare es una patria y otra es Goethe. Podrá usted cambiarme la etiqueta que llevo en la frente, pero lo que no podrá es cambiar mi cerebro. Gracias a mi cerebro escapo a los destinos, a las promiscuidades, a las obligaciones que toda civilización, toda colectividad, me va a imponer. Yo me hago una patria con mis afinidades, mis preferencias, mis ideas, y esto no es posible arrebatármelo, e incluso puedo difundirlo a mi alrededor. No frecuento, en la vida, a multitudes, sino a individuos. Con cincuenta individuos escogidos en cada nación, tal vez compondría la sociedad capaz de darme las máximas satisfacciones. Mi primer bien soy yo mismo; es preferible exiliarlo que perderlo, cambiar algunas costumbres que anular mis facultades humanas. El hombre no tiene más que una patria, que es la Tierra.

—¿No cree, Dartemont, que ese sentimiento de miedo del que hablaba ayer ha contribuido a hacerle perder todo ideal?

—Veo que le ha impresionado este término de miedo. No figura en la Historia de Francia, y no figurará. Pero estoy seguro de que ahora tendría su sitio, como en todas las historias. Me parece que en mí las convicciones podrían dominar al miedo, y no el miedo a las convicciones. No tendría ningún problema en morir, creo, en un arrebato de pasión. Pero el miedo no es vergonzoso: es la repulsión de nuestro cuerpo ante aquello para lo que no está hecho. Son pocos los que se libran de él. Podemos hablar perfectamente de él porque es una repulsión que hemos vencido a menudo, pues hemos conseguido disimularla ante los que tenemos a nuestro lado y que la sienten como nosotros. Conozco a hombres que han podido creerme una persona valiente, a los que he ocultado mi drama. Pues nuestra preocupación, cuando teníamos el cuerpo pegado al suelo como una larva, y nuestro espíritu gritaba de angustia, era a veces seguir fingiendo valor, por una incomprensible contradicción. Lo que nos ha agotado tanto ha sido precisamente esa lucha de nuestra mente disciplinada contra nuestra carne que se rebela, nuestra carne echada al suelo y gemebunda que había que maltratar para hacerla incorporarse… El valor consciente, señorita, comienza con el miedo.

Tales son los temas más frecuentes de nuestras conversaciones. Nos llevan inevitablemente a definir nuestro concepto de felicidad, las ambiciones, las metas del hombre, las cumbres del pensamiento, y vamos a parar así a lo eterno. Cuestionamos el viejo código de conducta humano, ese código creado para unos espíritus indiferentes, para la multitud de espíritus conformistas. Discutimos cada artículo de su moral, que ha guiado a la interminable procesión de pequeñas almas a través de las épocas, las pequeñas almas indistintas que han brillado como luciérnagas en las tinieblas del mundo y que se han apagado tras una noche de vida. Hoy damos nuestro débil resplandor, que ni siquiera nos ilumina ya a nosotros.

Mediante preguntas, hago caer a mis interlocutoras en las trampas de la lógica, dejándolas confundidas con unos silogismos que echan por tierra sus principios. Ellas se debaten como moscas en la tela de araña, pero se niegan a rendirse al rigor matemático del razonamiento. Se rigen con los sentimientos que una larga sucesión de generaciones, sumisas a los dogmas, han incorporado a su sustancia, sentimientos que conservan de un linaje de mujeres, madres y amas de casa, vivas en los primeros años pero luego doblegadas por las tareas, agostadas por la vida de cada día, que se persignaban en la frente con agua bendita para exorcizar todo pensamiento.

Se sorprenden al comprobar que al deber, tal como ellas lo conciben, deben oponerse otros deberes, que existen ideales sediciosos más elevados que los suyos, de más amplias miras y que serían más provechosos para la Humanidad.

Sin embargo, la señorita Bergniol me ha declarado:

—Yo no educaré a mis hijos en sus ideas.

—Ya lo sé, señorita. Usted, que podría ser portadora de antorchas a la vez que portadora de seres, no transmitirá a sus hijos más que la vacilante luz que ha recibido, cuya cera chorrea y quema sus dedos. Son estas velas las que han prendido fuego al mundo en vez de iluminarlo. Son estos cirios de ciegos los que de nuevo el día de mañana harán prender las hogueras en las que se consumirán los hijos de sus entrañas. Y su dolor no será más que ceniza, y, en el momento culminante

de su sacrificio, ellos lo comprenderán y la maldecirán. También ustedes serán con sus principios, si se presenta la ocasión, unas madres inhumanas.

—Entonces, Dartemont, ¿niega usted a los héroes?

—La gesta del héroe es un paroxismo cuyas causas no conocemos. En el colmo del miedo, se ve a hombres convertirse en valientes, de una bravura que asusta porque se sabe que es desesperada. Los héroes puros escasean tanto como los genios. Y si, para conseguir un héroe, hay que hacer pedazos a diez mil hombres, prescindamos de los héroes. Pues sepa que la misión a la que ustedes nos destinan, tal vez serían ustedes incapaces de cumplirla. La impasibilidad ante el hecho de morir sólo se demuestra frente a la muerte.

No bien se va la señorita Bergniol, Nègre, que ha seguido nuestra conversación, me da su opinión:

—¡Qué amantes más enternecedoras! ¡Necesitan un héroe en su cama, un auténtico héroe, bien sucio de sangre, para hacerlas aullar de placer!

—No saben…

—No saben nada, de acuerdo. Las mujeres, y he conocido a muchas, no dejan de ser en definitiva unas hembras, estúpidas y crueles. Detrás de sus mohines, no son más que unos vientres para parir. ¿Qué habrán hecho durante la guerra? Incitar a los hombres a romperse la jeta. Y el que haya destripado a muchos enemigos recibirá en recompensa el amor de una dulce muchacha bienpensante. ¡Ah, dulces putillas!

Mientras él habla, yo miro evolucionar a esas damas, a la señorita Bergniol, que se desvive activamente, de una manera metódica, con seria alegría; se nota que la mueve ese sentimiento del deber que ella defiende. A la señorita Heuzé, que es una muchacha alta, no muy bonita, poco desenvuelta, pero cuyo dibujo de su gran boca refleja bondad. A la señorita Reignier, que está llena de buena voluntad, torpe, algo pava, y demasiado gorda ya; dentro de unos años, será «una buena madre gorda» sin maldad. A la señora Bard que, en su indolencia, en el contoneo de sus rotundas caderas, deja entrever un deseo insatisfecho, y su insistente mirada de mujer sin marido se demora en nuestros cuerpos, creo que con un poco de codicia. Evito recibir los cuidados de la señora Sabord, de cabellos grises, que son los de una persona maniática, de dedos resecos cuyo tacto resulta desagradable. Las señoritas Barthe y Doré, la una rubia y la otra morena, ambas de mirada afligida, se persiguen, se cogen de la cintura y se hacen confidencias al oído que provocan sus risas agudas, comparables a cosquilleos, risas irritantes para los varones. Sus fraternales abrazos se parecen demasiado a desperezos voluptuosos. La señorita Odet brinda a todos su triste sonrisa, sus palabras veladas y el ardor de sus febriles ojos. Demasiado pálida y flaca, tiene los endebles hombros encorvados por el peso de una vida en sus comienzos, y salta a la vista que le faltarán las fuerzas para llevarla adelante por mucho tiempo. Le estamos agradecidos por prodigarnos ese corto porvenir, por cuidarnos cuando es a ella a quien habría que cuidar, y no podemos sino que corresponder con una sonrisa de aliento a la suya, en la que hay renuncia.

No conozco de todas ellas más que estas apariencias, y eso me basta. No trato de saber el motivo que las ha traído aquí. Simplemente me congratulo de que estén, pues adornan nuestra sala de flores, de sus variados encantos, de sus gestos flexibles, y porque han perdido esa altivez de burguesas

cuando se dirigen a las personas del servicio. E incluso me doy el gusto prohibido consistente en sorprender en su rostro un insensible rubor, que ellas esconden dándose la vuelta, o, en sus ojos, fijando bruscamente mi mirada en ellos, el indicio de una preocupación inconfesable y afectuosa, que altera el palpitar de su pecho. Pero me detengo en el umbral de esta turbación, como un hombre galante en la puerta de un tocador.

En fin, me congratulo de que nos hayamos hecho muy buenos amigos, de que estas señoritas (sobre todo son las jóvenes las que muestran curiosidad) me dediquen una hora diaria. El gran ruido de la guerra desaparece ante el murmullo, tal vez falso, vacuo, pero agradable, de sus voces, que me sumerge de nuevo en la vida de la retaguardia, a la que, a veces, no me parece posible que haya vuelto definitivamente.

De vez en cuando se abre sin ruido la puerta de nuestra sala y surge, junto a una cama, una sombra negra que deja caer sobre el herido una farfulla de palabras dulzonas. Es el capellán del hospital, el exdirector del centro de estudios Saint-Gilbert.

Aunque, por supuesto, respeto todas las creencias (y a veces hasta las envidio), nunca dejo de asombrarme del andar con pasos quedos de algunas de estas personas, de su sonrisa, que nos hace sentir confianza, personas que, ejerciendo un ministerio sagrado y noble, si están convencidos, dan la impresión de reclutar a la gente, de decirle ¡pst! a un alma desde el fondo de una sórdida callejuela. Este capellán es uno de ésos que parecen tantear lo que hay en nosotros de innoble para ganársenos, uno de ésos ante cuyas miradas molestas me siento de repente lleno de vicios, y de los que siempre espero que me digan: «Hijo mío, confiésame tus pequeñas indecencias…».

El padre Ravel se interesó mucho por mí al comienzo, y supongo que las enfermeras, informadas de mi educación religiosa, me recomendaron a él. A los pocos días de mi llegada me visitaba a diario y me pedía que fuera a verle en cuanto me fuese posible andar. Yo le eludía como podía.

Consiguió arrancarme una promesa de un modo que considero desleal. La tarde de mi operación, viéndome debilitado, no más capaz de resistir que un moribundo, insistió largamente, y yo, perdido aún entre las brumas del cloroformo, respondí afirmativamente. Desde entonces él argüía esta promesa y no dejaba de repetir: «Le espero», con una reprobación que atribuía a mi mala fe.

Así que la semana pasada le seguí. Me llevó a su habitación y se sentó en la silla que estaba al lado del reclinatorio, donde los penitentes se arrodillan delante de Cristo. Pero yo conocía ya desde hacía tiempo ese dispositivo y esa treta. También yo me arrodillé en el reclinatorio. Recuperado de su asombro, me interrogó, torpemente por otra parte.

—Bien, hijo mío, ¿qué tiene que decirme?

—Pues nada, señor capellán.

Ahora comprendo que no debía esperar de él ninguna conversación de tipo elevado, que simplemente me había atraído hasta allí para sonsacarme, por sorpresa, mis pecados. Debe de tratar a todas las almas con una absolución, lo mismo que determinados médicos militares tratan a todos los enfermos con un purgante. Le dejé hacer. Me recordó mi infancia cristiana, y me preguntó:

—¿No quiere acercarse a Dios? ¿No tiene ninguna culpa de que arrepentirse?

—Yo no tengo ya culpas. La mayor, a los ojos de la Iglesia y de los hombres, es matar a un semejante. Y hoy la Iglesia me manda matar a mis hermanos.

—Son los enemigos de la Patria.

—Pero son hijos del mismo Dios. Y Dios, ese padre, preside la lucha fratricida de sus propios hijos, y las victorias de los dos bandos, los *Te Deum* de los dos ejércitos le resultan gratos por igual. Y precisamente usted le reza para que arruine y aniquile a otros justos. ¿Cómo quiere que lo entienda?

—El mal no viene de Dios, sino de los hombres.

—¿Dios sería, pues, impotente?

—Sus designios son inescrutables.

—También en el ejército se suele decir: «No hay que tratar de comprender». Éste es un razonamiento de cabo.

—Le compadezco, hijo mío, pues escrito está: «El principio de todo pecado es el orgullo: a aquél que le domine el orgullo será reo de maldición, y el orgullo será causa de su ruina».

—Sí, ya sé: «*Beatipauperes spiritu*». ¡Pero esto es como una blasfemia, pues nos creó a su imagen y semejanza!

Se ha levantado y me ha abierto la puerta. No hemos intercambiado ni una palabra más. No he visto en sus ojos, en lugar de la aflicción que hubiera tenido que provocarle el espectáculo de mi extravío, más que una llama de odio, la rabia de un hombre que acaba de sufrir un fracaso que escuece a su orgullo (¡también él!). Me pregunto qué relación puede tener esta rabia con lo divino…

Me habría gustado, sin embargo, que ese sacerdote me hubiese dicho algunas palabras de esperanza, que me hubiese dejado entrever una posibilidad de creer, que me hubiese expuesto su credo. Pero, ay, los pobres ministros de Dios ocultan sus acciones igual que el resto de los mortales. Hay que creer como esas mujerucas, con cara de bruja, que murmuran en las iglesias, ante las mismas barbas de unos santos de bazar de yeso pintado. En cuanto se yergue la razón, anhelante de los cielos del ideal, se topa con el misterio, la eterna evasiva. Te aconsejan los cirios, la limosna en los cepillos, decenas de rosarios y el embrutecimiento.

Si el Hijo de Dios existe, es en el momento en que nos muestra su corazón, cuando tantos corazones sangran, ese corazón que tanto amó a los hombres. ¿No ha servido, pues, de nada, y su Padre lo sacrificó inútilmente? El Dios de misericordia infinita no puede ser el de las llanuras de Artois. El Dios bueno, el Dios justo no ha podido autorizar que se lleve a cabo en su nombre semejante escabechina de hombres; no puede querer que semejante exterminio de cuerpos y de espíritus sirva a su gloria.

¿Dios? Bah, bah, el cielo está vacío, vacío como un cadáver. En el cielo no hay más que los obuses y todos los artefactos mortíferos de los hombres…

¡La guerra ha matado también a Dios!

Las enfermeras se ausentan desde el mediodía hasta las dos, después de que nosotros hayamos comido. A fin de evitar la incomodidad que sentimos de aliviarnos delante de ellas, todos hemos regulado nuestras necesidades corporales de manera que, salvo un imprevisto, se realicen durante esas horas. El soldado enfermero que las sustituye no hace más que llevar orinales. Los que aguardan

su turno miran al techo y fuman activamente para ahuyentar el olor. Una vez que se ha pasado la gran urgencia y no corremos el riesgo de coger frío, se abren las ventanas. El sol invernal entra en la sala; dejamos correr su chorro de luz por entre nuestras manos pálidas, nuestras cuidadas manos de gente ociosa, que el sol tiñe de un rosa translúcido.

Al enfermero le han puesto este mote cruel: *Caca*. Yo sé que este apodo le afecta. Lo sé porque conocí a André Charlet antes de la guerra, en la facultad, donde figuraba entre los estudiantes más aventajados, los que sienten curiosidad y tienen ideas. Publicaba en las jóvenes revistas sonetos brillantes, que representaban la vida como un inmenso campo de conquistas, un bosque divino y sorprendente, en el que se internan los exploradores de élite y vuelven con frutas maravillosas, de un sabor desconocido, mujeres de una rara belleza, y mil objetos bárbaros de un refinado primitivismo. Con la movilización, fue de los primeros en alistarse, siendo herido de gravedad al año siguiente.

Le he encontrado aquí, abatido, sin fuelle, y sucio. Algunos meses de guerra le han metamorfoseado así, dándole ese aspecto febril, esa flacura y esa piel amarillenta. Conserva de ellos un terror loco que se ve en sus ojos. Para no dejar el hospital ha aceptado este puesto y estas tareas repugnantes. Siendo Caca, prolonga su estancia de tres meses, en virtud de no sé qué decisión militar que autoriza a los médicos militares a tomar temporalmente unos ayudantes. Es probable, por otra parte, que se le destine al ejército auxiliar, si no es dado de baja por enfermedad. Pero él prefiere no pasar por una comisión sino como último recurso, pues teme que su organismo no esté lo bastante deteriorado para librarse de volver a la línea de fuego. Es el único que lo teme; nosotros le creemos abocado a la muerte de los tuberculosos, más infalible que los obuses.

Trato de atraerle, le recuerdo nuestros años de adolescencia, nuestros compañeros, nuestra alegría, nuestras ambiciones de antaño. Pero no consigo que se interese por ello. Sonríe débilmente y dice:

—¡Eso se acabó!

Yo le respondo:

—¿Y la poesía, amigo?

Se encoge de hombros, con un gesto vago: «¡La poesía es como la gloria!», y se va porque le llaman. Unos instantes después pasa de nuevo con un orinal humeante, vuelve su rostro alterado por el asco, y ríe sarcástico:

—¡Toma, la poesía!

De entre sus recuerdos de guerra, éste es espantoso:

—Fue en el Este, a finales de agosto. Nuestro batallón ataca a la bayoneta. No puedes hacerte una idea de la estupidez que eran esos ataques de los comienzos, de la matanza que suponían. Lo que dominó ese período fue sin duda la incuria de nuestros mandos, de la que fueron a veces víctimas ellos mismos, formados en estos principios: la infantería, reina de las batallas, y el arma blanca. Esa gente no tenía ni remota idea de los efectos del armamento moderno, cañones y ametralladoras, y la cantinela de todos los días eran los movimientos tácticos napoleónicos: ¡ni el más mínimo cambio desde Marengo! A nosotros, que nos veíamos asaltados, en vez de establecernos en posiciones sólidas, se nos dispersaba al descubierto por los llanos, vestidos con nuestros uniformes de circo, y nos lanzaban contra bosques, que estaban a quinientos metros. Los boches nos disparaban como a

conejos, y, en el momento del cuerpo a cuerpo, se las piraban, después de habernos causado todo el daño posible. En fin, ese día, tras dejar a la mitad de nuestros efectivos sobre el terreno, se consiguió desalojarlos. Pero a los muy jodidos se les ocurrió una idea diabólica. Como soplaba un fuerte viento contra nosotros, prendieron fuego a los campos de trigo de los que los echamos… ¡Allí vi el infierno! Cuatrocientos heridos, tendidos sin poder moverse, atacados y resucitados por el fuego, cuatrocientos heridos transformados en teas vivientes, corriendo con sus miembros fracturados, gesticulando y gritando como condenados. Su pelo, al arder de golpe, en sentido vertical, les ponía sobre la cabeza una llama de Espíritu Santo, y los cartuchos explotaban en sus cartucheras. Nos quedamos mudos, sin pensar siquiera en ponernos a cubierto, mirando a cuatrocientos de los nuestros chisporroteando, retorciéndose y revolcándose en esa hoguera barrida por las ametralladoras, sin poder acercarnos. A uno le vi levantarse, delante de la ola de calor que se le venía encima, y fusilar a sus vecinos para ahorrarles esta muerte atroz. Entonces, varios, a punto de ser alcanzados, se pusieron a gritar: «¡Disparad, compañeros, acabad con nosotros!», y tal vez algunos tuvieron ese monstruoso coraje… ¡E Ypres! Los combates nocturnos en Ypres. Uno no sabía a quién mataba, ni quién le mataba. El coronel nos había rogado: «Muchachos, sed buenos con los prisioneros, pero no hagáis». Los de enfrente tenían sin duda la misma consigna.

—¡Bah!, lo más duro ha pasado ya, amigo. Pronto volveremos a la vida civil, y reanudaremos nuestras ocupaciones como antes.

—Como antes, no. Por lo que a mí se refiere, eso ya no es posible, pues la guerra me ha disminuido. Tú me conociste en la facultad, y sabes que para mis compañeros yo iba a ser un líder de nuestra generación, que nuestros profesores tenían su confianza puesta en mí y que ya había llamado la atención de gente importante. Soñaba con una carrera brillante como guía de hombres, al menos en lo espiritual, pero era porque creía a mi cuerpo capaz de servir a mi pensamiento. Pero he visto que mi cuerpo no es más que un despojo, un pingajo, que deserta y me arrastra… Un tipo que tiembla no puede ser un líder.

—¡Pero todos nosotros hemos temblado!

—Más o menos. También tú has conocido a Morlaix, ese imbécil que se pasaba la vida en las cervecerías, en compañía de mujeres de mal vivir, que ante la sola idea de abrir un libro se ponía enfermo, y por el que sentíamos un profundo desprecio. Pues ahí donde le ves es ya subteniente. En el frente, él me mandaba, tenía más cara que espalda. Para que te hagas una idea: en la época en que las trincheras no eran aún continuas, en un nuevo sector, volvíamos del avituallamiento una noche de niebla. Era imposible distinguir nada a tres metros. Nos perdimos, naturalmente, y ahí nos tienes chapoteando en una vaguada, dando vueltas como si nos hubieran vendado los ojos, con nuestro cargamento de víveres a cuestas, que era un estorbo, sin armas. Va Morlaix y decide: «¡Tiremos todo recto, ya veremos!». Echamos a andar, sin decir nada… Un grito nos dejó de piedra: *«Wer da?»*[25]. Nos habíamos topado con los centinelas alemanes. Amigo mío, Morlaix llevaba un zurrón lleno de huevos duros. Sin dudarlo, lanzó tres hacia delante. En la oscuridad, los boches, que los oyeron caer, creyeron que eran granadas y se largaron. Yo no hubiera tenido esa sangre fría…

—Tú tienes otras cualidades. La utilidad momentánea de un bruto en un campo de batalla no es ninguna prueba contra el espíritu, sino muy al contrario. Un hombre que crea vale más que un hombre

que mata.

—Para mí es inconcebible un hombre incompleto, que se muestre inferior en determinadas situaciones. En la guerra, he sido un fiasco. No podré olvidarlo.

—Has hecho ni más ni menos lo que los demás. No te agobies.

—¡Me avergüenzo cuando lo pienso! Me he regodeado en mis propios gemidos, en mis lágrimas de hombre débil. Como puedes ver, he renegado de todas las doctrinas de mi juventud, Nietzsche, la fuerza… ¡Ah!, ¡ya!, ¡ya!… Ahora sirvo para vaciar los orinales de las salas y no pasaré de empleado.

Es un caso curioso de depresión, y creo que la enfermedad tiene mucho que ver en ello.

Le vi hacer una cosa terrible. Fue cuando Diuré sufría tanto de su muslo. Un día, con la excusa de aliviarle, Charlet insistió en cambiarle el vendaje. El otro terminó por ceder. Finalizada la operación, vi a Charlet llevar la cubeta a un rincón de los lavabos, sacar de ella una gasa sucia y meterla con precaución en una caja de hojalata que se guardó en el bolsillo. Intrigado, le llamé momentos después para preguntarle:

—Dime una cosa, ¿ahora te dedicas a la bacteriología?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué has metido en esa caja hace un rato?

Se quedó turbado.

—No entiendo.

Luego, tras unos instantes de reflexión, añadió:

—A ti te lo puedo decir, y estoy seguro de que no dirás nada. ¿Te acuerdas de Richerand, el de la Escuela de Química?

—¿Ese pequeñajo de no muy buena pinta?

—El mismo. Pues me lo encontré en el frente. Éramos muy amigos y prometimos prestarnos ayuda en cualquier circunstancia. Esta promesa nos sostenía un poco. Y él no ha faltado a ella. Estuvo a mi lado cuando fui herido. Fue él quien me hizo unos torniquetes y me llevó al puesto de sanidad, en plena cortina de fuegos, con la ayuda de un soldado que decidió acompañarle. Allí se pudo cortar totalmente la hemorragia, y probablemente Richerand me salvó la vida. Le estoy muy agradecido por su abnegación, tanto más cuanto que sabía lo impresionable que era: un ser muy nervioso que sufría enormemente por la guerra… Pues acaba de escribirme (está en el Hartmann): «No hacen más que atacar. Sálvame». Lo que quiere decir, puesto que le conozco: estoy al límite de mis fuerzas, he perdido toda esperanza.

—¿Y qué tiene esto que ver?

—Pues que… desde aquí, ¿cómo quieres que yo le ayude? Busco la manera desde ayer, y el tiempo apremia…

Se inclinó sobre mí y dejó caer:

—Voy a enviarle eso…

—¿Eso qué?

—Pus de absceso. Si se lo inyecta, tiene posibilidades de ser evacuado.

Nos quedamos callados un largo rato.

—¿Te das cuenta de lo que vas a hacer? —dije.

—¡No tengo elección! —murmuró al tiempo que dejaba caer los brazos.

Me atreví a exponer este argumento irrebatible:

—Un hombre abandona el frente, otro le reemplaza. Salvando a Richerand, condenas a un desconocido.

No lo había pensado. Me miró mientras reflexionaba.

—¡Lo siento! Richerand es mi amigo. ¿Quieres que se muera sin que yo haya intentado nada? Le creo muy capaz de todo, en un momento de depresión; no puedo actuar de otro modo.

Me dejó bruscamente, con una mano en el bolsillo, aferrando la caja.

No se me hubiera ocurrido denunciarle, como tampoco a ninguno de nuestros camaradas. Entre nosotros existe un pacto de solidaridad no escrito: en la trinchera todos deben hacer su trabajo, pero consideramos que cada uno es muy libre de escapar del frente si puede, que los medios no son asunto nuestro, y felicitamos a quien lo consigue. ¿Acaso podía yo siquiera juzgar a Charlet? He pensado en esos rostros de condenados que había visto a algunos soldados, dominados de repente por un presentimiento funesto. Un hombre que se ve acosado por esa obsesión ya no es capaz de protegerse, de luchar por su autoconservación; avanza hacia la muerte como un sonámbulo… ¿Podía yo juzgar a Charlet? Allí de donde venimos, ya no se juzga. Se sufre. Sufrir es arriesgar la vida; no sufrir es también arriesgarla. ¿El gesto de Charlet? Simplemente: es a esto a lo que nos conduce nuestra profunda miseria, es a esto a lo que se ven obligados a recurrir los hombres cuando desfallecen. Imposible censurar: demasiado sabemos que el desfallecimiento nos acecha igualmente.

Es difícil calcular la edad de la señorita Nancey. Probablemente, entre treinta y cinco y cuarenta. Rostro seco, labios delgados, mirada sin sueños y voz cortante, carece de todo cuanto un hombre busca en una mujer, ningún detalle físico que la identifique deja huella en la memoria. Al verla nerviosa, ágil y nacida para mandar, uno se da cuenta de que en ninguna época de su vida debe de haber tenido ese encanto inseguro, esa actitud de confesarse que atrae y gana a la mayoría, que nunca ha sentido su corazón abrumado y la necesidad irracional de entregarlo tímidamente. Es una de esas mujeres en las que, al no funcionar la válvula del amor, la actividad se canaliza en tareas cerebrales, en tareas de hombre. El hospital proporciona a esta actividad un excelente desahogo. La señorita Nancey, incansable, presta grandes servicios en él, dirige a su pequeña tropa de enfermeras con decisión, no pierde los nervios ante las heridas y no se enternece ante los gritos.

Por la mañana, guía al médico durante su visita; un viejo médico civil que es un buen hombre, que firma papeles, supervisa nuestro estado y pide a sus colegas que intervengan en los casos graves. Mira distraídamente a los enfermos y pregunta:

—¿Cómo va éste, señorita?

—Ha mejorado, doctor. Hay que esperar.

Sin pedir comprobarlo, pasa al siguiente:

—Al 12, doctor, lo tenemos controlado. Continuamos los lavados. Pero el 23 nos tiene preocupados y se queja. Debería verle.

A veces declara:

—El 16 ha cicatrizado. Vamos a darle el alta.

Ella prepara la ficha, el doctor le da el visto bueno y el hombre sólo tiene que irse. El período de recuperación adicional, las preciosas semanas suplementarias que un hombre curado puede pasar aún aquí, en total seguridad, dependen sólo de ella. ¡Y ay de aquél que le disguste! Por disgustarle, a Boutroux (un muslo) le dieron el alta, de un día para otro, y sin embargo la costra de su amplia herida era reciente, estaba blanda y levantada aún por unas infiltraciones de pus. El muy imbécil había vuelto borracho como una cuba, una tarde de salida, y había armado un escándalo. Por grosero, ella lo tenía ya fichado. Por eso, a la mañana siguiente, pese a su curación incompleta, tuvo que irse. El jaleo que armó acortó su estancia tres largas semanas: tiempo para que se lo carguen a uno veinte veces.

La amenaza de este castigo terrible, la marcha prematura, hace que los que se sentirían tentados de ceder a sus instintos se queden quietecitos. Sabemos por la prensa que las ofensivas de Artois y de Champaña han fracasado definitivamente, que los mortíferos combates del *Hartmannswillerkopf*, que alimentan los comunicados, no serán decisivos. La guerra no puede tomar un nuevo giro antes de la primavera. Nos interesa ganar tiempo. Ese tiempo salvador, la señorita Nancey podrá regalárnoslo o privarnos de él, cosa que contribuye a su prestigio.

La consigna es, pues, «permanecer pancho». Entre los que más se pueden valer por sí mismos, muchos, para ganarse los favores de la enfermera jefe, emplean los simples medios de que disponen; se transforman en peones de brega y ahorran a las señoritas los trabajos más pesados. Algunos van a misa y se jactan de que su asiduidad no esté dictada por sus sentimientos. (Naturalmente algunos asisten por convencimiento y nadie se burla de ellos). Tengo la impresión de que cometen un error, y considero a la señorita Nancey incapaz de caer en la burda trampa de su falsa piedad y de favorecerles por ello.

Ya lo he dicho: estoy en muy buenos términos con la señorita Nancey. Mejor dicho, en plan coqueto, en plan coqueto de estima. Ella tiene conmigo unas atenciones especiales, me consulta sobre alguna medida que piensa tomar, me pide mi parecer sobre los acontecimientos.

Hay también un pequeño hecho. Justo enfrente de mi cama hay un arcón elevado, una especie de armario empotrado. Cuando la señorita Nancey pasa un momento por mi rincón, se sienta en ese arcón, de un salto, dándose la vuelta, con el evidente placer de demostrar su ligereza. Su vivo movimiento le levanta la falda hasta muy arriba y me enseña, visto y no visto, un trozo de muslo por encima de la media oscura. (Tiene la pierna musculosa, pero bastante bonita: lo mejor que tiene. Y ella lo sabe, seguro). En una ocasión mi mirada cayó por casualidad sobre este muslo cuando la señorita Nancey me estaba mirando. Yo desvié la vista, incómodo. Pero he observado que se sentaba siempre con el mismo movimiento revelador, y que acto seguido me miraba fijamente sin la menor incomodidad. Ahora bien, creo que podría descubrirse menos… En fin, he recibido la confianza de esta pierna maciza, de piel blanca. Sería descortés por mi parte no seguir mirándola, discretamente, pero con sentimiento. Hacer notar que soy sensible, que aprecio.

Ello, todo sea dicho, con buenas intenciones, qué duda cabe. Me acuerdo de estas palabras de una persona experta: «Todas las mujeres tienen pretensiones de mujer y hasta a las más virtuosas les

gusta convencerse de que pueden tentar a un hombre». Sí, la señorita Nancey trata de que se aprecie su virtud. ¿Por qué negarle ese pequeño placer, puesto que la mía no está amenazada?

Esta pierna es mi prenda de permanencia duradera en el hospital. Puedo tranquilamente mirar a las otras barrer.

No podía dejar de ocurrir. Me asombra que las transformaciones verdaderamente anormales que se habían producido en él no me hubieran hecho intuirlo. Por muy agobiado que esté moralmente un joven, no tarda en llegar un período en que se recupera, y Charlet no hacía sino estar cada vez más sombrío.

Sus dedos crispados, los tics que alteraban su semblante, su andar a empujones delataban su estado de nerviosismo cuando ha entrado en la sala hace un rato. Pero ha comenzado su servicio como de costumbre, aunque sin darme los buenos días.

Bruscamente, a eso de la una, lo veo aparecer ante mí. Tenía un rostro horrible, de un color terroso, con unas manchas pardas y los ojos rebordeados de rojo. Me ha plantado su brazo delante de la nariz:

—¡Huele, huele!

—Y bien…

Empujaba su brazo con violencia, he retrocedido.

—¡Ah!, ¿hueles? ¿No notas el olor?

Yo permanecía quieto ante su mirada de ojos relucientes, furiosa, que no podía evitar. Acercando su rostro al mío hasta tocarlo, me ha dicho estas palabras increíbles:

—Soy una mierda.

—¡Vamos, Charlet, estás loco!

—¡Pero huele, hombre!

Más aún que su ira, era esa baba que le chorreaba de la boca lo que me ha asustado. Por suerte alguien le ha reclamado:

—¡Pst, Caca!

Ha dado un salto y se ha dirigido hacia Peignard, gesticulando de un modo salvaje:

—¡Mi nombre es Mierda, que lo sepas, y no pienso soportar vuestras groserías!

He comprendido que desvariaba y enseguida he sentido miedo por los heridos más frágiles: Peignard con su pie, Diuré con sus sondas, el pobre desgraciado bretón. He llamado a los hombres que se valen por sí mismos, que han venido a rodearle mientras iban en busca de ayuda. En plena crisis, él trataba de escapar y gritaba:

—¡Yo os domino, crápulas! ¡Todos los hombres están sometidos a mí! ¡Yo soy la verdad, el amo del mundo!

Finalmente, han subido tres tipos fornidos del sótano y se lo han llevado.

¡Charlet!

Ésta es la última imagen que conservo de él en la vida civil. En el 14, una noche de principios de verano, debajo de los castaños de la plaza donde nos reuníamos cada tarde. Delante de nosotros, los

cisnes blancos, con su nadar silencioso, hacían tornasolar el agua oscura de los estanques, donde se mecían unas luces que llegaban de una terraza brillante. La música amortiguada de una orquesta nos acunaba con su ritmo. Y Charlet de pie, sin sombrero, delgado y elegante, seguro de sí, ya un poco echado a perder por unos éxitos precoces, declamaba sus versos. Todavía resuena en mis oídos su entonación, y recuerdo este pasaje:

> El perfume de los ramos de flores embalsama esta noche el aire, donde duerme tranquilo, bajo un rayo de luna, su cuerpo muy blanco envuelto en la morena echarpe de sus cabellos, donde yo susurro mis secretos a la imperiosa emperatriz de mi corazón.

Y ahora está loco, a los veintidós años. ¡Y su locura ha adoptado la forma más baja que imaginarse pueda!

Nos revisan los vendajes cada mañana. Mi turno llega por lo general a eso de las nueve. Una enfermera se adelanta con su instrumental terapéutico, y una sonrisa de ánimo (no le cuesta nada). Me coge, me quita los alfileres, desenrolla las vendas y desprende las gasas pegadas con pequeños tironcitos, que tiran de los labios de las heridas, que arrastran tras de sí a todo mi cuerpo que se niega a la brusca separación, y me arrancan también unos gritos que me molesta dejar escapar. Una vez lavadas las llagas con permanganato, reciben seguidamente una aplicación de tintura de yodo o de lápiz de nitrato de plata. Uno y otro vienen a ser lo mismo y me producen idéntica sensación agradable que un hierro candente que se hundiera en mi carne, y nunca dejo de asombrarme de no ver salir humo, de no verme molestado por un olor a carne quemada. La multitud de llagas prolongan mi suplicio. No han terminado aún el lavado cuando ya varias partes de mi cuerpo, humedecidas de yodo, son como puestas sobre unas parrillas, y me retuerzo igual que un hereje luchando para no abjurar de su fe. Mi fe aquí consiste en mostrar entereza ante el dolor. Se guarda para el final la peor: la herida del tórax, por debajo del omóplato. Cuando siento la amenaza de la untura, me hago un ovillo, con la respiración entrecortada, como si descendiera en picado un obús. Pero no es más que una mano sonrosada que titubea y de pronto aplasta cruelmente, en la herida de mi espalda, el copo de algodón que me impregna de su secreción parda, por lo que parece. Recibo mi lanzada en el corazón.

Durante una larga hora siento un escozor a fuego lento.

Algunos días, en los que me veo a punto de flaquear, me rebelo. Camuflo mis gritos con palabras agresivas. Y no me faltan ganas de abofetear a la serena enfermera: ¡una mujer que me hace sufrir!

Es el mal momento del día; estropea mi estancia aquí y empaña mis despertares, a los que sigue poco después. Pero, una vez que han cesado mis dolores, el plazo hasta el próximo vendaje me parece muy lejano. Alcanzo el punto culminante de mi paz, que va decreciendo hasta la mañana del día siguiente.

Ir al hospital, hace apenas un año, era una expresión terrible. Sugería, más aún que la del sufrimiento, la idea ignominiosa de la decadencia. Los burgueses no iban al hospital, que estaba

reservado a los obreros, a las madres solteras y a esos desgraciados que habían dilapidado su fortuna, que se lo habían «comido todo», y por eso mismo merecían los peores castigos, a los desclasados, en fin. Y las familias anunciaban a los despilfarradores y a los hijos pródigos: «¡Acabarás en el hospital!», es decir, como un miserable, solo y en la vergüenza. Y yo mismo, mirando las lúgubres fachadas de los hospitales, sus tristes pasillos, los magros convoyes que salían de ellos, pensaba confusamente en unas leproserías.

Pues he aquí que el hospital se ha convertido en una tierra prometida. Para millones de hombres representa la suprema esperanza, y sus miserias y dolores, así como los desconsoladores espectáculos que presenta, son sin embargo la máxima felicidad que puede entrever un soldado. Antaño, aquél al que bajaban de la ambulancia se entristecía al franquear ese umbral y se sentía amenazado. Hoy, el que es llevado en una camilla cree recibir del conserje, con su ficha de entrada, una patente de vida. Y si un médico militar superior, con poderes divinos, pasara por delante de las camas y propusiera a cada uno de ellos devolverle sus miembros diciendo: «¡Levántate y anda!», es posible que Peignard, Mouchetier, y todos los que están hechos una piltrafa, tras haber reflexionado sobre los riesgos que les haría correr esta nueva integridad, en los sudores fríos de la aprensión que tortura a las personas sanas y fuertes, responderían: «¡No haga este milagro!».

Por lo que a mí se refiere, yo que he tenido la fortuna de que me tocara el «tiro de suerte», ese premio gordo de los campos de batalla, me encuentro en el hospital como un hombre que estuviese pasando el invierno en el Sur. Una vez que he pagado cada mañana mi deuda de sufrimiento (el precio de mi pensión), tengo realmente la sensación de estar de vacaciones, y la presencia de las lozanas y graciosas enfermeras, las atenciones de la señorita Nancey, completan la ilusión. ¿Qué otra cosa tengo que hacer aparte de comer, fumar y leer? Cuando me canso de leer, me abandono a ese estado de extrema lasitud que resulta de un reposo excesivo, sigo descansando de ese descanso… Golpeteo mi debilidad como si se tratara de unos cojines, y me arrellano confortablemente de espaldas. Disfruto de no tener ya que actuar, de ese derecho, que me dio una granada, a ser apático. Y no detesto los temblores de esa ligera fiebre que, a la larga, produce la cama.

Así, débil, con los ojos cerrados, sueño. Pero no sueño con el porvenir, muy incierto. Aislado detrás de mis párpados bajados, oigo resonar en el fondo de mis oídos el gran zumbido de la guerra, como el murmullo del océano en el interior de una caracola. Pienso a mi pesar en esa sucesión de aventuras sorprendentes que me han conducido hasta aquí y que no dejan aún de asombrarme.

VII
La convalecencia

Al haber cicatrizado mis heridas, ha llegado el momento en que he tenido que dejar a las enfermeras de esta sala 11 del centro de enseñanza Saint-Gilbert, en la que he pasado los mejores días de mi vida de soldado. La señorita Nancey me ha rogado: «Escríbanos. Nos gusta seguir en contacto con nuestros heridos una vez que nos han dejado. Y si tiene la mala suerte de ser herido por segunda vez, venga a estar con nosotros». Nègre se ha limitado a decirme, con una seriedad desacostumbrada: «¡Trata de salvar el pellejo!».

Reconocemos el ruido del buzón en la avenida, y al poco una llave gira en la cerradura. Llega nuestro padre para la cena. Le pregunta a mi hermana, mientras se limpia los pies en la alfombrilla, como de costumbre:

—¿Ha llegado tu hermano?

Yo avanzo por el pasillo. Me dice:

—¡Ah, estás aquí! Recibimos tu carta y te esperábamos de un día para otro.

Nos besamos, un poco ritualmente: un intento de beso. El debe de preguntarse: ¿le habrá cambiado la guerra? Nuestras relaciones han sido siempre frías. Mi padre esperaba más de mí, y yo esperaba mucho más de él. No me encontraba lo bastante dócil a sus consejos, y yo consideraba que el resultado al que él había llegado, con su famosa experiencia, me daba derecho a ser desconfiado. Tiene sin duda su manera de quererme; pero por desgracia sus manifestaciones, cuando era yo niño, no fueron nunca muy convincentes, y me quedé con esa vieja impresión. Si se quiere, no nos entendemos. Para que un padre y un hijo se comprendan, colmen ese cuarto de siglo que les separa, es menester que el padre ponga mucho de su parte. No fue ése su caso. En 1914, prácticamente habíamos reñido. Pero, con ocasión de la guerra, extendimos la unión nacional hasta la familia. Los peligros que yo iba a correr hacía que fuera un asunto de conveniencias. Y, tras trece meses de ausencia y una herida, vuelvo con la mejor de las disposiciones, aunque bastante escéptico en lo que se refiere a las posibilidades de nuestro perfecto entendimiento.

Nos sentamos a la mesa, cada uno en su antiguo sitio, y observo que aquí nada ha cambiado. Mi padre me pregunta:

—¿Te has recuperado bien?

—¡La cosa va bien!

—Efectivamente, tienes buen aspecto. Esa vida te ha hecho desarrollarte.

Me mira de reojo, y yo me doy cuenta, por la manera en que su mano palpa su pan, de que hay algo que le disgusta. No tardo en ser informado de ello:

—¿Pero cómo te las has arreglado para no conseguir ni un galón?

—Me importan un comino —digo para cortar por lo sano.

—¡De nuevo con tus ideas!

Cuando mi padre alude a lo que él llama mis ideas, es siempre una mala señal. Pero se mantiene

en sus trece y continúa:

—Los hijos de Charpentier, que tienen casi tu edad, son el uno sargento y el otro ayudante, y su padre está orgulloso.

—¡No hay de qué!

—¡Oh, naturalmente, tú estás por encima de eso!… ¡Ah, se puede decir que no te has esforzado nunca en complacer a nadie!

Mi hermana, que teme una disputa en la que no daríamos el brazo a torcer ni el uno ni el otro, interviene y cambia de tema de conversación. Se pone a charlar, al margen de mí, de la marcha de la casa, de sus amigos, de invitaciones, de visitas, qué sé yo… Tienen las mismas pequeñas preocupaciones que en 1914; me parece, oyéndoles, que les hubiera dejado el día antes. Se diría que ni sospechan lo que pasa a algunos cientos de kilómetros. ¡Y mi padre pretende que el egoísta soy yo! Lo cual no tiene por otra parte ninguna importancia. Estaré aquí unos siete días, de permiso, aunque en situación de alerta. Pero estos seres por los que me bato (¡pues, al fin y al cabo, no es por mí!) me son completamente extraños.

Ni siquiera sienten curiosidad por la guerra. Mi padre sería incapaz de condescender a preguntarme: ello sería reconocer que un hijo puede saber más que su padre en determinados aspectos, lo cual le parece inimaginable, por lo mucho que choca contra su sentido de la autoridad.

Mi padre me ha dado cita para la tarde. Le encuentro a la hora indicada, y camino a su lado, por la calle abarrotada, donde los escaparates, que brillan de luz eléctrica, animan un decorado de preguerra que había olvidado. En el tiempo que llevo sin verle, ha envejecido un poco, y ahora soy claramente más alto que él. Hemos llegado a ese estadio en el que el padre, disminuido por los años, se encoje, y en el que el hijo crece y se asienta. Durante largo tiempo, a mis ojos, él ha pertenecido a ese mundo inaccesible de las personas mayores, detentadoras de los privilegios y de todo saber; durante mucho tiempo yo me he sentido bajo su dominio. Hoy tengo una vida propia que se le escapa. El tiene cierta consideración hacia esa personalidad que ve desarrollarse y que mi estatura impone, y yo tengo una especie de indulgencia, bastante indiferente, para con su carácter injusto, desde que me he liberado de él. Al equilibrarse nuestras fuerzas, somos cordiales el uno con el otro. Pero estamos más distantes que nunca.

Mi padre me lleva a la cervecería donde se encuentra cada tarde con sus amigos. En la gran sala de un establecimiento del centro, tienen reservado un rincón, con la protección del dueño, y pasan allí buena parte de las tardes. Son hombres de unos sesenta años, comerciantes e industriales. Algunos tienen ese aire consternado que dan la mala suerte y la vida en su fase declinante, y otros, por el contrario, exhiben en su semblante esa satisfacción de la gente que ha tenido éxito en los negocios. Se conocen desde hace veinte o treinta años. Aquí disfrutan de su tiempo de ocio, lejos de toda preocupación, de los sinsabores domésticos, y viven de un viejo fondo de recuerdos y de bromas que exhuman de su juventud. Están acostumbrados los unos a los otros y respetan sus manías, lo que es una condición esencial para poder envejecer cómodamente en compañía.

A nuestra llegada, levantan la cabeza. Mi padre les dice, dando apretones de manos:

—Os presento a mi hijo mayor, que acaba de llegar del hospital después de haber sido herido.

Estos hombres importantes interrumpen su partida de cartas y me saludan cordialmente:

—¡Muy bien! ¡Bravo, muchacho!

—¡Nos congratulamos de tu valor!

—¡Eh, Dartemont, es un buen mozo!

Al no saber ya qué ánimos darme, enmudecen. La guerra deja de estar de moda, comienza a formar parte de las costumbres. Se ve llegar constantemente a militares de permiso, se tiene la impresión de que no les ocurre nunca mal alguno. Por otra parte, yo no soy soldado, y la situación de mi padre no es muy floreciente que digamos. ¡Gran bondad la de estos señores por haberme dado muestras de tanto interés!

Reanudan su juego: «¿Quién ha cortado?». Mi padre se mezcla con ellos. Yo me quedo solo en una esquina de la mesa, enfrente de un viejo señor que mastica metódicamente gruyer mientras lo riega con cerveza. Me observa largamente e intuyo, en su aire preocupado, que prepara una frase. Finalmente me pregunta con una sonrisa incitante:

—¿Pasáis buenos momentos en el frente?

Yo, sofocado, miro a ese viejo chocho y macilento. Pero le respondo rápido, suavemente:

—¡Oh!, sí, señor…

Su rostro se serena. Presiento que va a exclamar: «¡Ah, estos puñeteros peludos!»[26].

Entonces añado:

—*… Y bien que se divierte uno: ¡todas las noches enterramos a compañeros nuestros!*

Su sonrisa da marcha atrás y su cumplido se le atraganta. Coge precipitadamente su vaso y hunde la nariz en él. De la impresión, orienta mal la cerveza, que toma la dirección de sus pulmones. La cosa acaba con unos gorgoteos y un pequeño surtidor de cachalote que lanza al aire y que se precipita sobre su tripa en una cascada de perlas espumosas.

Pregunto con aire aterrado:

—¿Se ha atragantado?

Es todo él un sacudimiento de ataques internos y de gruñidos catarrosos. No se ve por encima de su pañuelo más que sus ojos amarillentos, que le lloran. Detrás de mi frente, hipócritamente entristecido, mi pensamiento inicia una salvaje, vengativa danza india de guerrero que ha arrancado una cabellera.

No tardamos en marcharnos. Sé lo que va a decir el hombre del gruyer no bien hayamos cruzado la puerta:

—Pero ¿ese hijo de Dartemont no es una especie de rebelde? ¡Este muchacho no me parece de muy buena índole!

—Efectivamente, ¡creo que Dartemont no tiene muchos motivos de satisfacción!

—¡Ni un galón, ni una condecoración, después de un año de guerra, es sospechoso!

Menearán la cabeza para decir: «¡Cada uno tiene su cruz!» y pedirán una caña bien fresca para entonarse. Y uno propondrá: «¿Estáis libres esta noche? Podríamos ir a cenar a algún sitio agradable…». Entre hombres, se permiten alguna cana al aire. Y si pasa alguna guapa buscona por los alrededores, ¡ah, Dios mío!, la invitarán a su mesa: ¡están tan solas las pobres en estos tiempos!

Claro que temen un poco el día siguiente de esas jaranas: la gota, los pinchazos en el hígado… ¡Pero qué se le va a hacer! Ni caso: ¡todo el mundo sufre hoy en día!

Cual el tiempo tal el tiento, ¿o no?

Dispongo de siete días para pasármelo en grande, ponerme las botas, hacer una reserva para varios meses. Tal vez éste sea el último placer del que pueda disfrutar, tal vez el último recuerdo que me lleve de la vida tendrá que ver con estos siete días. Así que no perdamos el tiempo, pongámonos a buscar placeres, a descubrir su pista y disfrutarlos.

Pero ¿qué es el placer? Hagamos la lista de los placeres posibles. ¿La buena mesa? No, ésta sólo puede acompañar al placer, sazonarlo. ¿Espectáculos? Tampoco. Están vacíos y resultan falsos atendiendo a la realidad que me espera. ¿Las alegrías del hogar? Una madre quizá podría atarme, comprenderme, pero perdí a la mía muy joven. ¿Amigos? Por supuesto, me gustaría volver a ver a mis amigos, intercambiar impresiones con ellos rememorando nuestros antiguos trayectos. Pero mis amigos (tenía tres de verdad) están dispersos por el frente; uno fue herido en Champaña al poco de serlo yo. ¿Los placeres de la vanidad? Parece que eso existe. Pero no sé dónde se disfruta esta clase de placeres. Probablemente en los salones, pero yo no los frecuento y tampoco tengo ningún interés en hacerlo.

Entonces, ¿los placeres del amor? Es un término demasiado novelesco. Digamos: una mujer. Conocía a algunas, por diversas razones. Pero eran jóvenes y poco libres. La dificultad es primero encontrarlas, luego reanimar sus sentimientos, que no he mantenido, pues hablaban de sentimientos eternos, definitivos, y, con veinte años, metido en la guerra, no podía firmar un pacto sentimental que comprometiera todo mi porvenir. Actué imprudentemente, como sucede a menudo cuando se quiere ser de demasiada buena fe. Estas enamoradas posibles deben de haberse buscado otros amores. Un corazón de mujer no puede permanecer largo tiempo desocupado. Cuanto más jóvenes son los corazones, más exigentes se vuelven, y se creen con derechos. Pues bien, yo no quise prometer nada. Y al no prometer nada, estando además lejos, mucho me temo haberlo perdido todo. El amor es una transacción, al menos de sentimientos, en los casos más raros: se ama para recibir. Ausente, no podía dar nada. Y ahora, no puedo ofrecer más que siete días de un soldado de infantería, cuya vida está amenazada, cuya carrera no ha empezado, y cuyo corazón, hay que reconocerlo, no está seguro. ¿Qué mujer lo querría? Para aceptar este regalo convendría al menos que ella me conociera de antes, que conservara una imagen distinta de mí de la que le propongo con este lamentable uniforme que traigo del hospital.

Queda el placer que se compra, de menor calidad, pero placer al fin y al cabo si uno se puede permitir un artículo de lujo. Desgraciadamente, dispongo de muy poco dinero con el que comprar placer a bajo precio, placer de pobre, descorazonador como una comida de figón. Necesitaría siete días de opulencia y no tengo por delante más que siete días de ahorro.

Me pongo en manos del azar, salgo.

Me dirijo directamente a los lugares donde, en la preguerra, estaba seguro de encontrar compañeros, echo un vistazo en los cafés, recorro varias veces las mismas calles. Todo lo que me

hacía ese lugar familiar ha desaparecido, mi ciudad no me reconoce y me siento aislado en ella. En otro tiempo, con una indumentaria elegida por mí, tenía una cierta seguridad que el uniforme me ha hecho perder. Naturalmente, las mujeres se vuelven hacia lo que es brillante y elegante: los oficiales, y esos empleados del Estado Mayor, de centros militares, con trajes de fantasía, que ofrecen garantías de duración. ¡No me atreveré a abordar a una mujer! Para los soldados, están las prostitutas, como todo el mundo sabe…

Doy vueltas por la ciudad, sin nada que hacer, y sin grandes expectativas. Comienzo a comprender que la vida aquí ha tomado un ritmo nuevo, del que nosotros estamos excluidos, y que no propicia una de esas aventuras con las que yo había soñado. Las mujeres son hermosas, tienen un aire más decidido que en otro tiempo, y no llevan grabada en el rostro la huella de secretas tristezas. ¿Dónde están, pues, las enamoradas a las que la guerra ha privado de esperanzas??

Tengo la dirección de una de esas muchachas que frecuentaba en 1914. He decidido ir a apostarme en los alrededores de su casa para verla salir o entrar. Es algo bastante incierto, pero no tengo mejor medio para ponerme en contacto con ella.

Ayer por la tarde, que era mi quinto día de permiso, reencontré a Germaine D… ¡Ya era hora! Andaba a lo largo de los escaparates de una calle oscura por donde sé que solía pasar. Un mechero de gas la iluminó súbitamente. Pese a su vestido de un corte nuevo, reconocí su paso o su contoneo, algo que me indicaba con certeza que era ella. Observé avanzar su rostro de extraña, pues no sabía que yo estaba allí, un rostro hermético y pensativo, que se iba volviendo más preciso a medida que se me acercaba. Me lancé hacia la luz. Ella se apartó con indignación, luego se ruborizó: me había reconocido a su vez. Sin dirigirme ningún reproche, ni manifestar tampoco excesiva sorpresa, simplemente me prometió pasar conmigo la tarde de hoy. Tal vez incluso vuelva a verla mañana, pero: «No mucho rato, pues tenemos gente en casa, y no hago lo que quiero».

La he llevado a un apeadero que me habían indicado. Ha tenido la gentileza de no fijarse en ese piso improvisado, de no destacar lo que había en él de equívoco y de demasiado anónimo. Ha tenido la gentileza, pese a mis negligencias, de mostrarse resueltamente complaciente, con ese aire de entrega y de placer (¡al fin!) de las mujeres sensuales, que son agradecidas con lo que sienten. Ha tenido la habilidad, mezclando los recuerdos con el presente, de restablecer de inmediato entre nosotros una intimidad que no resultase incómoda, una intimidad que abolía un año de separación y que recuperaba con naturalidad el tenor de nuestras citas de antes. Ha tenido la generosidad de no malgastar nada de ese tiempo precioso en quejarse por mi silencio. Me ha aceptado tal cual y me ha visto con los ojos de antaño. Es sobre todo eso lo que yo buscaba: un ser para el que no fuese ya un soldado. Se ha ido con mis flores prendidas en el abrigo, de las que me ha dicho: «¡Estoy muy orgullosa de mi aderezo!».

Debo a esta encantadora Germaine sin coquetería la mejor alegría de mi permiso: algunas horas de olvido pasadas en su compañía. En adelante, le escribiré.

Los peores trastornos son impotentes para cambiar el carácter de las personas. Este permiso de siete días me ha demostrado que el temperamento intolerante de mi padre no se moderará jamás, cualquiera que sea la naturaleza de mis ocupaciones. ¿Qué puedo ser hoy, aparte de soldado? ¿Acaso no satisfago así plenamente a la opinión pública, y realzo el lustre de mi familia?

Justo es decir que soy un héroe descontento. Al consultarme la gente sobre los acontecimientos, tengo la funesta, insociable costumbre de exponerlos tal como me han parecido. Ese gusto por la verdad es incompatible con el hábito de la cortesía. En los ambientes en que me han recibido y agasajado esperaban de mí que justificase su tranquilidad mediante mi optimismo, que mostrase ese desprecio por el enemigo, los peligros y las fatigas, ese buen humor, ese espíritu de iniciativa que son legendarios y característicos del soldado francés, tal como ellos lo ven en los almanaques, coqueto y sonriente bajo la metralla. A la gente de la retaguardia le gusta representarse la guerra como una aventura estupenda, adecuada para distraer a los jóvenes, una aventura que comporta algunos riesgos, es cierto, pero que se ven compensados por alegrías: la gloria, las aventuras amorosas, la falta de preocupaciones. Esta cómoda concepción tranquiliza las conciencias, legitima las ganancias y permite decir además: «Nuestro corazón sufre», mientras se tiene los pies bien calentitos. De muy rara pasta tendrían que ser si no. En realidad no se sufre más que en carne propia, y en la carne de la propia carne se sufre ya mucho menos, salvo algunas naturalezas particularmente sensibles.

Me he dado perfecta cuenta de que lo cortés hubiera sido, al invitarme a una excelente comida en una casa lujosa, hacer sentir cómodo a todo el mundo declarando que nosotros nos dedicábamos a lograr la victoria y que todo en el frente transcurría muy alegremente. Así me hubiesen servido una segunda copa de coñac, invitado a un segundo puro, diciéndome en el tono indulgente que se tiene con los soldados: «¡Vamos, un peludo como tú! ¡No te los fumas así en las trincheras, no te prives!». Dicho de otro modo: ¡no se te priva de nada, como ves!

Pero yo no he contado hazañas de las que los alemanes hubieran pagado todo el pato, he hecho enfriarse las conversaciones más hábiles. Me he comportado como un individuo maleducado, me he vuelto insoportable, y me ven marchar sin lamentarlo.

Esta tarde, mi padre se ha empeñado en acompañarme a la estación. No tenemos gran cosa que decirnos. Nos paseamos por el andén, esperando el tren, en medio de unas corrientes de aire. Mi padre les tiene pavor, ha alzado el cuello de su sobretodo y le veo impaciente. Le digo:

—Vete, pues. ¡Para qué coger frío por unos minutos que no van a cambiar nada!

—¡No, no! —responde él bruscamente, con el aire de un hombre decidido a dar ejemplo, a cumplir con su deber hasta sus últimas consecuencias, cueste lo que cueste.

Intercambiamos algunas palabras sin importancia, y observo que mira frecuentemente el reloj, sin que lo parezca. Mi marcha no llega en buen momento. Sé que si mi padre me deja pronto, saltando dentro de un tranvía, podrá ver aún a sus amigos en la cervecería: el viernes es su día de reunión. Sin

duda piensa en ello. Naturalmente, no podría aludir a esta reunión sin incomodarle. Aunque nos encontramos el uno al lado del otro, nuestros pensamientos están muy distantes. ¿Un padre y un hijo? Sí, sin duda. Pero sobre todo: un hombre de la vanguardia y otro de la retaguardia…Todo en la guerra nos separa, la guerra que yo conozco y que él ignora.

Por fin llega el tren, uno de esos trenes sórdidos y aullantes de soldados. Aconsejo de nuevo a mi padre que se marche, con la excusa de que necesito tiempo para instalarme. El acepta un compromiso:

—¡Sí, en efecto, estarás mejor con tus camaradas!

Nos damos un beso. Él se queda todavía un momento delante de mí, indeciso. Su mano, que tamborilea en el vacío, me indica que se guarda algo en el corazón. Lo deja caer:

—¡Trata de ganar un galón!

—¡Lo intentaré! —respondo conciliador.

—Vamos, adiós, hasta pronto, espero… ¡Y no seas imprudente en el frente! —dice con bastante frialdad.

Nos volvemos a besar. Me deja dándose la vuelta y se aleja rápidamente. Tal vez para disimular su emoción…

Antes de meterme por las escaleras del paso subterráneo me dirige un último gesto de adiós, un gesto aéreo, muy vivo: el gesto de un hombre libre…

Estoy solo en el andén, delante del tren. Estoy solo, con mi zurrón que contiene víveres para dos días, mi cantimplora, mi manta, mi cartera en el pecho con un poco de dinero, mi reloj en la muñeca izquierda, mi cuchillo en el bolsillo derecho de mis pantalones, sujeto por una cadenilla, mis tijeras de bolsillo: todo mi patrimonio… No he olvidado nada.

Veo la ciudad, enorme y tranquila, que se duerme; la ciudad poblada de gente que no está en peligro, de gente feliz y de jóvenes lozanas y elegantes, que no son para los soldados. Distingo unas estelas luminosas que señalan el lugar de las grandes arterias del centro donde la gente se divierte como si no pasara nada anómalo.

La locomotora suelta el vapor, oigo unos pitidos. Entonces subo precipitadamente al tren, al azar. El vagón me manda al rostro su aliento cálido y plebeyo, su aliento de borracho. Salvo unos cuerpos, y mi acomodo provoca unos gruñidos. Regreso a la guerra…

Enchufado

El soldado no tiene la ilusión de ser conocido y celebrado; muere entre la turba y queda en la oscuridad: es cierto que vivía del mismo modo, pero vivía. Esta oscuridad es una de las causas que explican la falta de valor en los empleos bajos y serviles.

LA BRUYÈRE

I
Sectores en calma

—Dieciocho grados —me grita Baboin.

—Veinticinco pasos —respondo yo.

Anotamos las cifras en una hoja de papel, luego bordeamos un parapeto. Cuento mis zancadas hasta el próximo recodo e hinco mi jalón en el suelo, en el que hay anudado un hilo rojo. Baboin mira a través del visor de cartón sujeto a su brújula y me da el número de grados de derivación respecto al norte; yo le indico la distancia. Levantamos el plano del sector. Este trabajo de lo más descansado nos ocupa las primeras horas de la tarde, cuando estamos libres, y nuestra intención es hacerlo durar lo más posible.

Baboin, inspector de carreteras en la vida civil, es el ordenanza del teniente que manda la compañía. Es un hombre pequeñajo, barbudo, piernicorto, pacífico y meticuloso, que ha aceptado esta especie de domesticidad para escapar a los inconvenientes de la primera línea. Está en el puesto de mando de su jefe, a cuyo lado asume poco menos que la tarea de sirvienta: barrer, vaciar las aguas residuales, recalentar la comida, lavar los platos, ocuparse de la ropa blanca y del mantenimiento de la indumentaria. Se aleja raramente del refugio y sale poco a no ser que se vea obligado a hacerlo. No tiene otro orgullo que su escritura, fina y lenta, que reproduce con gran exactitud los modelos de caligrafía. Esta escritura indica una sumisión natural y una falta de imaginación que se corresponden perfectamente con su carácter: tiene por las consignas un respeto de funcionario. Me ha explicado su punto de vista, que es el de una persona prudente, aunque yo me siento incapaz de una prudencia que me haría desempeñar un papel como el suyo: «Aquí no se trata de hacerse el listo y sí de volver con vida». Más o menos los mismos planes que tengo yo, pero sé que los míos pueden verse comprometidos de repente por un cambio de humor, que una medida ofensiva me haría perder enseguida la paciencia, aunque mi vida se viera amenazada por ello. Pero no critico los medios elegidos por Baboin. El no parece ver en ellos desmedro alguno, o pone buen cuidado en disimularlo. Estimo su amistad, que tiene la virtud de ser invariable y se manifiesta por medio de regalos en especie, como café y tabaco, de los que siempre se provee en abundancia en las cocinas. Me ha tomado aprecio porque le pido consejos profesionales.

He tenido la suerte, desde mi regreso al frente, de encontrar un empleo, que debo a mi estado civil, que me había ya valido la atención de las enfermeras en el hospital. Asimismo se lo debo al estado depauperado de la compañía a la que he sido destinado. Nuestro refuerzo ha ido a llenar los puestos vacantes de un regimiento que venía de Verdún, muy castigado. A fin de reconstituir la estructura de las unidades se ha recurrido a los recién llegados, guiándose por las indicaciones de las cartillas militares. El teniente, tras mandarme llamar para comprobar si mi cabeza se correspondía con mi profesión, me ha nombrado agente de enlace.

La función del agente de enlace es muy superior a la del soldado de escuadra, que es «el último de los oficios». La ambición de todos los hombres es dejar la escuadra. Para ello no hay más que dos medios: un grado o un empleo. A mediados de 1916 es ya demasiado tarde para empezar una carrera

de grado, carrera que sólo podría ser rápida en las unidades de ataque, donde los cuadros se ven rápidamente diezmados. En tales unidades, los grados subalternos no disminuyen los peligros y ofrecen escasas ventajas. A continuación, somos todos soldados provisionales, civiles, y, sea cual sea el grado que se haya alcanzado, estamos decididos a volver a nuestras casas, una vez terminada la guerra; esperamos que eso sea bastante pronto. La ambición que podía mover a un sargento de 1800 a nosotros nos está vedada: los mariscales no proceden ya de la clase de tropa. Esta guerra no distingue y no promociona a nadie entre los que se arriesgan, no recompensa. Por tales razones, los empleos son generalmente más codiciados que los grados. Se considera que un cocinero tiene un puesto mejor que un jefe de batallón, en un gran número de casos, y que un comandante de compañía puede envidiar a un secretario del coronel. A todo aquél que va a una división se le considera salvado definitivamente. Cierto que puede morir, pero accidentalmente, por una fatalidad, como la gente del interior son aplastados o víctimas de un movimiento sísmico. El problema para los soldados radica en alejarse de las líneas, de la aspillera, librarse de las guardias, de las granadas, de las balas, de los obuses, ascender en el escalafón hacia la retaguardia. Uno se aleja, se refugia un poco, pasando a ser telefonista, señalero, colombófilo, ciclista, observador, secretario, cocinero, intérprete, camillero, gastador, etcétera. Todos los que desempeñan estos empleos, o *chollos*, son llamados por los hombres del puesto avanzado unos *enchufados*. En cuanto se deja la primera línea, se pertenece a la categoría de los enchufados, cuyas ramificaciones se extienden hasta el Ministerio de la Guerra y el Gran Cuartel General. En cuanto se es un enchufado, se teme volver a la escuadra.

Yo soy, pues, en cierta medida, un enchufado. Así, salvo que ocurra algo excepcional, los combates con granada no serán ya asunto mío. Me congratulo por ello, pues mi desgraciado comienzo del año pasado me hizo sentir un asco definitivo por este tipo de conflictos.

Somos cuatro agentes de enlace (uno por sección), siempre a disposición del comandante de la compañía, ya sea para acompañarle, ya para comunicar sus órdenes a las primeras líneas y traer información. Además, soy secretario y topógrafo ocasionalmente. Este suplemento de trabajo me ha rebajado de los servicios de fatigas.

Cada tarde, hacia las seis, voy al puesto de mando del jefe de batallón para sacar copia del informe en el cuaderno de la compañía. Ello me supone veinte minutos de marcha por unos lugares desiertos.

Regreso lentamente, más tarde, por un camino encantador que se llama el *ramal de la Malandanza*. Este nombre no tiene nada de fatal y le viene de un instrumento agrícola semihundido en la tierra. Al ser un ramal poco profundo, de un lado se descubre una gran pradera salpicada de flores silvestres y se respira allí, en el mes de junio, un fresco olor a campo. El gran aire de las montañas agita la hierba, que ondea como mieses en tiempos de paz. En el horizonte, el sol cae sobre los sombríos bosques de abetos, como un globo aerostático en llamas una tarde de vacaciones. Del otro lado está el decorado de la guerra apaciguada, pero que puede renacer y asesinar a traición, como a un centinela sorprendido en la bucólica calma del sol poniente, y coronar de fuego nuestras posiciones. Esta amenaza se añade a la majestuosidad del crepúsculo.

Nosotros ocupamos, en los Vosgos, un sector de descanso[27] en el que, meses atrás, se luchó

ferozmente por conquistar unas crestas que pasaron a nuestro dominio. Esta lucha ha dado al terreno un aspecto trágico, con sus amontonamientos de cosas despedazadas y el misterio de sus refugios hundidos, silenciosos como necrópolis, húmedos y oscuros como catacumbas. Sin embargo, los hombres se apaciguan, la vegetación ha reconquistado el suelo, lo ha recubierto con sus bejucos, sus tallos, sus pistilos y sus colores, ha desarrollado en él una capa de perfumes que han expulsado el olor a cadáver, ha traído de regreso su cortejo de insectos, de mariposas, de pájaros, de lagartos que retozan por este campo de batalla, ahora bonancible.

A lo largo de los ramales, hierbas inclinadas nos rozan el rostro, y conozco, a mano derecha del sector, a retaguardia de las líneas, un lugar no frecuentado por nadie, que es una verdadera profusión de frondosa vegetación. El viento susurra allí en el follaje de los altos árboles intactos y una fuente de agua pura cae alegremente en cascada sobre las piedras, antes de perderse en los bosquecillos. Es allí donde paso las horas que robo a la guerra.

En el valle, una carretera une las trincheras alemanas y las nuestras, distantes unos trescientos metros, una bonita carretera rural, bordeada de delgados plátanos y recubierta de las hojas del último otoño, una carretera prohibida so pena de muerte.

Esta carretera desierta tiene un gran encanto, y si bien los hombres no se aventuran por ella, sí que se pasea su pensamiento. Por la mañana, cuando se levanta la niebla, los agricultores que están en la aspillera se hacen la ilusión de oír los chasquidos de látigo de los tiros de mulas que parten para el trabajo. Por la tarde, se diría la avenida abandonada de un misterioso castillo y uno se pregunta qué sombras desacostumbradas van a merodear por allí a la hora del crepúsculo. Lo que hace esta carretera tan sorprendente es que no conduce a ninguna parte, sino a lo irreal, a unos lugares de descanso que ya no existen más que en la memoria. Entre los dos ejércitos, este camino quimérico es una avenida silenciosa para la ensoñación.

He descubierto, en un cruce de caminos devastado, un crucifijo de hierro, corroído por una herrumbre semejante a la sangre seca. En el pedestal de piedra arañado por las balas, una torpe mano ha escrito: «A evacuar al interior». No creo que haya que ver en ello ninguna blasfemia, ninguna alusión a la divinidad del asunto. El combatiente quiso expresar que el crucificado había pagado ya su deuda y no tenía nada que hacer en el frente. O tal vez se quiso simbolizar con ello que, para tener derecho a la evacuación, se tenía que haber sufrido, a ejemplo suyo, en todos los miembros, en cuerpo y alma.

Nuestra primera línea pasa por el pie de la montaña cuyas dos vertientes dominamos. Los puestos de mando de la compañía y del batallón están escalonados en la planicie. Una compañía de reserva se halla acantonada detrás del bosque. Dominamos por doquier las trincheras alemanas, que bordean las ruinas del pueblo de Launois. Nuestro sector, muy extenso, está confiado a la guardia de centinelas, espaciados de unos cincuenta a cien metros, que las secciones destacan para cubrirse lateralmente. Recibimos muy pocos proyectiles. Una vez por semana, cuatro piezas alemanas nos mandan una treintena de obuses de tiro graneado. Terminado el reparto, tenemos la certeza de estar tranquilos durante ocho días. Nuestros tiros son más fantasiosos. Desde nuestras segundas líneas, serpenteando en cornisa, veo a veces nuestros disparos de ametralladora del 75 hacer mella en las escarpas alemanas o dar en el campo. Pero, por una y otra parte, hay escaso ensañamiento; los

artilleros hacen simples demostraciones, porque es costumbre en la guerra disparar el cañón. No obstante, hay que evitar recibir un disparo de mala fortuna: «¡A esos idiotas les jodería cargársete en plan de broma!». Y últimamente hemos estado a punto de ser víctimas de nuestra coquetería de despreciar esos tiros periódicos: un 77 ha estallado en la pared del ramal, a tres metros de nuestro grupo.

Por lo que se refiere a la infantería, se guarda mucho de turbar un sector tan apacible, tan agradablemente campestre. Las provocaciones no vendrán por nuestra parte, si unas órdenes de la retaguardia no nos exigen agresividad. Todo se limita a un fastidioso servicio de guardia, bastante relajado por el día, más estricto por la noche. Hemos adquirido nuestras costumbres en este sector y sólo pedimos que la cosa siga así.

Cada dos días el ciclista baja a por provisiones a Saint-Dié. Al siguiente se da la vuelta por los refugios, con unos avíos de buhonero en sus zurrones; reparte cordones, pipas, gafas, peines, jabones, pasta dentífrica, papel de carta, postales, tabaco y toma nota de nuevos encargos, como un vendedor escrupuloso.

Cada fracción destaca a la cantina a un hombre cargado con bidones que vuelve, al cabo de tres horas de marcha, con treinta o cuarenta kilos de vino en bandolera. Este camarada abnegado es generalmente un borracho, y se puede estar seguro de que unos tragos generosos le han compensado de su esfuerzo. «¡Aquí se puede resistir!», declaran los hombres.

Mi servicio me da una gran libertad. Por la mañana, duermo hasta tarde, tras haber estado de vela, y apenas acabo de terminar mi aseo, en una fiambrera, cuando llega la sopa. A primeras horas de la tarde me voy con Baboin. Al atardecer, de vuelta al batallón, trabajo en el refugio del teniente estableciendo el plan del sector, utilizando nuestros documentos. Hacia las once, cojo mi jalón, un revólver, mi careta, y voy a dar la vuelta por las trincheras, para ver si hay alguna novedad y recoger los informes de la jornada. Si estallan unas granadas delante de nosotros, o si las ametralladoras disparan (cogen en enfilada algunos ramales de acceso), despierto a un camarada. Si la noche está tranquila —lo más frecuente—, voy solo. A lo largo de las primeras líneas respondo a los centinelas, que reconocen mi paso y mi voz en la oscuridad, e intercambio algunas palabras con ellos. Cuando no tengo prisa, disfruto de la compañía de uno o de otro durante un momento. De pie en el banquillo, con el busto fuera, contemplamos la noche, escuchamos los ruidos. Charlo con los jefes de sección, que aguardan mi paso a una hora fija. Una hora más tarde, despierto a nuestro comandante de compañía, un maestro de escuela, que trata a sus hombres con cordialidad y a su entorno con un talante de camaradería: «¡Nada que señalar, mi teniente!». «¿Está tranquila la cosa por la tercera sección?». «¡Tranquila del todo!». Los días de lluvia pongo a calentar un resto de café en la lamparilla de alcohol de Baboin. Deseo buenas noches al observador, que vigila a diez metros de ahí, y vuelvo a nuestro refugio, donde roncan mis tres camaradas.

Una noche me despierto sobresaltado, me están sacudiendo brutalmente. Gruño, con los ojos

cerrados. Una voz temblorosa de cólera me dice:

—¡Espabila, por Dios!

Es la voz de Beaucierge, el agente de enlace de la primera sección, un buen chaval, zafio y alegre, que no tiene costumbre de hablar en este tono. Pregunto, molesto:

—¿Te da esto a menudo?

—Los boches están en primera línea… Hay que ir a ver.

¿Qué?… Me explico: su voz no tiembla de cólera, sino de emoción. Todavía obnubilado por el sueño, me equipo maquinalmente, sin hablar. Fuera, siento el frescor de la noche en las sienes y en los párpados. No se oye ningún ruido de combate. ¿Acaso el enemigo estará ya instalado entre nosotros?

—¿Dónde están los boches?

—No se sabe. Hay que ir a ver.

—¿Quién ha dicho que hay que ir a ver?

—El teniente.

¡Feo asunto! Me acuerdo de la barricada de Artois. Me meto unas granadas en los bolsillos, aprieto mi barboquejo, amartillo mi pistola, que guardo en la mano… ¿Quién marchará en cabeza?

—Tú conoces mejor los ramales —pretexta Beaucierge.

Detrás de mí, oigo cómo maniobra la culata de su fusil, que sostiene en el extremo del brazo, en plan de tirador.

—¿Qué haces?

—Pues meter una bala.

—¡Ah!, no, amigo. ¡No tengo ningunas ganas de recibirla en mis nalgas! O bien pasa tú delante…

Prefiere retirar la bala. Yo avanzo lentamente, con el fin de disponer de tiempo para reflexionar: tenemos la opción de elegir entre tres caminos para ganar las primeras líneas. Finalmente, decido:

—Vamos a tomar por el ramal cubierto.

Es un ramal subterráneo, encofrado, una antigua obra alemana que desciende pendiente abajo y desemboca en el refugio del jefe de la segunda sección. A la menor duda, siempre podremos dirigir un rayo de luz eléctrica que nos precisará la situación. Avanzamos sin hacer ruido, inquietos. El silencio de esta noche es más terrible que una lucha a granada, que nos indicaría dónde se halla el peligro. Súbitamente, el ramal cubierto se abre delante de nosotros como una trampa. Descendemos algunos escalones, perdemos de vista el cielo que nos guiaba, nos hundimos en lo oscuro. Ponemos una mano plana sobre el muro, en vanguardia, posamos nuestros pies uno tras otro, confiándoles el peso del cuerpo sólo cuando están bien firmes en el suelo. Hay unos cincuenta metros para llegar hasta el recodo; luego el ramal desciende todo recto. Necesitamos un tiempo infinito para recorrer esta distancia. No oímos más que nuestra respiración y nuestro corazón. Beaucierge (¡siempre torpe, el muy bestia!) golpea algo con su fusil. El choque nos quita la respiración y nos inmoviliza durante un minuto: de la oscuridad puede surgir el fuego.

Hemos llegado al recodo… Allá al fondo, a sesenta metros, brilla una débil luz, y distinguimos un rumor de voces. ¿Qué voces? Con la mano, detengo a mi compañero.

—Vamos a gritar.

—¿Y si son los boches?

—Así lo sabremos. ¿Es que quieres tropezarte con ellos?

A mi llamada, responden:

—¿Quién va?

—¡Francia!

El haz de luz de mi linterna no tarda en iluminar a un hombre de los nuestros. Uf… Aliviados, corremos hacia él. En el refugio, todos están alerta.

—Vamos, ¿dónde están los boches?

—Se han ido.

Se nos informa de que tres alemanes han saltado dentro de nuestra trinchera y atacado a un centinela aislado, que, aunque sorprendido, ha gritado para dar la alarma. Felizmente, un poco a la derecha, estaba vigilando Chassignole, que no es de los que se asombra fácilmente. Es este mismo Chassignole quien pretende que la humedad ha estropeado las granadas y que la mitad no estallan. Tras haberlas percutido, se las lleva al oído, para asegurarse de que la mecha arde bien en su interior: ¡un medio de control como para hacerle volar la cabeza a uno! Si alguien le dice que es una imprudencia, él responde: «¡Se tienen cinco segundos, tiempo más que de sobra!». Así pues, ha acudido Chassignole, lanzando sus famosas granadas, su arma favorita. Los asaltantes se han atemorizado, han vuelto precipitadamente a los taludes y se han perdido en la noche.

En un rincón del refugio, vemos al hombre de guardia aún totalmente atontado por un culatazo de revólver que le ha descubierto el cuero cabelludo. Le felicitamos por haber gritado y no haberse dejado apresar. Convenimos en que la acción estaba bien montada, habría podido tener éxito, y que los alemanes habían dado con el punto flaco de nuestro dispositivo. Es probable que sus soldados de patrulla llevaran observando desde hace varias noches los movimientos de nuestros relevos. Somos, por otra parte, unos imprudentes; los centinelas arman ruido y encienden el cigarrillo sin ninguna precaución.

Éste es el único acontecimiento que ha turbado al sector desde hace un mes. Ahora nuestros hombres patrullan también por delante de las líneas.

Hemos decidido festejar el 14 de julio. Las tropas han recibido ya de la República un puro, una naranja y una botella de vino espumoso para cuatro hombres, pero nosotros desearíamos algo mejor que estos frugales ágapes. El teniente ha pensado organizar, esta noche, fuegos de artificio con unos cohetes luminosos: ha renunciado a los cohetes de color, por temor a alertar a la artillería. Se ha elegido un emplazamiento bien visible, en una trinchera abandonada, y los agentes de enlace han dado aviso a las secciones para que disfruten del espectáculo y estén listas, por si el enemigo reaccionara. En el fondo, se trata menos de una manifestación patriótica que de romper por unos instantes la monotonía de nuestra vida.

Un poco antes el teniente abandona su refugio, escoltado por su enlace, su ordenanza, unos cabos furrieles y unos observadores. Hay doce cohetes dispuestos en semicírculo contra el parapeto. A las diez en punto les prendemos fuego. Los cohetes silban, ascienden y encienden en el cielo doce

bombillas trémulas, que animan una cúpula de claridad macilenta. Algunos cohetes nos responden desde las líneas. Contemplamos con asombro un paisaje lunar, totalmente nuevo, y exclamamos, tras haber contado hasta tres: «¡Viva Francia!». Pero nuestros gritos se pierden en el circo de montañas agrupadas en la sombra y no reciben ningún eco. Los cohetes mueren, y nuestra alegría artificial se apaga con ellos. Las trincheras alemanas están mudas, el silencio y la oscuridad vuelven a cubrir la tierra. Nos sentimos decepcionados. La fiesta ha terminado…

En este sector nos invade el papeleo. La gente de la retaguardia nos acribilla a notas, y no pasa día sin que la compañía deje de proporcionar al batallón evaluaciones urgentes, relativas a los víveres de reserva, a los stocks de municiones, a la indumentaria, a los especialistas aptos para tal o cual empleo, a los padres de tantos niños, etcétera, por lo que el enlace está permanentemente en danza por tonterías.

Conozco así a todos los hombres, y todos los hombres me conocen a mí, me preguntan sobre lo que ocurre en la retaguardia: el agente de enlace también es agente de información. Los propios jefes de sección, que no pueden dejar la primera línea, me tienen consideración, y a veces les ayudo en la redacción de sus informes. Pero aprovecho sobre todo esas rondas, en las que no se nos mide el tiempo, para detenerme en los refugios y escuchar hablar a los hombres. Las unidades, engrosadas con refuerzos sucesivos, se componen de soldados venidos de todos los rincones del país y del frente, tras haber sido ya heridos en su mayoría y haber pertenecido a otros regimientos. Todos tienen recuerdos. Por sus relatos, conozco la guerra en sus diferentes aspectos, pues sus conversaciones giran a menudo en torno a ella, que les ha reunido y en la que andan metidos desde hace dos años.

Naturalmente, se habla mucho de Verdún, donde el empleo de la artillería, la acumulación de medios de destrucción, alcanzó una intensidad desconocida, y todos concuerdan en decir que aquel infierno era una locura. Con la ayuda de sus relatos, a menudo confusos, reconstruyo la epopeya del regimiento en ese terrible sector. Es una epopeya vergonzosa, a juzgar por los resultados, como harían unos historiadores. Pero un soldado juzga con su experiencia del fuego y sabe que el comportamiento de una unidad resulta generalmente de la situación en la que se la ha puesto, al margen de toda consideración relativa al valor de los combatientes. He aquí lo que he comprendido.

El regimiento fue situado en el pasado mes de abril delante de Malancourt, en una posición destacada, una posición «en el aire», que carecía de enlace en los flancos, y fue mantenido en dicha posición, pese al parecer de los jefes de batallón que habían señalado su escasa solidez, bajo un tiro de destrucción agobiante. En el momento de la acción, dos batallones hicieron frente al ataque, pero se vieron cercados, envueltos por unas masas surgidas de la humareda de los obuses, y fueron hechos prisioneros, casi en su totalidad. Sólo unos elementos de apoyo pudieron replegarse a tiempo, entre ellos un capitán ambicioso. Este hábil jefe, que no carecía de sangre fría en la presentación de los hechos, pensó que ninguna misión oficial vendría a investigar en el lugar. Su informe transformó nuestra derrota accidental en un relato de defensa a ultranza, contó el sacrificio de mil hombres aplastados contra el terreno, enterrándose bajo las ruinas. Esta versión, tan conforme a la enseñanza militar, fue adoptada de entrada por el coronel, que la transmitió a la división amplificándola aún

más. Pues se admite, por una extraña aberración, que la disminución de los efectivos prueba el valor de quien los manda, en virtud de ese axioma jerárquico de que el valor de los jefes hace el de los soldados, axioma que no es recíproco. El coronel publicó una proclama en la que exaltaba la belleza del sacrificio y decía sentirse orgulloso de mandar a tan valientes tropas. El regimiento iba, pues, a dejar Verdún, cubierto de gloria, cuando un avión alemán tuvo el mal gusto de lanzar sobre nuestras líneas unas octavillas, en las que el mando enemigo se jactaba de su éxito de Malancourt y daba la lista de los prisioneros hechos ese día, o sea, varios cientos de hombres, tanto oficiales como soldados, todos del regimiento. No cabía duda: el sacrificio no había sido consumado. Saber que esos hombres a los que se lloraba aún estaban vivos indignó al coronel, que publicó un desmentido furibundo y deshonroso.

Esta rendición de dos batallones sorprendidos arrojó la sospecha sobre un regimiento al que se había cometido la equivocación de situar en unas posiciones indefendibles. Como había que buscar responsables, los Estados Mayores incriminaron a los desaparecidos, que no estaban ya allí para justificarse. Se recordó que el regimiento era del Sur, y se esgrimieron contra él unas viejas y absurdas quejas que habían circulado al principio de la guerra. Esta desconsideración militar hizo que fuera incluido entre las unidades sospechosas, faltas de solidez en la línea de fuego, lo cual nos vale una larga temporada en los Vosgos, desterrados del honor. El coronel, que ve pospuesto su ascenso, se queja amargamente de ello. Pero los hombres se alegran abiertamente y no sienten ninguna prisa por reconquistar una «cota» que a menudo resulta fatal.

Los sobrevivientes, todos con un duro pasado de peligros y de emociones sobrehumanas a sus espaldas, hablan de Verdún con un terror especial. Dicen que a su vuelta estuvieron varios días antes de poder comer normalmente, de tan encogido como tenían el estómago, de tanto asco como le habían tomado a todo. No conservaron de allí ningún recuerdo que no fuese de espanto y de extravío. Salvo uno, que les hace sonreír infaliblemente. Citan una vía pública de la zona situada en la parte trasera de la línea de combate, donde vieron a tres gendarmes colgados de un árbol por las tropas coloniales que habían pasado por allí. ¡Éste es el único recuerdo alegre que se habían traído de Verdún! Ni siquiera se les ocurre pensar que los gendarmes son gente como ellos. El odio al gendarme, tan tradicional entre nosotros, se había visto acrecido, en la guerra, con el desprecio —o la envidia— que sienten los soldados por los no combatientes. Ahora bien, los gendarmes no sólo no se baten, sino que encima obligan a los demás a hacerlo. Forman, tras las líneas, una red de cabos de varas que nos arroja de nuevo al presidio de la guerra. También se dice que, durante la retirada de 1914, dieron muerte a rezagados que ya no tenían fuerzas ni para andar. El suplicio de algunos gendarmes regocija y venga a los hombres de los trabajos forzados. Así lo sienten todos, y no he visto a ningún soldado mostrar compasión por los tres ahorcados. Es evidente que esta particular hazaña ha hecho más en pro de la reputación de las tropas coloniales que una brillante acción. ¿Quién sabe si no hizo un favor al mando haciendo reír al ejército de Verdún? Es inmoral, evidentemente. Pero es el momento oportuno de sacar a colación la tan cacareada frase que ha servido para encubrir otras muchas inmoralidades: ¡*Es la guerra*!

Un sargento que acaba de llegar me presenta otra visión de Verdún. Cuenta un hecho de armas:

—Yo era sargento de granaderos. Tomamos posición, una tarde, en el flanco de una pendiente

hecha polvo. No quedaba ni rastro de alambrada, había cráteres de obuses, y no teníamos idea del emplazamiento de los boches. Apenas establecidos, el comandante Moricault, un viejo voceras, me manda llamar. Le encuentro en su chabola, con su pipa. Va y me dice, alargándome un cuartillo de aguardiente: «¡Venga, Simón! Te necesito. ¡Echa un trago!».

»Despliega su plano. "Tú estás aquí. Allí, al lado, está Permezel (otro suboficial). ¡Bien! Allí, ¿ves allí? Es una ametralladora boche que nos molesta. Te pondrás de acuerdo con Permezel. Llegarás de frente con tus barbianes, él llegará por la derecha con los suyos. A medianoche, haréis volar la ametralladora. ¿Entendido?". "¡Entendido, mi comandante!".

»¡Como para discutirle al viejo! Voy a ver a Permezel, le explico el golpe, nos combinamos y ponemos el reloj a la misma hora. Para acompañarme elijo a tres elementos con los que tenía la costumbre de trabajar: Rondín, un tipo alto y fortachón, Cartouchier, un minero del Norte, y Zigg, un as con el cuchillo. Como armas, granadas, revólveres y navajas. Avanzamos arrastrándonos, saltando de un hoyo a otro, observando al resplandor de los cohetes. Por suerte, el ruido del bombardeo nos ayudaba. Cada vez más lentamente, a medida que nos alejábamos de los nuestros. Esto nos lleva una hora. De repente, Zigg me coge por el brazo y me hace una seña. Yo saco la cabeza despacio, y veo dos cascos, quizá a seis metros, dos cabezas de boches. ¡Amigo, mirándonos fijamente, sin decir ni pío! Nos volvemos a meter en nuestros agujeros, sin perdernos de vista. ¡No había que vacilar! Digo a los otros, y con un solo gesto, ¡arriba! Les saltamos sobre los gabanes. Eran tres boches. Dos se escapan, trincamos al tercero. El muy cerdo se debate con su fusil, rueda por los suelos. Rondin le atrapa, le suelta cinco o seis puntapiés en las costillas para calmarle, y volvemos rápidamente al refugio del comandante. Allí ven a nuestro fritz, un joven con un equipo nuevo, y la cara un poco estropeada por los golpes de Rondin. Moricault le interroga en alemán, él no quiere soltar prenda. El capitán ayudante del comandante se levanta, le pone el revólver en la sien. Amigo, se puso blanco, y lo dijo todo: estaban detrás de la cresta y tenían que atacar a las cuatro de la mañana. Ello nos salvó. Las ametralladoras no dejaron de pasar cintas y, a las cuatro menos diez, aceleraron los preparativos.

—¿Los boches no atacaron?

—A las cuatro no, pero sí a las nueve. Nosotros estábamos reventados, medio dormidos. Justo en ese momento Moricault se presenta con su bastón, su pipa y dándose postín. Fue él quien dio la alarma, y empuñó una ametralladora. ¡No tenía el menor canguelo el tío! Los boches hervían a unos sesenta metros, y avanzaban deprisa.

—¿No llegaron?

—No era posible. Seis ametralladoras entraron en acción inmediatamente. ¡Contra las ametralladoras no hay nada que hacer!… ¡Allí sí que vi cargarse a un montón, la verdad!

—No tantos como yo —dice el sargento de ametralladoras que nos escucha—. Durante la lucha en campo raso, yo estaba en los zuavos. Una vez nos encontrábamos tres ametralladoras emboscadas detrás de unos troncos en la linde del bosque, en una pequeña elevación. Disparamos hacia la izquierda contra unos batallones que aparecieron a cuatrocientos metros. Un golpe por sorpresa. Era espantoso. Los boches, enloquecidos, no podían evitar nuestra cortina de fuego, los cuerpos se amontonaban unos sobre otros. Nuestros sirvientes temblaban y querían largarse. *¡Nos entró miedo a fuerza de matar! ...Jamás* he visto una carnicería semejante. Teníamos tres Saint-Etienne que

escupían seiscientas balas por minuto, ¡imagínate tú!

—Pero —digo yo al sargento granadero, lleno de curiosidad por saber sus impresiones—, cuando visteis a los boches a seis metros en el cráter del obús, ¿cómo os decidisteis a saltarles encima?

—Bastó, como te he dicho, con el gesto. Bien que sabíamos el desbarajuste que reinaba allí. Mientras los boches se lo pensaban, nosotros nos pusimos en movimiento. Es el que tiene más jeta el que acojona al otro, y el más cagado de miedo está jodido. En esos casos no hay que pensar. ¡La guerra es pura fanfarronada!

Antes de pasar a Verdún, el regimiento ha permanecido largo tiempo en el sector de F…, tan peligroso que las unidades se alternaban en primera línea cada tres días. Los hombres afirman que durante esos tres días prácticamente no se tomaban ningún descanso, debido a la gran cantidad de proyectiles de trinchera que aplastaban las posiciones. Los torpedos[28] y los morteros son proyectiles burlones, que provocan un terrible temblor, debido a su considerable carga de explosivo. No les precede el silbido del obús, que avisa. La única manera de escapar de ellos es descubrirlos en el cielo, tras el débil golpe de disparo y calcular, a ojo de buen cubero, el punto en el que caerán, para ponerse a salvo. Por la noche es un hostigamiento que hace de este procedimiento de combate el más desmoralizador de todos. Al fin y al cabo, los torpedos exigen grandes esfuerzos de excavación para rehacer las trincheras hundidas, y los enterramientos de hombres son frecuentes. Los nervios son sometidos a una dura prueba. A la larga, la depresión vuelve a los combatientes capaces de todo. Los soldados no esconden que en F… hubo mutilaciones voluntarias. Muchas de las heridas eran tan sospechosas que un terrible médico militar se hacía reservar cadáveres con los que experimentaba los efectos de los proyectiles disparados a corta distancia, a fin de reconocer así esos efectos en los heridos que le traían. Este médico mandó a algunos hombres ante un consejo de guerra por pies congelados. Los mismos soldados que confiesan las mutilaciones estiman esta medida inicua, y consideran que los pies congelados, en el barro helado, eran un accidente involuntario.

La manera más sencilla de conseguir un tiro de suerte era, al principio, poner una mano en una aspillera localizada por el enemigo. Este recurso fue utilizado en diferentes sitios. Pero las heridas de bala en la mano, sobre todo la izquierda, dejaron muy pronto de ser admitidas. Otro medio consiste en armar una granada y mantener la mano detrás de un parapeto; el antebrazo es arrancado. Parece que algunos hombres recurrieron a esto. No se puede negar que hace falta un cierto valor y una terrible desesperación para cometer semejante cobardía. La desesperación, en los sectores más castigados, puede inspirar las decisiones más absurdas; me han asegurado que en Verdún unos combatientes se suicidaron por temor a sufrir una muerte atroz. Se cuenta en voz baja que también en F… veteranos de los batallones disciplinarios de África herían a sus camaradas. Pulían pequeñas esquirlas de obús para que parecieran nuevas, las metían en un casquillo del que habían retirado la bala y lo alojaban en una pierna, en un lugar convenido de antemano. Cobraban por ello y ganaban dinero con esta turbia actividad. Es cierto que a veces he oído a soldados desear la amputación de un miembro para escapar del frente. En general, los hombres rudos le temen a la muerte, pero aceptan el

dolor y la mutilación. Los más sensibles, por el contrario, le temen menos a la muerte que a las formas que adopta aquí, a las angustias y sufrimientos que la preceden.

Los soldados hablan con naturalidad de estas cosas, sin aprobarlas o censurarlas, porque la guerra los ha habituado a encontrar natural lo que es monstruoso. A su modo de ver, la suprema injusticia es que se disponga de su vida sin consultarles, que se les haya traído aquí con mentiras. Esta injusticia legalizada vuelve caducas todas las morales y consideran que las convenciones promulgadas por la gente de la retaguardia, en lo relativo al honor, al valor, a la belleza de una actitud, no pueden concernirles a ellos, gente de la vanguardia. La zona de los obuses tiene sus propias leyes, de las que son sus únicos jueces. Declaran sin vergüenza: «¡Estamos aquí porque no podemos evitarlo!». Sienten que son la mano de obra de la guerra, y saben que los beneficios sólo aprovechan al patrón. Los dividendos irán a parar a los generales, a los políticos, a los industriales. Los héroes regresarán al arado y al banco de carpintero, pordioseros como antes. Este término de héroe les provoca una risa amarga. Se llaman entre sí *buenos hombres*, es decir, pobres tipos, ni belicosos ni agresivos, que avanzan, matan, sin saber por qué. Los buenos hombres, es decir, la lamentable, enfangada, gemebunda y sangrante hermandad de los PCDF[29], como ellos se designan tan irónicamente. En fin, carne de cañón. «Aspirante a fiambre», como dice Chassignole.

Afrontan el formidable conflicto con una lógica simple. He aquí unas palabras que dan una idea de ello. Yo había ido a pedir una información a un centinela hasta un puesto avanzado. Llovía a cántaros. El hombre estaba plantado en el barro y chorreaba. Rezongó:

—¡Esta cerdada no se terminará nunca!

—Sí, hombre, esto no puede durar eternamente.

—¡Ah! ¡Dios mío!… ¡Si metieran a Joffre en mi agujero, y al viejo Hindenburg enfrente, con todos esos tíos con brazalete, no tardaríamos en ver acabarse la guerra!

En el fondo, no es un razonamiento tan simplista como pudiera parecer. Está incluso cargado de verdad humana, de esa verdad que los soldados expresan también de esta manera: «¡Siempre son los mismos a los que se manda a la muerte!».

La noción del deber varía según el escalafón, la graduación y el peligro. Entre soldados se reduce a una simple solidaridad de hombre a hombre, en el cráter del obús o la trinchera, una solidaridad que no contempla el conjunto ni el final de las operaciones, no se inspira en lo que se ha dado en llamar el ideal, sino en las necesidades del momento. A este nivel provoca abnegación y los hombres arriesgan su vida para socorrer a sus camaradas. A medida que se vuelve hacia la retaguardia, la noción del deber se disocia del riesgo. En los más altos grados se vuelve puramente teórica, puro juego de la inteligencia. Se une a la preocupación por las responsabilidades, la reputación y el avance, confunde el éxito personal con el éxito nacional, que se oponen en el combatiente. Se ejerce tanto contra los subordinados como contra el enemigo. Una determinada forma de entender el deber puede provocar en los hombres todopoderosos, en los que ninguna sensibilidad atempera las doctrinas, aborrecibles abusos, tanto militares como disciplinarios. ¿No es una fría decisión a lo Robespierre la de ese general N…, que me contó un cabo telefonista sentado delante de su estandarte?

Acababa de transmitir unas comunicaciones, con el auricular en los oídos, y le pregunté sobre el

funcionamiento de sus aparatos.

—¿Puedes oír?

—En una centralita, sí. Sólo tengo que colocar mis clavijas de una determinada manera.

—¿Nunca has captado conversaciones curiosas, que te hayan permitido hacerte una idea general de la guerra?

—Son los individuos más que los acontecimientos los que se desenmascaran al teléfono. Las órdenes importantes, salvo en caso de urgencia, se transmiten por escrito… Mira, recuerdo una conversación breve, pero trágica. Ocurrió en el otoño del catorce, cuando yo era telefonista de división, antes de ser evacuado. Es preciso decir en primer lugar que un soldado fue llevado ante un consejo de guerra. Este soldado se había presentado al furriel, para pedirle que le cambiara un pantalón, porque el suyo se le había roto. Había falta de prendas. El furriel le dio el pantalón de un muerto, que estaba manchado aún de sangre. Sobresalto del tipo, normal. El furriel le dice: «¡Te lo ordeno!». El otro se niega. Llega un oficial que exige que el furriel exponga el motivo: desobediencia. Consejo de guerra inmediato… Entonces, hago mi llamada. El coronel del regimiento del acusado me pide que le ponga con el general. Se lo paso y escucho maquinalmente: «El coronel X al habla… Mi general, el consejo de guerra ha emitido su fallo en el asunto que ya sabe, pero necesito consultarle, porque me parece que había circunstancias atenuantes… El consejo de guerra le ha sentenciado a la pena de muerte. ¿No le parece que la pena de muerte es algo demasiado duro, que quizá habría que revisar?…». Escucha la respuesta del general: «Sí, en efecto, es duro, es muy duro… (Un silencio, tiempo de contar hasta quince). Entonces la ejecución para mañana por la mañana, tome todas las disposiciones necesarias». Ni una palabra más.

—¿Le fusilaron?

—¡Le fusilaron!

Sé muy bien que el general N… no tenía en cuenta más que el interés del país, el mantenimiento de la disciplina, la fuerza del ejército, que actuó en nombre de los más grandes principios. Pero si uno piensa que en nombre de los principios más elevados, con igual rigor inhumano, igual seguridad, ese jefe tomará decisiones militares equivalentes, que conciernen a miles de individuos, el que está aquí, el soldado, ¡no puede dejar de ponerse a temblar!

Hay en la compañía un hombre de Vauquois, el famoso sector de minas de la guerra. Cuenta que fue testigo, en 1915, de un ataque con líquidos inflamables que había de permitirnos conquistar esa reñida cresta. Se había hecho venir a los bomberos de París para montar la operación. Se instalaron unos depósitos en un barranco, y unas canalizaciones situadas en los ramales alimentaban las bocas de la manga. Tal vez la empresa hubiera tenido éxito sin el empecinamiento del general S…, que impuso al capitán de bomberos atacar un día en que el viento no era seguro. Todo fue bien al principio. Los alemanes en llamas huían espantados. Pero un cambio brusco del viento volvió contra nosotros los líquidos, y nuestro sector ardió en llamas a su vez. La instalación, que había costado muchos esfuerzos, se vio destruida, y la cresta no fue conquistada ese día.

Ese mismo hombre, llamado Martin, cuenta también que su compañía estaba al mando de un joven teniente, antiguo cadete de la Academia General Militar de Saint-Cyr, trepanado, al que faltaban los dedos de ambas manos, que había vuelto al frente como voluntario. La madre de este

oficial, que era de familia rica, mandaba cada semana un gran paquete de víveres para los soldados de su hijo. Este comportamiento impresionó vivamente a Martin, que declara:

—Es innegable. ¡Había, pese a todo, tipos distinguidos que tenían muchas agallas!

—Seguro —aprueba otro—, hay tipos convencidos.

—Amigo —dice un tercero—, ésos son los tíos más peligrosos. Sin ellos, no estaríamos aquí. ¡También los tienen en Bochia, puedes creerme!

—¡Es muy posible!

—¡No es lo mismo! Los oficiales boches son más cabrones con la buena gente.

—¡Eso dicen, pero debe de ser como entre nosotros, habrá de todo!

—Entre nosotros, no es tanto que sean unos cabrones. ¡Pero, como estén chalados, vamos apañados!

—¿Te acuerdas del comandante que teníamos en tiempos de paz, en Besançon, un viejo que estaba como un cencerro? ¿Cómo se llamaba ese idiota? Ah, sí, Giffard. Venía a lavar su ropa interior al cuartel con nosotros. Y, cuando se cabreaba con su caballo, le hacía acostar en el cuarto de prevención, no es broma, en el cuarto de prevención. Puedes preguntarle si no a Rochat. ¡Menudo tío cerril, ese comandante!

—El más cabrón que yo he conocido era un capitán que llevaba siempre en el bolsillo un chisme para medir lo largo que llevabas el pelo. ¡No podía pasar de esto! En el otro bolsillo tenía una maquinilla de esquilar. Y te daba una pasadita por en medio de la cabeza, visto y no visto, mientras presentabas armas. Cuando tenías un sendero en medio del cráneo, te veías obligado a pasar por el barbero.

—Para mí, el peor de todos, fue el compadre Floconnet, el comandante que teníamos en Champaña. Se pasaba el tiempo cazando palomos. Los peludos iban todos a hacer sus necesidades a un sendero, a la salida del pueblo, y el viejo nunca dejaba de merodear por ahí todas las mañanas. Se había inventado un sistema curioso. Con su bastón de estoque pinchaba todos los papeles y se los llevaba al ayudante: «¡Tome —decía—, tiene donde escoger y métales cuatro días a cada uno de estos cabrones!». Como los soldados se limpiaban con sobres, ¡estaban todos de color chocolate! Pero bien que se la pegaron. Al final preparaban sobres expresamente con la dirección del viejo.

—¿Habéis oído hablar del brigada Tapioca…?

Una conversación que toma estos derroteros es interminable. Cada uno aporta sus anécdotas. También resulta curioso constatar cuántos de estos recuerdos, que se creería algo superado, salen a relucir en las conversaciones del frente. A los soldados les gusta recordar su período de instrucción (que por comparación se convierte en «los buenos tiempos») y el reproche que les hacen a sus camaradas de las quintas más jóvenes, voluntarios indisciplinados, es el siguiente: «¡Cómo se nota que no has estado en la reserva activa!». Los recuerdos son, por otra parte, las más de las veces groseros. No es que los elijan así, sino que no tienen otros. La condición militar les ha brindado siempre más trivialidad que nobleza, y se verían en un buen aprieto si tuvieran que elegir un ideal entre el cabo y el ayudante, que son unos opresores, no siempre malos, pero tanto más absurdos cuanto más ignorantes. En lo que a los oficiales se refiere, aparte de los de primera línea, que comparten en cierta medida sus peligros, siguen siendo como personajes cuyas chifladuras son

frecuentes, temibles y de derecho divino.

Todavía en los Vosgos, ocupamos un nuevo sector, más agreste que el anterior, en lo alto de una montaña cuyas crestas dominamos. En toda esta región se han disputado los altos, que ofrecen puntos de vista amplios, y las montañas cubiertas de abetos muestran placas de alopecia que son el rastro de los bombardeos. Todos los nombres de estas montañas han figurado en el comunicado: Hartmann, Sudel, Linge, Metzeral, La Fontenelle, Reischaker, etcétera. Dominamos el valle de Sainte-Marie-aux-Mines.

El estado mayor del batallón y la compañía de reserva están acantonados en contrapendiente, en unos campos a la vera de la carretera que asciende del valle francés. Las compañías de línea ocupan dos sectores próximos, uno en el punto culminante de la montaña, el otro que sigue las curvas descendentes del terreno y se aleja del lado alemán. Este segundo sector, el nuestro, es más peligroso porque la posición carece de profundidad. Un ataque que avanzase ciento cincuenta metros nos arrojaría al barranco al que estamos pegados. Al fondo del barranco seríamos el blanco de los tiros en enfilada de las ametralladoras, y no hay ninguna posición de repliegue organizada en la otra pendiente. Por suerte, el sector está tranquilo. Pero, en caso de sorpresa, nuestra situación sería de lo más precaria.

El terreno ha sido removido cientos de veces por los torpedos. No subsisten del bosque más que algunos troncos de árboles, como fuertes postes cuya madera ha estallado. Nos hemos instalado mal que bien. Las secciones disponen de algunas zapas en primera línea. Detrás, escasean los refugios, son poco sólidos y nada confortables. En líneas generales, nuestros refugios son siempre inferiores a los de los alemanes. Ello es probablemente una consecuencia del espíritu de ofensiva. Nuestras tropas han considerado siempre que tenían las trincheras provisionalmente y que era inútil hacer grandes trabajos en ellas.

Retomo mis rondas de noche, que resultan emocionantes porque la línea alemana está muy cerca de la nuestra: de veinte a treinta metros. En un determinado lugar, el intervalo es de sólo ocho metros. Ésta cercanía impide establecer sólidas defensas artificiales. Me encuentro, pues, con el espaciamiento de los centinelas, solo en la noche, más cerca de los alemanes que de los franceses. Los centinelas de enfrente me oyen caminar, y puedo, en todo momento, ser detenido por hombres apostados en el parapeto, que bastaría con que alargaran el brazo para atraparme. Llevo por delante de mí un revólver amartillado y tengo dos granadas en los bolsillos. La seguridad que me confieren estas armas es completamente ilusoria; no me serían de ninguna ayuda contra varios asaltantes, confundidos con la sombra, pudiendo con unos saltos ganar de nuevo sus trincheras y llevárseme, antes de que a los nuestros les diera tiempo de intervenir. Por otra parte, el frente de la compañía está vigilado por ocho puestos de centinelas dobles, o sea, dieciséis hombres, en una extensión de unos quinientos a seiscientos metros. Antes de acudir, deberían primero alertar a sus camaradas, a quienes siempre cuesta ponerse en acción recién despertados.

Durante las noches muy oscuras, en las que avanzo a tientas, sufro a veces bruscas paradas cardíacas, cuando cruje alguna cosa que no puedo distinguir. La noche deforma las cosas, las

agranda, les presta un aspecto angustioso o amenazador; el menor soplo de viento las anima de vida humana. Los objetos tienen siluetas de enemigos, por todas partes adivino respiraciones contenidas, ojos dilatados que me observan, manos crispadas en unos gatillos; espero a cada segundo la cegadora estría de fuego de un arma. Pueden matarme por el mero placer de matar. En este sector que conozco sin embargo bien, dudo y me pregunto constantemente si no me he extraviado, a tal punto lo que me rodea es sobrecogedor, cambiante, del dominio del sueño. Una distancia que recorrí la víspera sin grandes cuidados dura al día siguiente un tiempo infinito, hasta el extremo de que llego a temer que nuestras líneas estén vacías. Pero no estoy allí para tener miedos infantiles: me acuso de ridículo para tranquilizarme… Al fin, descubro a nuestros centinelas y me meto en un refugio subterráneo, tibio, en el que parpadea un farol de gas, donde resuenan los ronquidos de los durmientes. Despierto al jefe de sección, que firma mi papel y me entrega los suyos; intercambiamos algunas palabras, y heme aquí de nuevo delante de la trampa de la muda sombra. Me lanzo a las tinieblas. Hago resonar mi paso, silbo un aire de marcha enfrente de los alemanes, para que esta decisión impresione a un enemigo que pudiera estar emboscado. Me hago anunciar antes de llegar al lugar donde las líneas casi se tocan: *lo hago para causar efecto*… Pienso que todo ese ruido debe de significar para los enemigos que están allí, a algunos metros: los que avanzan no tienen miedo, no sería una buena idea atacarles. Pienso que el ruido me multiplica, hace número…

De vuelta al puesto de mando, el teniente se limita a recibirme, sin parecer sospechar que acabo de librar una terrible lucha con los fantasmas de la noche, con los de mi imaginación, y que, en mi pecho, aún resuena el gong de mi corazón… Yo mismo, tras volver, sonrío como si regresara de un paseo. Pero, un día, puedo muy bien desaparecer. Cada una de estas rondas es una aventura sin brillo y debo únicamente a la buena voluntad de los alemanes el poder volver. Pero no afronto en serio la eventualidad de mi muerte. En fin, cuando hace una bonita noche, iluminada por el proyector de la luna, centinela vigilante y amiga, esta ronda no deja de tener su encanto, por la ladera de las montañas altivas y silenciosas.

En el fondo, esto de aquí no es más que una pequeña guerra, una guerra convencional, regida en uno y otro bando por unos acuerdos tácitos, y no hay que tomársela demasiado en serio, ni enorgullecerse de ella. Soportamos algunas escasas ráfagas de obuses, disparados desde una cresta dominante, donde los alemanes tienen sus piezas. El ruido de las detonaciones rueda por los valles, y esta avalancha de sonidos va a repercutir en la lejana pared de una montaña, que la reenvía a otra, hasta que se pulveriza enteramente. También recibimos algunas granadas de mano y de fusil, a las que respondemos blandamente, con el deseo de no envenenar las cosas. En unas posiciones tan próximas, tan estrechas, la actividad se volvería rápidamente muy mortífera. Ahora bien, nosotros no tomamos nunca la iniciativa de la actividad. El regimiento hace su trabajo honradamente, pero se guarda del celo como de la peste. ¡Las proezas que las hagan otros!

Algunos de nuestros aviones nos sobrevuelan a veces. Son de un modelo antiguo, deplorablemente lento, apodado «jaula de pollo». Nos inspiran compasión, y tenemos la impresión de que los alemanes deben de reírse al ver esos viejos aparatos, que parecen datar de las primeras competiciones aéreas.

En suma, este frente está protegido por una red de tropas extremadamente delgada. Este

espaciamiento de las unidades permite la concentración de las divisiones en los sectores activos. Aquí se fían del encabalgamiento y la elevación de las montañas, que dificultarían una acción de gran envergadura. Nosotros estamos aquí para vigilar esas defensas naturales.

Hacia las cinco de la tarde, una serie de violentas explosiones estremece el sector, esas explosiones prolongadas, esos desgarros de metal que caracterizan a los torpedos. ¡Comienza el baile! Inmediatamente, el bombardeo adquiere la acelerada cadencia del machaqueo, las detonaciones no forman más que un redoble dominado, a intervalos regulares, por el estrépito causado por la caída de grandes proyectiles que hacen vacilar la montaña. Nuestra artillería de trinchera responde al punto. Cogemos nuestras armas a toda prisa, huimos al puesto de mando, el estrecho contrafuerte en el que tememos vernos cercados. Hay que pasar a las primeras descargas, antes de que sea demasiado tarde, antes de que el arranque del ramal se vea cortado. Tras nuestros pasos, la sección de reserva, que acaba de trepar por una pendiente para darnos alcance, se empuja jadeando, con gritos y entrechocar de armas. Corremos bajo los silbidos, en medio del humo amarillo, rodeados de enormes esquirlas que se abaten como hachas y se hunden a nuestro alrededor. Durante treinta metros, en la trinchera hace un calor de estufa. Luego respiramos un aire más fresco, nuestra nuca se ve aliviada del peso amenazador de las cuchillas, nuestros ojos reconocen la luz del día. Estamos en el ramal de acceso.

A medida que este ramal se hunde hacia la retaguardia, bordeando el flanco del contrafuerte, la montaña se eleva y nos protege con un recio ribazo, donde los árboles son todavía espesos. Ahora somos unos cuarenta hombres agrupados en torno al teniente, a unos trescientos metros de nuestras posiciones, en una zona más o menos resguardada. Unos obuses nos buscan, pero estallan por encima de nosotros o caen al fondo del barranco. Haría falta un tiro de mala fortuna para que nos alcanzasen en este ángulo muerto. Sólo tenemos que esperar pacientemente.

Las secciones de línea tienen la consigna de replegarse lateralmente a los primeros disparos, apretándose contra las compañías vecinas. Nosotros no nos ocupamos de ellas, y sería una insensatez querer asegurar un enlace en este momento. Cada fracción actúa por su cuenta y riesgo, siguiendo las disposiciones decididas de antemano. Dado que estos bombardeos vuelven indefendible el sector, el mando ha considerado preferible abandonarlo totalmente, sin perjuicio de reconquistarlo tras la acción mediante un contraataque. Pero sabemos que se trata de la simple incursión de un grupo de enemigos, que buscan hacer prisioneros. Atrapados bajo el fuego y al encontrar las trincheras desiertas, regresarán a las suyas.

Escuchamos el bombardeo. Las fuertes explosiones nos sacuden hasta aquí. Unos obuses que pasan demasiado bajos nos obligan a agacharnos. Una nube de humo nos impide ver las posiciones, y, pese a nuestra relativa seguridad, estamos inquietos.

Al cabo de una hora percibimos claramente un espaciamiento en el fragor. La intensidad del fuego disminuye, vacila y se debilita rápidamente. Nuevas ráfagas. Luego se hace el silencio. Llega el crepúsculo. La sección de reserva forma en orden de batalla y avanza prudentemente. No encuentra a nadie. Ganamos de nuevo el puesto de mando salvando varios desprendimientos.

Enseguida parten los agentes de enlace para recoger información, cada uno a su sección. El sector está irreconocible. Los ramales se hallan cortados, he de caminar varias veces por encima de los parapetos. Al acercarme a primera línea, llamo a los míos, para no equivocarme. Llego al refugio de la extrema derecha de la compañía, cuya entrada da enfrente de los alemanes, y desciendo por la mala escalera. Encuentro a algunos hombres con el sargento.

—¿Así que nada grave?

—¡Mira! —dice el sargento.

En un rincón de la zapa veo, en el suelo, una forma tendida, un cuerpo como roto. Una pierna debe de haberse desarticulado de la pelvis, pues está completamente revirada. Tiene el pantalón desgarrado y descubre el muslo pálido, casi seccionado, que ni siquiera ha sangrado. La otra pierna también está ligeramente herida.

—¿Quién es?

—Sorlin.

Sorlin, sí, le conozco: ese joven de la quinta del 16 que siempre me sonreía al pasar por su lado, durante mis rondas… Me inclino ligeramente. Tiene los ojos cerrados, pero su boca, su boca que llamaba, está abierta y torcida. Este joven rostro que estaba siempre alegre tiene una expresión de terror. Oigo al sargento, un hombre de cuarenta años:

—¡Un buen chaval, en este estado! ¡Qué vergüenza de guerra!

Le pregunto tontamente:

—¿No ha habido más desgracias?

—¿Acaso te parece poca ésta? —me responde él con ira.

Noto a estos hombres consternados, a los que la tristeza vuelve rencorosos. Pienso en lo que han aguantado hace poco, en sus angustias bajo el bombardeo, cuando yo estaba en el ramal, a cubierto…

—Mire, sargento, me parece que es demasiado, y lo sabe perfectamente. Pero he de ir a dar el parte, me esperan. Voy a mandarle a los camilleros.

Llegan al puesto de mando también los otros agentes de enlace. Hay dos muertos y cuatro heridos en la sección central. Ninguno en la sección izquierda. En el sector tranquilo es una tarde de guerra, una tarde de duelo. Al dictado del teniente, preparo los informes para el batallón. Fuera, los camilleros preguntan dónde están los heridos. Les guían, en la noche.

Más tarde, hago mi ronda. Por todas partes no hay más que montículos de tierra blanda. Todo el mundo está sobre los parapetos y trabaja. La trinchera, ya casi nivelada, está jalonada por una línea de zapadores, que han dejado los fusiles a su lado. A veinte metros de nosotros tintinean otras palas, y se distinguen perfectamente unas sombras inclinadas en el suelo. Los alemanes trabajan por su lado, esa parte del frente no es sino una obra.

Tanto por curiosidad como por una bravata, con un sargento adelantamos a los trabajadores varios metros. Una sombra alemana se pone a toser con insistencia para indicarnos que trampeamos, que vamos a rebasar los límites de la neutralidad. También nosotros tosemos para tranquilizar a ese vigilante guardián, y regresamos a donde están los nuestros. Esos enemigos a los que no separa

ningún atrincheramiento, a los que bastaría con saltar para sorprender a sus adversarios, respetan la tregua. ¿Es eso lealtad? ¿No es más bien el mismo deseo, en ambos bandos, de no batirse?

Alrededor de dos veces por mes, nuestros sectores son devastados por golpes de mano. La artillería y los cañones de trinchera, concentrando sus fuegos en un espacio muy reducido, consiguen una densidad que los vuelve aplastantes. El consumo de proyectiles alcanza los varios miles en dos horas. Protegidos por el enloquecimiento, cubiertos por el humo, unos destacamentos penetran en las líneas enemigas con la misión de hacer prisioneros. Con ocasión de nuestro primer golpe de mano, cogimos a cinco alemanes. Luego todos nuestros intentos han fracasado; es probable que el enemigo haya adoptado nuestro método de evacuación, el único prudente, y que ahorra vidas, pues las unidades que se mantuvieran en las posiciones serían aniquiladas. Los alemanes no han capturado jamás a ninguno de los nuestros.

Una tropa, llamada «grupo franco», de unos cincuenta hombres, todos voluntarios y al mando de un subteniente, está especializada en estos pequeños ataques. Estos hombres viven aparte en el bosque, rebajados de todo tipo de servicio. Descienden con frecuencia a medio camino del valle, donde hay una posada regentada por tres mujeres, conocida como *Las Seis Nalgas*. Esta posada resuena con sus disputas, sus peleas con los artilleros, que acaban a menudo a tiros de revólver o a cuchilladas cuando están borrachos. Se cierra los ojos a sus hazañas, debido a su misión peligrosa. Se comprende que un buen guerrero debe ser un poco facineroso.

Entre los golpes de mano, el sector dormita. También los primeros torpedos son siempre la señal de una acción. Se los espera una hora o dos antes de la caída de la noche. Cada vez hay víctimas entre los vigilantes encargados de indicar la aparición del enemigo.

Un general de aire marcial, guiado por un agente de enlace del batallón, se presenta, de improviso, en el puesto de mando, declarando: «Vengo a visitar vuestro sector». El teniente responde con un guiño dirigido a mí:

—Bien, mi general, vamos a tomar por la izquierda.

Yo me precipito para informar a la primera sección; el aviso será transmitido luego a lo largo de la línea. Cumplida esta misión, espero que me alcancen. De camino, el general pregunta al teniente sobre la actividad de los alemanes, las posiciones que se descubren por debajo de nosotros, el gasto de proyectiles, etcétera. Súbitamente, se para cerca de un centinela y le pregunta:

—Si ataca el boche, ¿tú qué haces, amigo?

En un sector como éste, en el que se tiene tiempo de respetar escrupulosamente los reglamentos interiores, todos los casos están previstos y son objeto de consignas especiales, que no se dejan de repetir a los soldados: hacer dos disparos de fusil, lanzar tres granadas, accionar las bocinas, etcétera.

Pero el hombre se turba, cree ver asombro o severidad en el rostro de ese inspector imponente. Considera que hay que decidir rápido, pues se trata de un ataque, y responde con desesperada energía:

—¡Bien, pues me defiendo como pue…!

El teniente está consternado. El general, que es inteligente, se lo lleva aparte y le consuela:

—Es evidente que no son éstos precisamente los términos del Cuartel General… ¡Aunque se podría reducir a eso!… ¡Lo esencial es que uno se defienda como pueda… bien!

Ahora me encuentro en la retaguardia de nuestra pequeña columna. Subimos hacia la sección de la derecha. Dos detonaciones a lo lejos, a la izquierda: dos tiros. ¿Son para nosotros? Tres segundos de espera… Dos silbidos. ¡Claro que son para nosotros! ¡Ran! ¡Ran! Atención a las esquirlas… Reacción automática: son unos 77.

—¡No han dado lejos!

—Os traigo la negra —dice el general con una sonrisa demasiado desapegada para no resultar un tanto afectada.

—Estamos ya acostumbrados, mi…

¡Otros dos! Gruesos éstos… Nos echamos al suelo. ¡Rrran! ¡Rrran! Unas bombas 105. Las *shrapnells*[30] estallan en torno a nosotros. Dos nubes negras sobre nuestras cabezas.

—Mi general, hay que darse prisa, es el rincón peligroso…

—¡Haga, haga, teniente!

Otros dos 77. Nos apresuramos todo lo posible, y ya no es cuestión de inspeccionar nada.

Acabamos de bordear un puesto de centinelas. Se anuncia una ráfaga. Pero tengo tiempo de oír una voz (¡cómo no, es Chassignole!) que grita detrás de mí, en la entrada del refugio:

—¡Eh, chavales! ¡La estrella fugaz ha pasado!

Son las dos de la tarde. Estamos en el ramal, cerca del puesto de mando, desocupados. Oímos una débil detonación delante de nosotros. Apenas si le prestamos atención: caen en todo momento, de aquí y de allá, algunos proyectiles.

Poco después llega un hombre sin aliento, preguntando por los camilleros.

—¿Un herido?

—Sí, de una granada de fusil.

—¿Le han hecho mucho daño?

—Le han volado casi por completo los dos pies. Estaba en las letrinas, la granada ha dado de lleno dentro.

Era la detonación que hemos oído. Los camilleros vuelven, depositan la camilla en medio de la trinchera y entran en el refugio para que se les entregue una ficha.

Reconocemos a Petitjean, un chico amable, modesto y servicial. Está muy pálido, pero ni una queja. De sus pies, burdamente vendados, se filtra la sangre, que chorrea con una rapidez espantosa. A mi pesar, comparo lo que pierde de ella con la capacidad de resistencia de su cuerpo, el tiempo que llevará llegar al puesto de sanidad… Somos tres a su alrededor, que tememos ser crueles al acercarnos, mostrarle nuestra integridad que él acaba de perder probablemente para siempre, y también tememos, si nos damos la vuelta, parecer indiferentes, abandonarle a la soledad de los que están condenados. Sobre todo es su silencio el que nos incomoda: ¿cómo compadecer a un ser que no apela a nuestra compasión? Sus ojos miran fijamente el cielo y de él reciben un ligero reflejo que los

matiza de un azul pálido, como una delicada porcelana. Luego los cierra, se aísla en su desgracia, que le separa de nosotros. ¿Presiente el desastre que le espera? Su boca se crispa bajo el bigotillo, y tiene las manos entrelazadas sobre el pecho con tanta fuerza que enrojecen y tiemblan. Se lo llevan sin que nosotros nos atrevamos a dirigirle la palabra, y el teniente, que ha salido del refugio para estrecharle la mano, se queda inmóvil a nuestro lado y se calla igualmente.

Hace un claro sol de octubre, y disfrutamos de la última tibieza del año antes de ese golpe desgraciado. No nos podemos entregar a ninguna alegría, la guerra sigue estando siempre aquí.

De madrugada, un centinela del fondo del valle es sacado de su ensoñación por un ruido de pasos en el ramal. Se vuelve y ve a un alemán delante de él. Su primer impulso es huir. Pero el alemán levanta un brazo y dice: *«Kamerad!»*[31]. Está desarmado, lleva puesta la gorra, un paquete bajo el otro brazo. El centinela, no recuperado del todo de su emoción y temiéndose una trampa, llama a la escuadra. Rebuscan en los alrededores sin descubrir nada sospechoso: el hombre está decididamente solo. Se lo llevan al teniente. Pero nadie sabe el suficiente alemán como para interrogar a este curioso prisionero caído del cielo. Es un hombrecillo enclenque, de rostro apagado y sonrisa demasiado fraternal. Sus párpados se mueven con rapidez sobre unos ojillos que rehuyen la mirada, y parece muy satisfecho. Sigue apretando su paquete bajo el brazo. Con Beaucierge, recibimos el encargo de conducirle al batallón. En el ramal, trota entre nosotros. Le hago algunas breves preguntas:

—*Kriegfertig?*

—*Ja, ja!*

—Du bist zufrieden?

—*Ja, ja!*[32]

—Los tenías por corbata, ¿eh, hermano? —dice Beaucierge, dándole una palmada cordial que le hace tambalearse.

—*Ja, ja!*

—¡No tiene pinta de bilioso, este cristiano! —considera mi camarada.

—*Ja, ja!*

—¡Nadie dice nada de ti, berzotas!

Nuestra llegada es todo un éxito. Corre el rumor de que la Novena compañía ha hecho un prisionero. Los soldados se precipitan fuera de los barracones y hacen calle, a lo largo de la gran arteria de ese pueblo ahondado bajo los rollizos. En el batallón, la sorpresa no es menos viva. Se apretujan en la oficina, y los soldados se apiñan en la puerta. Aparece el comandante y manda a buscar al oficial de morteros para que haga de intérprete. El alemán, juzgando que sus asuntos toman un giro positivo, relaja su rígida posición de firmes, se prodiga en protestas y reparte su sonrisa internacional. Al oficial que acaba de llegar le explica su historia con gestos atolondrados, una especie de camelo de prestidigitador.

Es un veterano auxiliar al que mandaron al frente la pasada semana. Al día siguiente de su destino tuvo lugar nuestro golpe de mano: una de nuestras bombas mató a cuatro de los camaradas que tenía

al lado, en la entrada de un refugio, y cuenta que los efectos de nuestro bombardeo fueron espantosos. Inmediatamente consideró que la guerra no estaba hecha para él y tomó la decisión de librarse de ella lo antes posible. No esperaba más que la oportunidad para hacerlo y había preparado su huida, como prueba su inseparable paquete, que desata para mostrarnos un par de botas nuevas, unos calcetines, un material muy completo de peluquero (es su oficio), una camisa y un tarro de mermelada. Esta noche, mientras estaba de guardia, ha abandonado su puesto, ganado nuestras líneas arrastrándose y saltado dentro de un espacio vacío de nuestras trincheras, a riesgo de que le mataran los suyos y los nuestros. Dice que la guerra es una mala cosa y busca nuestra aprobación. Tras marcharse los oficiales, nos ocupamos de él. Unos hombres corren a las cocinas y traen café, pan, carne, queso. La gente mira comer con simpatía al desertor.

—¡Tiene buen saque el tío!

—*Gut*? —le pregunto yo.

—*Gut, gut*! —responde él con la boca llena.

—*In Deutschland nicht gut essen?*

—*In Deutschland… Krrr!*[33]

Hace ademán de apretarse el cinturón.

—¡Tiene gracia este boche!

Imposible llamar de otro modo que boche a un alemán. Este término no resulta despectivo en boca de los soldados, simplemente cómodo, breve y divertido.

Nosotros aprovechamos nuestra misión, con Beaucierge, para ir a tomar algo a las cocinas. Éstas son el centro de asamblea de las unidades; los soldados-ciudadanos discuten allí de la cosa pública y se informan de las novedades que llegan por medio del avituallamiento. Mientras un cocinero, sórdido y jovial, nos prepara un asado, nosotros escuchamos los comentarios. Naturalmente, se habla del desertor. La opinión que prevalece es ésta:

—¡Es menos gilí… que nosotros, este tío!

Los hombres menean la cabeza. Pero la deserción es un gran desconocido…

Los relevos tienen lugar siempre por la noche.

El batallón vuelve a subir al sector, tras quince días de descanso que hemos pasado en el pueblo de Laveline, en el valle. La ascensión exige varias horas de penosísima marcha, porque la pendiente es inclinada y los hombres llevan el cargamento completo. La noche profunda, oscurecida todavía más por los pinos, nos priva de la visión de la carretera, y zigzagueamos. Pese al frío, sudamos.

Un silbido estridente desgarra la noche como si fuera un tafetán, el viento de un proyectil nos inclina como a espigas, la amenaza aérea nos pone el corazón en punto muerto. Un fulgor en alguna parte, como un rayo. Resuena un trueno, se pierde en las barrancas y va a estrellarse en el fondo del valle. Luego otro, y otros después, impacto tras impacto. Haces de fuego iluminan troncos de abetos sin ramas. Masas furiosas, irresistibles, como expresos lanzados, caen del cielo, nos cercan, nos hacen perder la cabeza. Una tempestad de sonidos nos ensordece. Corremos por la pendiente, que nos rompe las piernas, con un tórax demasiado estrecho para los pulmones dilatados, que piden aire

por la angosta válvula de la garganta. Y de continuo esos fallos del corazón, esos vértigos, esa fuga de sangre que crea el vacío en las arterias, tras el aflujo torrencial. Y las llamas que revientan las retinas translúcidas, a través de los párpados cerrados… Huimos, en desorden.

Eso cesa bruscamente. Las unidades mezcladas se dejan caer al suelo para respirar. La noche se cierra y nos protege, el silencio nos reconforta.

Entonces, en mi rincón, se oye una voz cargada de una indignación risible, que gime:

—¡Es una vergüenza exponer así a unos hombres de cuarenta años, padres de familia!

—¡Vaya con el veterano que se declara no apto para acabar cadáver! —se chunguea un parisiense con su acento de barrio.

—¡Calla la boca, mocoso!

—¡Tú ya has fornicado bastante en la vida, abuelo! Hay que dejar paso a los jóvenes…

—¡No sabes lo que dices, chaval! Se trata de nuestras mujeres…

—¡Deja tranquila a tu mujer! Estaba hasta la coronilla de ti, y ya sabrá consolarse ella con los jóvenes. ¡Los viejos son los que deben palmarla primero, como todo el mundo sabe!

—La vida de un hombre que ha formado un hogar debe ser salvaguardada. ¿Tú no estás casado, verdad, barbilampiño? ¡Eres un inútil!

—¿Quieres que te diga lo que eres tú? ¡Un viejo vicioso es lo que eres! Querrías estarte tranquilo haciéndole hijos a tu mujer mientras tus compañeros se dejan aquí la piel… ¡Vaya con el sádico!

—¡Yo sádico! —exclama el otro, estupefacto—. ¡Oíd al golfo éste!

—¡Sí, un perfecto sádico! ¡Por suerte en el mundo hay justicia y por eso eres un cornudo!

—¡Menudo gilipollas! —masculla el viejo.

Se le oye levantarse. Pero se topa con unos cuerpos que le rechazan. El parisiense ahueca el ala. Llega su voz de lejos:

—No te quejes, abuelo. ¡Que eso trae suerte!

Este diálogo ha hecho olvidar el recuerdo de la alerta. Volvemos a ponernos en marcha. Nos enteramos de que hay víctimas en la retaguardia de la columna.

En el campamento, hay contados refugios sólidos y están todos ocupados por el estado mayor del batallón y los oficiales. La compañía de reserva está repartida en dos barracas Adrián[34], acondicionadas con literas individuales. Los hombres pasan allí una parte del día, pues la estancia aquí es considerada un descanso, y sólo se ocupan de los servicios de limpieza o del suministro de municiones.

Ultimamente estábamos agrupados en un rincón los cuatro agentes de enlace y el ciclista. Cada uno se hallaba tumbado en un camastro y fumaba, salvo Beaucierge, que se entregaba a bromas de mal gusto para pasar el rato y provocaba al ciclista a combate singular. Éste se lo quitaba de encima amenazándole con cortarle todo avituallamiento personal. Más lejos, los soldados jugaban a las cartas mientras bebían, o dormían.

Estalló un fogonazo, a algunos metros, seguido de unos aullidos. Un soldado estaba contemplando estúpidamente su browning humeante. Siempre ocurre lo mismo con las pistolas automáticas. Los que

tienen una la llevan cargada y nunca piensan, al querer desmontarlas, en retirar la bala del cañón. Este olvido es causa de accidentes.

Nos dirigimos hacia el herido, que seguía gritando y señalaba su pierna. Mientras se iba en busca de ayuda, comenzaron a quitarle los pantalones. El imprudente fue puesto a caldo.

Llegó el joven médico auxiliar, se inclinó sobre el muslo y dijo entre risas:

—¿Quieres dejar de berrear? ¿Es que no ves que es un chollo?

El herido se calló al instante y se le iluminó el rostro. El médico militar palpó la pierna:

—¿Te duele? ¿Tampoco aquí?

—¡No!

—¡Una herida así vale su peso en oro! ¡Y encima durmiendo! ¡Te vas a tirar tres meses en la retaguardia!

El herido sonrió, todo el mundo sonrió. Terminado el vendaje, llamaron al hombre de la pistola. Su víctima le dio un apretón de manos, se lo agradeció y partió en una camilla, recibiendo las felicitaciones del campamento.

Desde entonces, el imprudente se gloría de su torpeza. Se le oye decir: «¡He sido yo quien ha hecho evacuar a Pigeonneau!». E incluso: «El día que le salvé la vida a Pigeonneau…».

Ha llegado el invierno y se presenta muy riguroso.

Primero, un cierzo cortante había barrido la falda de las montañas, y habían seguido las primeras heladas. Una mañana nos despertamos en medio de un extraño silencio, pesado y denso, y la luz del día llegaba a nuestros barracones con un resplandor especial. Había nevado durante la noche y la nieve lo recubría todo. Unía las ramas de los abetos con mantos espesos de forma ojival. Vivimos desde ahora en un frío bosque gótico, en el que humean nuestros iglúes de esquimales.

Después de más de seis meses, he vuelto al frente, cuando nos enteramos de dos noticias importantes, que pueden cambiar mi destino: la compañía va a ser destacada a otro batallón y nuestro teniente nos deja.

II
Treinta grados bajo cero

Un soldado detesta más a su teniente que al teniente del ejército enemigo.

MAURICE BARRES[35]

El nuevo comandante de la compañía es el capitán Bovin, muy conocido en el regimiento.

Este capitán desempeñaba desde hace tiempo el cargo de oficial adjunto al coronel, y era temido en estas funciones, sobre todo por los otros oficiales y la gente bien colocada. Pues, por lo que se refiere a los hombres de primera línea, no temían ya nada de nadie, en virtud de esta constatación: «¡No se nos puede poner más adelante!». Me habían pintado al capitán Bovin como una especie de eminencia gris, que distribuía a su antojo el favor y la censura: aquí la censura es sancionada a menudo con la muerte… Desagradarle era comprometer no sólo el ascenso, sino también la vida, y era fácil desagradarle con la fantasía, con la juventud, y fatalmente con la independencia. También se le reprochaba, dueño como era de distribuir las recompensas, que se hubiera atribuido en varias ocasiones menciones de honor elogiosas, especialmente en Verdún, donde se había mantenido en la retaguardia con el oficial encargado de las pequeñas operaciones, siendo administrador y pudiendo escapar al peligro gracias a sus papeles, así como que hubiera abusado de esos papeles contra quienes estaban en peligro.

Pero su favor se acababa de terminar. Hay un nuevo coronel al mando del regimiento; éste ha considerado que un capitán que aspira a los galones de mando tiene que haberse fogueado en primera línea.

El capitán Bovin no está por debajo de su reputación ni por su aspecto ni tampoco por las medidas que le vemos tomar. Es un hombre de unos cincuenta años, de aventajada estatura, con una tez de persona enferma del hígado, dientes amarillos, sonrisa cruel de moro y ojos achinados, barbudo, entrecano, de andares lentos y graves, y afecta un aire de hipócrita austeridad. Le creo mediocre, enredador, falto de generosidad: una mentalidad de jefe de oficina, combinada con la de un sargento chusquero, con plenos poderes sobre ciento cincuenta hombres. Antipático a simple vista y amigo de meter miedo. Amigo, lo que es mucho más grave y siempre una mala señal, de la bajeza entre los subordinados. En fin, todos hemos considerado que su llegada era una desgracia para la compañía. Enseguida su ordenanza ha parecido estar espiándonos.

Mis relaciones con un hombre semejante no podían dejar de ser incómodas y traerme problemas. Me ha hecho levantar el plano del sector, lo que me ha llevado unos diez días, que han sido un suplicio. Con una temperatura de veinte grados bajo cero, he tenido que patearme los ramales de trinchera abandonados, con nieve hasta las rodillas, plantarme sobre el terreno para tomar las derivaciones y anotar las cifras. Mis botas se helaban sobre mis pies. Terminado el plano, el capitán me ha enviado a primera línea. He ido a parar a la escuadra otra vez.

El sector se halla situado a unos mil metros de altitud aproximadamente. Nuestra compañía está en contacto con el otro batallón, en la cima de la montaña, parte de cuya pendiente ocupamos nosotros. Las posiciones se componen de una sola línea de trincheras, bien protegida por unas alambradas. A lo largo de esta línea, cada ciento cincuenta metros, unos cortos ramales llevan a blocaos en saledizo, que son nidos de resistencia. Una puerta enrejada aísla cada fortín, de manera que la guarnición pueda encerrarse en sus atrincheramientos, por si fuera tomada por el flanco por elementos enemigos infiltrados entre nosotros. Éste es, por otra parte, un sistema de defensa frágil, que sólo sirve para un sector tranquilo. Estamos en la linde del bosque. La carretera llega casi hasta la trinchera, y, al comienzo de esta carretera, detrás de nuestros puestos, están establecidos los refugios del mando de la compañía, furrieles, etcétera, disimulados por los árboles. En realidad, la retaguardia de la posición, insuficientemente organizada, resultaría indefendible bajo los bombardeos. Pero nuestro único enemigo serio es el frío.

Ocupamos el último puesto de la izquierda de la compañía. Es un refugio estrecho, excavado al nivel de la trinchera y recubierto de varias hileras de rollizos sobrealzados. Su acondicionamiento incluye una mampara de separación, una estufa de hierro colado y un pequeño banco. Aquí vivimos cinco: cuatro soldados y un cabo. Delante de este refugio están los centinelas, en una especie de tarima protegida por unas cestonadas que llegan hasta la parte alta del busto. Por el día, el centinela permanece en el ramal. La guardia constituye nuestro servicio principal, un servicio muy duro. Del crepúsculo al alba, tenemos que garantizar catorce horas de guardia, con doble centinela, es decir, siete horas por equipo. Cada dos horas vemos interrumpido nuestro sueño.

La temperatura ha seguido bajando. Por la noche, oscila entre los veinticinco y los treinta grados bajo cero. Los centinelas mantienen el fuego en el refugio, pero la estufa no tira si no está constantemente roja. Así, pasamos sin transición de la temperatura interior, veinticinco grados de calor, a la temperatura exterior, para inmovilizarnos en el ramal, al acecho de un enemigo que no puede venir y que no piensa más que en calentarse también. Y como, en primera línea, hemos de dormir vestidos y equipados, soportamos este brusco cambio de cincuenta grados, sin más protección suplementaria que la manta que tenemos apretada contra nosotros.

Imposible aguantar esta tortura durante dos horas, y la exigüidad de nuestro puesto de observación nos impide movernos un poco, lo que nos evitaría pelarnos de frío. Entre centinelas, nos repartimos las guardias de media hora. Cada uno vigila y se calienta por turno. Una campanilla, accionada desde el exterior por medio de un alambre, resuena en el refugio para pedir socorro.

Luchamos contra el frío como podemos. El cierzo nos hostiga, nos acuchilla con sus hojas de acero. Nuestra gorra nos protege las orejas y la frente, una bufanda nos envuelve la parte inferior del rostro, no tenemos al descubierto más que los ojos que, al tener la córnea helada, registran imágenes movidas, como si estuviéramos bajo el agua. Sobre este edificio de trapos se alza nuestro casco, como un tejado de chapa bamboleante, y, más por encima aún, a veces, la manta que cae sobre nuestros hombros, formando una especie de garita. Se nos ha proporcionado unas botas de goma, con babuchas de fieltro. Pero estas botas son malsanas, pues conservan la humedad de la transpiración y

propician caídas en la resbaladiza nieve. He encontrado otro medio de defensa, menos eficaz pero suficiente, siempre y cuando uno dé saltos en el sitio de vez en cuando. Conservo mis zapatos y meto las piernas dentro de unos sacos terreros, que me ato a la rodilla. Con otros sacos, cuyo fondo he descosido, me he confeccionado unas musleras. Lo bueno que tiene este equipo es que presenta una mayor adherencia sobre el hielo; permite correr, y sé que correr es algo de primera necesidad para un combatiente, que debe contemplar siempre el replegarse rápido. En las manos llevo tres pares de guantes superpuestos.

Lo largas que se hacen las noches es algo inimaginable. Los crujidos del hielo producen un ruido de cizalla en las alambradas, de las que ya no nos preocupamos. Estamos pendientes de nosotros, de unas partes de nuestro cuerpo que se cuajan como si nuestras arterias transportaran pedazos de hielo. La inmovilidad nos mantiene el calor traicioneramente, nos envuelve de una peligrosa guata de inercia, y se requiere un esfuerzo de voluntad para recurrir a los movimientos, que sacuden el frío, antes de reanimar las llamaradas de nuestra sangre. Vemos aparecer los primeros resplandores del día como una liberación.

Hacia las siete de la mañana, recibimos café, vino helado que tintinea dentro de las cantimploras y unos chuscos duros, que sólo se podrían cortar con un hacha. Ponemos estos chuscos sobre la estufa, donde se ablandan desprendiendo agua. Nos abalanzamos con avidez sobre este pan tibio, cuya miga semeja esponja. Y nos bebemos a sorbitos un café hirviente que acaba de calentarse en nuestras tazas. Tras una noche de hibernación, de polo, es la vida lo que nos tragamos con este café que nos abrasa.

El capitán Bovin no ha tardado en demostrar su catadura. En esta montaña donde los alemanes nos dejan tranquilos, ha multiplicado las medidas que sólo pueden aumentar nuestros padecimientos, sin utilidad militar alguna.

Aprovechando esta pasividad que la temperatura impone a los combatientes, ha transformado el sector en un cuartel. Nos abruma con trabajos que no son urgentes, sin tener para nada en cuenta nuestro cansancio y nos priva del poco tiempo libre que nos dejaría un servicio ya muy sobrecargado de por sí.

Varias veces por semana, en plena noche, alerta a la compañía. Todos los hombres deben mantenerse en los ramales y esperar su inspección. Nos impone así dos horas de frío suplementarias. Estas alertas no son de ninguna utilidad. La mayoría de los hombres son ahora viejos soldados, que saben mejor que el mismo capitán cómo defender un puesto avanzado. Por otra parte, tenemos la impresión de que los obuses calmarían rápido su celo, y esperamos encontrarnos en un sector castigado para demostrarle el aprecio que le tenemos. Los hombres respetan a un jefe cuya severidad se ejerce en circunstancias graves y que paga con su persona, pero desprecian profundamente al que los acosa sin haber demostrado su valía.

Durante el día, el capitán ordena trabajos, con la excusa de que no debemos estar desocupados: mantenimiento de los ramales, zanjas que hay que abrir, limpiezas de todo tipo que la nieve no tarda en recubrir. También se le ha ocurrido enviar destacamentos a hacer ejercicio, en la retaguardia,

vamos, lo nunca visto.

Las necesidades de la calefacción son suficientes para tenernos ocupados durante las primeras horas de la tarde. Consumimos mucha leña. Cada día hay que cortar un abeto en el bosque y transportarlo troceado hasta el refugio. Allí hay que serrar de nuevo esos trozos y hacer leños, con el hacha, antes de apilarlos en el interior. Ocupados de continuo, andamos faltos de horas que dedicar al sueño, pues no podemos dormir mucho rato entre nuestros turnos de guardia.

Nuestro peor enemigo es nuestro capitán. Le tememos más que a los soldados de patrulla alemanes, y, por la noche, estamos más atentos a los ruidos de la retaguardia que a los de la vanguardia. Con su tiranía, ha conseguido el estúpido resultado de que desviemos nuestra atención de la gente de enfrente para centrarla en nuestro propio campamento. Dos centinelas que se estaban calentando, de acuerdo con sus camaradas, han sido llevados ante un consejo de guerra por abandono de su puesto frente al enemigo, y unos suboficiales han sido degradados por motivos fútiles. De modo que hemos organizado un sistema de aviso para protegernos de nuestro jefe. En cuanto él aparece por alguna parte, su presencia es señalada por una red de hilos bramante, disimulados entre las alambradas, que unen los puestos y agitan unas latas de carne vacías. Además, las guarniciones de la ladera riegan cada tarde el ramal, para aumentar así la capa de hielo que hace peligroso el acceso a los blocaos. Somos los primeros en sufrir esta medida, pero se ha logrado el efecto que perseguíamos. Durante una ronda, el capitán se dio un costalazo y tuvo que volver a su puesto de mando sostenido por sus agentes de enlace. Una descarga de fusilería al aire, una especie de fantasía, ha festejado esta noticia. Desde entonces el tirano no aparece ya por nuestra zona. Pero se venga no dándonos la menor tregua.

Un sordo odio ruge contra este hombre que debería ayudarnos a soportar nuestras miserias y que en cambio nos hace sufrir más que el propio enemigo. Los soldados se lo cargarían con más ganas que a un alemán, y con más razón, piensan.

Vivo como una bestia, una bestia que está famélica, y que además se siente fatigada. Nunca me he sentido tan embrutecido, tan vacío de pensamientos, y comprendo que la extenuación física, que no deja a las personas tiempo para reflexionar, que las reduce a preocuparse sólo de las necesidades básicas, sea un medio seguro de dominación. Comprendo que los esclavos se sometan tan fácilmente, pues no les quedan ya fuerzas disponibles para la rebelión, imaginación para concebirla y energía para organizaría. Comprendo esa sabiduría de los opresores, que imposibilitan a los que explotan el servirse de su mente, deslomándolos con unas tareas agotadoras. A veces me siento al borde de ese hechizo que producen la laxitud y la monotonía, al borde de esa pasividad animal que lo acepta todo, al borde de la sumisión, que es la anulación del individuo. Lo que hay en mí de capacidad de juicio se embota, acepta y capitula. La costumbre, la práctica de la disciplina prescinden de mi consentimiento y me incorporan al rebaño. Con la inteligencia que se pone firmes, me convierto en un verdadero soldado de infantería, en el cumplidor de servicios de fatigas y en parte integrante de los efectivos. Todo el mundo me manda, desde el cabo al general, tiene ese derecho, que es total y absoluto y sin apelación, y puede borrarme de la lista de los vivos. En el terreno de las actividades

humanas, la mía se gasta en abrir letrinas o en llevar troncos de árboles. ¿Podría decirle a un suboficial que me cuesta más que a los demás? Sería inútil, ya que correría el riesgo de no ser comprendido, sería imprudente porque sería utilizado contra mí. Sin duda el capitán Bovin lo intuyó y me puso aquí. (También es el único hombre ante el cual cavo con aire alegre).

Y, en primer lugar, debo mezclarme, identificarme con ésos con quienes comparto la vida, con ésos con quienes me une el pacto del instinto de conservación. Es menester que me convierta en un hombre de las cavernas y que contribuya a la satisfacción de los apetitos de mi horda. Tengo que cavar, serrar, llevar, limpiar, recalentar, dar toda la importancia al cuerpo. ¿Cómo explicar a mis camaradas que, en el conflicto que enfrenta al cuerpo con el espíritu, éste ha llevado en mí generalmente las de ganar? El espíritu, que es privilegio, ha sido abolido en mí; no hay espíritu en el alineamiento, pues perjudica a la comodidad de la tropa. Toda riqueza espiritual es acaparada por los Estados Mayores, que la reparten a modo de obuses sobre la chusma humana.

Pero, por la noche, ante la nieve que brilla hasta el infinito bajo un claro de luna refulgente, como una aurora boreal, se me ocurre pensar que allí, solo ante mi bastión de hielo, velo sobre la tierra dormida, que me debe parte de su seguridad, que mi pecho es su frontera, y por eso siento un pequeño orgullo dentro del espíritu de la retaguardia. Para matar el tiempo, experimento con móviles nobles, pruebo con las alegrías del puro patriotismo. Pero me doy cuenta por adelantado de que una ráfaga certera me quitaría las ganas de tan bella actitud.

Es cierto que si un alemán viniera a atacarme haría lo posible por matarle. Para que no me matara él primero; y luego porque tengo la responsabilidad de cuatro hombres que están en los blocaos, cuya protección está confiada a mí, y porque de no disparar podría exponerles a un peligro. Estoy ligado a esta escuadra de jornaleros que maltratan mi pereza física. Es una solidaridad de compañeros de cadena.

Pero si, durante el día, tuviera en el punto de mira de mi fusil, a ciento cincuenta metros, a un alemán indefenso, que no sospechara que le estoy viendo, muy probablemente no dispararía. Me parece imposible matar así, a sangre fría, cómodamente emplazado, tomándome el tiempo necesario para apuntar, matar con premeditación, sin una reacción automática que decida mi gesto.

Por suerte, como apenas es cuestión de matar, ni siquiera nos tomamos la molestia de disimular la luz de la brasa de nuestro pitillo. Quizá nos arriesgamos a recibir un balazo. Pero hay en ese desafío de fumar al descubierto algo que nos venga de la terrible mordedura del frío.

Tras volver a ser hombre de trinchera, comprendo esa especie de fatalismo al que se abandonan mis camaradas, en esta guerra sin fantasía, sin cambios, sin paisajes nuevos, esta guerra de centinelas y de zapadores, esta guerra de sufrimientos oscuros en medio de la mugre y del barro, la guerra sin límites ni tregua, en la que no se actúa, en la que uno ni siquiera se defiende, en la que se espera el ciego obús. Comprendo lo que representan para el que no ha dejado nunca la aspillera esos dos años pasados, los cientos de noches de guardia, los miles de horas eternas, frente a la sombra. Comprendo que hayan renunciado a hacerse preguntas. E incluso me asombra que este rebaño, en el que estoy confusamente mezclado, tenga aún tanta resistencia que oponer a la muerte.

Al recibir el avituallamiento, paso por lo alto de la posición, con el cuerpo inclinado, una marmita en cada brazo, un zurrón terciado. En un ramal, me cruzo con un suboficial. Nos entorpecemos el paso, yo levanto la cabeza. Oh…

—¡Nègre!

—¡Hijo mío!

Tras las exclamaciones de alegría, mi viejo vecino de cama en el hospital me cuenta que también él forma parte del regimiento desde hace dos meses, en calidad de sargento observador adjunto al coronel. Pero estaba provisionalmente destinado al primer batallón, lo cual explica por qué no me lo había encontrado todavía.

—A propósito, ¿cómo anda nuestro querido De Poculote?

—Muy bien, gracias.

—¿Y qué anuncia?

—¡Chitón! El general se ha vuelto muy circunspecto. Pero, dicho sea entre nosotros, creo que planea una gran operación.

—Entonces, ¿sigue con la ofensiva?

—¡Más que nunca! Estamos preparando un Austerlitz.

—¿Y a qué espera?

—Al sol. Hay que tener paciencia hasta la primavera.

—¿Y provisionalmente?

—Provisionalmente, el general se ocupa del aumento de la paga de los suboficiales. Cuenta mucho con esta medida para el mantenimiento de la moral, partiendo de ese principio que reza que una fábrica está a pleno rendimiento cuando se paga bien a los encargados.

—¿Y los obreros?

—Son mucho menos interesantes. ¡El barón se está volviendo un gran político y un pensador profundo!

—¿Y tú qué haces?

—Yo observo. Ante todo observo los lugares donde caen los obuses, para no poner allí los pies. La prudencia enseña que ayúdate, y te ayudará Dios. Ayúdate quiere decir: búscate un enchufe. Comprenderás que la guerra me interesa demasiado vivamente para que no quiera verla hasta el final… Luego, en los períodos de tranquilidad, observo con los gemelos lo que hacen los bárbaros.

—Nègre, quisiera hacerte una pregunta que no deja de atormentarme. ¿Qué piensas del valor?

—¿Todavía andas con eso? Esta cuestión ha sido definitivamente resuelta. Los especialistas se han ocupado de ella en el silencio de sus despachos. Sabe, pues, que el francés es valiente por naturaleza, y en esto es el único. Los técnicos han demostrado que para llevar al alemán al combate hay que hacerle absorber éter. Este coraje artificial no es coraje. ¿Y qué es de ti?

—¿Yo? Dicho sea entre nosotros: ¡las paso canutas!

Le pido a Nègre que me haga designar como observador. El promete intentarlo y volver a verme.

Después de dos meses de blocaos, nos relevan, cuando disminuye el frío. Dejamos casi con pesar esas cumbres donde nuestra vida ha sido tan dura, pero donde no corríamos peligro alguno. En el valle nos enteramos de que el capitán Bovin ha sido evacuado por enfermedad. Los hombres ríen burlonamente:

—¡Está cagado de venir a un sector donde se va a armar la gorda! Regla general: si ves a un cabrón que presta servicio en la retaguardia, puedes estar seguro de que se acojona ante un rifle.

Un joven teniente de reserva, sonriente y cordial, llamado Larcher, acaba de asumir el mando de la Novena. Regresamos a nuestro antiguo sector y nos encontramos al batallón de descanso en un pueblo, al pie de la montaña.

El ayudante de batallón, al que conocí siendo agente de enlace, me hace destinar al estado mayor del mando, en calidad de secretario-topógrafo. Estoy de nuevo salvado de la escuadra, enchufado otra vez.

Volvemos a subir pronto a la línea de batalla. En esta oportunidad me quedo en el campamento del bosque, en unos refugios confortables recubiertos de rollizos. Nuestras ventanas dan a un calvero en cuyo alto comienzan los ramales que conducen a las posiciones. Mis ocupaciones son las propias de un empleado de oficina: transcribir las órdenes en varios ejemplares, redactar los informes para el coronel, mantener los planos al día.

Pasan unas semanas en medio de la calma, tan sólo turbada por los golpes de mano habituales. Durante dos horas, la montaña se ve sacudida, la cresta se disgrega bajo la avalancha de torpedos, nuestras baterías rugen, resuenan las gargantas y unos largos obuses vienen a estallar en nuestros parajes. Por la tarde, redactamos los estadillos de bajas en hombres y material. Nos enteramos así de los muertos, un poco distraídamente, como secretarios de ayuntamiento que registran las defunciones.

El frío disminuye. El sol recobra fuerza. La nieve se funde, el bosque se ensombrece, la gente chapotea. Bandadas de pájaros se instalan en las ramas y cantan, brotes verdes asoman de la tierra. La llegada de la primavera nos alegra e inquieta secretamente. La primavera anuncia la reanudación de los grandes combates. Presagia nuevas hecatombes. Ya no creemos en la guerra de las victorias decisivas, y sabemos que las ofensivas son por lo general más mortíferas para los asaltantes que para los defensores. Las ocasiones de muerte siguen siendo nuestra gran preocupación.

Sin embargo, en primera línea, adonde voy a veces para anotar en el papel un detalle de nuestra organización, los centinelas están más contentos porque sufren menos. Se mantienen en la entrada de las chabolas, bromean, viven en el presente, por temor a enfrentarse al porvenir. Juegan a las cartas o al tángano con unas perrillas. Fuman mucho y no se separan de su cantimplora, su amiga.

III
El chemin des dames

> El hombre en el combate es un ser en el que el instinto de conservación domina momentáneamente todos los sentimientos. La disciplina tiene por fin domeñar este instinto mediante un terror mayor.
> El hombre se las ingenia para poder matar sin correr el riesgo de caer muerto. Su arrojo es el sentimiento de su fuerza, y ésta no es absoluta; delante del más fuerte, huye sin vergüenza.
>
> TENIENTE CORONEL ARDANT DU PICQ

Estamos en Fismes, ciudad maldita, que tiene el aspecto hostil y triste de los grandes centros industriales. Es un núcleo de la industria de la guerra, rodeado de vías férreas, de andenes de llegada, de campamentos de marroquíes, de escuadrillas, un centro en el que convergen los interminables convoyes, las piezas de artillería, las ambulancias, etcétera. Largos rebaños de hombres hacen pensar en unas entradas de fábricas, en medio de los que se abren paso los automóviles de los generales, esos patronos de forjas. Las forjas rugen delante de nosotros, en las crestas, y sus yunques resuenan, duramente golpeados por los pesados martillos trituradores de carne.

Los acantonamientos se encuentran en un estado de suciedad asquerosa, pero no albergan, durante uno o dos días, más que gentes de paso, sacrificadas, por las que no es necesario tener ya consideración. Simples apriscos de ganado. Estamos en Fismes, la ciudad de la agonía.

Estamos en Fismes, la ciudad de los supremos desórdenes. Todas las plantas bajas son tiendas de comestibles que desbordan hacia la vía pública. Nunca hemos vistos tales pirámides de apetitosos embutidos, de cajas con etiquetas doradas, tal selección de vinos, licores, fruta. Pocos objetos: aquí no se compra lo que es duradero. Pero por todas partes hay bebidas y comida. Los *mercantis* nos tratan como a perros y nos anuncian los precios con aire desafiante. Nunca los hemos pagado tan caros y los soldados murmuran. Los vendedores les lanzan una mirada fría, implacable, que significa: ¿de qué servirá vuestro dinero si no regresáis? ¡Es cierto! Una detonación más fuerte hace decidirse a los más agarrados; cargan sus brazos de cosas y alargan sus billetes.

¡Bebamos y comamos, pues! Hasta reventar…

¡Pues hay que reventar!

Paro en la calle a un suboficial de artillería que conocí de civil. Es un muchacho alto y tranquilo, algo mayor que yo, con una limpia mirada de niño. En otro tiempo nunca le vi encolerizado, ni siquiera indignado. No parece haber cambiado. En un café donde nos hemos sentado, me intereso por su vida. Me dice que es observador destinado a la infantería y que vive en las trincheras con los infantes. Le pregunto:

—¿Conoces el sector?

—¡Demasiado lo conozco! Estuve en los ataques del 16 de abril.

—¿En qué lugar?

—Enfrente, delante de Troyon. Me fui para el frente con las tropas negras, el famoso ejército de Mangin[36].

—¿Es cierto que este ejército fue masacrado?

—Ya sabes lo que pasa. Cada uno no ve más que su parcela. Pero en la mía hubo una carnicería. Yo puedo hablar de ello, pues formaba parte de las olas de asalto al lado del coronel J… Del batallón con el que fuimos, no habían de volver más que una veintena de hombres.

—¿Cómo explicar nuestro fracaso?

—Pues de una manera muy simple: los boches nos esperaban. ¿Sabes que se preparaba el ataque desde hacía varios meses, que éste no era ningún misterio para nadie?

—Exacto. En los Vosgos se anunciaba que estábamos montando algo formidable en el Aisne, que Nivelle había decidido hundir el frente con su artillería. En resumen, el ataque masivo, a cara descubierta.

—¡Pues imagínate tú! Los boches también tenían artillería y divisiones. Las trajeron. Mientras nosotros hacíamos carreteras, pistas, depósitos de munición, ellos instalaban torretas blindadas para sus ametralladoras, construían atrincheramientos, subterráneos y blocaos de hormigón, plantaban nuevas redes. Tuvieron todo el tiempo del mundo para organizar su trampa. El día en que nuestras olas se desencadenaron, dieron palos de ciego. En dos horas, nuestra ofensiva fue parada en seco. En dos horas, teníamos de cincuenta mil a cien mil hombres fuera de combate. Nunca se sabrá el número exacto.

—¿Y tú, ahí dentro?

—Esperé en primera línea más de una semana el día del ataque. Las cuevas y los pueblos de los alrededores, Creutes, Marocaines, Paissy, Pargnan, etcétera, estaban atestados de tropas. Unos bonitos cañones pesados totalmente nuevos habían venido a tomar posiciones en el barranco, a trescientos metros de las trincheras. Hombres por todas partes, artillería, acarreos, una verdadera feria, vamos. Los boches dejaban hacer, pero sus aviones, que volaban muy bajo, descubrían tranquilamente todo aquel movimiento, nuestras piezas, nuestros depósitos, nuestros puntos de concentración… El 16 de abril, a las siete de la mañana, saltamos el parapeto. Al comienzo no encontramos ninguna resistencia, las primeras líneas vacías delante de nosotros. Atravesamos el resto de la planicie y bajamos al barranco alemán. Los boches habían evacuado y se habían parapetado en sus segundas líneas intactas, en las crestas siguientes. Dejaron a nuestras olas bajar la pendiente, llegar hasta el fondo. Entonces desencadenaron sus cortinas de fuego, artillería y ametralladoras. La gran ofensiva de Nivelle se rompió allí, a menos de un kilómetro de su punto de partida, sin haber establecido siquiera contacto con el enemigo.

—¿Y cómo os replegasteis vosotros?

—Por la noche.

—¿Estuvisteis todo el día encajando?

—No había manera de hacer otra cosa. Los que no estaban hechos pedazos se habían echado cuerpo a tierra en los cráteres de los obuses para escapar a las balas. No había que moverse. Habíamos ido literalmente a meternos justo en medio de un campo de tiro.

—¿Qué decía el coronel J…?

—¡No le llegaba la camisa al cuerpo! Había enviado varias veces a unos negros hacia la retaguardia para pedir refuerzos, pero no había vuelto a ver a nadie. Luego oímos ruido de granadas, los boches debían de contraatacar en los alrededores. El coronel me preguntó: «¿Conoce el sector?».

«Bastante mal, mi coronel». «¡Qué le vamos a hacer! Vaya a llevar este sobre al general». Pone a mi disposición a un gran negro para acompañarme. Pero había que cruzar esa cortina de fuegos infernal. Nos arrastramos de socavón en socavón, reptando, saltando por encima de los cadáveres…

—¿Muchos cadáveres?

—¡Alineados, amontonados! No hay más que una expresión para traducirlo: caminábamos sobre fiambres… Al fin conseguí ganar el llano sin otro contratiempo que mi equipo seccionado por una bala; pierdo mi revólver, mi careta, mis gemelos… En el llano, tomamos por los ramales hacia el puesto de mando de la división, en una cueva del barranco de Troyon. La cueva estaba llena de oficiales, y se insultaban todos, del canguelo. ¡Aquello no tenía ni pizca de gracia! Alargo mi papel, lo leen y se ponen a insultarme también a mí: «En primer lugar, ¿de dónde vienes? ¿Dónde estabas?». «Con el coronel J…, mi general». «¡Eso es mentira! El coronel J… fue hecho prisionero a las nueve de la mañana…». ¡Menudos tíos locos! «No, mi general, acabo de dejar al coronel, que teme estar cercado y me envía a pedir refuerzos». «¿Qué refuerzos? Yo no tengo ya hombres…». «Quedan algunos territoriales»[37], dice otro. «Vamos a ver…». Espero, una hora quizás… Por fin se adelanta un capitán hacia mí, con aire de sospecha: «¿Estás seguro de encontrar al coronel J…?». «Creo que sí, mi capitán». «Pues, en ese caso, llevarás el destacamento que espera en la puerta». Fuera, al mando de un ayudante, encuentro a unos cuarenta territoriales, con el rostro descompuesto, cargados de cajas de granadas. Y los pobres tipos se ponen a insultarme: «¡Cerdo artillero, so c…! ¡Podrías haberte callado! ¿Qué quieres que vayamos a hacer nosotros allí? Ése no es nuestro sitio, el de unos hombres de nuestra edad…». ¡El follón que se armó! Yo les digo: «Si no queréis venir, quedaos. Pero yo tengo que volver». Su ayudante decide: «Ve tú por delante. Yo me quedaré detrás para obligarles a ir». Partí bajo el bombardeo, a la cabeza de los cuarenta veteranos, más muertos que vivos, que gemían y se paraban a cada veinticinco metros para deliberar. Llegamos por la noche, en el momento de replegarnos.

—¿Dejasteis vuestras bajas sobre el terreno?

—Por supuesto. Eramos unos cientos de sobrevivientes, y había miles de heridos y de muertos.

—¿Y luego qué pasó?

—¡Nada, se acabó! Los boches retomaron sus antiguas posiciones, sin resistencia por nuestra parte. Si hubieran atacado en serio a su vez, nos habrían echado del Chemin des Dames, de eso no cabe ninguna duda. Se limitaron a bombardearnos duro.

—¡Un verdadero desastre!

—Ni que lo digas. Un asunto vergonzoso, una empresa para arruinar al ejército francés.

—¿Fue ese desastre, en tu opinión, el que provocó los motines?

—Sin ninguna duda. Ya conoces la pasividad de los hombres. Todos están hasta el gorro de la guerra desde hace tiempo, pero van al frente. Para que las tropas se rebelaran fue preciso que se las llevara hasta el límite.

—¡Se habló de traidores!

—No te puedo decir nada al respecto, te cuento lo que vi. Han corrido, como siempre, infinidad de rumores contradictorios. Pero yo creo que todo tiene una explicación simple. Cuando se quiso obligarlos a atacar de nuevo, los soldados se sintieron perdidos, lanzados a la carnicería por unos

incompetentes que estaban emperrados. La carne de cañón se rebeló, porque había chapoteado ya demasiado en los charcos de sangre y no veía otro medio de salvarse. La provocación fue de los jefes, de determinados jefes. Piensa que se ha fusilado a una pobre gente que había soportado ya años de miseria, y que ni un solo general ha sido juzgado. Había que haber buscado en los Estados Mayores a los responsables de la rebelión, que era la consecuencia de la masacre.

—¡Han corrido vagos rumores de que los políticos pusieron trabas a la acción militar y de que nosotros habríamos podido triunfar!

—¡No, no y no! Se dirá lo que se quiera, pero lo cierto es que la jornada del 16 de abril costó ochenta mil hombres al ejército francés. Tras semejante sangría, nadie podía plantearse seguir adelante. ¡Yo vi de demasiado cerca los efectos de la doctrina de esos locos furiosos!

—¡Todo esto no es muy alentador que digamos!

—¿Sigues creyendo que la guerra es una ocupación en la que la inteligencia tiene mucho que ver? Serías el único…

—De acuerdo. Sólo que nosotros vamos a subir al Chemin des Dames…

—No dejes que te afecte. Mira, yo he regresado. ¡Tomémonos otro trago!

En el acantonamiento discuto con dos agentes de enlace sobre cuánto durará el período de preparación que vamos a pasar en primera línea. Llega un ciclista con información muy fresca, espigada un poco por todas partes. Declara:

—No es una cuestión de tiempo, ni de que el ataque haya de tener éxito. Para ser relevados es preciso que las unidades sufran al menos el cincuenta por ciento de bajas.

Esta información supone para nosotros un mazazo. ¡La mitad de bajas! Pienso lo siguiente: estamos allí cuatro hombres, de los que ninguno tiene más de veinticinco años. Dos deben morir. ¿Quiénes? A mi pesar, busco en los otros signos de fatalidad, esos indicios que anuncian a los seres marcados por un destino trágico. Imagino sus rostros del color de la cera, pálidos, elijo en nuestro grupo a dos camaradas para hacer de ellos unos cadáveres…

Sin duda, este razonamiento puede ser, en realidad, falso y acaso podamos regresar los cuatro. Pero, ateniéndose a las cifras, es exacto.

Desde esta conversación, no puedo encontrarme en presencia de un hombre de nuestra unidad sin hacerme esta pregunta: ¿él o yo? Si quiero vivir, es menester que le condene resueltamente, que mate mentalmente a mi hermano de armas…

Es lo que se llama la guerra de desgaste.

Vamos para allí.

El regimiento atraviesa Fismes por última vez, con música a la cabeza, a paso cadencioso. Desfile macabro delante de unos civiles que están ya acostumbrados y se quedan allí sólo para ganar dinero.

De repente: «¡Presenten… armas! ¡Vista a la derecha!». En la loma hay un general con botas de

charol, la mirada intrépida, la mano en el quepis. Algo me llama la atención en aquella mano: tiene el pulgar hacia abajo, el gesto del emperador en la arena antigua…

«*¡Ave, compañero! Morituri te salutant*».

Nos vamos acercando a los estallidos. A la entrada del pueblo de Euilly hay que cruzar un canal por un puente de madera, rodeado de ruinas que son el rastro de los bombardeos. Pasamos la Estigia.

A la salida del pueblo, la carretera está llena de embudos, los más recientes de los cuales se distinguen por el color de la tierra. Estamos bajo la amenaza de un tiro que puede en cuestión de segundos venírsenos encima. No hay más remedio que avanzar rápidamente. Nos cruzamos con unas ambulancias Ford, conducidas por americanos; rechinan, hacen ruido de ferralla, parece que vayan a volcar. Salen lamentos de ellas. Las bacas, levantadas por los tumbos, descubren unos heridos lívidos, con vendajes manchados de sangre.

Una calma momentánea nos permite alcanzar sin contratiempos el pie de un gran acantilado, un pliegue avanzado del Chemin des Dames. El comandante detiene al batallón para orientarse. Pero unos que pasan nos gritan que no nos quedemos allí. Atacamos la ladera, inclinados bajo nuestras cargas, ayudándonos con las manos en los lugares donde la pista es resbaladiza.

A veinte metros de la cima, encontramos la entrada de unas cuevas inmensas, con capacidad para varios batallones. Apenas han entrado los últimos hombres, el bombardeo se desencadena con furia por encima y por debajo de nosotros. Ya era hora.

Esperamos en esa cueva de ladrones nuestro turno para subir a las trincheras. Los obuses silban delante de las salidas, día y noche.

Dos de la mañana.

Acodado sobre un tablero, delante de un farol de gas, velo al fondo del refugio. Hemos hecho el relevo hace poco. El puesto de mando del batallón está instalado en una zapa muy larga, una estrecha galería, cortada en dos ángulos rectos, a diez metros bajo tierra. En esta zapa se albergan también secciones de reserva. Todo el mundo duerme, menos los vigilantes de las salidas y yo, que estoy separado de ellos por las revueltas, las escaleras y los bultos de los soldados tumbados por el suelo, amontonados unos sobre otros, doblados, cubiertos por las sombras, inmóviles como muertos. La zapa alberga a un centenar de hombres, sobre los que habría que caminar para pasar. Siento sobre mí el peso de estos hombres, de su confianza, que me produce una impresión de soledad. Algunos se debaten en un sueño pesado, tienen sobresaltos nerviosos, lanzan gritos de angustia que me estremecen.

Mi espíritu, que vive débilmente, que vela sobre estos espíritus apagados, medita: estamos en el Chemin des Dames. Leo en un plano nombres conocidos: Cerny, Ailles, Craonne, nombres terribles… Estudio nuestra posición. Nuestras primeras líneas se encuentran, a lo sumo, a cien metros por delante de nosotros, y, detrás, no tenemos más que cincuenta metros de distancia antes del barranco, al que los alemanes tratan de lanzarnos. En la parte baja de este barranco está la llanura, hasta donde se pierde la vista, una llanura tan removida, tan desolada, que se diría un mar de arena (la he observado al venir a reconocer el puesto de mando). El enemigo ha desencadenado

últimamente violentos ataques para asegurarse definitivamente la cadena de las planicies, y estos ataques han progresado. En el punto que nosotros defendemos nos quedan ciento treinta metros de profundidad para encaramarnos a las crestas. Estamos a merced de una gran acción bien llevada. Aquí, en el fondo del refugio, si la primera línea afloja, nos veremos impotentes —con cincuenta escalones que subir—, atrapados o asfixiados por las granadas. La situación no es precisamente alegre…

Las tres… Calma absoluta…

Recibo un bastonazo en la cabeza que me hace vibrar los tímpanos, que provoca esa desazón interior que conozco demasiado. Un viento brutal me abofetea, apaga el farol de gas y me sume en una oscuridad de tumba. El machaqueo se abate, perfora sobre nosotros con furia, hace crujir los armazones de la zapa. Busco unas cerillas, vuelvo a encender el farol, con temblores de alcohólico. Arriba es el aplastamiento. El bombardeo alcanza una intensidad inaudita, adquiere una cadencia de ametralladora, regular, como una sordina sobre la que se desatan las explosiones profundas de los grandes proyectiles, con cohetes retardados, que nos buscan bajo tierra.

Mis camaradas, protegidos por el espeso talud que amortigua los sonidos, siguen sumidos en el sueño, agotados, como soldados que duermen en cualquier parte. Yo escucho, espero. Les dejo un poco más de inconsciencia, soporto solo la angustia. La violencia del tiro anuncia sin duda un ataque. ¿Cómo pueden aguantar las secciones de línea?… Habrá que batirse. ¿Batirse? Amartillo mi pistola automática.

Una fuerte detonación hace vacilar de nuevo la llama. Luego me llegan unos gritos enloquecidos desde el fondo de la sombra: «¡El gas! ¡El gas!». Entonces sacudo a los que me rodean: ¡el gas! Nos ponemos las caretas. Los hocicos de cerdo nos vuelven monstruosos y grotescos. Estamos sobre todo en un estado lamentable, la cabeza doblada sobre el pecho. Ahora, cien hombres, en esa zanja, escuchan cómo se lleva a cabo la destrucción encima de ellos, en ellos, escuchan las sugestiones del miedo que destroza los nervios. ¿Será esta vez, dentro de un instante, cuando muramos, como se muere en el frente, desgarrado?

Nos llegan otras voces:

—¡Haced correr la voz de que hay una entrada desfondada!

El torpedo ha enterrado a los dos vigilantes. Comienza el horror…

—¿Qué vigilantes?

Esperamos sus nombres, como números de una lotería fúnebre. Es preciso ponerse a trabajar inmediatamente para sacar los cuerpos.

El comandante ocupa un nicho lateral, una pequeña cabina subterránea, que comparte con su ordenanza. Se le oye preguntar:

—¿Qué coño pasa?

—No lo sé, mi comandante.

—Enviad a los agentes de enlace.

Unos hombres retroceden bruscamente, se ocultan, unos hombres que tiemblan. El ayudante se enfada:

—¡El enlace, vamos, deprisa!

Los mismos hombres reaparecen con rostros de espanto.

—Id a las compañías, en pareja.

—¡Se nos van a cargar sin falta!

—Esperad cerca de la entrada a que esto se calme un poco —deja caer.

Van a apostarse.

¡Las ametralladoras!… Las ametralladoras tabletean. El ruido de las terribles máquinas domina a todas las demás, produce cortes en el bombardeo… Guardamos silencio, con el corazón en un puño: es ahora cuando empieza la partida…

—¿Han vuelto los agentes de enlace?

—Aún no, mi comandante.

—¡Que manden a otros!

—¡Está loco!

Dos hombres pálidos se alejan lentamente, encorvados. El brigada levanta el dedo, aguza el oído:

—¡Se diría que esto afloja!

Sí…, en efecto. El bombardeo disminuye. Las ráfagas suceden al fragor. Pero, en ese sector desconocido, no podemos sacar ninguna conclusión.

Se oye a alguien precipitarse escaleras abajo. Dos agentes de enlace vuelven, chorreantes de sudor, los ojos de mirada vaga. Informan al comandante:

—Los boches han salido delante de la Novena. Se los ha parado.

—¿Han sufrido mucho daño las compañías?

—Bastante, mi comandante. Han caído varios obuses en la trinchera. Piden a los camilleros.

—¿Han alcanzado a Larcher?

—No, mi comandante. Dice que no corre peligro por el momento y que, si los boches vuelven, se les recibirá.

¡Salvados, por esta vez! Llegan los estadillos de bajas: once hombres fuera de combate en la Novena y siete en la Décima.

Hacia las nueve, aprovechando una tregua, el capitán ayudante mayor del comandante va a visitar el sector. En su ausencia, se reanuda el bombardeo. Le traen herido, al parecer de gravedad. El médico militar del batallón viene a vendarle, y se lo llevan. La serie de desgracias continúa… Nos quedamos con el comandante. De sus medidas dependerá nuestra suerte. Su actitud en los sectores tranquilos era más que prudente, hacía sonreír. Es quizá un bien: no nos comprometerá en acciones temerarias.

El bombardeo prosigue, al ralentí.

Esta segunda noche he tenido que ir al avituallamiento, a la punta del barranco de Troyon, y vuelvo cargado de chuscos dentro de una lona de tienda. Un racimo de torpedos nos sorprende justo delante de la entrada del refugio. Al resplandor de un cohete, reconocemos a Frondet, de guardia, que se santigua en el momento de las explosiones, como una vieja durante la tormenta. Al precipitarse hacia las escaleras, mis camaradas ríen. Pienso: «¡Reza, intercede, recupérate como puedas, pobre

abuelo!». Frondet, de treinta y tres años, es un hombre bien educado que ocupaba en el extranjero un puesto importante en la industria, y ha conservado hasta ahora sus buenos modales. Sufre sin quejarse de la promiscuidad que impone la guerra y de la tosquedad de sus compañeros. Pero su compasión, que es conocida, no le salva del miedo. Determinados días parece un anciano. Y tiene ese rostro surcado de arrugas, esos ojos tristes, esa sonrisa desesperada de aquéllos a quienes corroe una idea fija. Cuando el miedo se vuelve crónico, hace del individuo una especie de monomaniaco. Los soldados llaman a este estado «la negra». En realidad, es una neurastenia consecutiva a un agotamiento nervioso. Muchos hombres, sin saberlo, son unos enfermos, y su estado febril los lleva tanto al rechazo de la obediencia, al abandono del puesto, como a temeridades funestas. Determinados actos de valor no tienen otro origen.

Frondet se aferra a la fe, a la oración, pero he comprendido a menudo, ante la conmovedora humildad de su mirada, que no sacaba de ello un consuelo suficiente. Le compadezco en secreto.

Vivimos desde hace dos días apretados unos contra otros, en esa zanja en la que el aire está viciado por los alientos, los sudores resecos, que huele a agrio y a orina.

Varias veces al día se desencadenan furiosos bombardeos, sin causa aparente. Su amenaza pesa sobre nosotros y no nos deja estar nunca tranquilos. Nos tememos siempre un ataque, vernos obligados a salir para sostener una lucha desesperada, oír gritar en alemán en las salidas o estallar granadas en las escaleras. No vemos nada, dependemos absolutamente de las compañías que se baten delante de nosotros.

Los alemanes no se han dejado ver más. Pero, a la menor inquietud, en ese frente donde los combatientes están nerviosos, en guardia, las líneas piden la artillería, que escupe al primer cohete e inflama al punto una extensa zona. La alerta se propaga como un reguero de pólvora. En cuestión de minutos, la erupción recubre una parte de las mesetas. Nunca reina una calma absoluta, los torpedos no cesan jamás su pesado trabajo, tan funesto para los nervios, y caen un poco por todas partes. El número de víctimas aumenta.

El comandante ni siquiera ha reconocido su sector y no sale de su cabina. A excepción del ayudante que recibe sus órdenes, nadie le ha visto. Se alivia en una marmita, que el ordenanza va a vaciar sobre el parapeto. Le preparan sus comidas con una lámpara de alcohol, y debe de pasar la mayor parte del tiempo tumbado en su litera. Ha perdido toda dignidad, ni siquiera salva las apariencias. Demasiado sabemos lo que nos pasa a nosotros para juzgarle con excesiva severidad, pero estamos indignados porque expone inútilmente a su enlace. Despacha a los correos de dos en dos bajo los obuses y lanza a los equipos uno tras otro, sin dar tiempo a los primeros a cumplir su misión. Estos hombres no pueden traer ninguna información importante, y los jefes de las unidades serían los primeros en pedir ayuda si la necesitaran. Tenemos la impresión de que nuestro comandante, que no está a la altura de sus funciones, nos haría matar estúpidamente a todos, que el miedo le enloquece, sin privarle de los derechos que le conceden sus galones. Consideramos que nuestro batallón no tiene ya jefe, lo que acaba por desorientarnos. Felizmente, conocemos el valor, las agallas de los tres comandantes de compañía, que saben enjuiciar una situación y permanecen de

pie, en medio de sus hombres, en la trinchera. Los tenientes Larcher, de la Novena, y Marennes, de la Décima, ambos de unos veintiséis años de edad, rivalizan en intrepidez. El primero está siempre en el sitio más expuesto de su sector. El segundo informa a los correos, se sienta sobre el parapeto para observar las posiciones alemanas. En cuanto al capitán Antonelli, de la Undécima, se pone hecho una furia en la acción, que le llevaría sin duda a la primera línea de un contraataque, y, mayor en edad que los otros dos, no querría mostrarse inferior a ellos. Los tres son capaces de dejarse matar antes que entregar su trinchera y animan a sus hombres. Ellos suplen la incapacidad del jefe del batallón, reciben sus órdenes con desprecio y se ponen de acuerdo respecto a las medidas que hay que tomar. Nosotros contamos con ellos.

Se ha descubierto, en una zapa de primera línea, los cadáveres de algunos de los hombres del batallón que nosotros relevamos. Se supone que estos hombres han muerto de asfixia, tras haber inhalado gases.

Tengo en mis manos una pequeña Kodak de bolsillo, encontrada encima de uno de ellos. Me dan ganas de quedármela porque este aparato pertenecía al subteniente F. V… (me entero así de su muerte), al que conocí un poco en la facultad, donde estudiaba letras. Pero pienso que mi gesto sería mal interpretado. Devuelvo la Kodak al montón de los despojos, aunque dudo que llegue a los parientes. Otros tendrán quizá menos escrúpulos que yo, sin la excusa del recuerdo.

Más tarde, meto el aparato debajo de los otros objetos. No es que siga despertando mi codicia. Pero me recuerda a su propietario. F.V… inspiraba las más grandes esperanzas, y esta muerte es conmovedora porque ha golpeado, a cien metros de aquí, a un ser al que estaba unido antes de la guerra. La muerte de quienes hemos conocido en la guerra, por triste que sea, no tiene la misma significación, las mismas resonancias.

Nuestra artillería pesada procede a unos tiros metódicos de destrucción, a razón de un obús cada cinco minutos. Impacta demasiado cerca: los 155 y los 220 caen en nuestras líneas casi invariablemente. Un sargento es proyectado por los aires, tenemos heridos. No faltan motivos para creer que durante los bombardeos recibimos los obuses de los nuestros. Constantemente acuden hombres, profiriendo insultos para pedir que se haga un tiro más largo. Nosotros multiplicamos los mensajes y las señales. No sirve de nada. Un subteniente viene a nuestro encuentro, indignado:

—¡Es una vergüenza! ¿Dónde están los oficiales de artillería pesada? No hemos visto en ningún momento a ninguno, y no podemos hacer nada más.

—¡Menuda panda de asquerosos! ¡Temen mancharse las botas! ¡Su cuero no vale más que el nuestro!

Se van, con lágrimas de rabia. El tiro prosigue, regular, estúpido, abrumador. Esta prueba, al menos, debería ahorrárseles a los hombres de la trinchera.

Un dolor extraño me despierta.

Estoy acostado, con las piernas encogidas, en un estrecho refuerzo, bajo una tabla que sostiene papeles, mapas, equipos. Estoy acostado en la sombra, olvidado, sobre una pila de sacos terreros que se encontraban allí.

Tengo esta primera noción, instantánea: el bombardeo ruge con furia. La segunda me viene del dolor, que se localiza y me espanta. Pero no es nada…, no hay que perder la cabeza…, ya se pasará. Sin embargo, he de rendirme a la evidencia: *tengo cólicos*. Tendré que salir. ¿Salir?… Arriba, aquello es un infierno. El refugio se ve sacudido por el mar de fondo de los grandes proyectiles y cruje, como un navio en la tempestad. El rumor del fuego graneado llega mediante tufaradas… ¡No puedo salir!

Es un drama oscuro, un drama ridículo, en el que tal vez me vaya la vida… Mis entrañas fermentan, se hinchan, ejercen un empuje que va a hacer ceder los músculos. Mi cuerpo me traiciona… ¡Vamos, hay que ir!… ¿Arriba?… Pienso en las letrinas, cerca de la salida donde caen los torpedos. Imagino la noche estridente, cegadora, las llamaradas de fuego, los roncos soplos que se perciben una décima de segundo antes de la llama… ¡No puedo, no puedo ir! Vamos, uno no se juega la vida por un simple cólico, se controla. ¡No, sería demasiado necio!

Solo, con las rodillas encogidas, las manos apretadas sobre el vientre, los ojos cerrados, lucho con todas mis fuerzas, sobrehumanamente. Me retuerzo, transpiro y ahogo mis lamentos. No he aguantado nada peor en mi vida. Y se prolonga… ¿Aguantaré? Debo, quiero aguantar…

«¡Pero ve, pues!». Me veo volver simplemente, una vez hecha la cosa, volver liberado, intacto y orgulloso, como tras una hazaña (¿acaso no sería una?). Me veo, el rostro tranquilo, la carne apaciguada, pensando: bastaba con atreverse… «¡Pero sabes perfectamente que no irás!». No, no iré…

Este bombardeo no acabará nunca…

Me debilito. Los anillos musculares se distienden, las válvulas van a saltar. Mis articulaciones están anudadas por el esfuerzo, como por un acceso de reumatismo. ¡No puedo seguir más aquí!

Me distiendo lentamente, me incorporo, atravieso esta lúgubre cripta, con el cuerpo doblado, aguantando ese vientre de plomo que hace flaquear mis piernas, tanteando las paredes y buscando un espacio, entre los hombres tumbados, para poner mis pies. Me detengo varias veces, pataleando en el sitio, para resistir a un ataque más violento.

Tras la parte central, cuando se ha doblado a la derecha, se inicia una larga pendiente que sube a la superficie. Aspiro el aire más fresco, pero acre, y los estallidos se tornan más secos. Se distingue el gluglú de los 210 que van a lo lejos y las aceleraciones de caída de los que se precipitan en el barranco. Breves ráfagas de ametralladoras. Débiles chirridos que deben de ser de granadas. El ariete de los torpedos y sus lentas explosiones de minas en una cantera…

Bruscamente, un fulgor, que parece llegar por un tragaluz, ilumina el refugio e indica la entrada, el final del túnel a quince metros. Luego es una luz extraña de claro de luna, el tiempo de un cohete luminoso. Esta visión me deja parado, en la sombra, y titubeo como un paciente en la puerta del

dentista. Me parece que estoy mejor. Sí, estoy mejor, he hecho bien en andar… Pero los retortijones se reanudan. Sigo avanzando un poco y choco, en la noche, con los dos vigilantes, que han entrado para refugiarse.

—¿Adónde vas?

—A las letrinas.

—¡No es momento de ir a hacer tus necesidades! Si no, escucha. En este rincón no paran de darnos.

—Sí…, ¿tú crees?

Me acuclillo sobre una caja. Los resplandores tan próximos me infunden fuerzas renovadas para resistir. Los vigilantes prosiguen:

—Puedes estar seguro de que los boches han localizado el lugar en las fotos de la aviación. ¡Cómo atacan los cabrones! Es una idiotez dejar a hombres fuera, pues no se ve nada. Hay explosiones por todas partes, uno no sabe ya dónde están las primeras líneas.

Los lanzamientos se vuelven más espaciados, más escasos. Voy a probar suerte.

—Prepárate —me dicen los otros—. ¡Vamos, rápido!

Salgo, desabrochado, inclinado. Encuentro la tabla y me agacho, con los ojos cerrados. Todas mis facultades están concentradas en mis oídos, encargados de detectar el peligro, de seleccionar los sonidos.

Vuuuuuuu… Doy un brinco, con el pantalón cogido con las manos, hasta la entrada. El torpedo estalla muy cerca, la ventolera silba por encima de mí, las esquirlas se incrustan en la tierra.

—¿No te han alcanzado? —exclaman los vigilantes, inquietos.

—No —digo yo, entrando.

—¡Ya te digo yo que te lo corta! ¡Es jodido no tener tranquilidad ni para eso!

He de volver… Espero de nuevo. La noche pierde su claridad, su sonoridad. El estruendo se espacia, se reparte. Aprovechemos. La segunda sentada es más prolongada, ningún proyectil me molesta.

Vuelvo al refugio y me quedo con los vigilantes, agotado, preparándome para sufrir un nuevo ataque del mal burlón. Tengo el cuerpo vacío y débil, el fresco de la mañana me hace tiritar. Acabo de sufrir en vano, ridículamente.

Los otros se quejan:

—¿Es que van a dejarnos mucho más tiempo aquí?

Mucho más tiempo, me temo. Es decir, algunos días. Pero los días se hacen interminables en este sector de condenados a muerte, a los que sólo el azar puede perdonar la vida.

La furia de la artillería no hace sino ir en aumento. Día y noche, ya no tenemos ningún descanso moral. Día y noche, los picos enloquecidos ahondan sobre nosotros, cada vez más profundamente. Día y noche, los proyectiles se ensañan con ese trozo de terreno que debemos defender. Comprendemos que se prepara un ataque, que es necesario un desenlace a toda esta furia. Comprendemos que dos estados mayores han entablado en estas planicies una lucha que pone en

juego su vanidad y su reputación militar, que de esta conquista dependen el ascenso de uno y la desgracia del otro, que este ensañamiento, que no es sino desesperación entre los soldados, es cálculo ambicioso de algunos generales alemanes, que cada día miden sobre un mapa cuántos centímetros los separan aún de ese objetivo que tienen el orgullo de alcanzar, que están indignados por el estancamiento que nosotros les imponemos y lo achacan a la falta de valor de sus tropas. Comprendemos que son necesarios, por uno y otro bando, muertos y más muertos para que el que ha tomado la iniciativa de la batalla se espante de las bajas y cese su empuje. Pero sabemos que hacen falta verdaderamente muchas víctimas para asustar a un general, y el que se obstina delante de nosotros no está aún próximo a renunciar.

Las grandes ofensivas del frente, calmadas por todas partes, dejan disponible una enorme cantidad de material que hace muy mortíferas las acciones locales. Desde Verdún, el bombardeo intensivo de la artillería se ha convertido en el método corriente. El menor ataque se ve precedido por un machaqueo que tiene por finalidad nivelar las defensas adversarias, diezmar y aterrorizar a las guarniciones. Con un buen reglaje de estos tiros, hay hombres que salvan la piel sólo porque es imposible lanzar obuses por todas partes. Los que han logrado salir con vida están dominados por una especie de locura.

No conozco efecto moral comparable al que provoca el bombardeo en el fondo de un refugio. La seguridad se paga allí con una sacudida, un desgaste de los nervios que son terribles. No conozco nada más deprimente que ese sordo martilleo que le acosa a uno bajo tierra, que le mantiene hundido en una galería maloliente que puede convertirse en la propia tumba. Para subir a la superficie, se requiere un esfuerzo del que la voluntad se vuelve incapaz si no se ha superado esa aprensión desde un principio. Hay que luchar contra el miedo desde los primeros síntomas, si no se cae presa de su hechizo, y entonces uno está perdido, se ve arrastrado a una debacle que la imaginación precipita con sus espantosas invenciones. Los centros nerviosos, una vez trastornados, mandan a contratiempo y traicionan incluso el instinto de conservación por medio de sus decisiones absurdas. El colmo del horror, que se añade a esta depresión, es que el miedo deja al hombre la facultad de juzgarse. Éste se ve en el grado extremo de la ignominia y no puede levantarse, justificarse a sus propios ojos.

Yo estoy en ello…

He caído al fondo del abismo de mí mismo, al fondo de las mazmorras donde se oculta lo más secreto del alma, y es una cloaca inmunda, una tiniebla viscosa. Esto era yo sin saberlo, esto soy: un tipo que tiene miedo, un miedo insuperable, un miedo a implorar, que resulta aplastante… Sería preciso, para que yo saliera, que se me obligara a ello a golpes. Pero creo que aceptaría morir aquí para no verme forzado a subir los escalones… Tengo miedo hasta el punto de no aferrarme ya a la vida. Por otra parte, me desprecio. Contaba con mi autoestima para sostenerme y la he perdido. ¿Cómo podría seguir mostrando seguridad, sabiendo lo que sé de mí, querer destacar, brillar, después de lo que he descubierto? Tal vez engañase a los demás, pero sabría perfectamente que miento y esta comedia me repugna. Pienso en Charlet, que me inspiraba compasión en el hospital. Yo he caído tan bajo como él.

Ya no como, tengo el estómago encogido y todo me da asco. Sólo tomo café y fumo. Ya no sé, en esta noche perpetua, cómo transcurren los días. Permanezco delante de mi tablero, inclinado sobre

unos papeles; escribo, dibujo y velo una parte de las noches para asegurar una permanencia. Unos hombres, a los que prefiero no ver, me empujan al pasar, y unos heridos gritan en el rincón donde se los deposita provisionalmente. Me enfrasco en tareas inútiles. Pero no escucho más que los obuses, y mi temblor interior responde al gran temblor del Chemin des Dames.

Creo que si tuviese la suficiente voluntad para salir y atravesar la cortina de fuegos, me liberaría de esta obsesión, como una vacuna muy peligrosa inmuniza por un tiempo a los que la soportan. Pero carezco de esta voluntad, y si la sintiera en mí, no estaría tan abrumado. Luego habría que volver a hacerlo cada día.

He interrumpido incluso las funciones de mi cuerpo: ya no siento la necesidad imperiosa de ir a las letrinas. Paso las horas de descanso en mi rincón, oculto a las miradas, escuchando los ruidos del exterior, y recibo en el pecho todos los impactos del bombardeo. Tengo vergüenza de esta bestia enferma, de esta bestia echada en que me he convertido, pero todos los resortes se han roto. Tengo un miedo abyecto. Es para escupirme a mí mismo.

He encontrado una botella vacía debajo de los sacos terreros de mi camastro, un frasco con su tapón, y mi cobardía se ha alegrado por ello. Periódicamente, me vuelvo de lado y meo dentro de la botella, a chorritos, para que nadie sorprenda mi manejo inconfesable. Mi preocupación durante el día no es otra que vaciar lentamente la orina, hacerla absorber por la tierra, ¡ah, soy un cerdo!

La muerte sería preferible a este degradante suplicio… Sí, si esto fuera a durar mucho tiempo más, preferiría morir.

Mi espíritu me atormenta:

—¡Eres tan cobarde como el comandante!

—Pero no soy comandante…

—¿Y si lo fueras?

—Se impondría el amor propio, creo.

—¿Y qué haces con tu amor propio de soldado?

—No lo he comprometido libremente. Y no siento la obligación de dar ejemplo.

—¿Y tu dignidad, cabo?

—¿A qué vienen todas estas preguntas?

—A que la guerra está en estas preguntas, en este conflicto interior. ¡Cuanto más capaz eres de pensar, más debes sufrir!

A la miseria física se suma la miseria moral, que mina al hombre y le disminuye: «Elige entre el envilecimiento y los obuses».

Hay que sufrir ambos…

CONFIDENCIAL

Documentos adjuntos: una orden de operaciones y un plan.

Del coronel Bail, comandante del poj R. I. para el jefe de batallón Tranquard, comandante

del tercer batallón del 903.

El jefe de batallón Tranquard tomará inmediatamente las medidas para atacar. Dos compañías participarán en el ataque. La compañía de reserva será concentrada en la trinchera de Franconia, lista para reforzar las tropas de asalto.

Objetivo: la trinchera de los Casques, del punto A al punto B, indicados en el plano.

Hora H: 5.15 horas.

Las unidades deberán estar en el sitio a las 4.30 horas. La preparación de la artillería comenzará a las 5 horas.

El jefe de batallón Tranquard se adaptará a las medidas detalladas en la orden de operaciones en lo concerniente a los enlaces laterales, las señales, el suministro de municiones, la evacuación de los heridos, etcétera. Pero tomará todas las medidas que pudieran exigirle la naturaleza del terreno o circunstancias especiales, medidas que considere que pueden contribuir al éxito de la operación.

El jefe de batallón Tranquard mantendrá al coronel al corriente de los preparativos y le confirmará a las 4.30 horas, mediante las señales convenidas, que su unidad está lista para entrar en acción.

El coronel comandante del 903 R.I.

BAIL

Y de puño y letra del coronel: «Se trata de ganar el trozo, la División de Infantería, lo considera de suma importancia. Cuento para ello con el tercer batallón».

Son las diez de la noche. Inclinados, leemos por encima del hombro del ayudante el siniestro documento que el comandante acaba de comunicarle.

La sentencia de muerte, la sentencia de muerte para muchos… Nos miramos, y nuestras miradas delatan nuestro desamparo. Nos falta el valor de decir una palabra. Los agentes de enlace se retiran, encargados de difundir la trágica noticia.

Ésta no tarda en correr a lo largo del subterráneo, despierta a los durmientes, anima la sombra de cuchicheos, endereza los cuerpos tumbados, que tienen sobresaltos de moribundos.

—¡Atacamos!

Luego hay un pesado silencio. Los hombres vuelven a caer en la inmovilidad, se refugian en la oscuridad para hacer muecas de dolor.

Todos permanecen estupefactos, anonadados, con un nudo de angustia en la garganta: ¡atacamos! Cada uno se aísla con sus presentimientos, su desesperación, se tranquiliza, fuerza a su carne indignada, rebelada, lucha contra las visiones espantosas, contra los cadáveres… Da comienzo la velada fúnebre.

—¡Rápido, las órdenes!

Escribo. Escribo lo que me dicta el brigada, palabras que preparan la matanza de mis camaradas, quizá la mía. Me parece que me convierto en cómplice de esta decisión. Calco así varios planos para los comandantes de compañía, sobre los que trazo, con lápiz rojo, una raya que delimita el objetivo. Como un oficial de estado mayor… Pero yo estoy metido en el ajo…

Parten las órdenes. Ya nada ocupa mi mente. Afronto la hora H. También para nosotros la jornada será dura, habrá sin duda que salir adelante.

Se va a atacar: se va a morir. ¿Daría yo mi vida por la trinchera de los Casques? ¡No! ¿Y los otros? ¡Tampoco! Y sin embargo decenas de hombres van a entregar su vida, a la fuerza. Cientos de hombres, que tanto desean no batirse, van a atacar.

No tenemos ya ilusiones sobre el combate… Una sola esperanza me sostiene: ¡tal vez no esté obligado a batirme, una esperanza vergonzosa, una esperanza de hombre!

Consigo dormir un poco.

El ayudante de batallón se reúne con nosotros, y adivinamos en su aire incómodo que se trata de algo serio.

—¡El enlace también va! —declara rápidamente.

—¿Estás loco? —responde uno de sus compatriotas, que le tutea.

—Lo ha decidido el comandante.

—¡Qué cerdo! ¿Y de qué servirá?

—¿Vamos todos?

—No, una mitad irá con las compañías. La otra mitad se quedará aquí para llevar las órdenes. ¿Cuántos sois?

—Sin incluir los señaleros, los ciclistas y los ordenanzas, somos ocho hombres disponibles.

—¿Quién quiere ir con las compañías?

Nadie responde. El ayudante nos divide entonces en dos grupos. Pero en el momento de señalar, de condenar, siente ocho miradas clavadas sobre él. Baja la cabeza, no puede tomar la decisión.

—¿Queréis que lo echemos a suertes?

Nada que objetar. Aceptamos. Corta dos trozos de papel, de desigual longitud, y los esconde detrás de su espalda.

—¿Qué decidimos? El corto va a la línea, el largo se queda aquí. ¿De acuerdo?

—Sí.

Presenta a Frondet dos hojas delgadas que sobresalen de su puño cerrado. Nos fijamos todos en ese puño que encierra nuestros destinos, cuatro vidas. Frondet adelanta la mano, duda…

La explosión de un torpedo, que cae sobre el refugio, agacha la llama del farol de gas. Nos estremecemos. Frondet retrocede bruscamente:

—¡Saca tú! —me dice.

Yo arranco un papel que los de mi grupo miran estupefactos: es el corto. Al abrir la mano, el brigada nos lo confirma. Hay un instante penoso para todos.

—¡Bueno, asunto concluido! —digo con un aire tan indiferente como es posible y esa sonrisita que quiere decir: ¡a mí ya me da igual!

Los afortunados se alejan, por pudor. A fin de no ser testigos de nuestros pobres esfuerzos por conservar una actitud firme. A fin de evitarnos el espectáculo cruel de su satisfacción.

Mis tres camaradas son Frondet, Ricci y Pasquino. Intuyo que están resentidos conmigo porque he sacado el número malo. Fanfarroneo una vez más, tanto con ellos como con el ayudante que observa

el dominio de nosotros mismos:

—Ya veréis como todo irá bien. Hemos salido de otras, ¿no?

Nadie se llama a engaño respecto a este aplomo, y yo voy a agazaparme en mi rincón para pensar en mí, para desfallecer a mis anchas.

Son las tres de la mañana. No tardaremos en abandonar el refugio. Me ocupo de mi equipo, de poner el máximo de probabilidades de mi lado. Sé que la libertad de movimiento es de suma importancia. Como estamos en verano, decido dejar aquí mi capote y mi segundo zurrón. Caminaré con mi zurrón de los víveres, mi cantimplora llena de café, mi careta y mi pistola. La pistola es la mejor arma para el combate de cerca. La mía contiene siete balas y tengo un cargador de recambio en mi bolsillo izquierdo. Enfrentarse a un alemán no me espanta mayormente: es un duelo en el que entran la habilidad y la astucia. Pero el bombardeo, el tiro de la cortina de fuegos, las ametralladoras…

Por si acaso, cogeré unas granadas en la trinchera. No me gustan las granadas. Sin embargo…

¡Pero no es posible que esté ocurriendo algo así!… ¡Ah! Mi paquete de vendas…

Ahora, a mi alrededor, los hombres se equipan igualmente, con exclamaciones violentas, en un entrechocar de objetos y de armas.

De repente, el comandante, venido de no se sabe dónde, que transforma en una realidad inmediata esa obsesión que nos horroriza, pone fin a las últimas demoras:

—¡Afuera!

Frondet se encuentra mi lado, muy pálido; tenemos que marchar juntos. La fila nos atrapa y nos arrastra con una irresistible fuerza de multitud. Al subir la escalera, me doy con la pierna derecha contra una caja de granadas. Tengo un momento de vacilación, un parón, provocado por el dolor.

—¿Qué, tienes el canguelo? —gruñe una voz detrás de mí, y me empuja con esa brutalidad fruto de la rebelión y que da a los soldados una apariencia de valor.

Ésta grosería me ofende. Respondo:

—¡Cierra el pico, imbécil!

La disputa me hace bien, la ira me estimula un poco.

Afuera.

La noche que muere sigue iluminada por cohetes, gélidos resplandores que nos deslumbran y nos dejan acto seguido un turbio caos. Nuestra atención se ve ocupada por la marcha, la acción. Es tan fuerte la costumbre, está tan bien organizada la esclavitud, que nos dirigimos en buen orden, dócilmente, al único lugar del mundo donde no quisiéramos ir, con una precipitación maquinal.

Llegamos rápidamente a primera línea. Frondet y yo vamos a presentarnos al teniente Larcher, que manda la novena. Desde el fondo de su refugio, nos responde:

—Quedaos ahí, en la trinchera, con mi enlace.

Despunta el día, ilumina tristemente esos campos silenciosos, deslucidos y devastados, donde todo es destrucción y podredumbre, ilumina a esos hombres lívidos y taciturnos, cubiertos de harapos fangosos y sangrantes, que tiemblan con el frío de la mañana, con el frío de su alma, esos asaltantes aterrorizados que suplican al tiempo para que se detenga.

Tomamos aguardiente, de un gusto insulso como sangre, ardiente en el estómago como un ácido.

Es un infecto cloroformo para anestesiarnos el espíritu, que sufre el suplicio de la aprensión, esperando el de los cuerpos, la autopsia en vivo, los bisturíes mellados de hierro colado.

4.40 horas. Esos minutos que preceden al bombardeo son los últimos de la vida para muchos de nosotros. Nos tememos, al mirarnos, adivinar ya las víctimas. En cuestión de instantes, unos hombres estarán desgarrados, tendidos, serán unos fiambres, objetos repulsivos o indiferentes, sembrados en todos los cráteres de obús, pisoteados, cuyos bolsillos se vacían y a quienes se entierra a toda prisa. Sin embargo, queremos vivir…

Uno de mis vecinos nos invita a unos pitillos, insiste para que vaciemos la cajetilla. Queremos rehusar:

—¿Y tú? ¡Guárdatelos!

Nos responde obstinadamente, con unos hipos de moribundo:

—¡Se me cargarán!

—¡No seas memo!

Cogemos los cigarrillos, que nos fumamos febrilmente, antes de lo inevitable. Toda retirada nos está cortada.

Algunos torpedos estallan detrás de nosotros. Tabletean unas ametralladoras, pican balas en el parapeto que hemos de salvar.

Tenemos nuestro porvenir delante de nosotros, en ese suelo roturado y estéril por el que vamos a correr, con el pecho y el vientre ofrecidos…

Esperamos la hora H, que se nos ponga en la cruz, abandonados de Dios, condenados por los hombres.

¡Desertar! Ya no estamos a tiempo…

—¡Estoy herido!

Un obús acaba de estallar, a mi derecha. He recibido en la cabeza un golpe que me ha dejado aturdido. He retirado ensangrentada la mano que me había llevado al rostro, y no me atrevo a tomar conciencia de la importancia del desastre. Debo de tener un agujero en la mejilla…

Estoy rodeado de silbidos, de estallidos, de humo. Unos soldados me empujan gritando, con la locura pintada en los ojos, y veo un reguero de sangre. Pero no pienso más que en mí, en mi desgracia, la cabeza inclinada hacia delante, las manos contra el talud, en la postura de un hombre que vomita. No siento dolor.

Algo se separa de mí y cae a mis pies: un fragmento de carne roja y fofa. ¿Es carne mía? Mi mano sube con horror, duda, comienza por el cuello, el maxilar… Aprieto los dientes, siento moverse los músculos… Nada. Entonces comprendo: el obús ha despedazado a un hombre y me ha pegado en la mejilla esa cataplasma humana. Me estremezco de asco. Escupo en mi mano y me seco en la guerrera. Escupo en mi pañuelo y froto mi rostro viscoso.

Truenan las artillerías, aplastan, destripan, aterran. Todo ruge, estalla y vacila. El azul ha desaparecido. Estamos en el centro de un torbellino monstruoso, lienzos de cielo se abaten y nos recubren de cascotes, hay cometas que entrechocan y se pulverizan con resplandores de cortocircuito.

Estamos atrapados en un fin del mundo. La tierra es un inmueble en llamas, cuyas salidas están clausuradas. Vamos a asarnos en este infierno…

El cuerpo gime, babea y se mancha de vergüenza. El pensamiento se humilla, implora a las potencias crueles, las fuerzas demoníacas. El cerebro despavorido zumba débilmente. Somos gusanos que se retuercen para escapar a la reja.

Toda degradación se ha consumado, ha sido aceptada. Ser hombre es el colmo del horror.

Que se nos deje huir, deshonrados, viles, pero huir, huir… ¿Sigo siendo yo? ¿Soy yo esa gelatina, ese charco humano? ¿Es que estoy vivo?

—¡Atención, vamos a salir!

Los hombres, pálidos, privados de razón, se incorporan un poco, calan su bayoneta al fusil. Los suboficiales se arrancan recomendaciones de la garganta, como sollozos.

—¡Frondet!

A mi camarada le castañetean los dientes, innoblemente; ¡es mi viva imagen! El teniente Larcher está en medio de nosotros, crispado, aferrado a su graduación, a su amor propio. Trepa al banquillo de tiro, reloj en mano, se vuelve:

—Atención, muchachos, vamos para allá…

Los segundos supremos, antes del salto en el vacío, antes de la hoguera.

—¡Adelante!

La línea ondula, los hombres se izan. Repetimos el grito: «¡Adelante!» con todas nuestras fuerzas, como una llamada de socorro. Nos precipitamos detrás de nuestro grito, en la desbandada del ataque…

De pie en la llanura.

La impresión de estar de repente desnudo, la impresión de que ya no hay protección.

Una inmensidad rugiente, un océano oscuro de olas de tierra y de fuego, de nubes químicas que sofocan. Por allí en medio, objetos usuales, familiares, un fusil, una escudilla, unas cartucheras, una estaca, de una presencia inexplicable en esta zona irreal.

¡Nuestra vida a cara o cruz! Una especie de inconsciencia. El pensamiento deja de funcionar, de comprender. El alma se disocia del cuerpo, lo acompaña como un ángel custodio impotente, que llora. El cuerpo parece suspendido de un hilo, como un títere. Contraído, se apresura y tropieza sobre sus blandas piernecitas. Los ojos no distinguen más que los detalles inmediatos del terreno y la acción de correr absorbe todas las facultades.

Caen unos hombres, se abren, se dividen, se esparcen en pedazos. No nos alcanzan las esquirlas, nos dominan unas tibias ondas expansivas. Se oyen los impactos de los disparos en *los otros*, sus gritos estrangulados. Cada uno piensa en su propio pellejo. Corremos, cercados. El miedo actúa ahora como un resorte, duplica los medios de la bestia, la suelve insensible.

Una ametralladora hace su ruido exasperante a la izquierda. ¿Adónde ir? ¡Adelante! Allí está la salvación. Atacamos para conquistar un refugio. La máquina humana está desencadenada, sólo se detendrá si es destruida.

Algunos instantes de locura.

A ras del suelo, vemos llamas, fusiles, hombres. Ver hombres nos hace montar en cólera. Nuestro

miedo, en ese instante, se transforma en odio, en deseo de matar.

—¡Los boches! ¡Los boches!

Llegamos. Los alemanes gesticulan. Abandonan su trinchera y se largan oblicuamente hacia un ramal. Algunos encarnizados siguen disparando. Percibo a uno, amenazador.

—¡Cerdo! ¡Te mataré!

Unos saltos de tigre, una flexibilidad, una precisión de gestos admirables. Salto dentro de la trinchera al lado del alemán, que me planta cara. Levanta un brazo, o los dos, ya no sé, ni con qué intención. Mi cuerpo lanzado embiste, con el casco por delante, con una fuerza irresistible, contra el vientre del hombre de gris, que cae hacia atrás. Aún sobre su vientre, salto, con los talones juntos, con todo mi peso. Se afloja, cede debajo de mí, como una bestia a la que se aplasta. Sólo entonces pienso en mi revólver…

Delante de mí, un segundo alemán, boquiabierto de miedo, con las manos abiertas a la altura de los hombros. ¡Bien! Se rinde, dejémosle tranquilo. Tal vez no hubiera tenido que hacer daño al otro, pero me ha apuntado cuando yo no estaba más que a veinte metros, ¡el muy idiota! ¡Y todo ha pasado tan rápido!

Miro fijamente al prisionero, calmada súbitamente mi rabia, sin saber qué hacer. En ese momento, una bayoneta, lanzada violentamente desde la llanura, le atraviesa la garganta, se hinca en la pared del ramal, dando la culata del fusil en el parapeto. Uno de nuestros hombres sigue al arma. El alemán permanece momentáneamente parado, con las rodillas flexionadas, la boca abierta, la lengua colgando, obstruyendo la trinchera. Es espantoso. El que yo he pisoteado lanza unos gruñidos. Le paso por encima, sin mirarle, y me largo más lejos.

Aullando, nuestra ola ha invadido la trinchera. Los peludos son parecidos a fieras enjauladas. El grandullón Chassignole grita:

—¡Ahí hay un hombre! ¡Dale a ése!

Otro me coge por un brazo, se me lleva y me dice con orgullo, mostrándome un cadáver:

—¡*Mira al mío*!

Es la reacción. El exceso de angustia nos ha producido esta alegría feroz. El miedo nos ha vuelto crueles. Teníamos necesidad de matar para tranquilizarnos y vengarnos. Sin embargo, los alemanes que han escapado a los primeros golpes saldrán de ésta indemnes. No podemos ensañarnos con estos enemigos desarmados. Nos ocupamos de reunidos. De una zapa, donde pensaban morir, salen una veintena que farfullan: «*Kamerad*!». Observamos su tez verde, de hombres espantados, y mate, de gente mal nutrida, sus miradas huidizas de animales habituados al maltrato, su excesiva sumisión. Los nuestros los empujan un poco, ahora sin maldad, con el asombrado orgullo de los vencedores. Naturalmente, se les cachea. Sentimos un cierto desprecio por esos enemigos lamentables, un desprecio que los protege:

—¡Así son los boches!

—¡Se la hemos dado con queso!

Los peludos se apresuran, se lanzan en busca de un botín para calmar su sobreexcitación. Nos esperábamos más resistencia y nuestra furia deja de repente de tener objeto.

El teniente Larcher pasa por la trinchera y da órdenes a los sargentos:

—Montad inmediatamente unas aspilleras y puestos de vigilancia. Hay que estar preparados para recibir el contraataque.

—¡Que vengan siempre que quieran esos c…!

El éxito nos ha infundido seguridad, una gran fuerza. Sentimos una extraordinaria elasticidad, nacida de nuestro deseo de vivir, y la voluntad feroz de defendernos. La verdad es que, allí, en pleno día, con la sangre bien caliente, no les tememos a otros hombres.

Nuestra artillería zumba terriblemente delante de nosotros para anular las reacciones del enemigo. La artillería alemana no ha reducido su tiro y continúa machacando nuestras posiciones de partida. Estamos en una zona tranquila. Aprovechamos para organizamos. Nuestro ardor decae poco a poco, nuestro arrojo se disipa como un sopor de borracho, retorna la inquietud por el futuro. Los hombres reclaman el relevo, puesto que han hecho lo que se esperaba de ellos. Confiamos que por la noche se nos retire de aquí. Pero, antes de la noche, pueden pasar muchas cosas.

Las artillerías, cansadas, han cesado paulatinamente su fuego y el enemigo no se ha dejado ver. Aprovechamos la calma momentánea para conducir a los prisioneros a la retaguardia. Somos cuatro para escoltar a unos cincuenta, que no oponen ninguna resistencia y parecen, por el contrario, muy satisfechos de ese desenlace, muy urgidos por estar definitivamente a buen resguardo. Ningún ramal enlaza la trinchera conquistada con nuestras posiciones. Tenemos que tomar por la llanura, a la vista de los alemanes, pero estamos protegidos por los suyos, sobre los que no dispararán. Esta seguridad nos permite mirar a nuestro alrededor.

Sobre esta tierra aún humeante, algunos de los nuestros, que han cobrado conciencia de la realidad con el dolor, están tendidos y lanzan sus quejidos animales. Llaman para que no se les deje morir solos, en esa llanura que el sol baña ahora con sus tibios rayos, que fulgen alegremente para los hombres intactos y felices. Pero no se podrá socorrerlos hasta la noche. Los menos afectados se arrastran sobre sus miembros rotos con esa energía de la desesperación que imprimen el horror del campo de batalla y la falta de auxilio. Uno, en un cráter de obús, acaba de cortar con su cuchillo los últimos jirones de carne que retienen su pie, que le trababa al agarrarse a las asperezas del terreno. Nos lo llevamos con nosotros. Los que están gravemente heridos tienen las manos crispadas sobre la desgarradura por la que se les va la vida en una fuente de sangre, repasan su destino tras sus ojos cerrados y se debaten en la bruma invasora de la agonía. Otros, por último, están aplastados, calmados, carecen ya de importancia: muertos, simples medallas de identidad que se descolgará de su muñeca para elaborar unas listas. También vemos miembros dispersos, un brazo, una pierna, que tienen la inercia de los objetos. Ha rodado una cabeza con una risa sarcástica. Buscamos maquinalmente un cuerpo para juntarlo a ella en nuestra imaginación.

A veinte metros de nuestra trinchera, hacemos seña a los prisioneros de que levanten a algunos heridos, a los que transportan. Ésos al menos se salvarán si les queda aún vida bastante. Unos obuses comienzan a estallar de nuevo en nuestros parajes.

En el puesto de mando reina la agitación, la confusión de los momentos serios. Es un ir y venir de agentes de enlace, de camilleros y de oficiales, un intercambio de noticias contradictorias, fatales o

brillantes, que tienen su origen en una palabra, que un hombre enloquecido ha lanzado corriendo y que la inquietud general ha desvirtuado y exagerado inmediatamente. La zapa está invadida por una unidad de refuerzo, destacada de otro batallón, que el temor a intervenir en la batalla vuelve muy ruidosa. Nos abrimos un pasadizo entre este gentío. Nos hacen la pregunta que se formula siempre a quienes vienen de fuera:

—¿Muchos muertos?

Llegamos hasta el ayudante, al que entregamos el informe del teniente Larcher y el estadillo de bajas: una cuarta parte de los efectivos. Reconocemos la voz del comandante, que no ha abandonado su covacha; telefonea para comunicar nuestro éxito, *su* éxito. Reencontramos a nuestros camaradas. Nos informan de la muerte de Ricci, y vemos en un rincón a Pasquino, totalmente alelado, al que una conmoción ha enmudecido. Llora nerviosamente, emite por la laringe unos velados sonidos aflautados, con grandes gestos que describen su espanto, como un idiota.

Pedimos llevar nosotros mismos a los alemanes hasta el coronel. Nos es concedido. Con Frondet, volvemos a salir rápidamente, arrastrando a Pasquino, que se quedará en el puesto de sanidad. Tras haber confiado los heridos a los camilleros, tomamos el gran ramal de la contrapendiente. Llegan unos torpedos sobre la planicie y unas esquirlas silban por encima de nosotros. Los prisioneros se echan cuerpo a tierra y se empujan con exclamaciones guturales. Les obligamos a caminar tranquilamente. No queremos mostrar nuestro miedo delante de ellos, tanto menos cuanto que envidiamos su suerte: ellos han terminado su guerra y estarán mejor alimentados con nosotros de lo que estaban con los suyos. Por otra parte, nos sabemos en un ángulo muerto, y poco vulnerables.

Las ráfagas se multiplican. Obuses 210 baten metódicamente el barranco y las vías de acceso; el enemigo quiere cortar nuestras comunicaciones.

Por fin llegamos al puesto de mando del coronel. Hacemos entrar a los prisioneros en la cueva, donde se ven al punto rodeados de curiosos, y nos vamos a avisar a un suboficial de su llegada. Luego nos apresuramos a desaparecer, a fin de que no se nos confíe una misión que nos obligaría a volver a partir inmediatamente bajo el bombardeo, que se intensifica. Nuestra intención es ganar tiempo, el mayor tiempo posible.

Damos con el rincón donde acampan los ciclistas, los ordenanzas y los cocineros del Estado Mayor. Nos preguntan, nos hacen comer y beber, nos ofrecen cigarrillos; nos colman de atenciones para ganarse el perdón por la seguridad de la que se benefician. A su lado, nos entumecemos. Escuchamos los obuses que hacen un ruido lejano por encima de la gruesa bóveda que nos protege: volver a subir allí arriba nos espanta horriblemente. Pasan dos horas entre vacilaciones, en espera de una mejoría, y, varias veces, tras llegar cerca de la salida, retrocedemos. La cueva está atestada de hombres como nosotros, que han encontrado aquí un resguardo y retrasan el momento de exponerse de nuevo. Se les reconoce por su aire inquieto.

Sin embargo expira el plazo más allá del cual no tendríamos ninguna excusa. Bruscamente, nos lanzamos fuera, hacia delante, corriendo.

—¡Joder, qué pepinazo!

El fuego graneado acaba de abatirse sobre la superficie del suelo, nos acorrala al fondo de la zapa del batallón, hace crujir las junturas del refugio y lo atraviesa de corrientes de un aire cálido que huelen a pólvora. Los faroles de gas se apagan, las voces tiemblan. Luego el bombardeo nos impone silencio, lo domina todo, devasta… Los alemanes van probablemente a contraatacar…

Con Frondet, estamos ocultos en un rincón oscuro, lejos del ayudante, confundidos con los hombres de la compañía. Nos escondemos, no queremos que se nos descubra, y, si oímos que nos llaman, no responderemos. ¡Ya basta! Ya hemos hecho suficiente por hoy. No queremos salir más, atravesar la planicie bajo las cortinas de fuegos, confiar en un nuevo milagro para salvar nuestra vida. Nos tapamos los rostros, aparentamos dormir. Pero escuchamos con todas nuestras fuerzas, con desesperación, con terror, lo que sucede por encima de nosotros, ¡enloquecidos! Ahí arriba es como la carga de una manada de elefantes que pisotean y trituran. Los obuses son los dueños. Tenemos miedo, miedo…

«Y así siempre, siempre… ¡No nos libraremos!».

Un impacto en una salida. Unos heridos dan alaridos, alaridos…

El ayudante ha tardado demasiado en transmitir las consignas. Cuando dejamos el puesto de mando del batallón, hace bastante rato que las compañías han sido relevadas; es la hora en que la artillería se anima.

Felizmente, la claridad de la noche favorece nuestra marcha. Somos unos quince hombres, el enlace al completo, que se apresura lo más posible. Oímos detonaciones en la llanura, nuestras baterías comienzan a zumbar, los alemanes no van a tardar en responder.

El ramal desemboca al fondo de la barranca y tomamos por una carretera que conduce al cruce de caminos del *Caserón*, un rincón desaconsejable. Las explosiones se multiplican y la noche se ve surcada de silbidos suavísimos, que se alejan.

—¡Los 75 no paran!

Caminamos silenciosamente. La bruma que se arrastra por el estrecho valle atenúa los sonidos. Sin embargo, estoy atento a las trayectorias que se perciben en torno a nosotros. No tardo en distinguir unos silbidos sospechosos: llegadas que acaban con el blando ruido de los obuses de gas. Nadie lo sospecha aún, y, si yo lo anunciara, se burlarían de mí. Pero me mantengo en guardia.

—¡Cuerpo a tierra!

Nos lanzamos a la cuneta. Unas vagonetas aéreas descarrilan y dejan caer su cargamento de explosivos. La barranca resuena, las esquirlas acribillan la noche. Otros convoyes de 150 entran en la estación y vuelcan. El cruce de caminos por el que tenemos que pasar es un volcán. Hay que esperar. Los maullidos de los obuses de gas se infiltran por los intersticios del fragor.

Silencio. Unos segundos de silencio, dos minutos de silencio… Nos lanzamos en medio de este silencio como por una pasarela que está a punto de romperse. A nuestro resuello le cuesta seguirnos, comienza a quedarse atrás, con roncos quejidos.

El cruce de caminos, la granja, el olor a pólvora, los cráteres de los obuses recientes y humeantes…

—¡Todos a la carretera!

—¡No nos quedemos aquí!

En ese instante, si el jefe de la batería enemiga ordenara hacer fuego, moriríamos. Corremos por la carretera que discurre detrás de las posiciones y que conduce al canal. Los obuses estallan insidiosamente a nuestra derecha.

—¡Al campo!

Saltamos más abajo. Los 150 llegan al suelo al mismo tiempo que lo hacemos nosotros, en dirección de la granja. Las explosiones son seguidas de gritos.

—¿Está todo el mundo aquí?

—Sí, sí, sí… ¡Un, dos, tres, cuatro, cinco…, catorce!

¡Bien! Los hombres heridos no son de los nuestros, que los otros se las apañen…

—¡Hemos pasado por los pelos!

—¡Cuidado!

Los dos segundos de angustia, de contracción, que preceden a la posible muerte. Los rayos nos pasan rozando, se dispersan. Contacto: el corazón, la respiración se recobran.

—¡Cuidado!

La onda expansiva de los monstruos nos aplasta contra el suelo, las deflagraciones aspiran el cerebro, nos vacían la cabeza.

—¡Ah, qué m…!

—Menuda putada que te hieran por culpa de un idiota. Hace tiempo que hubieran ten…

—¡Cuidado!

La ráfaga, roja, impacta muy cerca.

—Aaaaaah… Me han herido…

—¿Quién es?

—Gérard —responde una voz.

Vuuuuu… Rrrran… Rrrran-Rrrrrran…

—¡Otra vez!

Rrrrran-rrrran-rrrran… Rrrrrran…

—¡Nos van a hacer picadillo, larguémonos, Dios santo!

—¡Sí, sí, larguémonos!

—Gérard, ¿puedes andar?

—Sí.

La loca carrera, la huida, interrumpida por caídas cuando llegan los obuses. Estamos cercados por las detonaciones, a descubierto en la carretera. ¡Zas! Una esquirla golpea en un casco… Nada de pensar: correr. Toda la voluntad concentrada en los pulmones.

Ss-vrrrauf… Un resplandor terrible… ¡Ya está, esta vez!… ¡Yo, yo!… No tengo nada… ¡Pero hay seguramente muertos!… Tres segundos de meditación individual. Luego una voz demudada, desconocida, grita:

—¡Deteneos, deteneos!

—¿Hay heridos?

—¡Sí, delante de mí!

—¿Quién es?

—¡No lo sé!

—¡Mira, cojones!

—¿Quién tiene una linterna?

—¡Yo!

Ilumino, me adelanto, inundo el suelo. ¡Horrible! Un cuerpo tendido, una cabeza rota, medio vacía, los sesos como una espuma rosa.

—¡Un muerto!

—¿No hay heridos?

—No.

—¡Adelante, adelante!

Al límite de las fuerzas físicas. Ya ni nos echamos al suelo. Las ráfagas nos hostigan como latigazos. Corremos, corremos, con las venas pulsándonos, las retinas enrojecidas por el esfuerzo, hasta el agotamiento.

—¡Alto!

Nos hemos distanciado del bombardeo. Tumbados, recuperamos fuerzas.

Zzziu-plaf… Zzziu-plaf… Zzziu-zzziu-plaf-plaf… Los obuses de gas se acercan, y los 150 parecen también volver. Nos ponemos de nuevo en marcha. La carretera desciende ligeramente. La hondonada está cubierta de una bruma inquietante, que huele mal.

—¡Las caretas!

Estas hacen nuestra marcha muy penosa. Un vaho oscurece los cristales, respiramos con extrema dificultad un aire caliente y enrarecido, y nuestro paso se demora.

Vuuuuuu… Las granadas rompedoras se reanudan, nos encuadran. Nos arrancamos las caretas y nos largamos respirando la niebla envenenada. Pero no es más que un paso. La carretera vuelve a ascender y la bruma se disipa. Los obuses se espacian finalmente.

Los más cargados comienzan a rezagarse. El peligro se aleja. Nos espaldonamos contra un talud elevado que nos protege de las últimas esquirlas.

—¡Ah, bien decías que sería un jodido relevo!

Respondemos con unas risas nerviosas, unas risas de alienados. A propósito, ¿quién es el muerto?

—¡Parmentier!

¡Parmentier, sí, Parmentier! ¡Pobre tipo!

Las risas se reanudan, a nuestro pesar…

De madrugada, desembocamos en un pueblo. Gérard, cuya herida en el hombro no parece grave, nos deja para dirigirse al puesto de sanidad. Luego el ayudante se aleja, en busca del comandante y de los camilleros. Nos quedamos en el sitio, cerca de una fuente.

—¡Cómo machacan! —dice Mourier, el agente de enlace de las ametralladoras—, voy a tratar de

dar con uno de transportes.

—¡Una maldita bala es lo que encontrarás!

—¡No lo creo!

Se va. Apenas ha dado algunos pasos, con las manos en los bolsillos se cruza con un oficial de gendarmería a caballo. No se digna mirarle.

—Eh, ¿es que no se saluda? —exclama el oficial haciendo encabritarse a su cabalgadura.

Oímos a Mourier, furioso, que responde, antes de perderse en una manzana de casas en ruinas:

—¡Allí de donde nosotros venimos no se saluda más que a los muertos!

IV
En el aisne

Una vida sin examen no es vida.

SÓCRATES

Hemos pasado un largo mes en desplazamientos.

En el estado mayor del batallón disfrutamos del privilegio de dejar nuestras mochilas en los vehículos del tren de combate. Algunos incluso, entre los que me cuento, han reemplazado su fusil por una pistola, se han liberado a la vez de la bayoneta y de las cartucheras. Aunque este uniforme no sea reglamentario, nos lo toleran, y nos costaría volver a encontrar nuestros respectivos fusiles, misteriosamente desaparecidos. Probablemente tenemos una parte de responsabilidad en dicha desaparición, pero es un punto que nunca se aclarará. Después de años de guerra, estamos convencidos de una cosa: el fusil no sirve para nada a gente como nosotros, cuya misión consiste en correr por los ramales de trinchera con la preocupación constante de evitar los encuentros inopinados con el enemigo. Tiene, por el contrario, inconvenientes serios: el cuidado que exige su culata y su cañón, su peso, su deslizamiento del hombro. Algunos también van armados de un mosquetón, arma bastante cómoda que se lleva terciada. La manera en que hemos conseguido unas armas de nuestro gusto sigue estando poco clara. En suma, hemos adaptado nuestro armamento «a las necesidades de la guerra moderna», la cual consiste en escapar a los ingenios, y nuestra elección es fruto de la experiencia. Es en estas decisiones en las que se reconoce la tan ponderada iniciativa del soldado francés, mediante la cual suple las insuficiencias del reglamento en lo que a los ejércitos en campaña se refiere.

Así equipados según nuestra fantasía, con los zurrones al costado, la manta en torno al cuello, y bastón en mano, las marchas se convierten para nosotros en una manera de hacer turismo. Los que están interesados en el paisaje pueden darse el gusto de descubrir vastos panoramas, un recodo de carretera pintoresco, un lago profundo y de aguas cristalinas en la depresión de un valle, pastos de un verde de balaustrada recién pintada, las lindes de abedules que alegran un parque, una vieja vivienda con los hierros forjados herrumbrosos, de postigos oscilantes, pero que conserva su nobleza en su decrepitud, como una gran dama decadente. Las mañanas son deliciosas, teñidas de un vapor azul, y, cuando al disiparse la bruma descubre las lejanías, se enrojecen. Unos campanarios puntiagudos destellan de repente y el gallo, en lo alto, se calienta al sol. Todos estamos sorprendidos por el nuevo acantonamiento en el que pasamos la noche, por un pueblo que explorar, del que hay que descubrir lo que ofrece en tiendas de comestibles, tabernas, paja, madera y mujeres, si nos quedamos un tiempo. Pero las mujeres escasean y las innumerables codicias de que son objeto se perjudican unas a otras. El exceso de deseos protege su virtud, cuyos afortunados beneficiarios son la mayoría de las veces hombres de los servicios de retaguardia que han sentado su real en el pueblo.

Formamos un pequeño destacamento a la cabeza del batallón, detrás del comandante a caballo, al que preceden unos ciclistas. La carretera comienza delante de nosotros, vacía y clara. Al cruzar entre

las aglomeraciones somos los primeros en percatarnos de una bonita muchacha que aparece en un umbral. Mis camaradas, casi todos meridionales, la saludan con esta exclamación que es preciso acentuar:

Vé, dé viannde![38] que expresa bien a las claras que sus aspiraciones no conciernen precisamente al alma de la joven.

Detrás de nosotros, los hombres de las compañías sufren bajo el peso de las mochilas, los fusiles ametralladores y las cartucheras llenas. Piden a las canciones de ruta el olvido de su cansancio. El regimiento, tras haber sido reclutado en Niza, Tolón, Marsella, etcétera, ha conservado sus tradiciones locales, pese a la incorporación de nuevos elementos venidos de todos los rincones del país. Una tonadilla goza de especial favor. Celebra los encantos de una tal Thérésina, acogedora con la pobre gente. Una copla loa cada parte de su magnífico cuerpo. Se ha guardado para el final el mejor bocado, que es casi el mismo que los entendidos aprecian en volatería. Entonces las voces se engolan, se multiplican, y la canción termina con esta apoteosis:

Bella c… nassa,
Quá Thérèsina,
Bella c… nassa,
Per faré l'amoré.
Thérèsina, mia bella,
Per faré l'amoré.
Thérèsina, mia bella,
Per fa-ré l'a-mo-ré!

La evocación de la encantadora Thérésina, medio nizarda, medio italiana, nos ha ayudado a salvar muchas pendientes, muchas duras etapas, como si la posesión de esta Venus militar hubiera tenido que recompensar nuestros esfuerzos.

Los soldados del Sur son muy expresivos. Durante los altos en el camino, en las inmediaciones de los acantonamientos, se interpelan de una fracción a otra y se insultan amigablemente en su dialecto colorista. Oímos: *«Oh! Barrachini, commen ti va, lou mió amiqué?». «Ta máre la pétan! Qué fas aqui?». «Lou capitani ma couyonna fan dé pute!». «Vai, vai, bravé, bayou-miounacigaréta!». «Québao pitchine qué fas!»*[39].

En primera línea de fuego, donde se teme que los alemanes capten al micrófono nuestras comunicaciones telefónicas, este dialecto sirve de lenguaje cifrado. Recuerdo haber oído a nuestro ayudante anunciar así un bombardeo sobre nuestro sector:

—Lou Proussiane nous mondata bi bomba!

No lo entiendo todo. Pero me gusta esa lengua sonora, que recuerda las regiones de sol, su optimismo y su indolencia, y da a las narraciones un sabor particular. A veces tengo la impresión, en un campamento de barracas, de encontrarme mezclado con unos exóticos pueblos primitivos. Estas gentes sienten en el Norte una impresión de exilio y declaran: «Hemos venido a batirnos por los otros. El atacado no era nuestro país». Llaman su país a las riberas del Mediterráneo, y no están

inquietos por sus fronteras. Se asombran de que se pueda disputar con encarnizamiento unas regiones frías, cubiertas de nieve y de brumas por espacio de seis meses.

Sin embargo, hacen como los demás ese oficio de soldados al que se nos obliga, simplemente con más ruido y juramentos. Son unos tipos para los que las relaciones son fáciles.

La división mutilada ha ido a recuperarse por las carreteras y en los rincones tranquilos. Los sobrevivientes se han traído del Chemin des Dames un puñado de anécdotas que embellecen y transforman poco a poco en hechos de armas. Descartado todo peligro inminente, los más simples olvidan sus temblores, su desesperación y muestran un orgullo ingenuo. Los pobres hombres que palidecían bajo los obuses, y volverán a palidecer a la primera acción, forjan la leyenda, preparan a Homero, sin comprender que su vanidad, que no tiene más alimento que la guerra, va a sumarse a las tradiciones de heroísmo y de bellos combates caballerescos de los que tan a menudo se burlan. Si se les preguntara: «¿Tienes miedo?», muchos lo negarían. En la retaguardia, vuelven a hablar de coraje, son víctimas de esta futilidad, les gusta asombrar a los civiles con el relato de los horrores de que han sido testigos, exagerando su sangre fría. Se entregan a la alegría de haber escapado a las matanzas, no quieren pensar que se preparan otras, que esa vida que han salvado en los últimos combates se verá nuevamente comprometida. Viven en el presente, comen y beben. Se engañan con estas palabras:

—¡No hay que preocuparse!

Se ha procedido al reparto de las recompensas, con las injusticias acostumbradas. Hombres como los tenientes Larcher y Marennes, por ejemplo, a quienes el batallón ha debido su solidez, apenas si han sido distinguidos. Cuando un batallón se ha comportado ejemplarmente, primero se condecora al jefe, y, si éste no designa entre sus subordinados a los que han hecho méritos, el escalafón superior los ignora. Ahora bien, el comandante Tranquard nos dejó desde nuestro primer descanso, sin despedirse de nadie, ni poner en orden los asuntos de su unidad, «como un cagueta», decían. Los hombres de la vanguardia se baten sin testigos, sin árbitros que registren sus actos de valor, en medio de una gran confusión. Son los únicos que pueden otorgarse la estima. Es esto lo que hace ridículas tantas proclamaciones y vergonzosas tantas distinciones. Conocemos las reputaciones usurpadas, que gozan de crédito, sin embargo, en la retaguardia. Esta igualdad en los honores y esta desigualdad en los peligros desacreditan las cruces. En cuanto a los galones de reenganche, no tardan en convertirse en atributos ridículos, de los que hemos desembarazado hace tiempo nuestras mangas. No tienen ya ningún interés más que para la gente que vive en las ciudades de la zona de los ejércitos y que quiere hacerse la ilusión cuando está de permiso. Para nosotros, el frente es la trinchera.

Nos hemos paseado por los Vosgos. Hemos vuelto a ver los bosques solemnes y los puertos de montaña silenciosos. Hemos llegado hasta el Schlucht, enfrente de Munster. Al pie del gran Hohneck, en la cumbre cubierta de nieve que había resistido al verano, nos alojamos en unos barracones apartados. En este aburrido valle, sólo nos inquietaban los obuses de las baterías antiaéreas, que

volvían a caer sobre nosotros. Algunos vencedores de las últimas acciones han sido así tontamente heridos.

Tras la ofensiva de Pétain, hemos vuelto al Chemin des Dames, conquistado por fin, en la región de Vauxaillon, a la izquierda del molino de Laffaux. Debido a nuestro avance, el sector no estaba aún organizado. Unos senderos llevaban al puesto de mando del batallón, instalado en una casita en la ladera de un collado, y el enlace se resguardaba en unas ruinas.

Yo me acostaba, en compañía de Frondet, en un estrecho pasillo donde estábamos cerca de un 150 no estallado que había atravesado el muro. Se accedía a las primeras líneas por una carretera general. En la planicie, divisábamos un pueblo disimulado por unos árboles, y las posiciones alemanas estaban diseminadas por el campo intacto y fértil.

Como no recibíamos obuses más que en las cocinas, a la hora de la distribución, ocupábamos nuestro tiempo libre en visitar las antiguas posiciones enemigas, puestas patas arriba por un bombardeo que duró varios días. En el *Mont des Singes*, había gran cantidad de cadáveres alemanes, amoratados, tumefactos, en avanzado estado de descomposición. En actitudes gesticulantes y terribles, horrendos, eran presa de los gusanos que les salían por las ventanillas de la nariz, de la boca, a modo de una papilla que hubieran vomitado al morir. Con las órbitas ya roídas, las manos oscuras, muy empequeñecidas, crispadas sobre la tierra, estaban a la espera de recibir sepultura. Pese al olor, los soldados más atrevidos, los más ávidos de ganancias, seguían rebuscando en ellos, pero en vano. Estos desgraciados habían sido despojados una primera vez por los vencedores, como lo atestiguaban sus guerreras abiertas y sus bolsillos vueltos del revés; todos los trofeos habían desaparecido. No había, en este pillaje de sus despojos, ningún odio, sino el apetito de botín, tradicional en la guerra, hasta el punto de constituir el verdadero móvil de ella, que no es posible satisfacer más que con los muertos y ello en muy raras ocasiones.

Estos cadáveres nos demostraron al menos que el enemigo sufría también considerables bajas, y no habíamos tenido muy a menudo ocasión de comprobarlo. Luego se indicó su presencia al servicio sanitario, y dejamos de ir a ver a esos conquistadores putrefactos, con las faldriqueras vacías.

Henos aquí en otro sector, y parece que, esta vez, será por bastante tiempo.

A nuestra derecha se encuentra el pueblecito de Coucy, rematado de un recio castillo de redondas torres. A nuestra izquierda, comienza el ejército inglés que defiende el sector de Barisis. El batallón de reserva ocupa una vasta cueva, una *creute*[40], cuyas entradas se inician en contrapendiente, en la ladera de una meseta. A nuestros pies, un valle, campos, un bosque, y, en la parte trasera, un canal. Alternamos en línea, entre dos sectores que no están devastados, sino recubiertos de hierbajos.

Los soldados han retomado sus funciones monótonas: centinelas y zapadores. Se espacia cada vez más a los hombres, se saca el máximo partido de los efectivos, se multiplican las horas de guardia. Mientras que determinados regimientos sólo suben a las trincheras para atacar y no se quedan en ellas, el nuestro únicamente las abandona para desplazarse. En general, nuestras bajas son más escasas, pero el trabajo de los hombres es fatigoso. Tras dos semanas en primera línea, los batallones regresan a la posición de reserva que sirve de descanso. Por la noche, unos destacamentos parten a hacer servicios de fatigas, pero por el día los hombres se quedan en la cueva casi desocupados y matan el tiempo jugando a las cartas, cincelando ojivas de obús, durmiendo, cosiendo

o escribiendo.

Pasan los días, todos iguales, en medio del aburrimiento. Los obuses siempre causan alguna que otra víctima. Los comunicados no anuncian nada destacado y comprendemos que no hay razón para el cese de las hostilidades.

Por la mañana, el suelo está endurecido, una delgada capa de hielo recubre los charcos de agua, y las hojas de los árboles, caídas desde hace tiempo, crujen bajo nuestros pasos. Ha llegado el invierno, es preciso organizarse para pasarlo lo mejor posible. «¡Otro invierno más!», dicen los hombres con desesperación. Hacen el balance de esos cuatro años de guerra. Han visto morir a muchos camaradas, han estado a punto de perecer ellos mismos varias veces, y sin embargo los Aliados no han logrado todavía una gran operación que haya hecho vacilar la línea enemiga o liberado una porción importante del territorio. Los combates de 1915 no proporcionaron más que ventajas locales, a un precio excesivamente alto, sin alcance estratégico. En Verdún, nos defendimos, la batalla del Somme no condujo a nada, y nuestra ofensiva de abril pasado fue una acción criminal que todo el ejército condenó. Seguíamos de lejos la rebelión de nuestros hermanos y nuestros ánimos estaban con ellos: las insubordinaciones fueron una protesta humana. Se nos pidió demasiado, se ha hecho de nuestro sacrificio un excesivo mal uso. Comprendemos que es la docilidad de las masas, nuestra docilidad, la que hace posible tales horrores… Ignoramos los planes de operaciones, pero somos testigos de las batallas y estamos en condiciones de juzgar.

El porvenir parece sin salida. Todos los días caen hombres. Cada día el convencimiento de nuestra suerte disminuye. Hay aún en las secciones algunos veteranos que llevan ahí desde el comienzo, que apenas si han abandonado el frente. Algunos se creen inmunizados, invulnerables, pero son escasos. La mayoría, por el contrario, consideran que esta suerte que les ha mantenido con vida terminará por cambiar. Cuantas más veces ha escapado un hombre, más tiene la impresión de que su turno está cerca. Cuando cree pasado el peligro se ve dominado por un terror retrospectivo, como el que palidece tras haber estado al borde de un grave accidente. Todos tenemos un capital de suerte (así queremos creerlo), del que a fuerza de usarlo no quedará nada. Sin duda esto no se rige por una ley y todo descansa en un cálculo de probabilidades. Pero, ante la injusticia de la fatalidad, nos aferramos a nuestra estrella, nos refugiamos en un optimismo absurdo, y debemos olvidar que es un sinsentido, so pena de sufrir. Aunque hemos podido comprobar que no existe la predestinación, no tenemos sin embargo más sostén que esta idea.

Todo aquí se concierta para matar. La tierra está lista para recibirnos, los disparos, prestos para alcanzarnos, los puntos de caída están fijados en el espacio y en el tiempo, como están fijadas las trayectorias de nuestro destino que nos conducirá infaliblemente al lugar del encuentro. Y sin embargo queremos vivir y nuestra fuerza moral es empleada únicamente en acallar la razón. Sabemos perfectamente que la muerte no inmortaliza a un ser en la memoria de los vivos, sino que lisa y llanamente lo suprime.

Las mañanas rosas, los crepúsculos silenciosos, los mediodías cálidos son simples trampas. La alegría nos es tendida como una emboscada. Como se siente henchido de plenitud física, un hombre asoma la cabeza por encima de la trinchera, y una bala le mata. Un bombardeo de varias horas no causará más que algunas víctimas, y un solo obús, disparado por simple inercia, por distracción, cae

en medio de una sección y la aniquila. Un soldado ha regresado de Verdún, después de días de pesadilla, y, en el ejercicio, una granada estalla en su mano, le arranca el brazo, le abre el pecho.

El horror de la guerra radica en esta inquietud que nos corroe. Su horror está en la duración, en la incesante repetición de los peligros. La guerra es una amenaza perpetua. «No sabemos ni la hora ni el lugar». Pero sí sabemos que el lugar existe y que la hora llegará. Es insensato esperar que escaparemos siempre.

Por eso es terrible pensar en ello. Por eso los hombres más toscos, los más ilógicos son los más fuertes. No me refiero a los jefes: éstos desempeñan un papel, fieles al compromiso contraído. Ellos tienen satisfacciones de vanidad y más comodidades (y sin embargo algunos flaquean). ¡Pero los soldados! He observado que los más valientes son los de imaginación y de sensibilidad más romas. Lo cual es explicable. Si los hombres de un puesto avanzado no hubieran sido acostumbrados, ya por la vida, a la resignación, a la obediencia pasiva de los miserables, huirían. Y si los defensores de un puesto avanzado fueran todos unos nerviosos y unos intelectuales, la guerra dejaría de ser posible muy pronto.

Los de la vanguardia son unos primos. Lo sospechan. Pero su impotencia para pensar largamente, su costumbre de ser multitud y de seguir, los mantiene aquí. El hombre de la aspillera está atrapado entre dos fuerzas. Enfrente, el ejército enemigo. Detrás de él, la cortina de fuegos de los gendarmes, el encadenamiento de las jerarquías y de las ambiciones, sostenidos por el empuje moral del país, que vive con un concepto de la guerra de un siglo atrás y que exclama: «¡Hasta el final!». Del otro lado, la retaguardia responde: «*Nach París*!». Entre estas dos fuerzas, el soldado, tanto francés como alemán, no puede avanzar ni retroceder. Por eso, ese grito que se eleva a veces de las trincheras alemanas, *«Kamerad Franzose!»*[41], es probablemente sincero. El fritz se siente más próximo al peludo que a su mariscal de campo. Y el peludo se siente más cerca del fritz, debido a la miseria común, que de la gente de Compiégne. Aunque nuestros uniformes sean distintos, somos todos proletarios del deber y del honor, mineros que trabajan en unos pozos disputados, pero ante todo mineros, con el mismo salario, y que corren el riesgo de los mismos escapes de grisú.

Sucede que, durante un día tranquilo en el que luce el sol, dos combatientes enemigos, en el mismo lugar, en el mismo instante, asoman la cabeza por encima de la trinchera y se ven, a treinta metros. El soldado de azul y el soldado de gris se aseguran prudentemente su mutua lealtad, luego esbozan una sonrisa y se miran no sin asombro, como para preguntarse: «¿Qué c… hacemos aquí?». Es la pregunta que se hacen los dos ejércitos.

En un rincón del sector de los Vosgos, una sección vivía en buenos términos con el enemigo. Cada bando se dedicaba a sus ocupaciones sin esconderse y saludaba cordialmente al bando adversario. Todo el mundo tomaba el aire libremente y los proyectiles consistían en chuscos y paquetes de tabaco. Una o dos veces al día, un alemán anunciaba: «*Offizier*!», para señalar una ronda de sus jefes. Lo que quería decir: «¡Cuidado! Tal vez nos veamos obligados a mandaros algunas granadas». Avisaron incluso de un golpe de mano y la información se reveló exacta. Luego la cosa se puso más fea. La retaguardia ordenó una investigación. Se habló de traición, de consejo de guerra, y unos suboficiales fueron degradados. Parecía que se temiera que los soldados se pusiesen de acuerdo para poner fin a las hostilidades, en las mismas barbas de los generales. Parece que este desenlace

habría sido monstruoso.

No es necesario que el odio se apacigüe. Tal es la orden. Pese a todo, el nuestro carece de ardor…

16 de febrero de 1918

... Desde hace veinticuatro horas los boches se han mostrado muy agresivos. Habían planeado imprudentemente raptar a algunos de nuestros hombres. Para preparar este nuevo golpe, nos bombardearon intensamente. Primero la pasada noche, cosa que fue una torpeza, pues nos encabronaron al obligarnos a levantarnos. Han vuelto a empezar esta mañana y han intentado hace un rato una operación que ha fracasado. No hemos visto siquiera la punta de su nariz. Delante de nuestras líneas cultivamos planteles de alambradas muy tupidos. Es probable que esta vegetación artificial haya detenido a los merodeadores. Por otra parte, nuestra artillería les ha devuelto sus cortesías con una amabilidad y una generosidad muy francesas.

Esta tarde, la gente de enfrente parecía haber renunciado a sus malvados propósitos. Deben de empezar a comprender que el camino de París es muy accidentado, y que, para dirigirse a él, hubieran hecho mejor tomando el itinerario de Cook que la vía romana de los conquistadores.

Hay un poco de destrozo. Los demoledores de catedrales nos han hundido un refugio. Por suerte, estaba vacío. Añadiremos también esto a la factura.

Anteayer les derribamos un avión. Habíamos seguido las peripecias del combate, que comenzó muy alto y cuyos últimos disparos se intercambiaron a ciento cincuenta metros por encima de nosotros. Nuestro aparato de caza, revoloteando en torno al biplaza alemán, lo obligó a aterrizar en nuestras líneas, resultando el observador muerto y el piloto herido. Unos hombres se precipitaron hacia él y nos trajeron al arcángel malo en una camilla. El comandante le interrogó sin lograr sacarle gran cosa. Le quitaron las botas para vendarle y tenía uno de sus pies desnudo. Observamos sobre todo que este pie estaba muy limpio, con las uñas cortadas con esmero. Nos hizo sentir respeto por el vencido de alas rotas: pensábamos en nuestros pies negros de soldados de infantería… ¡Imagínate a una fregona comparando sus manos agrietadas con las manos preciosas de una duquesa!

Cierto que los alemanes habían derribado también uno de los nuestros la semana pasada. Pero ellos, cobardemente, lo consiguieron entre cinco. Nuestro monoplaza, deslumbrado por el sol, se había dejado sorprender en las alturas del cielo por toda una escuadrilla. Primero entablaron combate para forzar el círculo que lo estrechaba, luego se lanzó por debajo de las nubes a fin de escapar. La escuadrilla se había lanzado en su persecución; los seis aviones se acercaron a tierra a doscientos por hora. Detrás del Spad, que perdía velocidad, cinco biplazas alemanes se relevaban para ametrallarlo. Nos sobrevolaron a trescientos metros de altura. Las aves de presa mataron a la libélula. El reluciente avión cayó en picado, como un saltador insensato que se arroja de un trampolín, con los brazos extendidos. Se estrelló contra el suelo detrás de un bosquecillo, a un kilómetro de distancia de nosotros. Durante unos segundos, con el corazón en un puño, nos precipitamos en el vacío con él. Estos combates aéreos tienen algo de

sobrenatural para nosotros, que somos hombres de tierra con las piernas pesadas, enlodadas.

¿Qué más puedo decirte? Recientemente he realizado un trabajo de carpintería. Se trataba de hacerme un camastro. Empresa difícil donde las haya porque carecemos de herramientas. Recorrí la mitad del sector para encontrar un mal martillo, una sierra mellada, unos trozos de tabla y algunos clavos. Sin embargo, estoy bastante satisfecho de mi ensamblaje, aunque éste sea de una solidez relativa. Debo mi descanso a mi labor. Que conste que duermo muy bien sobre la tierra o encima de una mesa. Pero no había encontrado una superficie de mi tamaño, y cuando menos el armazón es más confortable para una larga permanencia.

Tenemos buen tiempo, frío aún, un verdadero tiempo de paseo. Cuando se sube a la cresta que nos protege, se descubren colinas, bosques, carreteras en el valle; a lo lejos, la mancha brillante de un estanque, ruinas dentadas, mil cosas. Es bonito. A uno le dan ganas de bajar allí por el camino en el cual crece la hierba. Pero el camino está cortado y el valle resulta mortal de necesidad. Los boches serían capaces de matar a un pacífico paseante solitario. Es algo que se da por sabido. Somos viejos guerreros astutos, no se nos cargan tan fácilmente.

Nada sabemos de las operaciones que se preparan. Comemos confituras y fumamos tabaco inglés que los ciclistas les compran a nuestros vecinos. Nuestro avituallamiento es la gran preocupación. Actualmente, mi objetivo inmediato son unos pantalones nuevos, quizá dos camisas y unos calcetines. Preparo mi golpe de mano. Probablemente evitaré al cabo furriel e intentaré una maniobra envolvente con el guardalmacén. Cuento con abordar el asunto tras una seria preparación, como una cantimplora de dos litros…

Le escribo a mi hermana. No hay nada de cierto, de profundamente verdadero, en todo ello. Es el lado exterior y pintoresco de la guerra el que describo, una guerra de aficionados en la que no me veré mezclado. ¿Por qué ese tono de aficionado, esa falsa seguridad, que es lo contrario de lo que verdaderamente pensamos? Porque ellos no pueden comprender. Escribimos para la retaguardia una correspondencia llena de mentiras convenidas, de mentiras que «hacen bien». Les contamos *su* guerra, la que les satisfará, y nos guardamos la nuestra secreta. Sabemos que nuestras cartas están destinadas a ser leídas en el café, entre padres, que se dicen: «¡Nuestros valientes no se lo toman a pecho! ¡Bah! Se llevan la mejor parte. Si nosotros tuviéramos su edad…». A todas las concesiones que hemos consentido ya en la guerra, hay que sumar la de nuestra sinceridad. Al no poder ser estimado nuestro sacrificio en lo que vale, alimentamos la leyenda, entre risas. Yo como los demás, y los demás como yo…

Una tarde de comienzos de marzo, ya caluroso.

Mantenemos el sector de la derecha del regimiento. El puesto de mando del batallón está situado al borde de un barranco en estado salvaje, en cuyo fondo humean nuestras cocinas. Un poco por encima comienza la meseta donde se hallan establecidas las líneas, a unos mil metros por delante aproximadamente. En ese lugar triste y desnudo, la vista se ve limitada por tres áridas pendientes. Sin embargo, a la izquierda, tenemos una vista a un valle menos agreste. Por la mañana, los árboles

se estremecen allí bajo un viento fresco que sigue la llanura, y la ligera bruma, atravesada por el sol, se matiza de rosa como un tul sobre una carne de mujer. Unas colinas de una mesurada altura forman las lejanías, que se organizan armoniosamente con esa sobriedad y esa emoción que encontramos en los paisajistas del campo francés.

Todo está en calma, como de costumbre. Esperamos el final de esta jornada parecida a otras, en la gran holganza de la guerra, interrumpida por pequeñas necesidades materiales. Tenemos un buen refugio, bastante espacioso y luminoso, sólido, que se prolonga bajo tierra. Estamos serenos, seguros delante de nuestra cueva.

Bruscamente, en medio de esa calma estalla una artillería desencadenada, con todos sus medios. Pese a lo apartado, acusamos las sacudidas de los torpedos. A las primeras ráfagas, reconocemos la cadencia furiosa de los grandes días. Inmediatamente, unos obuses silban muy bajo. No han dado en la cresta y van a estallar enfrente. El barranco se llena de nubes negras. Gruesas granadas rompedoras se fragmentan y oscurecen el cielo. Imposible llamarse a engaño: es la preparación de un golpe de mano o de un ataque, tanto más peligroso cuanto que nuestra posición no comprende, tras los largos ramales de acceso, más que una primera línea en la que las guarniciones están muy espaciadas.

Estamos serios. No pensamos en la guerra, y es preciso afrontarla con todos sus riesgos. Van a morir hombres, los hay que quizás hayan ya muerto, y todos nosotros estamos amenazados. Nos equipamos nerviosamente a fin de estar dispuestos para cualquier eventualidad. El alma no es tan dócil como el cuerpo, y su turbación se refleja en nuestros rostros.

Nuestro pequeño grupo no está al completo. En los sectores tranquilos, nos alejamos de buena gana con diferentes pretextos. Ignoramos dónde están los otros.

El jefe de batallón envía a dos agentes de enlace a alertar a las reservas de retaguardia. Parten por el extremo superior del barranco. Otros dos van a ver al coronel. ¿Será necesario ir hacia delante? Sólo eso importa.

Nuestra artillería entra en acción. He aquí los aullidos de los 75. Las trayectorias se precipitan, se persiguen, el aire está lleno de estelas furiosas. El estruendo se amplifica.

El comandante llama al ayudante, que regresa enseguida.

—El enlace de las compañías.

Dos hombres toman el ramal que lleva a la compañía de la derecha. Pero es sobre todo la izquierda la que el bombardeo parece aplastar… No queda más que un solo agente de enlace, y no se envía nunca a un único correo bajo los obuses. El ayudante vacila… En ese momento, vemos a un hombre atravesar el barranco corriendo, trepar la pendiente y no tarda en aparecer, cubierto de sudor, jadeando. Es Aillod, de la undécima. Suelta ese suspiro que significa: «¡Salvado!». Pero el ayudante le interpela:

—Irás a la Novena con Julien.

—¡Pero si somos siempre los mismos! —responde débilmente, delante de mí.

Observo la expresión de su rostro en el que el terror sucede a la alegría, y me topo con su mirada de perro en espera de los golpes, de hombre al que se designa para la muerte. Esa mirada me causa vergüenza. Grito, sin reflexionar, porque es injusto, en efecto:

—¡Ya voy yo!

Veo reanimarse la mirada, darme las gracias. Veo el asombro del ayudante:

—¡Está bien, ve!

Yo conozco el sector, puesto que lo he recorrido para verificar los planos. Salgo disparado y Julien me sigue… Tenemos veinte minutos de marcha, con los rodeos, para llegar al puesto de mando de la compañía de la izquierda, en el extremo de nuestro frente.

Inmediatamente desembocamos en la planicie, agitada por las sacudidas subterráneas. Los estallidos adquieren una intensidad más brutal, más sonora. Delante de nosotros hay un desencadenamiento de acero, una muralla de humo, como si se hubiese prendido fuego a un pozo de petróleo. Nos lanzamos hacia allí, impelidos por esta fuerza, la orden que hemos recibido, tan perfectos prisioneros de la disciplina como si lleváramos las manos esposadas.

Me doy cuenta de lo que acabo de hacer: soy un voluntario, he pedido atravesar esta avalancha… ¡Es una locura! Nadie es ya voluntario desde hace mucho tiempo, nadie quiere asumir respecto a sí mismo la responsabilidad de lo que sucederá, confiar en el azar, exponerse a lamentar el haber sido alcanzado.

Me pasa algo extraño. Tengo un carácter que hace que lleve siempre la lógica al límite, acepto mis actos con todas sus consecuencias, afronto lo peor. Ahora bien, me he comprometido en esta aventura por simple reflejo, sin tomarme tiempo de reflexionar. Pero es demasiado tarde para echarse atrás. Iré a donde he prometido ir.

Entramos en la zona tibia y caótica. Los obuses estallan cerca de nosotros, saltan las salpicaduras de metal, las ondas expansivas nos golpean y nos hacen trastabillar. Detrás de mí, adivino a ratos el aliento entrecortado de Julien, como el de un caniche trotando tras el vehículo de su amo. No es un jadeo debido a la rapidez de la marcha, sino a esa opresión causada por la angustia. Sé que esos bombardeos por sorpresa son cortos pero de una gran violencia. Por espacio de una hora esto es Verdún, el Chemin des Dames, lo más implacable que quepa imaginarse. Y henos aquí debajo. Tengo que tomar un partido moral o hundirme en la vergüenza. Siento el miedo que afluye, oigo sus gemidos, sé que me va a plantar en el rostro su máscara lívida, que me hará jadear como una pieza de caza que huye delante de la jauría…

La lógica me dicta: ser voluntario es aceptar todos los riesgos de la guerra, *aceptar morir*… Tengo necesidad de esta aceptación para proseguir, necesidad de ese acuerdo entre mi voluntad y mi acción…

—Entonces, ¿aceptas?

—Bueno, sí.

—¿El sacrificio total?

—¡Sí, sí, que esto se acabe!

Este muchacho delgado y rubio, blanco de cuerpo, perfectamente proporcionado (las piernas una pizca demasiado gruesas, a mi pesar), este muchacho de veintidós años, que aparenta dieciséis, este soldado con cara de colegial, la frente sin una arruga, de sonrisa burlona, según dicen (¿cómo no burlarse?), con los ojos que miran al fondo de los seres (conozco bien mi mecanismo, pues lo he analizado bastante), en fin, Jean Dartemont va a morir, esta tarde de marzo de 1918, porque un

hombre ha dicho: «Siempre somos los mismos los que nos vemos expuestos», porque en la mirada de ese hombre, con el que no podría tener ni una conversación de una hora que fuese de su agrado, ha encontrado un brillo insostenible, un destello de reproche, enseguida apagado por la costumbre de someterse…

Con paso largo de ágil infante, Jean Dartemont va en busca de la muerte en esa meseta del Aisne, y no llama en su ayuda ni a la idea del deber ni a Dios. En cuanto a Dios, no puede amarlo sin amar los obuses que recibe de Él, lo que le parece absurdo. Si se dirige a Él es confusamente: «Doy el máximo de mí, y ya sabes lo que me cuesta. Si eres justo, juzga. Si no lo eres, ¡no tengo nada que esperar de ti!».

Va a dejarse matar, ese muchacho, porque considera que es inevitable, simplemente por una cuestión de propia estima. Desde que comenzó a pensar, ha afrontado la vida solamente con miras al éxito. No sabía exactamente cuál, salvo que este éxito debía ser inseparable de un éxito interior, éste sancionado por él. Semejante concepción no admite arrostrar la muerte firmemente sin tener la *intención* de morir.

En este instante la tiene. El espíritu se ha adueñado del cuerpo, y el cuerpo ya no rezonga por encaminarse hacia el suplicio.

Leo claramente en mí porqué, desde hace años, me he hecho a menudo estas preguntas. Las respuestas estaban listas para el día en que me viera en las últimas. Es el momento de mantener los principios que me impuse a mí mismo.

Voy a asistir a mi muerte. Sólo una cosa me choca: el sentimiento de compasión que la muerte inspira a los vivos. Me dejaré matar en una pequeña acción local, que ni siquiera figurará en el comunicado, tontamente, en un rincón de un ramal de trinchera. Se dirá: «¡Dartemont era un tipo que quizá habría podido llegar a ser algo, pero no tuvo suerte!». La tierra recubrirá mi cuerpo y el tiempo borrará mi recuerdo. No sabrán lo que pasó dentro de mí en el último momento, que morí voluntariamente, como vencedor de mí mismo: el único tipo de victoria que me resultaba preciosa. Pero estoy muy acostumbrado a hacer caso omiso de la opinión ajena. ¡Qué importa lo que cuenten!

Sólo me resta afrontar el dolor, que temo. Pienso en los dolores más fuertes que he soportado: neuralgias, tifus, un brazo roto, cuyas sensaciones no puedo reencontrar. El dolor no es nada en el tiempo, su duración es corta. Comenzará con el aturdimiento del impacto. Luego la carne lanzará sus alaridos dramáticos. Una hora, dos horas… Si es insoportable, le pondré fin con la pistola que mantengo amartillada en la mano. Pero al menos mi mente tendrá la lucidez de decir: «Me lo esperaba». No se leerá en mi mirada ese espanto horrible que se ve en los que son golpeados por sorpresa, que no lo habían aceptado previamente.

Mi espíritu imagina tan intensamente lo que va a pasar que me siento ya herido al caminar, tengo mi vientre abierto, mi pecho hundido, cada golpe del que me libro penetra sin embargo en mi carne, saja, desgarra y abrasa. El sacrificio se consuma. El tiro que espero, de un segundo a otro, no podrá ser peor. No será más que el postrer tiro, el tiro de gracia…

—¡Quedémonos aquí! —exclama Julien a mi espalda.

Me había olvidado de él. Me doy la vuelta, percibo su rostro descompuesto. Me señala una trinchera, que corta el ramal tomado en enfilada por los proyectiles.

—Quedémonos aquí un momento.

—Tú quédate si quieres, pero yo sigo. —Digo no sin cierta crueldad.

No tengo ya motivos para refugiarme puesto que mi decisión está tomada. Pero la menor parada, la menor vacilación, podría hacerme flaquear. Ahora bien, no quiero volver a ponerlo todo en entredicho. Por otra parte, lo que propone Julien es una estupidez, sugerida por el temor a ir más lejos. No estaríamos en absoluto protegidos en una pequeña trinchera desierta donde no conozco un solo refugio.

Reanudo mi marcha, y él me sigue de nuevo sin rechistar. La verdad es que no tengo miedo. Encontramos el ramal cortado; salvo el talud sin prisas, apenas inclinado, cuando me encuentro al nivel de la llanura. Echo maquinalmente un vistazo a la pradera desventrada. Cae un obús a mi derecha, mi retina capta el resplandor rojo en el centro de la bola negra de la deflagración.

Nos acercamos al sector de la compañía. Sigo indemne, pero no abandono mi idea: morir. Ahuyento la esperanza que trata de insinuarse. Con la esperanza de escapar a la muerte renace el deseo de huir. Mi espíritu de ofrecerme a los estallidos, en espera del golpe que me aniquile, sigue vivo. Repito: ¡que me jodan vivo! Esta expresión familiar resulta muy apropiada para mi caso, pues disminuye la importancia del hecho.

Vamos a parar a primera línea, tomamos a la izquierda. Los estallidos se confunden, los silbidos de las dos artillerías, los de los estallidos y los de los obuses se mezclan. Bajo un intenso bombardeo, apenas si se distinguen los proyectiles que llegan. Me asombro de que esta furia se disperse por encima de nosotros sin efecto. La trinchera está desierta un buen trecho.

Por fin descubrimos a un reducido grupo de hombres apretados contra el parapeto. Un vigilante mira furtivamente la llanura. Nos gritan:

—¡Se han visto boches allí!

Es justo allí adonde vamos. ¡Qué se le va a hacer! Nuestra misión es llegar hasta el teniente, traer información. ¡Continuemos!

Bordeamos algunos parapetos. De pronto, me encuentro en presencia de un revólver de tambor: francés. El teniente, con una escolta, viene a ver lo que ha pasado. Le informamos de que sus hombres siguen en sus puestos. Da media vuelta y se nos lleva. En unos doscientos metros, la posición se ha visto muy afectada por el tiro de sostén destinado a aislar el punto que el enemigo quería atacar. Pasado este punto, nos alejamos del peligro. No tardamos en llegar al puesto de mando, descendemos al refugio.

—Esperad —dice el teniente— a que esto haya terminado.

¡He vuelto a nacer!

De regreso al batallón, me reciben así:

—Pero ¿qué te ha dado?

—Dicen que Dartemont quiere ganarse una mención de honor.

¡Pero yo ya la tengo la mención! Me la he concedido yo mismo, y me importa un carajo la del ejército, que sanciona las circunstancias e ignora las motivaciones.

En la actitud de mis camaradas hay asombro y algo parecido a una censura, algo que permite sobreentender: ¡él se conoce los trucos! Son incapaces de admitir que haya ido gratuitamente. Encuentran mi gesto inconcebible, y le buscan una explicación de interés. Si yo le confiara a Aillod que ha sido por él por quien acabo de arriesgar mi vida, cuando mi función me protegía, sin duda no dejaría de asombrarle. ¡En la guerra no existen las motivaciones sentimentales! Y si les confiara la decisión que había tomado hace un momento bajo los obuses, si les confiara de dónde vuelvo interiormente, no me creerían. ¿Cuántos han afrontado la muerte resueltamente? Nada he ganado siguiendo el impulso que me ha arrastrado. Pero es por mí por quien he actuado. Estoy bastante contento de ese arrebato irreflexivo y de la manera en que he aceptado mis responsabilidades.

Recibimos los estadillos de bajas. Llegan los heridos en las camillas y sus lamentos entristecen el crepúsculo. También traen un cadáver alemán que había permanecido enfrente de la compañía y que han descubierto entre las hierbas. Realmente los alemanes se han acercado hasta nuestras líneas, y ese cadáver es la prueba de nuestra victoria. No le encuentran encima ningún papel, ningún número de regimiento. Los enemigos disimulan siempre la identidad de sus soldados de patrulla a fin de no revelar el emplazamiento de sus divisiones.

De madrugada, voy a tumbarme en mi camastro a la sombra. Reflexiono sobre los acontecimientos de esta velada. Así que, para ser valiente, dispongo de este medio muy simple: aceptar la muerte. Recuerdo que ya una vez, en Artois, cuando se trataba de desembocar delante de las ametralladoras, me había hecho a esta idea durante unas horas. Luego cambiaron las órdenes.

Los que caminan, y son la mayoría, diciendo «No me pasará nada» son absurdos. Este convencimiento a mí no puede sostenerme, pues sé perfectamente que los cementerios rebosan de gente que había esperado volver, que estaba persuadida de que las balas y los obuses eligen. Todos los muertos se hallaban bajo la protección de una providencia personal, que se desentendía de los demás para velar por ellos. Sin lo cual, ¿cuántos habrían venido a dejarse matar?

Me siento incapaz de valor si no estoy decidido a dar mi vida. Al margen de esta elección, sólo cabe la huida. Pero esta decisión se toma para un instante, no para semanas y meses. El esfuerzo moral es demasiado considerable. De ahí lo raro del verdadero valor. Por lo general aceptamos una especie de compromiso cojo entre el destino y el hombre, que no satisface a la razón.

Por el momento he tenido dos veces un valor absoluto. Será lo más grande que haya hecho en la guerra.

Luego pienso en la frase de Baboin: «Se trata de no hacerse el listo…», y, si quiero «regresar», será conveniente no ceder a menudo a semejantes impulsos…

Corre el rumor de una intensa y próxima ofensiva alemana en un punto que se desconoce. Esta ofensiva es una consecuencia de la defección de los rusos, que ha liberado a importantes efectivos enemigos. Se dice que nuestro mando la espera y que ha tomado sus disposiciones.

El ejército ha puesto su confianza en el general Pétain, que se ha preocupado por el soldado.

Goza de la reputación de querer ahorrar vidas humanas. Tras las matanzas organizadas por Nivelle y Mangin, a los que se llama aquí brutos sanguinarios, el ejército necesitaba ser tranquilizado. Es notorio que las dos operaciones victoriosas del nuevo generalísimo, en el Chemin des Dames y en Verdún, fueron llevadas con tino, con el material suficiente. Pétain ha comprendido que se hace una guerra de máquinas bélicas y que las reservas no son inagotables. Por desgracia, ha llegado demasiado tarde.

Basta con la perspectiva de unas grandes batallas para inquietarnos. Pero el hecho de vernos asaltados no nos asusta más que un ataque cuya iniciativa lleváramos nosotros. Consideramos, por el contrario, que es prudente esperar. Egoístamente, deseamos que el asunto no se desencadene enfrente de nosotros.

El cielo está despejado. Ahora cada noche oímos unos zumbidos. Las escuadrillas alemanas que van a bombardear París cruzan las líneas por encima de nuestras cabezas. Carecemos de medios para impedirles el paso. Pero saludamos a los aviones invisibles:

—¡Los patriotas se van a enterar de lo que es bueno!

—Eso les irá bien. ¡Lo que los civiles necesitan es unas horas de bombardeo en plenos morros!

—Sólo para ver si entonces exclaman: ¡hasta el final!

—Destruir los monumentos es una idiotez.

—¡Ah, mira lo que dice éste! Y tu pellejo, ¿no vale lo mismo que un monumento? ¿No es acaso jodido que te saquen las tripas?

—¡Que sepan lo que es los tipos de París!

—¡La gracia que les va a hacer si les sueltan un buen bombazo en el Ministerio de la Guerra!

—¡Cállate, derrotista!

—¡Mira quién habla, el vendido éste, zángano, voluntario cagón!

—Para empezar —dice Patard, el telefonista de la artillería—, en la guerra hay que destruir. Así se acabará antes.

Es su principio, y bien que lo pone en práctica. Todo lo que está intacto, lo estropea; y lo estropeado lo acaba de arruinar; y todo lo que no está guardado, para mí se ha dicho. Lleva los bolsillos hinchados de extraños objetos. Es el mayor mangante que se haya visto jamás, el terror de las cocinas, de las cantinas y de los almacenes. Su mayor hazaña es haberle birlado el calzón y las botas a su general de división. Ello ocurrió en el Chemin des Dames. En el fondo de un refugio, Patard confeccionaba gorras de policía de fantasía con la idea de vendérselas a los hombres de su regimiento. Pero le faltaba un galón para adornarlas. Para conseguirlo, se ofreció a ir en pleno bombardeo a cambiar a la división un aparato en mal estado. Fue allí abajo donde fisgoneando descubrió el calzón de buen paño fino colgado de un clavo, un calzón rojo, el color que necesitaba. Como al lado estaban las botas, también las cogió, y subió de nuevo a las trincheras. El general armó un pitóte de mil demonios, pero nunca llegó a sospechar que su calzón hubiera acabado, reducido a finas tiras, en la cabeza de sus artilleros y que lo saludaba cada vez que se cruzaba con sus hombres. Con las botas «aviador», de las que cortó lo que eran propiamente los zapatos y a las que les cambió

el color, Patard se hizo unas polainas de las que, cínicamente, se declara encantado: «¡Amigo mío, el general no me ha dado gato por liebre!».

Su paso por Verdún, en compañía de su compañero Oripot, fue también ocasión de una memorable proeza. La cuenta así:

—¡Pues bien! Nos llevan a primera línea con el suboficial y toda nuestra impedimenta, por la parte de Vaux. Aunque el suboficial era un gachó valiente, el sector estaba hecho polvo: no había más que hoyos de obús y un bombardeo de artillería que había hecho meterse a todos los galonistas[42] bajo tierra, hasta donde se perdía la vista. «Bueno —le digo al suboficial—, ¿verdad que no vale la pena desenrollar el hilo para que nos lo corten?». «Haz lo que quieras», me responde él. «Bien —digo yo—, me voy a dar una vuelta con Oripot para ver de encontrar algo que llevarse a la boca». «Pero ¿qué coño quieres encontrar?», me dice. «Siempre se puede encontrar algo en cualquier parte», le contesto. A fuerza de dar vueltas por aquel desierto doy con una casamata detrás del fuerte de Vaux, que estaba llena de manduca como para reventar de un atracón, un depósito de víveres, surtido con todo lo mejor que se puede soñar. Pero no había manera de poder entrar allí de extranjis. La puerta estaba guardada por dos territoriales de servicio. «¿Qué quieres tú?», me preguntan. «¡Pues manduca!, ¿qué coño voy a querer?». «¿Llevas el vale?». «No», les respondo yo. «¡Pues hace falta un vale!». «Pero ¿qué vale ni qué porras?». Y me explican cómo funciona la cosa. «¡Está bien —les digo—, voy a por el vale!». Volvemos donde el suboficial para contarle el trapicheo. «¡Pero yo esto no lo puedo firmar!», dice él. (¡Los hay tontos de verdad entre los tipos instruidos!). «¡Te basta con firmar Chuzac!». Era un antiguo oficial del grupo, que había pasado a morteros. Volvemos a ver a los territoriales con un vale de víveres para veinticinco hombres. ¡Ah, los tíos! ¡Nos tocaron cinco cantimploras de aguardiente, con unos cuantos kilos de chocolate, conservas, alcohol de quemar, de todo, vaya! Nos escondimos en un gran cráter de obús, donde pusimos a cocer el chocolate con el aguardiente. En veinticuatro horas dimos buena cuenta de las cinco cantimploras. Entonces volvimos a donde los territoriales con otro vale, luego otro, y otro más, hasta el final. «¿Es que entre vosotros no se producen nunca bajas?», decían los territoriales. «¡Estamos en un buen rinconcito!», respondía. ¡Ah, los tíos pesados!

—Pero ¿es que no se luchaba en torno a vosotros?

—No sabría decirte. Es probable, aunque no vi nada. Pasamos tres semanas mamados en el cráter del obús. Jamamos y trincamos por valor de ochocientos francos.

—¿Cómo es eso?

—Un mes más tarde el regimiento recibió la factura. Los territoriales habían hecho llegar los vales a intendencia. Eran víveres reembolsables, a lo que parece.

—¿No pasó nada?

—Claro que pasó. Hicieron una investigación. ¡Pero vete tú a hacer una investigación en Verdún! No podían suponer que dos elementos se hubieran soplado ochocientos francos en aguardiente y en chocolate en tres semanas. Se puede decir que dos, pues el suboficial no tomaba casi nada.

—¡Nos lo pasamos en grande en Verdún, podéis creerlo! —declara Oripot.

—Lo más gracioso —apostilla Pacard— es que el hermano de Oripot, que es cura…

—¡Es un chaval honrado! —dice Oripot.

—¡No digo que no, pero cursi lo es un rato! Le escribía a este cerdo: no hay que beber demasiado, piensa en tu familia. Era yo quien leía las cartas porque tú te dormías y te saltabas las líneas… No hay que beber, decía su hermanito. ¡Pero, caray! Si no mamáramos, ¿de qué serviría hacer la guerra?

Una mañana, al despertar, el frente ruge furiosamente a nuestra izquierda, por la parte de Chauny. Reconocemos ese ruido de tormenta, ese martilleo que transmite la tierra, como un cuerpo conductor, y que se propaga en el aire en tristes ondas. No lejos, ocurre algo grave.

No tenemos ninguna información. El tronar dura toda la jornada y se reanuda al día siguiente. No llegan ni el correo ni los periódicos, lo que es una mala señal.

Al tercer día oímos decir que la ofensiva alemana ha hundido el frente inglés. Nos enteramos de que unos cañones disparan sobre París. La batalla se está convirtiendo en un desastre. Pero unos informadores optimistas afirman que ese retroceso es una trampa tendida a los alemanes para «apalizarlos» en campo raso. La noticia vale lo que vale, uno se contenta esperando.

Se extiende una nueva doctrina militar: «El terreno no tiene ninguna importancia». ¡Evidentemente! Sin embargo, estamos muy cerca de París para introducir cambios. ¿Y para qué haber hecho masacrar, entonces, a tantos hombres con el fin de conquistar un saliente u ocupar una cresta?

Al cuarto día, tenemos a los atrevidos globos de observación enemigos a nuestras espaldas. Vamos a ser rodeados… Es probable que no salgamos indemnes de esta situación.

Se suspenden los permisos. Llegan órdenes, exigiendo transportar a la retaguardia el material y las municiones. Trabajos pesados que se realizan durante dos noches.

A continuación, hay una contraorden. Se vuelven a subir cartuchos y cajas de granadas. Luego, ya no se sabe. Tenemos órdenes de operaciones, unas concernientes a la resistencia en el sitio, las otras a la evacuación. El mando duda entre una y otra. Nuestras preferencias se decantan por las segundas, y nos parece imposible resistir a una fuerte ofensiva con la escasa gente que defiende las líneas.

Pasamos algunos días sumidos aún en la duda. El sector se anima. Recibimos gruesos obuses, que son manifiestamente tiros de reglaje. ¡Nuestro caso está claro!

—¡Habrá que restablecer de nuevo esto! —murmuran los hombres de las trincheras.

—¿Acaso resistiría a un 210? —nos preguntamos pensando en nuestro refugio.

—¡Con un 210 largo, seguro que no!

Esta constatación no refuerza precisamente nuestra moral, y mucho deseamos no tener que batirnos. Estamos en los primeros días de abril, los alemanes se encuentran cerca de Amiens.

De súbito evacuamos las primeras líneas durante la noche. Las compañías son llevadas de nuevo a las crestas de las segundas posiciones, y nosotros vamos a instalarnos en el puesto de mando del batallón a retaguardia, en una espaciosa cueva, llena de hombres, cuyas inmediaciones están atestadas de vehículos cargados de material y de territoriales hechos unos zorros.

A la mañana siguiente, enfrente de nosotros, resuena el bombardeo cuyos últimos rebotes recibimos. Los alemanes aplastan nuestras posiciones vacías. Luego somos informados de que han

llegado y avanzan lentamente. Los nuestros se repliegan causándoles daño. Durante todo el día la artillería pega y las ametralladoras escupen. Coucy es violentamente bombardeado. Nosotros no abandonamos el mando, no vemos lo que pasa delante, ignoramos dónde se encuentran nuestras unidades.

Las compañías aprovechan la noche para situarnos en unas nuevas posiciones. La batalla se reanuda con el día, muy confusa. Unos obuses caen al azar. Abandonamos la cueva, retrocedemos campo traviesa, siguiendo unos barrancos. Pasamos parte de la jornada en las laderas de una colina arbolada. A cada cuarto de hora, un silbido formidable llena el cielo. Unos 380 se hunden en la blanda tierra del valle, pero ninguno estalla. Más tarde, bordeamos unas crestas y vamos a parar de nuevo a la llanura por las pendientes de un contrafuerte.

Allí nos enteramos de que el batallón está organizado delante de nosotros, del otro lado del canal, y el enlace recibe la orden de alcanzarlo. Mediante grupos de dos o de tres, tomamos por una carretera tranquila. De camino, nos cruzamos con los nuestros, que llevan a un prisionero alemán grandote, tocado con un casco de cuero, que tiene un aire vejado y furioso. Es un aviador al que se ha mandado a localizar nuestras secciones volando muy bajo y al que han abatido a tiros de fusil.

El batallón está escalonado a lo largo de un ribazo perpendicular a la carretera. Nos informan de que «los boches están ahí, entre la hierba, detrás de la cresta», mostrándonos un campo en pendiente que tapa el horizonte. Deben de vernos y dudar: el combate degeneraría en un cuerpo a cuerpo. Nadie dispara y nuestros pequeños destacamentos continúan circulando libremente al descubierto. La cercanía de los enemigos no nos impresiona, mucho menos que un bombardeo. Se cala las bayonetas en los fusiles. Esperamos para disparar a que se levanten: se verá bien. No son sino hombres como nosotros. Pero los alemanes no intentan nada.

Al atardecer, recibimos órdenes de replegarnos. Volvemos a cruzar el canal que debe marcar el término del avance del enemigo. Nuestro movimiento se lleva a cabo en silencio, sin bajas. Volvemos a ganar las alturas. Pasan corriendo unos arcones. En torno a nosotros, abren fuego unos 75. Han llegado tropas a las que incumbe la tarea de defender las nuevas posiciones. La retirada se ha efectuado en buen orden, sin demasiados problemas, sin que hayamos dejado prisioneros al enemigo. Es cierto que éste ha atacado bastante blandamente, contando con su ventaja estratégica que nos obligaba a retroceder.

Nos perdemos en la noche, hacia la retaguardia. Nos encaminamos hacia nuevos azares, pero ya llegará el momento de pensar en ellos cuando haya que afrontarlos. Por el momento, nuestro papel ha terminado. Esta retirada feliz nos produce una impresión de victoria. No tardan en subir ruidos de la columna. Se oyen cánticos e insultos: hemos salido del apuro, una vez más.

V
En Champaña

Una marcha de varias horas, bajo una lluvia torrencial, nos conduce al corazón de la Champaña piojosa. Las cortinas del aguacero nos encierran en un lugar de desolación, el horizonte no es más que una arroyada que abruma y diluye el espíritu. Tristes barracas, manchadas por el barro que arrastramos en nuestros pies, hacen pensar en un campo de prisioneros. Nuestras ropas están caladas, nuestros víveres fríos y no tenemos fuego. Pese a todo, la fatiga nos hace recostarnos sobre la paja húmeda de los compartimentos, pero un vaho asciende de nuestros cuerpos y no podemos calentarnos. En los alrededores, no hemos visto ni un árbol ni una casa. Esta región es inhóspita, hostil, la naturaleza misma nos niega un poco de alegría.

Permanecemos una semana en las barracas embreadas, cercadas de grandes charcos, desprovistos de todo cuanto podría hacer un poco más grata nuestra vida.

Una mañana, el capitán que tiene interinamente el mando nos lleva a reconocer las posiciones de apoyo que hay que ocupar próximamente. Nuestro sector está situado entre Tahure y la Main de Massiges, nombres que nuestra ofensiva de 1915 hizo célebres. Está bien equipado y los ramales se extienden muy profundamente, como en otro tiempo en Artois. Por todas partes se ven antiguos emplazamientos de baterías y refugios no ocupados, en el flanco de los taludes. El batallón de reserva ocupa la contrapendiente de una cresta, detrás de otra cresta que disimula las cimas donde están situadas las trincheras. A nuestra derecha, se descubre a lo lejos una extensión verdeante que contrasta con la región desnuda y gris, como sahariana, que tenemos delante de los ojos. Se nos dice que es la Argonne.

El puesto de mando del batallón, excavado en forma de foso, recubierto de una buena capa de rollizos, iluminado por unas aberturas a ras de suelo, es relativamente confortable. Hoy no vamos más adelante.

De regreso, hacemos un alto en un pueblo en ruinas, a cuatro kilómetros de las primeras líneas, donde el coronel se ha establecido con su estado mayor en unos refugios muy bonitos adosados a la pared de una cantera. Estos refugios son coquetos como chalets de montaña y están precedidos de una galería protegida por unos pasos en zigzag hechos de sacos terreros. La limpieza de sus inmediaciones es impresionante.

A través de las ventanas, vemos a los secretarios, en uniforme de interior, que escriben y dibujan en unas grandes mesas, con el cigarrillo entre los dedos. Unas máquinas de escribir imitan el ruido de las ametralladoras de una forma inconveniente y ridícula. Se ve a ordenanzas presurosos, llevando palanganas, frascos de agua de colonia, y a cocineros con la servilleta al brazo, como maitres de hotel. No nos acercamos a estos privilegiados, estos cortesanos, que guardan las distancias con nosotros como con unas pobres gentes. Temen que haya entre nosotros cadetes de Gascuña[43], susceptibles de hacer una carrera demasiado rápida en el favor de los grandes. Cada hombre defiende su puesto y se huele a un rival en cualquier otro. La desgracia presagia la vuelta a primera línea, la amenaza de muerte. Este mundo de empleados conoce los chismes del oficio y los secretos

de los despachos. Su deseo de agradar, de hacerse indispensables les lleva a excesos de celo. Hay aquí cabos que son temibles incluso para un jefe de batallón.

Los oficiales del entorno del coronel (oficial adjunto, de información, del cañón de 37, abanderado, etcétera) van esmeradamente afeitados, engominados y perfumados, como gente que dispone de tiempo que dedicar a su aseo personal. Sobre todo deben mostrarse de buen tono, divertidos a la hora de las comidas. No se ocupan de la guerra más que en último extremo, y, preferentemente, a distancia.

El coronel aparece a su turno. Es un hombre alto y delgado, de largos bigotes de galo, vestido de caqui, con la gorra sobre la oreja, que saca pecho: muy mosquetero él. (De paisano, con unos pantalones claros y polainas blancas, se diría «un viejo marchador»). Se yergue a la vista de un soldado, le clava una mirada magnética, y le saluda con un amplio gesto que puede significar: «¡Honor a ti, valiente entre los valientes!» o «¡Únete a mi lustre!». Por desgracia, en el momento de la refriega, este lustre brilla por su ausencia en la retaguardia… No es más que pura apariencia, e ignoro cuál es el valor real del coronel, al margen de su saludo teatral. Pero yo siempre desconfío de la falta de sencillez.

El capitán, cuya audiencia ha terminado, se reúne con nosotros. Dejamos Versalles…

Poco antes de nuestra marcha de primera línea, un nuevo jefe de batallón ha venido a tomar el mando de nuestra unidad. Es nuestro tercer comandante desde que estoy en los enlaces, sin contar a los capitanes interinos. Estos cambios nos resultan siempre inquietantes. De la sangre fría de nuestro jefe puede depender nuestra suerte, y de su humor, nuestro bienestar.

El recién llegado tiene pinta de desconfiado. Me ha entregado los planos directores[44] encontrados en el refugio, diciéndome: «Compruebe todo esto y complételo».

Dos veces al día cojo la careta, el casco, el revólver, el jalón, el lápiz y mis papeles, y me voy solo de reconocimiento topográfico. Es trabajoso identificar el terreno porque los bombardeos lo han nivelado todo, han arrasado todos los puntos de referencia. He de establecer el punto situando un detalle de las trincheras y a partir de allí determinar los demás. El sector es muy vasto, el frente de las tres compañías se extiende alrededor de unos mil doscientos metros, en el flanco de la primera altura de los montes de Champaña, cuya cima está en poder de los alemanes. Su situación dominante nos ha obligado a condenar una parte de los ramales que datan de su ocupación y a abrir nuevas vías de comunicación para escapar a su vista y a sus tiros directos de ametralladora. De resultas de ello hay un encabalgamiento de trincheras que tengo que visitar para orientarme, pues las indicaciones de los planos son bastante fantasiosas. Salvo a menudo las cortinas de sacos terreros, me asomo durante unos segundos al nivel del suelo, y vago por los ramales abandonados e invadidos por la hierba que se hunden. La pendiente que hay enfrente de los alemanes está desierta. Me encuentro en completa soledad a lo largo de cientos de metros y, si fuera herido de gravedad, a nadie se le ocurriría venir a buscarme a unos lugares a los que soy el único en ir. Al principio recibí balas en varias ocasiones, felizmente disparadas a quinientos metros; me hicieron ver el peligro que suponían estos viejos ramales. Sin embargo, vuelvo allí, con precauciones, tanto por necesidad como por placer. Me gusta

este aislamiento, este silencio, me gusta descubrir antiguos refugios, de paredes húmedas en las que crecen setas, que tienen el misterio emocionante de las ruinas. Sé que éstas son patéticas y sueño con el destino de los hombres que han permanecido en estos lugares, muchos de los cuales han perdido la vida. A este placer se suma el orgullo de conocer unos rincones secretos, que se convierten en mi dominio, en este terreno que un ejército observa y que otro defiende.

Mi primera preocupación es localizar los refugios en buen estado. Sucede fatalmente, durante mis rondas, que en la zona donde exploro recibo obuses. Corro a cobijarme en el refugio más próximo. Temo más a los obuses que a las balas. Debido a su estúpido ruido y a la manera en que desgarran los cuerpos. Las balas son más discretas y actúan más limpiamente.

Visito largo rato las primeras líneas, hasta el punto de asombrar a los centinelas, que se preguntan qué manía me hace rondar por estos parajes que ellos aspiran a dejar. El coronel quiere una información completa y exige que el espesor de las alambradas sea especificado en los planos. Al ser impensable tomar medidas delante de nuestra línea, lo evalúo lo mejor posible mirando por encima del parapeto. Se trata de una misión delicada que bien podría costarme, en caso de distracción, un balazo en la cabeza.

Tanta conciencia no me evita reproches. Hace poco el comandante me dijo, con su brutalidad habitual, al alargarme un mapa:

—No sabe usted muy bien lo que se hace. Esta escuadra no está aquí.

Consideramos, después de quince días, que el comandante no es un mal hombre. Pero tiene malos modos y el temor a la responsabilidad turba su mente. Respondí de mal humor:

—Es usted quien está en un error, mi comandante. Claro que la escuadra está ahí y se lo demostraré sobre el terreno cuando usted quiera.

—¿Está usted seguro?

—Totalmente, mi comandante.

—¡Está bien!

Ha debido de verificarlo, pues no me ha vuelto a hablar de ello y, a partir de entonces, expresa sus afirmaciones con menos sequedad.

Acabamos de tener conocimiento de la ofensiva del Chemin des Dames y de que se ha abierto una nueva brecha en nuestro frente y se amplía de forma constante. Cuentan que los alemanes han aparecido en Fismes unas horas después de desencadenar el ataque, que han sorprendido a un tesorero general, a aviadores, etcétera. Para los que conocen la región, esta rapidez es abrumadora. Y también lo es el que el enemigo marche sobre Fére-en-Tardenois, donde hemos visto campos de municiones hasta donde alcanza la vista, enormes depósitos de material de los que va a apoderarse.

Dos fuertes golpes de mano en los sectores vecinos de derecha e izquierda nos han causado bajas. De forma imprevista, los alemanes nos hostigan con obuses. Yo me he visto sorprendido varias veces por tiros, y, el otro día, estuve en un tris de que acabaran conmigo en una hondonada. Todo va mal. El final retrocede más que nunca… Pienso, completamente harto:

«¡Estoy hasta la narices! ¡Tengo veintitrés años, veintitrés años ya! He estrenado ese porvenir que

quería que fuera tan pleno, tan rico en 1914, y no he conseguido nada. Mis mejores años transcurren aquí, echo a perder mi juventud en unas ocupaciones estúpidas, en una subordinación imbécil, llevo una vida contraria a mis gustos, que no me ofrece meta alguna, y tantas privaciones, tantos fastidios quizá terminen con mi muerte… ¡Estoy hasta las narices! Soy el centro del mundo, y cada uno de nosotros lo es también para sí mismo. Yo no soy responsable de los errores ajenos, no me solidarizo con sus ambiciones, sus apetitos, y tengo cosas mejores que hacer que pagar su gloria y su provecho personal con mi sangre. Que hagan la guerra los que gustan de ella, yo me desentiendo absolutamente. Es un asunto de profesionales, que se las apañen entre ellos, que hagan su oficio. ¡No es el mío! ¿Con qué derecho disponen de mí estos estrategas cuyas funestas elucubraciones he podido juzgar? Recuso su jerarquía, que no es prueba de su valor, recuso las políticas que han llevado a esto. No tengo ninguna confianza en los organizadores de masacres, desprecio incluso sus victorias por haber visto demasiado de qué están hechas. No es odio lo que siento, sólo detesto a los mediocres, a los necios, que a menudo se promociona, se convierten en todopoderosos. Mi patrimonio es mi vida. No poseo bien más preciado que defender. Mi patria es lo que conseguiré ganar o crear. Yo muerto, me importa un bledo cómo se vayan a repartir los vivos el mundo, el trazado de las fronteras, sus alianzas y sus enemistades. No pido más que vivir en paz, lejos de los cuarteles, de los campos de batalla y de los genios militares de todo jaez. Vivir no importa dónde, pero tranquilo, y convertirme lentamente en lo que debo ser… Mi ideal no es matar. Y si he de morir, entiendo que sea libremente, por una idea que me sea querida, en un conflicto en el que yo tenga mi parte de responsabilidad…».

—¡Dartemont!

—¡A sus órdenes, mi comandante!

—Vaya a ver inmediatamente en la Undécima dónde están emplazadas las ametralladoras.

—¡A sus órdenes, mi comandante!

Estamos de vuelta en el campamento. Nos tomamos allí un descanso sin diversiones ni distracciones. El sol nos asa en las barracas. Pero no podemos permanecer fuera, en esa meseta de tierra gredosa y seca, agrietada por el calor, que se diría retirada del horno de un alfarero.

Nuestros ejércitos siguen en retirada. En los periódicos, que nos llegan de forma irregular, seguimos el avance alemán. Sus progresos nos turban, no porque anuncien la derrota, puesto que no creemos que una derrota definitiva sea posible con el concurso de los americanos, sino porque sigan difiriendo aún la decisión durante meses o años. Las palabras victoria y derrota no tienen ya sentido para nosotros. Un cadáver, ya sea de Charleroi o del Marne, no es más que un cadáver. Todos tenemos años de guerra a nuestras espaldas, y heridas, y queremos morir menos que nunca.

Hace acto de presencia una epidemia de gripe, se evacúa a muchos hombres. La he cogido. La tarde del relevo me entró la fiebre, se me aflojaron las piernas, de golpe, a la salida de los ramales. Por suerte encontré una carreta para que me llevara hasta aquí. Acabo de pasar cuatro días en un camastro, sin comer.

Hoy, al comienzo de la tarde, me encuentro en la oficina con el ayudante. Está sentado en un banco y fuma, y yo estoy envuelto en una manta. Pensamos en los acontecimientos. Él exclama, con su acento del Sur, las manos en las sienes, mirando al techo:

—*Qué pastisse!*[45]

—Hace tiempo que esta historia debería haber terminado si hubiéramos cometido menos errores…

—¡Y pensar que han rechazado la paz!… ¡Sí, rechazado la paz!… ¡Dios mío!… *Sions proprés, vai*![46]

Cruje el pestillo. Aparece un busto en el marco de la puerta. Reconocemos a Frondet, sucio, sin afeitar, con su cara de crucificado y sus ojos de mirada febril. Al vernos solos, entra. Tiene un aire extraño, una sonrisa extravagante. Nos mira, nos escruta. Y este hombre bien educado, de una gran probidad, este creyente, nos dice en voz muy baja y con una sonrisa sardónica estas terribles palabras:

—*Ellos* están en Château-Thierry… ¡Quizá esto vaya a acabarse!

Esta palabra nos incomoda… Se hace un largo silencio durante el cual cada uno de nosotros se interroga, al borde de la traición, acepta o rechaza el desenlace entrevisto.

Luego el ayudante se arremanga, se lava las manos en el vacío. El gesto de Poncio Pilatos…

—¡Lo que la gente quiere es volver a su casa!

En la noche del 6 de julio, hacemos un alto en el pueblo donde está el coronel. El comandante, que ha ido a recibir órdenes, nos anuncia a su vuelta:

—Los boches atacan desde hace tres días en todo el frente de Champaña. La información es fidedigna.

Nos establecemos en las ruinas, que se convierten en el emplazamiento de las reservas. Hasta la mañana, trabajo con el ayudante en la redacción de varias notas urgentes.

Es probable que la preparación de la artillería se ponga en marcha durante la noche y que las olas alemanas aparezcan al alba. Es la táctica de las grandes operaciones. Ello favorece la sorpresa y deja una jornada entera para avanzar por terreno desconocido. A fin de prevenirnos contra ello, cada tarde, a la caída del día, nuestras tropas evacúan las trincheras en una profundidad de unos dos a tres kilómetros, dejando sobre el terreno algunos hombres sacrificados, encargados de indicar la proximidad del enemigo lanzando cohetes luminosos. Estas tropas van a ocupar la posición de resistencia en las crestas que defienden una línea que el enemigo no debe cruzar. Poco antes del amanecer, nuestros batallones retoman sus emplazamientos habituales y ponen de manifiesto con su actividad que siguen ahí. Importa que el enemigo no se entere de nuestra maniobra. En suma, tomamos contra él las mismas disposiciones que le hicieron triunfar sobre nosotros en abril del 17, en determinados puntos del Chemin des Dames. Malgastará su bombardeo sobre unas posiciones vacías y vendrá a enfrentarse contra unas posiciones intactas guarnecidas de ametralladoras. La batalla se librará en el terreno elegido por nosotros.

Mientras descansábamos, el sector se ha armado de forma prodigiosa. Al despertar, descubrimos cañones por doquier. Los taludes, los lienzos de pared disimulan unas piezas pesadas, unos 120 y unos 155 largos, unos 270 que mandan unos proyectiles enormes. Hacia la derecha, los obuses han sido simplemente apilados en los trigales que les hacen de camuflaje natural. El campo está lleno de máquinas, de bocas sombrías que amenazan al otro ejército, de municiones de todo tipo. Se dice que

los tanques están en la retaguardia y que el general Gourand lo ha previsto todo. Estos preparativos nos inspiran confianza.

Las baterías de sector hacen una contrapreparación, que tiene por objeto obstaculizar el agrupamiento enemigo. Entre la puesta del sol y las tres de la noche, cada una dispara varios cientos de obuses de iperita[47]. Las baterías nuevas enmudecen. Los alemanes deben ignorar su presencia hasta el momento de la acción.

Sólo hay actividad en nuestro bando, y de noche. Durante el día, nunca hemos conocido el sector tan en calma. No se oye ni una explosión, ni un disparo de fusil, no se ve ni un avión alemán y el enemigo ya no eleva siquiera sus globos de observación. Reina un pesado silencio hasta el infinito, bajo el cielo azul. Se distingue claramente el rumor de la atmósfera estival, hecha de vidas invisibles, de cantos de insectos, de pequeños aleteos y del chirrido del calor sobre los cultivos. Pero esta calma es un indicio más. Hemos leído en los boletines informativos que una calma chicha semejante precedió las ofensivas contra Amiens y Château-Thierry.

Yo figuro en la lista de los que dispondrán de permiso a la primera salida. Espero el ataque o mi permiso. ¿Cuál llegará antes?

Pasan algunos días. Es el permiso… Dejo a toda prisa a mis camaradas, que me envidian.

El 15 de julio, me dirijo a casa de unos amigos de las afueras. En el tranvía, despliego el periódico. Unos grandes titulares anuncian la ofensiva alemana de Champaña y su derrota. Mi primer pensamiento, instintivo: «¡De buena me he librado!». Mi segundo pensamiento es para los hombres de mi regimiento, que se baten en estos momentos, reciben obuses y contraatacan. Estoy demasiado ligado a ellos para olvidarles. ¿En qué estado los encontraré?

Mis amigos, que son industriales, tienen un hijo en vísperas de ser movilizado, lo que crea mucha inquietud a la madre. Ella ha decidido facilitar la carrera de su hijo, ganarle apoyos que le permitan ser destinado a un arma en la que no esté demasiado expuesto; su elección se ha decantado por servir en el parque móvil. Esta madre previsora, intrigando, ha conseguido estrechar relaciones con un general adjunto al gobernador de la región y atraerle a su casa. Le habían avisado de que dicho general tenía la manía de escribir obras en verso con algo de tragedia y de revista a la vez. Para acabar de ganárselo, pensó en montar una de sus obras teatrales con ocasión de una fiesta de beneficencia dada en pro de un pequeño hospital que ella dirige. Es a esta fiesta a la que estamos todos invitados.

Me presentan al general. Nos sentimos ambos incómodos. No sabemos cómo conciliar la jerarquía y las relaciones mundanas. Con la gorra en la mano, saludo, sin cuadrarme, con una inclinación. Pero me abstengo de decir: «¡Encantado!…». (Un soldado en uniforme no puede estar encantado de conocer a un general, ni siquiera en un salón). Él me mira:

—¡Ja, ja, muy bien! ¡Buenos días, jovenzuelo!

No se informa acerca de la guerra; no es asunto suyo.

Trato por primera vez a un general en la vida privada; observo a éste con atención. Es un hombrecillo barrigudo y encarnado de tez, que anda con las piernas abiertas, como los jinetes. Lleva

el antiguo uniforme, guerrera negra y calzón rojo que le cae sobre unos botines con elástico. Tiene una melena abundante, de poeta, la mirada maliciosa, un aire de fauno burlón. En la mesa ocupa un puesto a la derecha de la dueña de la casa, que preside una comida de veinte cubiertos. Habla con brusquedad militar, escoge en los platos y olfatea los brazos de las damas, como para cerciorarse de su estado de lozanía. Su ingenio tiene un tufillo de guarnición; cuenta anécdotas más libres de lo conveniente en la buena sociedad. Tiene, por otra parte, buen saque y toma borgoña con gran intrepidez. Sólo aparta la cabeza de su plato para aspirar a sus vecinas y mirar de reojo su escote. Sus maneras, al tratarse de un hombre que debe proteger al joven Frédéric, el hijo de la casa, son juzgadas deliciosas. Se celebran sus bromas.

Después del café, unos automóviles nos llevan al campo de aviación que está próximo. Una sala de espectáculos ha sido transformada en sala de fiestas. Se ha preparado un escenario, instalado unos bancos y confiado los papeles a los jóvenes aviadores, que abundan mucho entre la burguesía del lugar. Están presentes los soldados del campamento, los heridos del hospital y los lugareños. El general, rodeado de las personalidades importantes, se sienta en una butaca en primera fila, y se alza el telón. Como cabía esperar, la revista celebra las virtudes de la raza y el valor de nuestros combatientes. El soldado de infantería, el artillero, el soldado de caballería, el ametrallador, el granadero, etcétera, desfilan alternativamente y declaman una coplilla Corneliana con muy guerrera vehemencia. Al final de cada cuadro, una Francia nimbada de paños tricolores los abraza a todos de corazón. Los sublimes alejandrinos del general, en los que mortero rima con granadero y bárbara insania con Germania, son muy del gusto de los civiles, que patalean con entusiasmo contenido. Es realmente una lástima dejar que se pierda tanta energía; debería armárseles en el acto y llevarles a Champaña…

El general recibe muchas felicitaciones, que él acepta con la modestia del genio. Mi anonimato me dispensa felizmente de dirigirle las mías: lo que emana de un jefe escapa al juicio de un soldado. Por último, le acompañan a su automóvil militar. Él se instala en los cojines con cuidado y nos deja repartiendo breves y blandos saludos, como bendiciones obispales.

La dueña de la casa se apercibe entonces de que el sobre que le ha entregado para su hospital contiene una suma irrisoria, una propina de criada. Observan que se ha comportado bastante mal durante la comida y ya veo llegar el momento en que se le tratará de roñoso… Pero la llegada de Frédéric atempera las críticas: ¡el niño no está colocado aún! Hasta nueva orden, conviene encontrar al general encantador, tan fino, tan ingenioso…

Compruebo lo útil que es para un joven, en unos tiempos revueltos, tener un padre rico y una madre activa… Asimismo me digo que, después de todo, los generales son menos temibles cuando firman poesías que órdenes de operaciones. Al menos, el que acaba de irse no asesina nada más que la lengua.

De regreso a mi sector, todo ha vuelto al orden. Me explican cómo han pasado las cosas.

El 13 de julio por la tarde, un fuerte golpe de mano por la parte de Tahure nos permitió hacer prisioneros en uniforme de asalto. Por éstos se supo que el ataque alemán, retardado por nuestros

obuses de gas, tendría lugar a la mañana siguiente. Todos los medios de enlace funcionaron inmediatamente. A las once de la noche, el ejército de Gouraud estaba alertado, los infantes en sus puestos de combate y los artilleros en sus piezas. En uno y otro bando, varios cientos de miles de hombres angustiados esperaban la ruptura del silencio.

A medianoche, un inmenso resplandor abrasaba el horizonte. La artillería alemana empezaba su tiro. No había tocado tierra aún su primera salva cuando ya el cielo se enrojecía del bando francés. Nuestra artillería daba comienzo al suyo, con medios de nuevo superiores. Pero nuestros disparos tenían por blanco un ejército agrupado y los proyectiles enemigos se ensañaban con unas posiciones vacías. Éramos nosotros los que destruíamos, no sólo refugios y unidades, sino también la moral de los hombres que habían de atravesar de un momento a otro aquel huracán.

Su ataque tuvo lugar al alba, como estaba previsto. Nuestra artillería dirigió de nuevo su tiro sobre nuestras posiciones abandonadas, luego lo fijó delante de la línea de resistencia. Baterías de 75 especialmente destinadas a crear una cortina de fuegos entraron entonces en acción. Las olas sucesivas del ejército alemán, siguiendo los horarios establecidos, fueron a amontonarse al mismo lugar y se vieron allí aplastadas sin poder cruzar la zona de fuego. Desde sus nuevas posiciones, nuestra infantería los ametrallaba a buen alcance. Al volverse la situación de los asaltantes insostenible, tuvieron que refluir, siendo algunos gaseados en unos refugios que nosotros habíamos iperitado al retirarnos. Durante la jornada del 14 de julio, la gran ofensiva alemana (la ofensiva «por la paz») estaba abortada, sin haber podido dañar seriamente nuestras posiciones. En los días siguientes nuestras tropas volvieron a ocupar sus antiguos emplazamientos sin encontrar mucha resistencia. Los soldados resumen así la acción:

—¡Los boches han pinchado en hueso!

Apenas se ve rastro de la dura batalla que acaba de librarse. Las trincheras están ya levantadas de nuevo y los cráteres de obús recientes se confunden con los antiguos, en esta tierra estéril removida a menudo. Una vez más han vencido los defensores.

No hay que contabilizar en nuestro grupo nada más que una víctima: Frondet, muerto de sobrecogimiento. Durante el bombardeo, un 210, tras haber atravesado las capas de rollizos, cayó en medio del gran refugio donde se encontraba el enlace del batallón, sin estallar ni aplastar a nadie. Pero hubo tres segundos terribles, en presencia del monstruo que quizá fuera a abrirse y hacer pedazos a los hombres petrificados. El corazón de Frondet falló.

—Se quedó así…

—Con la boca abierta, los ojos como platos, se habría dicho uno de esos tipos que piden ayuda en el cine.

—Primero creímos que estaba bromeando…

¡Pobre Frondet! Sí, bien veo la cara que debía de poner, la misma cara que pusieron todos, sin darse cuenta…

—Ya sabes que una emoción fuerte…

—Después de ese golpe nos quedamos un cuarto de hora sin poder decir palabra.

—Teníamos la impresión de que si se hablaba, haríamos estallar el explosivo.

—¿Tuvo muchas bajas el batallón?

—La undécima fue la que las tuvo. Tres jefes de sección y cuarenta hombres destrozados.

—¿Y en la novena?

—No gran cosa. Tuvieron potra.

No se nos releva. Las reservas deben de comenzar a escasear. Reanudamos nuestras costumbres.

Una mañana, hago mi ronda por el sector. Me encuentro en el barranco a mi comandante de compañía, el teniente Larcher. Lleno de valor y de ascendiente sobre sus hombres, cuyos peligros comparte, siente cierto desprecio por los enchufados del batallón y no lo disimula. Me pregunta, con un asombro que no es sincero, ya que voy allí a menudo y él no puede ignorarlo:

—¿Qué haces tú por aquí?

—Controlo los planos y visito un poco el sector.

—Yo te lo enseñaré.

Me lleva con él. Cincuenta metros más lejos, encontramos un emplazamiento de ametralladora. El teniente se sube al banquillo de tiro, yo lo hago a su lado. Tenemos todo el pecho fuera del ramal. Las líneas enemigas nos rodean y nos dominan. Conozco el lugar, y ya he vivido esta experiencia, pero solo y de manera rápida. Hoy corresponde al teniente establecer su duración. Me señala, entre otros, un terraplén de tierra ocre a trescientos o cuatrocientos metros.

—Los boches están ahí, y ahí, y ahí…

Detalla las posiciones con complacencia… Comprendo: ¡se trata de una lucha de amor propio! Aquí estamos los dos, sin testigos, muy tranquilos, en peligro de muerte. Hago algunas preguntas en un tono frío y él me responde. Ni preguntas ni respuestas tienen interés. El piensa: «¡Ah! ¡Te pones a visitar las líneas como un aficionado! ¡Se te van a ir las ganas!». Y yo: «Somos tan capaces de cometer una imprudencia como un pequeño teniente, por más valiente que éste sea…». ¡Pero los boches tienen mucha paciencia esta mañana!

Tatatata, ssssss. Las balas silban alrededor de nosotros. El teniente ha saltado dentro del ramal, me da un tirón de la manga.

—¡Vas a dejar que te maten!

Bajo tranquilamente. Estoy asombrado, no de las balas —eran de prever—, sino de que él haya cejado tan pronto. Me mira al fondo de los ojos. Pensamos al mismo tiempo: «Vaya, vaya…». Estoy seguro de no haber palidecido. Bruscamente me tiende la mano:

—¡Bien, que tenga un bonito paseo, amigo mío!

—Gracias, mi teniente —digo con el tono natural del subordinado.

¡He aquí con qué estupideces nos seguimos divirtiendo en agosto de 1918! Claro que bien sé que si hubiera mandado yo una compañía, mis hombres también habrían dicho: «¡Menudos hígados que tiene el teniente Dartemont!». Es cierto que quizá me habrían matado hace ya tiempo…

Dos golpes de mano han turbado el sector.

Un atardecer, a la puesta del sol, delante del refugio del batallón, liábamos alegremente nuestros

petates con miras al relevo que debía producirse por la noche. Unos hombres habían llevado ya unas cajas a la carretera de abajo, adónde llegan los vehículos.

Una ametralladora aérea nos hizo levantar la cabeza. Por encima de las posiciones alemanas, dos aviones se rozaban, se enzarzaban e intercambiaban balas. El cielo acaparó la atención del sector. Todos los ojos buscaban, antes de decantar su preferencia por uno de ellos, cuál de los acróbatas llevaba nuestros colores…

Rrrran, rrran, rrran, rrrran, vrauf, vrauf, vrauf-vrauf… El bombardeo, el temblor de tierra… Vuuuuu… Unos 150 caen en picado sobre nosotros. Nos arrojamos escaleras abajo de la zapa, nos precipitamos hasta el fondo… Reina allí ese estupor que acompaña siempre a un comienzo de ataque. La angustia nos atenaza. La oscura pregunta surge de las profundidades donde dormía: «¿Acaso es la hora?». Nos miramos, mudos. «¿Quién? ¿Quién será alcanzado dentro de un instante?», las súplicas interiores, la negación: «¡No, no, yo no!». Recibimos fuertes sacudidas. Unos pesados obuses estallan justo frente a la entrada del refugio, el ramal ha sido localizado con exactitud, el humo acre penetra y nos hace toser. Ahora bien, estamos a ochocientos metros de las primeras líneas. Ese tiro en profundidad hace temer una acción importante.

Suena el teléfono. El comandante responde:

—Es sobre nosotros, sí, mi coronel… No lo sabemos aún… Sobre todo hacia la derecha… Sí, mi coronel… Le tendré al corriente.

¿Es que van a salir unos hombres?… El sordo rugido nos desgarra el pecho, los certeros obuses nos agitan con estremecimientos reprimidos.

—¡Enlace!

El ayudante rebusca en la sombra. En un rincón de la zapa, una corta discusión: los correos defienden su vida: «No me toca ir a mí». «Ni a mí». Entonces llega la condena: «Tú y tú». Cuatro hombres parten para las compañías, jadeantes antes de haber corrido. Volvemos los ojos a su paso para esconder nuestra vergonzosa alegría: la decisión nos amenazaba a todos… Esperan en los últimos peldaños de las escaleras. Tras una ráfaga, se lanzan afuera, con la cabeza gacha, una reserva de aire en los pulmones, como quien se zambulle.

Esperamos su regreso. Hay que contar con una larga media hora.

Llegan dos correos de la novena, uno de los cuales, despavorido, está herido. El teniente Larcher informa de que todo el mundo está en sus puestos y que el enemigo no se ha dejado ver delante de él.

De nuevo el teléfono. En la retaguardia, el coronel se impacienta, acosado también él por la división. Los agentes de enlace tiemblan y se esconden. Pero el comandante gruñe: «¡Que vengan a ver ellos mismos si tanta prisa tienen!», y decide no exponer a más hombres.

Pasamos otros veinte minutos preguntándonos si los alemanes no acabarán llegando hasta aquí…

Luego distinguimos una interrupción en el bombardeo.

—¡Se acabó! —dice el ayudante.

Los pechos dejan escapar un hondo suspiro, se distiende la presión. Algo más tarde, otros correos traen las primeras informaciones. El enemigo ha penetrado en nuestras trincheras, en el frente de la Décima, y se ha llevado a algunos hombres, no se sabe exactamente cuántos. El teniente comunicará los detalles no bien se aclare la situación.

En la espera, vamos a ver los daños. Afuera es de noche. El ramal está desfondado, nos hundimos en la tierra removida. El frente está silencioso, llega el fresco. Nos inquietamos de nuevo por el relevo.

Finalmente llega el informe de la compañía. Es posible reconstruir la evolución del ataque. El combate aéreo era simulado, estaba destinado a desviar la atención de los vigilantes. Las tropas de asalto estaban agrupadas en las trincheras abandonadas que se encuentran entre las líneas. A las primeras descargas, saltaron, saltaron entre nosotros, cercando a una sección de soldados ametralladores y lanzando granadas dentro de un refugio. El balance se establece así: ocho desaparecidos, tres muertos y siete heridos. Uno de los muertos tenía su permiso en la oficina y partía al día siguiente para casarse.

Por lo que hace a los muertos y heridos, ningún problema: se los contabiliza como recuperables y bajas. Pero el mando no admite que desaparezcan hombres, no admite la sorpresa ni determinados riesgos de la guerra. Hay que buscar responsables. Se empapela al oficial de ametralladoras y al comandante de la compañía, que se vuelven el uno contra el otro. El primero decía: «La infantería no ha defendido a mis artilleros». A lo que respondía el otro: «Los artilleros estaban ahí para disparar y cubrir a mis hombres». La verdad era simple: a los alemanes se les había ocurrido algo que ejecutaron con precisión, sin dar a nuestras escuadras tiempo a organizarse. Al comienzo de una acción siempre se produce un cierto titubeo, del que ellos se aprovecharon. Su éxito era lamentable, pero merecido, y los combatientes, que no son parciales, estaban de acuerdo en esto. Imposible dar semejante explicación a la gente de la retaguardia. El coronel, criticado por la división, mostró su descontento al jefe de batallón, que se vengó en sus comandantes de compañía. La censura, descendiendo de escalón en escalón, terminó por recaer, como siempre, en el soldado. Pero éste ha concluido con filosofía: «¡Lo único cierto es que los tipos que se han ido con los boches han salvado su vida!». En cambio, los tres muertos están bien muertos. En una barraca del campamento, he oído a Chassignole comentar el acontecimiento en términos comedidos, con una cantimplora de vino en la mano:

—Si el coronel es más listo que yo en la aspillera, pues le paso mi fusil. ¡Que se las apañe él con el fritz!

—¡Si no están contentos con nuestro trabajo, no tienen más que darnos de baja del servicio! —dice otro.

—¡A ti te van a dar la baja del servicio con doce balas en la tripa, piojoso! ¡Las vacaciones y las pensiones son chanchullos para los incapaces!

—¿Por qué no seré yo un incapaz?

—Porque no eres nada. ¡Nada! Eres el *contingente*, un simple instrumento, como el mango de una pala. ¡Si sigues vivo es porque los obuses se han desentendido de ti!

Teníamos que tomarnos una revancha. Había que llevarla a cabo. El batallón preparó un golpe de mano que se produjo quince días después. La acción nos costó algunos heridos y miles de proyectiles. Pero estaba claro que los alemanes esperaban nuestra respuesta y evacuaron sus líneas a los primeros obuses.

Desde estos últimos tiempos, la división comprende dos regimientos franceses y un regimiento de negros americanos. Nos los encontramos en el lugar de descanso, donde ocupan un campamento vecino al nuestro. Los peludos confraternizan con estos nuevos hermanos de armas. Los blancos y los negros beben juntos el vino espeso de las cantinas e intercambian piezas de equipo. Los americanos son más generosos al ser más ricos. Defienden un sector a nuestra izquierda, pero he renunciado a circular por él porque está lleno de peligros. Todas las armas están cargadas, los revólveres en los bolsillos y los fusiles contra las paredes de los refugios. Si cae uno, se dispara. Si mata, es un accidente inevitable en la guerra, de la que ellos tienen una vaga noción. Han venido a Francia como si hubieran ido a las tierras de Alaska o de Canadá, como buscadores de oro o cazadores de pieles. Hacen patrullas ruidosas, locas, delante de sus líneas, que no siempre les favorecen. Lanzan granadas como si fueran petardos de una fiesta nacional. Han suspendido de sus alambradas o colgado de unos piquetes latas de conserva contra las que disparan en todas las direcciones. La retaguardia está jalonada de balas americanas.

Se cuenta entre nosotros un hecho que habría ocurrido entre ellos. En las cocinas, uno de sus sargentos distribuía el café. Los soldados se acercan y alargan su taza (tienen tazas de medio litro). Uno ha terminado de beber. Vuelve hacia el sargento y pide: «¡Quiero repetir!». «¡No!», responde el sargento. «¿No?». «¡No!». El hombre saca su revólver y mata fríamente al sargento. Acuden unos suboficiales, prenden al asesino, atan una cuerda a un árbol y le cuelgan inmediatamente. Los espectadores ríen, se lo pasan en grande… Los peludos disfrutan mucho con esta historia. Consideran que unas personas que tienen en tan poco la vida ajena serán buenos soldados. Contamos con ellos para poner fin a la guerra.

Transcurren los días. Nuestras victorias se suceden. El final se acerca, sin duda. Clemenceau y Foch son populares, pero no podemos sentir afecto por ellos: amenazan nuestra vida, se agigantan a medida que decrecen nuestras filas.

Ahora bien, nuestra vida adquiere un valor cada vez mayor desde que entrevemos la posibilidad de salvarla. Estamos cada vez menos dispuestos a arriesgarla. Por eso no nos quejamos de permanecer tanto tiempo en las líneas, ya que por cualquier otra parte se ataca.

La noche se ve turbada por un ruido sordo, un murmullo de océano, de multitudes en marcha. Viene de la retaguardia, desciende de los horizontes, se extiende por la llanura, sube hasta nosotros como una marea. Algo ocurre en la sombra, algo inmenso, impresionante…

Por la mañana, vemos unos cañones pesados en el barranco donde están acantonadas las tropas de apoyo. Hordas de artilleros nos expulsan de nuestros refugios. Se nos avisa de que en adelante las carreteras estarán prohibidas, reservadas a los convoyes y de que la infantería no podrá tomar más que las pistas.

Este despliegue de fuerzas y estas medidas confirman la noticia que ha comenzado a circular: el ejército de Gouraud ataca. Las noches siguientes continúan los preparativos. Escuchamos, antes de dormirnos, el enorme bordoneo humano. De día, todo se esconde, todo duerme. El número de los

cañones va en aumento. En el refugio del batallón, los comentarios siguen su curso:

—Vamos a ser relevados.

—¡Es probable! ¡No nos toca a nosotros atacar después de los cinco meses que nos hemos tirado en este rincón!

—Son los coloniales los que vienen. Han sido vistos detrás.

Durante dos días esperamos con optimismo a las tropas de asalto. Al tercer día, nos enteramos de que las tropas de asalto somos nosotros… Falta el entusiasmo…

Recibimos cantidad de papeles, de mapas en los que trabajo sin descanso trazando objetivos, direcciones de marcha. Nos mudamos varias veces ante la ola creciente de artilleros. A la cuarta noche nos amontonamos en unas zapas húmedas, y estamos demasiado apretados para tumbarnos. El poderío que revela el gruñido de las noches nos tranquiliza un poco. Los que vienen de la retaguardia dicen que hay artillería por todas partes. Los que vienen de la vanguardia cuentan que nuestros 75, recubiertos con un simple camuflaje de lona pintada, están situados en la llanura entre las primeras y las segundas líneas.

Pensamos que «eso funcionará». Pero también sabemos que eso no puede funcionar sin bajas, que habrá que *salvar el parapeto*, palabras que hielan la sangre en las venas.

El batallón formará la segunda ola del regimiento.

La tarde del 24 de septiembre. Empezamos la quinta noche, la última. Hace tres años, un día como hoy, yo estaba en vísperas de atacar en Artois.

Subimos a ocupar nuestras posiciones de partida, donde hemos de estar antes del bombardeo que comenzará dentro de un rato. Nos marchamos con una compañía. Los hombres van completamente equipados, sin mochila, con víveres para varios días. Tenemos a un capitán ayudante mayor adjunto al comandante desde hace varios días.

Nos amontonamos en una gran zapa del sector de la izquierda, al borde del barranco que nos separa de las primeras líneas. Somos demasiado numerosos para la capacidad del refugio y preveo que vamos a pasar una noche más en blanco. Ahora bien, estoy decidido a dormir. Por precaución, para hacer una provisión de sueño con que tirar un día o dos. Y luego porque es funesto pasar una vigilia de armas reflexionando sobre las peripecias de una batalla en la que nada se puede cambiar. Me meto entre los primeros y descubro unas literas en un refuerzo. Ocupo una con un camarada. Me envuelvo y me duermo.

Me despierto más tarde. La sombra está llena de espaldas, de cuerpos entremezclados. Veo a un hombre acodado que mira pensativamente la llama de un farol de gas. Pregunto:

—¿Qué hora es?

—Las dos.

—¿Ha comenzado?

—Sí, desde las once.

Efectivamente, percibo un fragor lejano. Los obuses no deben de impactar encima de nosotros.

—¿A qué hora saldremos?

—A las cinco y veinticinco.

Quedan aún tres horas de seguridad, de olvido… Vuelvo a dormirme.

Me sacuden brutalmente. Oigo:

—¡Vamos! De pie, vamos a atacar…

¡A atacar!… ¡Ah!, sí, es cierto, he aquí el momento… Una gran agitación me rodea. Los faroles de gas iluminan unos rostros crispados y duros, que reflejan esa cólera que es una reacción contra la debilidad… Circulan preguntas:

—¿Las cosas van bien en la vanguardia?

—¿Responden mucho los boches?

¡Hay que apresurarse! Salto de mi litera. Enrollo la manta y la lona de mi tienda, con la mente aún pesada. Mi atención se dirige a mi equipo: los dos zurrones, la cantimplora, la careta, los mapas, la pistola… ¿No olvido nada?… ¡Ah!, sí, el jalón, el barboquejo en el mentón… Apenas he terminado cuando gritan:

—¡Adelante!

Nos hallamos cerca de una salida. Me pongo en la fila, sigo a los demás. Estamos ya al pie de las escaleras, subimos, vamos a salir… El instante impresionante en el que se renuncia…

Fuera… Las ondas expansivas, los aullidos de las artillerías desencadenadas… El alba incolora y fría. Bañamos nuestro rostro en ella como en un barreño de agua helada. Nos estremecemos, la tez verde, la boca pastosa por esa flatulencia estomacal de los malos despertares. Nos quedamos en el ramal para dar tiempo a la columna a organizarse.

Unos restallidos furiosos azotan el espacio, muy bajo, como para decapitarnos; es la crisis de locura de nuestros 75, cuya cortina de fuegos nos precede. Por encima, la artillería pesada forma una bóveda de ronquidos, de poderosos jadeos. Hay tendida una gran red de trayectorias sobre la tierra, y nosotros estamos presos en sus mallas. Por doquier las ondas sonoras entrechocan, se rompen, se resuelven en remolinos aéreos… No se descubre aún la parte donde está el enemigo en esta tempestad metalúrgica que lo sumerge todo.

Sin embargo, unos nítidos disparos indican unas llegadas. Pero ningún obús cae en nuestro rincón. Inmóviles, esperamos en puertas de la batalla, toda retirada cortada. Nuestras voces son macilentas como nuestros rostros. A fin de dominarme, le digo a mi vecino, con una lenta cadencia que quiere afectar indiferencia, pero tras haber preparado mis palabras para dominarlas, como si se tratara de una frase en lengua extranjera:

—La correa de tu cantimplora está desabrochada, podrías perderla.

—¡Adelante!

Partimos por los ramales, comienza la función. No tardamos en bajar la pendiente del barranco, inundado de una bruma sospechosa que huele a gas. Nos ponemos las caretas, y enseguida nos las quitamos porque nos ahogamos. Salvamos la contrapendiente y desembocamos en la meseta.

Henos aquí en las posiciones enemigas. Es tal el caos reinante que hemos de abandonar las trincheras y avanzar por el llano. Descubrimos una naturaleza descarnada y repulsiva, limitada a lo

lejos por un horizonte de humo, un torbellino de nubes grises, amarillentas y tonantes. Delante de nosotros, a quinientos metros, avanzan unas delgadas columnas que toman posesión de esta extensión en erupción, que conquistan los flancos de ese planeta desierto, desgarrado y sulfuroso. Entre estas columnas estallan bolas negras de corazón rojo: los obuses del enemigo, bastante escasos.

Me digo que ese espectáculo tiene grandeza. Es bastante emocionante ver a esos grupos de hombres frágiles, de una irrisoria pequeñez, a esas orugas azules, tan espaciadas, marchar al encuentro de los truenos, sumergirse por unos pliegues del terreno y reaparecer en las pendientes de esos valles del infierno. Es emocionante ver a esos pigmeos regular la marcha del cataclismo, dominar a los elementos, cubrirse de un cielo de fuego que desbroza y trabaja delante de ellos.

Toda grandeza cesa, toda belleza desaparece de repente. Bordeamos unos cuerpos dispersos, rotos, hombres de azul desplomados en la nada sobre un lecho de entrañas y de sangre. Un herido se retuerce, hace muecas y aúlla. Tiene un brazo arrancado, el torso en carne viva. Le conocemos todos. Es el ordenanza del oficial de información, un coloso que estaba enchufado mejor que nosotros… Desviamos la vista para no ver los reproches que hay en sus ojos, corremos para no oír sus súplicas.

Aquí entramos de verdad en la batalla, con la carne alerta…

Son las nueve. Luce el sol.

Tras varias paradas, hemos llegado al borde de un valle cuyo fondo sigue enmascarado por una ligera neblina. Por encima de esta neblina emergen las pendientes enemigas cuyas trincheras nos amenazan. Hemos avanzado unos dos o tres kilómetros por unas posiciones vacías. El enemigo se había retirado, cubriéndose únicamente con tropas sacrificadas que se han rendido sin combatir. Nos hemos cruzado con un destacamento de prisioneros aturdidos por el martilleo de la noche.

No tarda en aparecer el regimiento de los negros, que nos seguían. Se alinean a lo largo de la cresta; su masa se recorta contra el cielo. En la punta de los fusiles destellan miles de bayonetas. Ríen. Muchos han trocado ya sus armas y sus caretas por piezas de equipo alemanas.

—¡Es una idiotez quedarse aquí, tan a la vista! —observan algunos sensatos.

Nadie les hace caso. Estamos un tanto embriagados por esta victoria. Nuestras bajas son escasísimas. Confraternizamos con los americanos.

Perdemos una larga hora. Asoman unas escuadrillas enemigas. Aviones de caza hacen una graciosa barrena sobre nosotros, nos señalan a los suyos sin que nosotros nos preocupemos.

Finalmente los americanos toman un ramal que conduce al valle. Les despedimos alegremente antes de que desaparezcan, muy confiados.

Seguimos esperando largo rato. La niebla se ha disipado por completo, nuestro bombardeo ha cesado. Por primera vez hoy oímos las ametralladoras…

Llega nuestro turno. El batallón se introduce por el ramal que se va ensanchando ligeramente y que las crestas de enfrente toman en enfilada a todo lo largo. Tengo delante de mí a un hombre que me separa del comandante, precedido a su vez por el capitán ayudante.

El enemigo nos ve. Llegan unos 77 y unos 88 a los parapetos con una precisión y una regularidad terribles. Las ametralladoras los apoyan. Un enjambre de balas silba en los oídos, nos acosa…

Entonces se produce un embotellamiento. La cabeza no sigue avanzando. Nos quedamos allí, acuclillados, jadeantes, ofrecidos como blancos a lo largo de esta pendiente. Los puntos de caída se estrechan más. Nuestra situación es imposible; si persiste la obstinación en bajar, dejaremos cientos de hombres sobre el terreno.

Un impacto formidable, muy cerca. Gritos:

—¡Al refugio, al refugio, rápido!

El comandante, muy pálido, ha dado media vuelta, nos empuja, pasa y se lanza escaleras abajo de un profundo refugio alemán que se encuentra a unos pocos metros. Comprendo su enloquecimiento. El obús ha impactado frontalmente en el capitán ayudante, le ha estallado en el pecho, le ha proyectado hecho pedazos en el espacio, sin causar, milagrosamente, ninguna otra víctima. Esta muerte, que ha aterrado al comandante, nos salva a todos.

Nos apretujamos en las dos entradas del refugio. En el momento de entrar, reconozco al sargento Brelan, un instructor, con el que he simpatizado en ocasiones. Me aparto:

—¡Usted primero, sargento!

Este gesto lleva dos segundos, el tiempo suficiente para recibir una ráfaga de obús o diez balas… ¿Elegancia, deseo de asombrar? No lo creo. Sino simple preocupación de higiene moral, medida de protección contra el pánico. Temo por encima de todo que el miedo se apodere de mí. Es preciso dominarlo mediante alguna tontería.

Durante dos horas, los obuses pesados nos buscan bajo tierra. Pasamos el resto de la jornada en este refugio.

Aprovechamos la noche clara para bajar al valle, cuyo fondo es un terreno pantanoso que tiene doscientos metros de largo. Lo cruzamos por una estrecha pasarela sobre unos pilotes que los alemanes no han cortado, a fin de conservar para los suyos un medio de retirada. Algunas gruesas granadas rompedoras estallan justo encima de nosotros.

Nuestras olas sucesivas de la mañana no forman más que una sola línea al pie de un talud de cuatro metros, límite de nuestro avance. En lo alto de este talud comienza una nueva planicie barrida por las ametralladoras alemanas que llevan disparando desde la noche. Los americanos han estado parados aquí, con numerosas bajas. Los cadáveres han rodado abismo abajo. Se confunden en la sombra con los vivos dormidos. Tenemos que atacar al rayar el día.

Un poco antes del alba tiene lugar nuestra preparación. Nuestros obuses golpean muy cerca delante de nosotros. Pero no consiguen demoler los blocaos cuyas ametralladoras tabletean con furia.

Luego una batería de 75 dispara corto. Distinguimos claramente las cuatro salidas y los cuatro obuses se nos vienen encima con una rapidez fulminante. Caen a algunos metros. La zona pantanosa nos impide todo retroceso. Sentimos que la muerte nos coge del revés, pasamos un cuarto de hora de absoluto pánico bajo los disparos fratricidas. Enviamos todos nuestros cohetes rojos para pedir el alargamiento del tiro. Este cesa y estamos tan desmoralizados que no atacamos. Por otra parte, las ametralladoras siguen segando vidas.

Se ha hecho de día. Unos obuses pesados buscan la pasarela para cortar nuestras

comunicaciones. Hacen brotar surtidores de barro.

A primera hora de la tarde, las ametralladoras han enmudecido. Avanzamos sin combatir. Delante de la entrada de una zapa hay un cadáver alemán, con la sien perforada, tendido: es uno de los que nos ha hecho retrasarnos.

Progresamos muy lentamente durante algunos días, con largas paradas que nos imponen unas ametralladoras invisibles. El terreno conquistado está cubierto de cadáveres de los nuestros. Los americanos, que no saben ponerse a cubierto ni refugiarse, están muy tocados. Los hemos visto desplazarse al silbido bajo de los tiros de artillería que llegaban en medio de sus secciones y que proyectaban a los hombres por los aires. Han atacado a la bayoneta, a pecho descubierto, el pueblo de Sochaux, delante del cual han dejado cientos de víctimas.

En general, la artillería nos causa escaso daño y los alemanes no tienen más que un pequeño número de piezas que oponernos. Es verdad que hacen un buen uso de ellas y que esperan a haber localizado un agrupamiento para disparar. Pero sobre todo cubren su retirada con ametralladoras que deben de tener orden de no dejarnos mover del sitio durante un cierto tiempo. En unos terrenos accidentados y desnudos, unas ametralladoras bien disimuladas son de una eficacia extraordinaria, que nosotros sufrimos cruelmente. Algunas secciones resueltas detienen batallones. No vemos enemigos. Algunos se rinden en último extremo, los otros se largan por la noche, una vez terminada su misión. Una vez más se confirma que el atacante, obligado a adoptar formaciones densas, tiene el papel más peligroso. De haber optado por la defensiva en 1914, nos habríamos ahorrado Charleroi y habríamos causado un daño considerable a los ejércitos alemanes.

Después de varios días de esfuerzos, de lluvia y de frío, estamos agrupados en la más alta cima de los montes de Champaña, frente a la llanura inmensa donde comienzan las Ardenas.

Esta tarde brilla el sol. Dos o tres baterías alemanas nos hostigan, pero felizmente los obuses caen detrás de un pequeño ramal que nos protege de las esquirlas.

Esperamos un ligero zumbido, que va rápidamente en aumento y adquiere una sorprendente potencia, hasta el punto de dominar incluso los estallidos. Viene del cielo… Al poco, nos sobrevuela una escuadrilla de bombardeo que lleva nuestros colores. Contamos con más de doscientos aparatos en formación triangular, cubiertos por unos aviones de caza, que se desplazan a dos mil metros de altura. Su masa, flanqueada por cientos de ametralladoras, produce una impresión de fuerza irresistible y no se desvía ni un ápice cuando la artillería la ataca, sin hacerle por otra parte un daño visible. La división desaparece en el cielo límpido. Más tarde, nos llegan los ecos de un rosario de explosiones que hacen retemblar la tierra: los aviones aplastan un pueblo, destruyen un punto de agrupamiento.

En el crepúsculo, la artillería está calmada. Bajamos las laderas mediante pequeños destacamentos. La bruma invade y enmascara las lejanías. No percibimos más que algunas manchas brillantes: cursos de agua o estanques que reflejan los últimos resplandores del día. Luego también éstos se difuminan.

He tomado el mando de un grupo de soldados perdidos, una decena de hombres, dos de ellos

agentes de enlace americanos destinados con nosotros desde el comienzo de la ofensiva. El uno lleva una pala y el otro un pico, y cada uno un grueso fardo de mantas. Han tirado todas sus armas, al considerarlas inútiles, para conservar los únicos medios de protección y de comodidad. Tan exacta idea de las necesidades del momento nos llena de admiración.

Pasamos la noche en un embudo de nuestros obuses de 270, donde cabría toda una sección.

A la mañana siguiente, vemos venir hacia nosotros a dos oficiales americanos. El uno nos hace unas preguntas, capto fragmentos de frases:

—I am… colonel… Have you seen…?[48]

Comprendo que estamos en presencia del coronel americano que busca a su regimiento, bastón de mando en mano. Le explico mediante signos que no sé más que él. O mejor dicho, no puedo decirle lo que sé. A saber, que su regimiento, por inexperiencia, ha perdido las tres cuartas partes de sus efectivos en seis días. (¿Es que no ha visto los racimos de hombres color caqui diseminados por las planicies, que pasan lentamente de su moreno natural al verde de la descomposición?). Últimamente, un tanto asqueado de la guerra, cuyos efectos ha podido comprobar, ha tenido que ir a plantar su tienda en unos lugares tranquilos, en la parte de las cocinas y del tren de combate. El coronel, desconsolado, se aleja en la dirección de los disparos de fusil. La idea de este coronel que ha perdido su regimiento nos distrae el resto de la jornada, que transcurre con absoluta tranquilidad, comiendo conservas y fumando cigarrillos. Los obuses caen lejos, a la retaguardia, y no tememos nada de las balas.

Por desgracia, el batallón es reagrupado por la tarde. Hay que renunciar a movernos por separado. Durante la noche, retomamos nuestra marcha hacia delante, una marcha incierta, que se ve cortada por pausas interminables. El día nos sorprende en una bonita carretera lisa donde nuestra columna resulta verdaderamente demasiado visible. El batallón se instala en la cuneta derecha y se camufla con hojarasca y lonas de tienda.

Hacia la una, nos sobrevuela un avión alemán, vira varias veces sobre una de sus alas para mirar lo que sucede abajo. Debe de encontrar la región transformada… Se hace fuego de fusil en algunas partes, pero las balas no nos alcanzan.

La jornada acaba mal. Hacia las cinco, somos inmediatamente apuntados para ser el blanco de los obuses. Una batería de 150 y otra de 88 nos enfilan. El tiro está regulado exactamente sobre el eje y la profundidad del batallón.

En el momento en que menos pensábamos en ello, la terrible angustia nos hace un nudo en la garganta y atenaza las entrañas. Somos inmovilizados bajo el bombardeo sistemático. Una vez más, nuestra vida está en juego sin que podamos defenderla. Nos hallamos tumbados en la cuneta, replegados para achicarnos, aplastados como muertos, pegados los unos a los otros, como formando un extraño reptil con nuestros trescientos cuerpos temblorosos, de pechos palpitantes. Experimentamos esa impresión de aplastamiento que producen los obuses, esa impresión de encarnizamiento, de ferocidad, que conocemos perfectamente. Cada uno se siente apuntado por separado a través de los que le rodean. Cada uno se siente solo y se debate con los ojos cerrados en sus tinieblas, en el coma del miedo.

Cada uno tiene la impresión de que le ven, le buscan, y trata de esconderse en los vientres, en las piernas, se cubre, se protege con los otros cuerpos que se distienden y le comunican sus sobresaltos de bestias en medio de la tortura. Las visiones repulsivas que la guerra nos ha impuesto desde hace años nos alucinan y nos dominan.

Los proyectiles nos encuadran. Casi todos van a dar en la carretera y en el campo de la derecha, detrás del seto. Hay heridos a diez metros delante de nosotros, los hay más lejos. Este batallón de vencedores se convierte en un batallón de suplicantes, que se humillan delante de la bestia. Pienso que es hoy, 2 de octubre de 1918, cuando estamos cerca del fin… ¡No tenemos ya, no tenemos que morir!

¡Lo estoy!… Sss… El ruido que hace oscilar la cabeza, la vuela y deja aturdido…, el humo nos envuelve, hace que nos piquen los ojos y las ventanillas de la nariz, nos llena el pecho de una mezcla irrespirable. Lloramos y escupimos. El obús ha caído a dos metros, en la calzada. Basta con extender los brazos para tocar el borde del hoyo…

Detrás, la explosión de un 150 se ve seguida de gritos. Dicen que el teniente Larcher está herido: Larcher, que parecía invulnerable, que había participado en todos los golpes duros desde hacía dos años. ¡Helo ahí herido tontamente en esa cuneta de carretera por un enemigo en retirada que dispone en total de ocho cañones! ¡Es estúpido e injusto! ¡Y si Larcher ha sido alcanzado es que nadie está a salvo de los reveses del destino!

Las ráfagas nos dejan sin aliento, pero ¿qué hace nuestra artillería, Dios santo?… Durante una hora nos prosternamos delante del azar y de la muerte, hasta que las dos baterías hayan vaciado sus cajones.

Llega la noche. Los camilleros se alejan en el crepúsculo, que huele a pólvora, dejando detrás de ellos un reguero de lamentos que salen de las parihuelas. Los últimos equipos transportan camillas silenciosas, más trágicas aún. En una de ellas está tendido Chassignole, el granadero.

Petrus Chassignole, quinta del 13, en el frente desde un principio, ha caído muerto esta tarde, 2 de octubre de 1918, tras cincuenta meses de miseria.

Damos vueltas varios días más por esta llanura. El enlace se planta en un cruce de caminos, en un bosque bombardeado, donde se extravían incluso nuestros obuses de 75.

Un poco adelante, lo que queda de nuestras unidades se topa con el pueblo de Challerange, donde el enemigo se ha atrincherado fuertemente y parece querer resistir. Los alemanes contraatacan por sorpresa y hacen prisioneros entre los nuestros.

El apoyo de nuestra artillería es insuficiente.

Ha llovido, las noches son frías. Desde hace diez días, los hombres se acuestan sobre el suelo desnudo y se baten, casi sin haber dormido ni haber tomado nada caliente. Están fatigados, enfermos; el médico militar evacúa a muchos. Todos pedimos el relevo.

Este llega por fin, después de once días de ofensiva, durante los cuales hemos avanzando unos quince kilómetros. Pagamos esta victoria con la mitad de nuestros efectivos. Una compañía del batallón ya no cuenta más que con veinte combatientes.

Se nos llevan agotados con unos camiones. Pero vivos. Somos de los que quizá regresen del último relevo…

VI
¡Alto el fuego!

Nos hemos desplazado en tren y en camiones. Algunos días después de haber abandonado Champaña, hemos encontrado las montañas del Este.

Inmediatamente hemos vuelto a las líneas. Los soldados que acababan de atacar están ya en la aspillera, han resistido ya a un golpe de mano alemán que nos ha recibido. Para el soldado de escuadra, la guerra continúa sin tregua alguna, con sus largas horas de guardia y sus peligros imprevistos. Comprendemos que no habrá más tregua en adelante, que se pedirá a los combatientes esfuerzos incesantes. Se murmura que el mando prepara una ofensiva sobre este frente, para tomar por el flanco a los ejércitos alemanes. Esta vez ya no contamos con tropas de asalto venidas de la retaguardia en el último momento. Nosotros tomaremos parte en esta nueva acción, y conocemos el precio de una victoria…

Por encima de Saint-Amarin, conservamos las crestas del Sudel y del Hartmann, que dominan la llanura del Rin. Pero no he visitado las posiciones. Al ocupar el sector, nuestro batallón estaba de reserva. Y desde hace unos diez días formo parte del servicio de información, de la oficina del coronel, adonde Nègre, aprovechando una vacante en el personal, me ha hecho destinar. Tiene planes incluso de hacerme nombrar cabo. Le he dicho que ello sería ridículo, después de cinco años de vida militar. Él me responde con aire serio:

—Si no tienes una ocupación en la vida civil, siempre podrás emprender una carrera de suboficial. Tus años de campaña cuentan doble. Ya no te faltan más que cinco años para tener derecho al retiro. ¡Vale la pena que te lo pienses! Van a necesitarse cuadros sólidos para reconstituir un ejército de profesionales. ¡Con un poco de suerte, podrías perfectamente conseguir el bastón de ayudante!

—¡Eres muy bueno! Pero tú, amigo, ¿por qué no te reenganchas?

—Tengo cosas mejores que hacer. Ya es hora de que me camufle de hombre honrado para terminar mis días en la prosperidad.

—¿Y cómo piensas conseguirlo?

—¡Me volveré patriotero, superpatriota, comeboches y todo el copón!

—Como bien sabes, eso ya no se lleva.

—¡Ah, bobo más que bobo! ¿Es que no comprendes que éste será el único medio de recuperar nuestra pasta?

—¡Venga, venga, Nègre! ¡Vamos a contar parte de la verdad a nuestra vuelta!

—¡Eres joven, hijo mío! ¿A quién piensas contarle tú la verdad? ¿A una gente que se ha aprovechado de la guerra, que se ha estado forrando hasta ahora? ¿Qué quieres que hagan con tu verdad? Tú eres víctima, sí, víctima, y eso no interesa a nadie. ¿Dónde has visto que se tenga compasión de los imbéciles? Métete bien esto en la mollera: en unos pocos años se nos considerará unos imbéciles. ¡Ya es hora de cambiar de trinchera!

—Con respecto a los que tienen cincuenta años, puede que estés en lo cierto. Pero la generación

que viene nos hará caso.

—¡Y yo que había puesto mis esperanzas en ti!… La generación que viene, hazme caso, ciego idealista, dirá: «O quieren asombrarnos o chochean». Demuestras tener la misma poca cabeza que esas madres que creen que sus recomendaciones disuadirán del amor a su hija casquivana.

—¿Así que eres partidario de una nueva guerra?

—¡Yo seré partidario de lo que venga!

—¿Y tú la harías?

—Para la próxima vez, tu amigo Nègre estará tullido, declarado de baja, colocado de antemano. Tendré un comercio o una pequeña fábrica de lo que sea, y exclamaré: «¡Vamos, muchachos, hasta el final!».

—¿Y eso te parece decente?

—¡Has perdido definitivamente estos cinco años! ¡Joven desgraciado, tiemblo, tiemblo!… ¡La vida me asusta por ti!

—¿Tú no crees que un hombre puede tener convicciones y mantenerlas?

—Las convicciones de los hombres están basadas en lo importante que sea su cuenta corriente. *To have or not to have*, que diría Shakespeare.

—Antes de la guerra, te lo concedo. Pero las cosas habrán cambiado. Es imposible que no resulte una cierta grandeza de unos acontecimientos tan excepcionales.

—Sólo hay grandeza frente a la muerte. El hombre que no se ha sondeado hasta el fondo de las entrañas, que no se ha enfrentado a ser despedazado por un obús que se le viene encima, no puede hablar de grandeza.

—Eres injusto con determinados jefes…

—¡Perfecto! ¡Enternécete, da las gracias, esclavo! Sabes muy bien que los jefes hacen una carrera, lo suyo es una partida de póquer. Se juegan su reputación. ¡Bonito negocio! Si ganan, son inmortales. Si pierden, se retiran con una buenas rentas y se pasan el resto de su vida justificándose en sus memorias. Demasiado fácil ser sincero permaneciendo a cubierto.

—¡Cuando menos, ha habido grandes figuras: Guynemer, Driant![49]

—Es evidente que ha habido hombres convencidos y otros que han cumplido honestamente con su oficio. ¡Guynemer, sí! Pero piensa que él evolucionaba en pleno cielo, ante un maldito público: la tierra. ¡Eso hace que te comportes como un hombre! ¿Cómo compararlo con el pobre idiota que ha venido del interior de su Pomerania, vociferando *Deutschland üher alies*[50] a fin de conquistar gloria para Guillermo, y que ha comprendido demasiado tarde? ¿Qué tienen en común con el peludo que ha de partirse el pecho en el lodo, sin nobleza, sin testigos ni publicidad? Lo arriesga todo: su piel. ¿Y qué saca de todo ello? El ejercicio y las revistas de armas. Una vez desmovilizado, tendrá que buscarse quien le contrate. Al patrón le parecerá que apesta y tiene malos modales. Voy a hacerte el balance de la guerra: cincuenta grandes hombres en los manuales de Historia, millones de muertos de los que ya ni se hablará, y mil millonarios que dictarán las leyes. Una vida de soldado viene a suponer en torno a unos cincuenta francos para el bolsillo de un gran industrial de Londres, de París, de Berlín, de Nueva York, de Viena o de cualquier otra parte. ¿Vas entendiendo?

—¿Qué queda, pues?

—¡Nada, exactamente nada! ¿Es que puedes creer en algo después de lo que has visto? La estupidez humana es incurable. ¡Razón demás, sí, ríete! ¡A nosotros nos importa todo un comino! Entremos, pues, en el juego, aceptemos las viejas mentiras que alimentan a los hombres. ¡Sí, sí, ríete!

—Y si lo dijéramos…

—¿El qué?… ¿Acaso quieres morirte de hambre más tarde?

—Sin tocar a las instituciones, ¿no se puede decir la verdad sobre la guerra?

—Todas las instituciones, hijo mío, desembocan en la guerra. Ésta es la coronación del orden social, como bien hemos visto. Y como son los poderosos los que la decretan y las minorías las que la hacen…

—Lo diremos…

—¡Ah! Pero, hombre, eres demasiado… Vamos a ver si los prusianos no están dispuestos a volver a sus hogares.

Vivo, en compañía de Nègre, en un pequeño refugio confortable y luminoso, donde hay una buena estufa. Ocupamos un campamento, disimulado entre los abetos, en la ladera de la montaña. Mientras mi camarada está de ronda, yo barro y corto leña. Por la noche, sobre una mesa de dibujar, preparamos los informes del día y comparamos los planos del sector con las fotos de la aviación que nos manda la división.

Nuestro tiempo libre lo pasamos en animadas discusiones, que me sumen generalmente en la confusión, a tal punto Nègre se muestra apasionado y lleva la lógica a sus últimas consecuencias. Sin embargo, tales discusiones no alteran nuestra amistad. Eso es lo principal.

Sentimos llegar el final de la guerra.

Los telegrafistas han captado unas radios. Sabemos que se trata del armisticio, que los alemanes han solicitado las condiciones de paz al GQG. El desenlace se acerca.

Una mañana, a eso de las seis, nos despierta un observador.

—Ya está. El armisticio será a las once.

—Pero ¿qué dices?

—Que el armisticio será a las once. Es oficial.

Nègre se levanta, consulta su reloj.

—¡Cinco horas más de guerra!

Se echa encima su capote, coge su bastón. Le pregunto:

—¿Adónde vas?

—Me voy para Saint-Amarin. Deserto, voy a ponerme a cubierto y os aconsejo que paséis estas cinco horas en el fondo de la más profunda zapa que encontréis, sin salir de ella. Regresad al vientre de la Madre Tierra y esperad su alumbramiento. Todavía no somos más que embriones, en puertas del mayor parto nunca visto. Dentro de cinco horas, naceremos.

—Pero ¿qué riesgo podemos correr?

—¡Todos! Nunca hemos corrido tanto riesgo, corremos el riesgo de recibir el último obús. Estamos aún a merced de un artillero de mala baba, de un bárbaro fanático, de un nacionalista

delirante. ¿No creeréis, por casualidad, que la guerra se ha cargado a todos los imbéciles? Se trata de una raza que no perecerá. ¡Seguramente debía de haber un imbécil en el arca de Noé, y era el macho más prolífico de esa bendita embarcación de Dios! Escondeos, os digo… ¡Adiós! Volveremos a vernos en tiempos de paz.

Se aleja rápidamente, desaparece en la bruma de la mañana.

—En el fondo, tiene más razón que un santo —me dice el observador.

—Pues quédate conmigo. Aquí no hay que temer gran cosa.

Se tumba en el camastro de Nègre. Ningún ruido de guerra turba la mañana. Encendemos unos pitillos. Esperamos.

Las once.

Un gran silencio. Un gran asombro.

Luego sube un rumor del valle, le responde otro desde la vanguardia. Es un brotar de gritos en las naves del bosque. Se diría que la tierra exhala un largo suspiro. Parece desprenderse de nuestras espaldas un peso enorme. Nuestros pechos se han liberado del cilicio de la angustia: estamos definitivamente salvados.

Este momento enlaza con 1914. La vida se alza como un alba. El porvenir se abre como una avenida magnífica. Pero una avenida bordeada de cipreses y de tumbas. Algo amargo estropea nuestra alegría, y nuestra juventud ha envejecido mucho.

Durante años, a esta juventud se le señaló como único objetivo un horizonte coronado de estallidos. Pero sabíamos que este objetivo era inaccesible. La blanda tierra, ahíta de hombres, vivos y muertos, parecía maldita. Los jóvenes, los del país de Balzac y los del país de Goethe, a los que se obligó a dejar las facultades, los talleres o los campos, estaban provistos de puñales, de revólveres, de bayonetas, y se los lanzaba a unos contra otros para que se degollaran, mutilaran, en nombre de un ideal del que se nos prometía que la retaguardia haría un buen uso.

A los veinte años estábamos en los tristes campos de batalla de la guerra moderna, donde se fabrica cadáveres en serie, donde al combatiente sólo se le pide que sea una unidad del número inmenso y anónimo que hace los servicios de fatigas y recibe los disparos, una unidad de esa multitud a la que se destruía paciente, tontamente, a razón de una tonelada de acero por libra de carne joven.

Durante años, perdido ya nuestro valor y sin que nos animase ninguna otra convicción, se ha pretendido hacer de nosotros unos héroes. Pero nosotros éramos muy conscientes de que héroe quería decir víctima. Durante años se ha exigido de nosotros la gran aceptación que ninguna fuerza moral es capaz de repetir continuamente, a cada hora. Es verdad que muchos han aceptado su muerte, una o diez veces, con determinación, para poner fin a esto. Pero cada vez que veíamos que seguíamos con vida, tras haberla ofrendado como un don, nos sentíamos más acorralados que antes.

Durante años se nos ha mantenido delante de unos cuerpos desgarrados y putrefactos, ayer fraternales, de los que no podíamos dejar de pensar que estaban hechos a imagen de lo que nosotros seríamos mañana. Durante años, jóvenes, sanos, llenos de unas esperanzas demasiado pertinaces que nos atormentaban, se nos mantuvo en una especie de agonía, como el velatorio fúnebre, de nuestra

juventud. Pues, para nosotros, que seguimos hoy con vida, sobrevivientes, el momento que precede al dolor y a la muerte, más terrible que el dolor y que la muerte, ya ha durado años…

Y la paz acaba de llegar de repente, como una ráfaga. Igual que la suerte a un hombre pobre y debilitado. La paz: una cama, ropas, noches tranquilas, proyectos que aún no hemos tenido tiempo de hacer… La paz: ese silencio que ha vuelto a hacerse en las líneas, que llena el cielo, que se extiende sobre toda la tierra, ese gran silencio de entierro… Pienso en los otros, en los de Artois, de los Vosgos, del Aisne, de Champaña, de nuestra edad, cuyos nombres no sabríamos ya decir…

Un soldado, al pasar, me suelta:

—¡Qué raro es todo esto!

Vienen a informar a nuestro coronel de que los alemanes están abandonando sus trincheras y avanzan a nuestro encuentro. El responde: «Dad orden de que no se les deje acercarse. ¡Que les disparen!». Tiene un aire furioso. Un secretario me explica: «Esperaba sus estrellas de general». Nuestra alegría debe de ofenderle.

A continuación decidimos ir también nosotros a festejar el armisticio a Saint-Amarin. Volveremos por la noche. Consideramos que el servicio de información no tiene ya informaciones que recoger ni que transmitir. Desde las once, ya no somos soldados, sino civiles a los que se retiene abusivamente.

Bajamos por los senderos bromeando alegremente. Vuuuuu… Nos arrojamos al suelo, contra los troncos. Pero, en vez de una explosión, oímos un estallido de risa.

—¡Pero qué idiotas!

El que ha imitado el silbido de un obús nos responde:

—¡No estáis acostumbrados aún a la paz!

Es cierto. Tampoco estamos acostumbrados aún a no tener miedo.

En Saint-Amarin, todo el mundo bebe, se interpela y canta. Las mujeres sonríen, son aclamadas y besadas.

Sé en qué café encontrar a Nègre, y hacia allí nos dirigimos directamente. En efecto, allí está. Se encuentra ya a todas luces un poco achispado. Se sube a la mesa, derriba los vasos, las botellas, y, para darnos la bienvenida, señalando a la multitud de soldados con un amplio gesto, proclama:

—¡El día mil quinientos sesenta y uno de la era hasta-el-final, resucitaron de entre los muertos, cubiertos de piojos y de gloria!

—¡Bien dicho, Nègre!

—Soldados, os felicito, habéis alcanzado vuestro objetivo: la Huida.

—¡Viva la Huida!

Nègre se adelanta, nos estrecha contra su corazón, nos instala en su mesa y llama al dueño:

—¡A ver, valiente alsaciano, que se ponga de beber a los vencedores!

Yo exclamo, en medio del jolgorio:

—Nègre, ¿qué piensa De Poculote de los acontecimientos?

—¡Ah! ¡Eso es otro cantar! ¿Sabes que le he visto? A las once en punto, me he hecho anunciar en casa del barón. Hace cinco años que esperaba este momento. Desde arriba me ha dicho: «¿Qué desea, sargento?». Pero yo le he dicho que se tranquilizara: «Mi querido general, vengo a informarle de que en adelante prescindiremos de sus servicios y dejaremos a la Providencia el cuidado de llenar los cementerios. Asimismo le informamos de que, durante el resto de nuestra vida, nos gustaría no oír hablar más ni de usted ni de sus apreciados colegas. ¡Queremos que no nos jodan más la Paz, la Paz, la Paz! ¡Rompan filas, general!».

Seis meses más tarde, el regimiento desfila por los barrios altos de Sarrebruck, donde los peludos han causado estragos sentimentales. Naturalmente han explotado el éxito con sus últimas energías.

En el balcón de una casa baja, una mujer encinta, cuyo aspecto y tez revelan su nacionalidad, sonríe un tanto candorosamente, señala su vientre y nos grita, con amistoso impudor:

—*Bedit Franzose*[51].

—¿Tú no crees —dice un hombre— que nos han calentado la cabeza con eso del «odio de las razas»?

GABRIEL CHEVALLIER (Lyon, 1895 - Cannes, 1969), fue un escritor francés que se dio a conocer en todo el mundo con la novela Clochemerle (1934), traducida a más de treinta lenguas y adaptada al cine, teatro y televisión.

Hijo de un notario, empezó los estudios de Bellas Artes a los dieciséis años, pero se vio obligado a interrumpirlos en 1914, cuando fue llamado a filas. Pese a haber sido herido en 1915, en Artois, permaneció en primera línea de combate hasta 1918. De vuelta a la vida civil ejerció todo tipo de oficios: periodista, diseñador, representante, pequeño industrial.

Su primer libro, Durand voyageur de commerce, se publicó en 1929. Pero no fue hasta la aparición de su cuarto libro que el nombre de Gabriel Chevallier estuvo en boca de todos. Clochemerle obtuvo elogios tanto por parte del público como de la crítica. Hasta 1968 escribió más de veinte libros. Recientemente se ha recuperado en lengua española El miedo, su obra maestra y uno de sus libros menos conocidos. Se trata de un testimonio en primera persona de su participación en la Primera Guerra Mundial, que recibió encendidas críticas en Francia en el momento de su publicación en 1928 siendo acusado de antipatriota. Bernard Pivot, uno de los críticos literarios franceses de mayor prestigio, considera que es uno de los mejores libros que existen sobre la Primera Guerra Mundial.

Notas

[1] Hablo de ello en otro de mis libros: *Le petit général*. <<

[2] [Palabra de connotaciones negativas, utilizada por los combatientes franceses para designar a los civiles comerciantes que vendían, cerca del frente, bebidas u otros productos a precios abusivos]. (*Esta nota y las siguientes entre corchetes son del traductor*). <<

[3] «El valor y la temeridad, como quiera que se lo llame, es el destello, el instante sublime, y luego ¡zas!, de nuevo las tinieblas como antes». WILLIAM FAULKNER. <<

[4] [La mujer de Joseph Caillaux (“cuajada”, en francés), presidente del Consejo y ministro de Finanzas, asesinó en 1914 al director del periódico *Le Fígaro*]. <<

[5] [Mariscal de Francia, conocido sobre todo por su fracaso como comandante en jefe del ejército del Rin y por haber contribuido a la derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870] <<

[6] [Soldados de caballería del ejército francés de Argelia]. <<

[7] “A París” <<

[8] [Agregación táctica formada teóricamente por quince soldados al mando de un cabo, constituye el grupo menor de tropa que puede actuar en orden abierto. Existía un fuerte sentimiento de camaradería entre los integrantes de una misma escuadra. Como reflejo de este hecho, la novela de Henri Barbusse, *El fuego* (1916), lleva el significativo subtítulo de *Diario de una escuadra*]. <<

[9] [El uniforme de la infantería francesa estaba compuesto de pantalones de color rojo vivo hasta la batalla del Mame, en septiembre de 1914, cuando fue evidente que su visibilidad resultaba desastrosa para los soldados. A partir de entonces se optó por un tono azul conocido como «azul horizonte»]. <<

[10] [Nombre dado durante la Gran Guerra a un globo cautivo y de forma alargada que servía de observatorio y de protección antiaérea]. <<

[11] [En la batalla del Marne, que tuvo lugar del 6 al 8 de septiembre de 1914, quinientos taxis parisinos transportaron a cuatro mil hombres al frente, convirtiéndose en el emblema de la resistencia]. <<

[12] [Fritz era la denominación genérica del soldado alemán]. <<

[13] [La que abarca un ángulo inferior a 45.º]. <<

[14] [En sentido despectivo, “alemán”. Se trata muy probablemente de una abreviatura del término jergal *alboche*, “alemán”. Por extensión, Alemania puede ser designada como Bochia]. <<

[15] Los batallones disciplinarios franceses en el Norte de África (Marruecos y Argelia). <<

[16] El soldado en las trincheras disponía de dos tipos de calzado: los borceguíes de marcha y sus zapatos de descanso. <<

[17] Hay aquí un efecto de escorzo. Es evidente que un avión que sobrevolara el campo de batalla no hubiera visto una llanura azul, sino teñida de azul. E igualmente, la expresión «reino de los muertos» que precede podrá parecer excesiva a determinadas personas frías, que juzgan con desapego. Es preciso entender el estado de ánimo de un muchacho que se encuentra súbitamente, tras una noche de fatiga y de peligros, rodeado de cientos de cadáveres, e incluso de miles, si se tiene en cuenta los que escapan a su vista. Pues bien, este muchacho está ahí como un actor… Un hombre que asiste de lejos a un bombardeo puede encontrar el espectáculo curioso, incluso divertido. Hacedle avanzar un kilómetro, situadle debajo de él, su manera de ver las cosas diferirá de modo extraño. No debe asombrar, pues, si la emoción provocaba determinadas deformaciones, pero hay que decir que ninguna exageración, ninguna invención, podría superar en horror a la realidad <<

[18] Exacto. <<

[19] [Explosivo compuesto de aceite de ricino e hidrocarburos nitrados. Tomaban su nombre de la villa de Chedde (Alta Saboya), donde estaba situada la fábrica]. <<

[20] [Fusil de repetición del equipo de los ejércitos franceses. Ideado en 1886 y modificado en 1893, su calibre era de 8 mm]. <<

[21] [Alusión a la mala calidad del pan de racionamiento del ejército alemán debido a su penuria de trigo durante el conflicto]. <<

[22] [El príncipe heredero Federico Guillermo, hijo de Guillermo II]. <<

[23] [La batalla de Charleroi, del 21 al 23 de agosto de 1914, después de la invasión de Bélgica. Los franceses perdieron Charleroi, que fue destruida por la artillería pesada]. <<

[24] [Personificación de la bayoneta que aparece en la canción de Théodore Botrel titulada *Rosalie, chanson á la gloire de la terrible baionnette*, en boga a comienzos de la guerra]. <<

[25] [“¿Quién va?”]. <<

[26] [El término «Peludo» (*Poilu*), ya documentado en el siglo XIX (véase Balzac, *El médico rural*, de 1833), se generalizó en la Gran Guerra como denominación común del soldado francés. Hacía referencia a distintas cuestiones: la dificultad efectiva, en el invierno de 1914, de afeitarse y el carácter rudimentario del aseo en el frente; la obligación para todo militar hasta 1917 de llevar bigote como signo de virilidad, valor y experiencia. Se empleaba también como sinónimo de *soldado*]. <<

[27] [Se llamaba «descanso» (*repos*) a la situación de las tropas combatientes no destinadas en primera línea. El término resulta a menudo engañoso, pues el descanso estaba lleno, generalmente, de maniobras y ceremonias (desfiles, actos militares, etcétera) que no permitían a los combatientes descansar. El verdadero descanso recibía el nombre de *grand repos*]. <<

[28] [Proyectil de artillería, de un alcance de unos doscientos a mil metros, de forma alargada y provisto de una cola y alas. Se usaba sobre todo para la destrucción de obras, refugios y trincheras]. <<

[29] [Abreviatura de *pauvre couillon/con du front* (“pobre gilipollas del frente”), con la que se designaba a los soldados de infantería. Fue usada durante la guerra por los propios combatientes, y denunciaba implícitamente a los enchufados que conseguían escapar del frente y del peligro. <<

[30] [Las bolas de plomo o de acero de las granadas rompedoras]. <<

[31] [“Camarada”]. <<

[32] [«¿Guerra acabada?». «Sí, sí». «¿Estás contento?». «Sí, sí»]. <<

[33] [«¿Bueno?». «¡Bueno, bueno!». «¿En Alemania no comer bien?». «¡En Alemania… hmm!»]. <<

[34] [Barracas desmontables, de madera, utilizadas un poco por todas partes, incluso en la retaguardia, durante la Gran Guerra]. <<

[35] Esta cita está tomada de *Leurs figures*. Se trata, pues, del Barres de ideas avanzadas, lorenés y nacionalista. <<

[36] [Creada por el coronel Magín, *L'"Armée Noire* estaba formada por soldados negros, maestros del cuerpo a cuerpo y fanáticos de la bayoneta]. <<

[37] [Fracción del ejército compuesta de soldados de la segunda reserva, hombres de más de treinta y cuatro años. Estaban destinados a regimientos específicos y generalmente a sectores tranquilos o de trabajos en la retaguardia]. <<

[38] [“¡Eh, mirad que tía buena!”]. <<

[39] [“¡Oh! Barrachini, ¿cómo te va, amigo?”.“¡De puta madre! ¿Qué haces tú por aquí?”. “¡El capitán me putea, el muy hijo de perra!”. “¡Vamos, valiente, invítame a un pitillo!”. “¡Qué buen tío estás hecho!”]. <<

[40] [En las comarcas del Laonnois y Soissonais, se conocen con el nombre de *creutes* las grandes cavidades excavadas a lo largo de los siglos para la explotación de las canteras calcáreas de la zona. Durante la Gran Guerra, las *creutes* del Chemin-des-Dames se utilizaron como refugios y, las más grandes, incluso como acantonamiento para los combatientes. En el interior se habilitaban dormitorios, tablas de mando, enfermerías, capillas, etcétera, y muchas veces se las equipaba con instalaciones eléctricas y telefónicas]. <<

[41] ["¡Camarada francés!"]. <<

[42] [En el argot militar, designación de los superiores que estaban más preocupados por los galones y condecoraciones que por la vida de sus hombres]. <<

[43] [En el siglo XVI, las grandes familias de Gascuña tenían la costumbre de mandar a sus segundones a servir como voluntarios en Francia. La palabra *cadet*, que alguna vez significó «gentilhombre que servía como oficial de baja graduación o soldado», pasó entonces a designar a los segundones]. <<

[44] [Mapas muy detallados utilizados por la artillería]. <<

[45] [“¡Qué chapucería!”]. <<

[46] [“¡Estamos apañados, vamos!”]. <<

[47] [El gas mostaza, que irrita la piel y las mucosas]. <<

[48] [“Soy… coronel… ¿Ha visto usted…?”]. <<

[49] [Georges Guynemer, un as de la aviación francesa, herido siete veces y considerado un héroe de guerra. Otro héroe fue el teniente coronel Driant, que, con dos batallones de cazadores, logró ralentizar la apisonadora alemana en Verdún, muriendo heroicamente en combate]. <<

[50] [El himno nacional alemán (“Alemania, Alemania sobre todo”)] <<

[51] [¡Bendito francés!]. <<